A un sueño de ti



ESTRELLA CORREA

Copyright © 2025. Estrella Correa.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
1ra Edición, mayo 2025.
Título Original: A un sueño de ti.
Diseño y Portada: Estrella Correa.
Maquetación: Estrella Correa.
Corrección: Antonio Correa, Rocío Moreno y Noelia Zamudio.

Para los que sueñan con lugares antes de pisarlos.
Para quienes han amado sin ser correspondidos, y para quienes han amado hasta el final.
Para los que han tenido que soltar. Y, aun así, siguieron caminando en soledad.

SINOPSIS

Una historia sobre los lugares que nos llaman sin saber por qué, sobre los hilos invisibles que nos unen cuando todo parece imposible y sobre lo difícil (y valiente) que es volver a amar cuando ya hemos amado antes.

¿Y si el destino no fuera un lugar sino una persona?

Stana lo dejó todo para seguir un mapa que no había elegido.
Un viaje guiado por sus sueños.
Ciudades desconocidas.
Historias fugaces.
Cicatrices que aún duelen.

Y entonces, apareció él.
Con una cámara, una sonrisa clara…
Y un corazón que guarda más secretos de los que parece.

¿Qué ocurre cuando el destino no te lleva a un lugar, sino a alguien?
¿Y si amar también fuera recordar lo que has perdido… y atreverte a volver a sentirlo?

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. UN SEGUNDO ES SUFICIENTE
2. LA VIDA ES ASÍ
3. DE BLANCO A NEGRO
4. PASO A PASO
5. OJOS BONITOS
6. QUÉ PASARÍA SI…
7. LA JODIDA TARTA
8. SORPRESA
9. UNA MIRIADA DE ESTRELLAS
10. DÓNDE ESTÁ DYLAN
11. LA ALEGRÍA DE UN NIÑO
12. LA FUERZA DE UNA MUJER
13. SUEÑOS QUE NO SE CUENTAN EN VOZ ALTA
14. LOS QUE SE QUEDAN
15. NO ERA SOLO PARÍS
16. LO QUE NO SE DICE
17. UN CHOCOLATE EN PARÍS
18. ALGO QUE SE MUEVE
19. UN LUGAR EN MONTMARTRE
20. NI CONTIGO NI SIN TI
21. UN INSTANTE
22. MEMORIAL
23. EL SONIDO DE LA CALMA
24. ESO QUE SE ESCONDE ENTRE MIRADAS
25. DE MADRUGADA
26. LO IMPORTANTE
27. CON LOS ZAPATOS LLENOS DE NIEVE
28. LO QUE VIENE DESPUÉS
29. NOCHE BUENA CON MIRADAS
30. LO QUE NO ENTIENDO

31. NAVIDAD SIN AVISAR
32. LUGARES QUE NO SALEN EN LOS MAPAS
33. JODIDA NAVIDAD
34. ENTRE TAZAS Y VERDADES
35. LA CLASE DE REGALOS QUE NO ESPERAS
36. DESAYUNOS LENTOS
37. COPAS, PIQUES Y ALGO MÁS
38. ANTES DE IRNOS
39. RESACAS Y SORPRESAS
40. IR Y VENIR CONTIGO
41. COMO SI EL DESTINO TUVIERA MANOS
42. NO ÉRAMOS NADA
43. CAFÉ, LUZ Y LO QUE AÚN NO SABEMOS DECIR
44. IRREVERSIBLE
45. KIÓMETROS, CNACIONES Y VERDADES
46. NO ERA UNA TORMENTA
47. UNA ENTRADA COMO UN TERREMOTO
48. CON LAS MANOS ABIERTAS Y VACÍAS
49. FOTOS QUE NO PEDÍ VER
50. LLORAR EN PRIVADO
51. UNA VERGÜENZA MAL DISIMULADA
52. ESPERÉ Y PERDÍ LA CUENTA
53. CAFÉ AMARGO
54. MENTIRAS Y VERDADES
55. SABOR A INVIERNO
56. EL VIENTO ME ROZABA LOS DEDOS
57. MÁS CERCA Y PEOR
58. LA CHICA QUE AMABA
59. CASAS LLENAS
60. MIRANDO JARRAS DE CERVEZA
61. FUEGOS ARTIFICIALES
62. ESCUCHÉ MI RESPIRACIÓN
63. UN LUGAR
64. VIVIR SIN APOSTAR
65. CAFÉ CON SOMBRAS
66. LLEGÓ LA MÚSICA

67. CIELO INTERMEDIO
68. TU VIDA TIENE OLOR
69. GALERÍA
70. LA PRUEBA
71. EN EL PORCHE
72. PERO NO TAN INCREÍBLE
73. VERSE DE LEJOS
74. EL TELÉFONO SUENA
75. TODOS NECESITAMOS QUE NOS CUIDEN ALGUNA VEZ
76. LA ESCUCHÉ GRITAR
77. HABLAR Y SANAR
78. SENTIRLO
79. NO CONTESTAR
80. HORAS INFINITAS
81. COLÁNDOSE
82. DUELE, AÚN DUELE
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
SOBRE LA AUTORA

A UN SUEÑO DE TI

ESTRELLA CORREA

PRÓLOGO

Tú eras casa en mitad del viaje. Y yo, una maleta a medio hacer.

El primer sueño no llegó la primera noche. Ni la segunda. Fue días después, cuando creía que dormir era solo una forma de esperar a que amaneciera. Pero aquella vez… soñé.

No sabía si estaba en un teatro o en un bosque. Suelo de madera, pero olía a hojas secas. Aire denso, dorado. Cegaba. Y no había techo. El cielo de un azul que escocía mirarlo.

Estaba descalza, con un vestido blanco que flotaba alrededor de mis piernas sin tocarme del todo. Hacía viento y ondeaba. Tenía frío, pero no buscaba calor ni un lugar dónde cobijarme.

Caminé. Entre árboles de papel y butacas vacías. Y a lo lejos, al fondo de una escena mal iluminada, vi una figura. No sabía si era él. Pero el pecho me latía como si lo fuera.

Intenté correr, sin embargo mis pies no respondían. El espacio y el tiempo se estiraban de forma cruel. La figura se alejaba, yo avanzaba, pero no nos acercábamos.

—Es tarde —dijo una voz, sin forma, sin dirección.

No respondí. Seguí andando. Pasé por un pasillo de espejos. Cada uno de ellos me devolvía una versión distinta de mí. Una niña que bailaba, una niña llorando, en otra era más pequeña y lloraba.

Me detuve frente a uno de ellos, uno que se emborronaba, lo toqué con un dedo y se quebró, se rompió en pedazos. No cayó de golpe, sino flotando.

Y el escenario cambió. El mundo giró. Estaba en un parque, al anochecer, había una fuente y una niña desconocida jugando.

—¿Estás perdida? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Te estás yendo —dijo.

—¿A dónde?

—Allí. —Señaló hacia el sol.

—¿Y tú?

—Yo soy quien eras cuando aún creías que todo se podía curar bailando.

Me arrodillé frente a ella. Quise abrazarla. Pero no me dejó.

—¿Y si no sé volver?

—Entonces, sigue.

La fuente detrás de ella empezó a brillar. No con agua, sino con luz, con estrellas.

Y ahí estaba él. O lo que quedaba de él en mí. No se movía. No me hablaba. Pero me miraba.

Sus ojos eran los mismos. No dolía verlo. Dolía saber que no podía tocarlo. Y, aun así, sonreí. Él también.

La niña me tomó de la mano.

—Despiértate —susurró—. Y vuela.

La maleta me mira a medio hacer. Una parte de mí aún espera que algo cambie, que alguien me detenga, pero no hay nadie. Y nada va a cambiar. ¿Cómo hacerlo?

Fuera, la tarde se apaga con lentitud. Ese tipo de lentitud que solo aparece cuando se va a terminar algo importante. Una historia. Un capítulo. Un amor.

—¿Vas a marcharte sin decirme adónde? —Su voz suena cansada. Lleva horas ensayando la pregunta; nos conocemos y ninguna de las respuestas posibles va a servirle. Tiene los brazos cruzados y la mirada medio vencida. No es un reproche, pero tampoco comprensión.

—Es que no lo sé —respondo.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé. Me iré a donde sueñe esta noche.

—¿Y si sueñas con Kansas?

—Pues me iré a Kansas.

No sonríe.

—Esto es una locura.

—Quiero que deje de ser eso mismo. Si me quedo, voy a volverme loca.

No sabe qué hacer con esta versión de mí. La que empaca poco, pero se lleva todo lo que no puede verse.

—Estás escapando.

—No. Estoy buscando. Y eso no es lo mismo.

—¿Buscando el qué?

Me encojo de hombros. Doblo una camiseta con más cuidado del necesario. Como si fuera frágil. Como si yo lo fuera también. Y no es así. He demostrado que renazco de mis cenizas.

—Una parte de mí. O de lo que fui. O de lo que podría ser.

Él se apoya en el marco de la puerta. No entra. Quizá no quiera cruzar del todo esta distancia. O no sepa cómo.

—¿Te vas por él?

—No solo por él. Pero también.

No hay enfado. Solo cansancio. Uno que viene de luchar demasiado tiempo por lo mismo.

—Lo intenté contigo. He estado a tu lado en todo momento —murmura.

—Lo sé. Y te lo agradezco.

—Y aun así te vas. ¿No me quieres?

—No digas estupideces. No podría dejar de quererte aunque quisiera. Y a veces haces méritos.

—No me hace gracia.

—A mí tampoco. —Cierro la mochila—. Quedarme no significa que esté. No estoy, ¿no lo ves?

—Te rindes. No esperaba esto de ti.

—Si me conoces bien, y estoy segura de que sí, sabes que no soy de las que se rinden.

—¿Y el amor? Todos te queremos, no solo yo. —Estoy a punto de llorar—. ¿Dónde queda?

—Aquí —me toco el pecho, justo en el centro—. Me lo llevo conmigo. Algunos solo te enseñan a irte.

—¿Volverás?

—Supongo.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—Promete que volverás.

—Lo haré, pero no sé si será para quedarme para siempre.

Esa noche sueño con un lugar. No es una ciudad exacta. Es otra luz. Una sensación. Una cuerpo que baila. Un cielo distinto. Un idioma que no entiendo, pero que siento.

Al día siguiente reservo un vuelo. El primero de muchos. No porque quiera escapar del amor. Sino porque quiero encontrarlo… Dentro de mí.

Porque hay despedidas que no son un final, sino un permiso y un comienzo.

Porque volar no es solo irse.

Es atreverse a romperse para reconstruirse de nuevo. Es mirar sin miedo, amar sin garantías, sin vértigo y no a cualquiera.

Yo quiero volver a amar con los pies puesto sobre dos puntas de una estrella.

1

UN SEGUNDO ES SUFICIENTE

24 de noviembre de 2016
Manhattan
Nueva York

STANA

La vida puede cambiar en un segundo, sin estallido, sin aviso previo. Aprendí esto aquel día, uno cualquiera, una tarde de borrasca. Los noticieros decían que se avecinaba la tormenta del siglo. Cara y yo escuchábamos al locutor de radio hablar sobre ella mientras íbamos en su coche camino de lo que se había convertido, por fin, en nuestro trabajo a tiempo completo.

Nos conocimos hacía diez años en una prueba para que nos aceptaran en la mejor academia de ballet de Nueva York, Gilda Sets. Desde entonces no nos separábamos y habíamos luchado y sufrido tanto para vivir de lo que amábamos que nos entendíamos a la perfección.

Siempre agradeceré a mi madre que me apuntara a clases cuando era pequeña, a la corta edad de tres años. Por aquel entonces yo no tenía capacidad para entender lo que el baile iba a significar para mí. Mamá me animó. Vio algo en su hijita inquieta, o eso cuenta a familiares y amigos, que yo fui incapaz de reconocer en aquel momento. Pero ella se jactaba del potencial de su hija y de lo que

conseguía ante todos, y los ojos le brillaban mientras hablaba. Se sentía muy orgullosa. Y así comenzó mi viaje, nuestro viaje, porque a este avión al fin del mundo subimos todos, o me los llevé en la mochila. La decisión de Morgan Sullivan moldeó mi vida de una manera que nunca hubiera imaginado.

A medida que crecía y me adentraba en el mundo del ballet, me percaté del enorme regalo que mi madre me había dado. Con los años aprendí no solo a dominar movimientos gráciles y elegantes, sino también a disciplinarme y a perseverar incluso cuando las cosas se ponían difíciles.

Durante las clases, rodeada de mis compañeros y compañeras y el sonido de la música llenando el estudio, era cuando más agradecía a mi madre el haberme dado esta oportunidad.

—Ama el ballet, Stana, encuentra en él una forma de expresión única —me dijo tras tres meses de esfuerzos y rogarle que me cambiara a clases de pintura. Me dolían los pies y hasta me costaba dormir.

Por suerte, no me hizo caso y descubrí un lugar donde poder ser yo misma y dejar que mis emociones cobrasen vida a través de mi cuerpo.

Morgan Sullivan, que había intentado entrar en The Ailey Extensión sin conseguirlo, volcó en mí sus sueños, pero también me transmitió importantes lecciones. Mamá me enseñó a ser valiente, a enfrentar mis miedos y a superar los obstáculos que se cruzaban en mi camino. Ella me dio mis primeras clases en el desván, junto a un baúl que guardaba su tutú y bailarinas como un tesoro, cuando aún casi no había aprendido a caminar.

Lograr entrar en The American Ballet Theatre, una de las compañías de baile más importantes de Estados Unidos, me hizo comprender que esforzarme, levantarme tras caer y no rendirme

nunca, había merecido la pena, y que con trabajo duro y perseverancia, hasta los sueños más lejanos pueden alcanzarse.

Cada paso que daba sobre el escenario del Metropolitan Opera House, en el Lincoln Center for the Performing Arts en Manhattan, era un tributo a mi madre y a todo el amor y sacrificio que puso en mi formación, ocupando su tiempo para que yo me convirtiera en una gran profesional.

—Stana, ¿nos vamos? —me preguntó Cara, mi mejor amiga y también mi compañera de piso.

Recogíamos nuestros enseres en el vestuario tras darnos una ducha y cambiarnos de ropa.

—Voy a ver a Maddox —informé, anudando los cordones de mis zapatillas de deporte blancas, levantándome y cargando mi mochila a los hombros.

—Están cayendo chuzos de punta —avisó.

Cara tenía la piel, el pelo y los ojos muy claros, casi albina, de una belleza extravagante que no pasaba desapercibida, aunque todos la admirábamos por su forma de bailar y de expresar sentimientos a través del movimiento ágil de su cuerpo.

—Me gusta la lluvia. —Sonreí y me levanté.

—Una cosa es caminar bajo unas gotas de agua y otra muy distinta nadar sobre el asfalto.

Me produjo una carcajada.

—Exagerada.

Caminamos hasta la salida y nos detuvimos en el vestíbulo. El sonido de la lluvia y los truenos retumbaban en las paredes.

—¿Exagerada yo? —Se clavó un dedo en el pecho.

—El agua es solo agua. No ácido. —Recordé lo que Maddox decía.

—¿Te espero para cenar?

—No sé a qué hora llegaré. —Mi hermano y yo solíamos entretenernos cuando estábamos juntos con cualquier cosa. Veíamos series, películas, salíamos a dar un paseo e incluso a hacer deporte. Él era aficionado al gimnasio, la bicicleta y el montañismo. Recorríamos los montes de los alrededores cuando los dos teníamos tiempo libre (en contadas ocasiones) y hablábamos de todo. Odiaba que me relatara sus conquistas como si fuera su amigo, aunque lo éramos, pero no había necesidad de entrar en detalles.

Me despedí de Cara con un beso y corrí hasta la boca de metro cubriéndome la cabeza con el gorro de mi abrigo gris. Apreté el paso hasta la esquina de Broadway y West 64th Street. La entrada de la estación estaba adornada con murales coloridos y una marquesina que la indicaba claramente. Descendí por las escaleras con cuidado de no resbalar y caer y me adentré en el subterráneo. Decenas de personas se apresuraban a sus destinos mientras el sonido de los trenes llegaba a mis oídos. No necesitaba seguir las señales, podría haber hecho el trayecto con los ojos cerrados; visitaba tanto a Maddox que él bromeaba con la idea de mudarme con él.

—Eso no ocurrirá jamás. Nos mataríamos porque se me olvidaría la toalla tirada en el suelo o la taza del café sin fregar —bromeaba al respecto. Maddox Sullivan odiaba el desorden y la suciedad y trataba de mantener su pisito de soltero en perfectas condiciones.

—Nunca se sabe cuándo puede entrar una mujer por esa puerta —alegaba, el muy creído.

Me uní a la multitud de pasajeros en el andén y esperé a que el tren se detuviera con un estruendo. Las puertas automáticas se abrieron ante mí, subí y me deslicé hasta un asiento vacío para descansar durante el corto viaje. Miré la pantalla de mi teléfono, que saqué de mi bolsillo, por si mi querido hermano hubiera encontrado una cita de casualidad (podía pasar) y se cancelara la mini reunión familiar.

Yo: Llego en cinco minutos.

Maddox: Ok.

Me quedé embobada durante unos segundos en el fondo oscuro de las ventanas del vagón, aunque el paisaje cambió conforme nos acercábamos al SoHo. Bajé en la estación de Prince Street, en pleno corazón del distrito.

Emergí del metro ante una escena desquiciada. La lluvia caía de una manera torrencial, empapando las calles y a mi persona. Se habían creado charcos en los que se reflejaban las luces de neón de los edificios. Recuerdo una de un color rosa muy chillón que parpadeaba, perteneciente a una galería de arte muy conocida. Mi determinación me impulsó a cruzar la calle a pesar de la adversidad climática.

Comprobé que el semáforo estaba en verde para los peatones, salté a la calzada tras mirar a ambos lados y cerciorarme de que los coches se detenían ante el ajetreo de la gente. Avancé unos pasos, no sé si fueron dos, tres o cuatro, pero el tiempo se detuvo de repente para mí. Las gotas de lluvia se condensaron en el aire, podía ver su forma redonda y su color traslúcido, así como el brillo que las rodeaba. Giré el cuello hacia la derecha, una luz me cegó y distinguí los faros de un coche que se acercaba demasiado rápido. El chillido de los frenos me asustó, el auto derrapó tratando de sortearme,

pero no lo consiguió. El impacto fue tan fuerte que mi cuerpo salió disparado como una bala al salir de un cañón y choqué contra el duro asfalto. No perdí la consciencia de inmediato, pero mi visión fue emborronándose hasta que la realidad se distorsionó, varias personas me rodearon y preguntaban si estaba bien. Recuerdo que una de ellas me dijo que no tratara de moverme, que la ambulancia venía de camino. Quizá fue mi imaginación. Supe que no debía cerrar los ojos, sin embargo, un cansancio que no reconocí se apoderó de cada célula de mi cuerpo y poco a poco perdí la consciencia.

Fue curioso…, porque no me dolía nada y… Me sentía bien.

2

LA VIDA ES ASÍ

20 de diciembre de 2020
Staten Sland
Nueva York

MADDOX

Cuatro años después…
Actualidad…

Te despiertas un día cualquiera y te das cuenta de que algo ya no está. Y de que tampoco volverá. Lo curioso es que todo lo demás sigue igual. Las aceras están donde siempre. El café sabe parecido. Los trenes llegan tarde, los aviones se retrasan, a mamá se le sigue quemando el estofado. La gente sigue viviendo, sin percatarse de que tú ya no sabes cómo hacerlo. Y sonríes, pagas impuestos, arreglas el coche, friegas los platos, regalas flores… como si nada. Sin embargo, por dentro, algo ha cambiado. Y lo sabes, no te empeñas en negarlo, porque todo lo que haces, dices y piensas es una versión distinta de ti.

He aprendido que no todos los adioses se dicen en voz alta. Algunos solo se sienten, dentro, bajo la piel, y se guardan y se carga con ellos para siempre.

—Maddox. —Mi madre llega al salón con dos zanahorias en las manos mientras yo le echo leña al fuego y trato de que no se apague. No vivo aquí, pero paso mucho tiempo entre estas paredes. No me gusta que estén solos—. ¿Puedes ir a recoger a tu padre al centro social? Hace mucho frío para que vuelva andando.

Estoy arrodillado ante la chimenea. Me levanto, sacudo mis manos y pantalones y remuevo la fogata con el atizador para avivarla.

—¿Por qué no se ha llevado el coche? —pregunto, sabiendo la respuesta.

—Ya sabes cómo está con la vida sana. Quería caminar.

Doy un beso a mi madre y cojo las llaves de mi Jeep Renegade de color gris, un SUB compacto con capacidades de todoterreno.

Todos buscamos la forma de superar lo sucedido y la de mi padre fue jugar al dominó y a las cartas en el centro para mayores de nuestro barrio. Mamá hacía comida para todos los vecinos y yo me acostaba con todas las chicas que conocía y me gustaban porque de la que me había enamorado huyó de mí por comportarme como un gilipollas. Ante su ausencia y la de Stana, ocupo mi tiempo con sexo que no me llena más allá de ese momento.

A mi padre le cuesta sonreír, pero lo hace para satisfacerme, no obstante, él también la echa de menos y eso no va a cambiar de ninguna manera.

Sube al coche y se frota las manos, congeladas, haciéndolas entrar en calor.

—He ganado el campeonato. Por eso se me ha hecho tan tarde.

—Enhorabuena, papá. —Acelero y volvemos a casa, una casa vacía desde hace ya demasiado tiempo.

Ninguno de los tres se atreve a adornar el árbol, que yace medio moribundo en una esquina esperando ser revivido y decorado para Navidad. Lo traje hace unas semanas, pero ahí se ha quedado a la espera de que alguien lo atienda. Las casas del barrio llevan luciendo

brillantes desde después de Acción de Gracias, pero nosotros hemos perdido la ilusión porque era Stana la que se encargaba de ello.

Por el amor hacia mi hermana y mis padres, subo al desván y busco las cajas en las que guardamos los adornos, un espacio olvidado y oscuro en lo más alto de la casa. Con cada paso que doy, el polvo se eleva en el aire, suspendido en pequeñas partículas de recuerdos abandonados. La luz apenas se filtra a través de las cuatro pequeñas ventanas, dejando que solo rayos tenues y débiles iluminen el espacio.

Hay muebles cubiertos con sábanas blancas viejas y cajas apiladas que revelan una historia que todos deseamos dejar atrás. El suelo de madera cruje bajo mis pies. Las telarañas se entrelazan en las esquinas y tejen una red de silencio y misterio. Huele a humedad y pasado.

Entre las sombras de una pequeña luz que se enciende tras varios parpadeos sobre mi cabeza encuentro tesoros guardados pero no olvidados, libros sobre ballet, fotografías enmarcadas y cartas escritas a mano.

Meneo la cabeza y me dirijo hasta la pared más al fondo, a la estantería de hierro. Pongo una caja de madera en el suelo y me subo sobre ella para acceder con más facilidad a lo que estoy buscando.

Mamá prefiere callar cuando aparece en el salón y ve lo que hago. El año pasado no pusimos el árbol y casi no celebramos la Navidad, pero este año me propongo que todo vuelva, poco a poco, a la normalidad, aunque Stana no esté.

3

DE BLANCO A NEGRO

25 de noviembre de 2016
Manhattan
Nueva York

STANA

Desperté en una habitación desconocida, rodeada por paredes blancas y luces fluorescentes que iluminaban fríamente el espacio, con la mente nublada y mi cuerpo pesado, atrapada en un sueño interminable. Intentaba recordar cómo había llegado allí, pero solo hallaba fragmentos borrosos de imágenes y sonidos.

Mi estado de confusión y desorientación me desconcertaba. Mis ojos buscaban respuestas a mi alrededor, pero solo encontraban silencio. Mi mirada se posó en una figura vestida de blanco que se acercaba a mí.

—¿Dónde…? ¿Dónde estoy? —balbuceé.

El que supuse que era un médico me miró con compasión en sus ojos y pude sentir el peso de sus palabras antes de que las pronunciara.

—Estás en el hospital, Stana —respondió con calma—. Soy el doctor Bostwick. Has sufrido un atropello y tienes algunas lesiones graves.

Mi corazón comenzó a bombear con fuerza y miré a un lado y a otro. ¿Dónde estaban mis padres? ¿Dónde estaba Maddox?

—Hemos avisado a tus familiares. —Leyó mi mente—. Estás en la UCI. Tus lesiones de las extremidades inferiores son de mucho cuidado, menos mal que el traumatismo craneoencefálico no presenta gravedad.

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras intentaba comprender las palabras del doctor.

—¿De qué tipo de lesiones habla? ¿Podré…? —El miedo se apoderó de mi cuerpo dolorido, como el abrazo de un fantasma oscuro—. ¿Podré volver a bailar? —Mi voz se quebró en el último susurro, temiendo la respuesta.

El señor de pelo claro suspiró suavemente, consciente del impacto que sus palabras tendrían en mí.

—Si quieres, podemos esperar a que lleguen tus padres.

—Dígamelo.

—Está bien. —Respiró—. Lamento decirte esto, Stana, pero las lesiones en tus piernas son severas. Te someteremos a varias cirugías en cuanto la inflamación baje, pero es poco probable que puedas volver a bailar como solías hacerlo.

Mis manos se aferraron a las sábanas, sintiendo que mi mundo se desmoronaba. Las lágrimas caían por mis mejillas y morían en la almohada, como yo, incapaz de procesar la devastadora realidad de mi situación. Mi pasión, mi vida entera, se había visto arrebatada en un solo instante.

—No puede… No puede hablar en serio… —Hipé—. Mis piernas… El ballet… —musité con voz entrecortada.

Mis padres, Maddox y Cara entraron en ese momento y rodearon la cama en la que yo desaparecía. Mamá colocó una mano sobre la mía y trató de reconfortarme, ofreciéndome un consuelo silencioso e imposible.

—Entiendo lo difícil que esto puede ser para ti. Pero quiero que sepas que eres muy afortunada. Que estés viva ha sido todo un milagro —terminó Bostwick, se despidió de todos y se marchó, dejándonos solos.

—Mamá… —Fue más una súplica que una llamada. Ella me salvaría, como siempre había hecho, sin embargo, sus ojos claros se volvieron de un negro muy intenso.

—Lo superaremos —anunció mi padre a los pies de la cama.

—Hay otras formas de encontrar la felicidad, Stana —informó mi madre que me conocía mejor que ninguno de ellos y sentía el mismo amor que yo por el ballet. Ella sabía lo que significaba para mí y que no era nadie sin bailar.

—Estaremos aquí para apoyarte en tu recuperación —animó mi padre.

Sus palabras se desvanecían en mi mente como el humo de una pequeña hoguera esparciéndose por el inmenso cielo. Me sumergí en un mar de emociones negativas y repugnantes y me negaba a enfrentarme a la nueva realidad.

Mis padres salieron a hablar con el médico y Maddox y Cara se quedaron conmigo. Mi hermano se acercó a un sofá que ocupaba el rincón de la izquierda y me observó durante unos segundos.

—No hay nada que puedas decir para que me sienta mejor —solté a un hermano que se alegraba de que su hermana hubiera salvado la vida.

—Por eso no he hablado aún. —Se frotó la cara con las dos manos. Cara seguía en silencio.

—Mi vida se ha acabado, Maddox. ¿Qué voy a hacer sin el ballet? —Gimoteé.

Él deshizo la distancia que nos separaba y tomó asiento a la orilla de la cama, me agarró de la mano con cariño y se comportó como mi hermano mayor, el mismo que me limpió la herida cuando me caí de un columpio y me llevó hasta casa en brazos mientras lloraba porque dolía y porque mamá se enfadaría; su hija de cuatro años no debía arriesgar su prometedor futuro jugando a cosas de niños.

—El médico no ha dicho que no puedas volver a bailar. Suelen ponerse en lo peor basándose en la generalidad del ser humano, pero tú eres especial y siempre has logrado lo que te has propuesto. —No lo culpaba de tratar de alentarme, aunque en ese momento nada lo haría. Mi pasión más profunda se había convertido en inalcanzable y nadie me convencería de que debía de buscar nuevos caminos y que un abanico de posibilidades se abría ante mí.

—Reinvéntate a ti misma —me dijo mi padre, dos meses después de aquel fatal accidente que cambió mi vida para siempre, frente a mí, con los brazos en jarra y visiblemente cabreado en el salón de casa.

4

PASO A PASO

24 de enero de 2017
Hospital Presbiteriano
Nueva York

STANA

—Esto no va a servir para nada —dije a mi hermano, que me había acompañado a mi primer día de rehabilitación. Estaba postrada en una silla de ruedas, mi mejor amiga desde hacía más de ocho semanas. Cara también nos había acompañado. Pensaron que entre los dos me convencerían para que no saliera corriendo el primer día tras varias operaciones en los tobillos y las rodillas. ¿Salir corriendo? Casi no podía ponerme en pie. El dolor era insoportable, como yo, que me convertí en un ser ruin, desagradecido e insufrible.

Maddox suspiró y se levantó del sillón en el que se había acomodado y compartió con Cara una mirada que me desagradó.

—Venga, Stana, ¿quieres volver a tu vida normal? Hay que seguir las recomendaciones del doctor Bostwick.

—¿Mi vida normal, Cara? ¿Podré volver a bailar?

—Con esta actitud seguro que no —soltó con crudeza. Me lo merecía, ojo. Todos sabíamos que tratarme entre algodones no servía y que tenían que cambiar de táctica, no obstante, mi enfado con el universo era tan grande que me había cegado yo misma y no veía la ayuda que todos me ofrecían.

—¿Qué sabrás tú? Sigues bailando, sigues triunfando, sigues haciendo tu vida. Tú no estás impedida en una silla de ruedas. Subes todos los días al Metropolitan Opera House.

Ella bufó, hundió los hombros y se levantó.

—Voy a por café. —Se marchó y Maddox me atravesó con sus bonitos ojos.

—Cara no se merece que la trates así. Ni yo tampoco, ni mamá ni papá. Hacemos lo que podemos para ayudarte.

—No podéis ayudarme. Nadie puede.

—Hay una persona.

—¿Quién? —cuestioné, toda bravuconería.

Descruzó los brazos y dio un paso hasta mí.

—Tú, Stana. Nadie más puede ayudarte.

—Difiero en esto último. —Un chico de pelo oscuro, tez morena, alto, delgado y ojos claros, vestido con un uniforme blanco, nos interrumpió. Ambos nos quedamos observándolo en silencio y se presentó—. Soy Dylan Hagen, el fisioterapeuta que se ocupará de Stana durante los próximos meses. Tú debes de ser Stana. —Vino hasta mí y me ofreció la mano—. Vaya, la fuerza en las extremidades superiores no la has perdido. —No supe si bromeaba. Después se dirigió a Maddox—. Tranquilo. Puede marcharse. Terminaremos en dos horas. La deja en las mejores manos. —Desde luego, el tal Dylan se lo tenía muy creído.

Mi hermano se marchó y Dylan agarró mi silla y la empujó por un pasillo muy largo repleto de luces y puertas a ambos lados.

—Es tu primer día —comenzó una conversación que no me apetecía.

—Si eres tan bueno en tu profesión, deberías saberlo —comenté sin ganas.

—Confío en mis habilidades y mis manos, no en los informes que otros rellenan. Prefiero asegurarme para concretar cómo actuar con cada nuevo paciente.

Unas puertas automáticas se abrieron al acercarnos y entramos en una sala de rehabilitación con paredes decoradas en tonos azules suaves tratando de crear un ambiente acogedor que a mí me pareció un sinsentido. Escuché una música de violín, también intentando crear una sensación de calma y serenidad.

Esto es una pérdida de tiempo.

—Es normal que estés nerviosa. —Detuvo la silla ante una variedad de equipos y dispositivos especializados para terapia física y ocupacional—. Pero debes saber que no te haré daño, aunque sentirás dolor en algunas ocasiones. Debemos ir estudiando tus límites.

Las camillas y mesas de tratamiento nos rodeaban junto a los profesionales que trabajaban con otros pacientes, ayudándoles a fortalecer sus cuerpos y recuperar su funcionalidad.

Dylan cogió una silla y la colocó frente a mí, así como una sonrisa tranquilizadora y amigable.

—Necesito conocer varias cosas sobre ti antes de comenzar. ¿Te parece bien que hablemos un rato?

—Ya lo hacemos.

Él sonrió y se rascó la ausente barba de su mentón.

—Estás nerviosa. Hasta aquí estamos de acuerdo. —Pronto se percató de mi desidia y falta de ganas por estar allí—. Comenzar la rehabilitación puede ser desafiante, pero no debes tener miedo.

—No tengo miedo.

—Eso está bien. Cuéntame qué te pasó.

—Un coche me atropelló. Este es el resumen. Varias operaciones que ya habrás estudiado, mi mundo se derrumbó y aquí estoy, frente a un desconocido que cree que puede salvarme. ¿Eres un superhéroe?

—No lo soy, para mi desgracia —comentó con una evidente y exagerada mueca de decepción—, pero sé que puedo ayudarte.

—¿A qué? ¿Conseguirás que todo vuelva a la normalidad y que vuelva a bailar profesionalmente?

—Vale. Ese es tu objetivo. ¿Qué te parece si trabajamos juntos para conseguirlo? —Me trataba con una condescendencia que me hizo explotar.

—¿Conseguirlo? ¿Crees que conseguiré volver a bailar en el Lincoln Center solo porque tú me trates? ¿Haces magia? ¿Tienes una varita mágica? ¿Eres Dios?

Estaba enfadada con Dios por haberme hecho aquello.

—No, pero soy el mejor en mi trabajo y tienes que confiar en mí. La recuperación será más complicada y menos efectiva si no lo haces. —Miré hacia otro lado, hastiada.

Me fijé en un rincón de la sala donde un niño de unos diez años realizaba actividades para mejorar sus habilidades motoras y funcionales. En palabras prácticas, aprendía a caminar de nuevo.

Dios tampoco te tuvo en cuenta.

—Se llama Jacob y tuvo un accidente de tráfico. Su padre falleció en el acto. Su madre ahora cuida sola de él. La conocerás. Viene una vez a la semana a ayudarle a realizar algunas actividades. Aquí también curamos el daño emocional. Somos una pequeña familia.

—Lo siento. Siento lo que le ha ocurrido, pero eso no hace que me sienta mejor.

—No es lo que pretendo. Vamos a ir paso a paso. Sin grandes pretensiones a corto plazo. Nuestro primer objetivo será que te pongas en pie y te mantengas unos segundos sin tambalearte. Con equilibrio. La terapia en principio será manual.

Miré sus grandes manos y robustos dedos que, a pesar de esto, parecían delicados.

—¿Te sentirás cómoda con eso? —¿Se refería a que me tocaría? Lo daba por hecho.

—¿Tengo otra opción?

—Siempre tenemos opciones. Puedes llamar a tu novio y volver a casa, pero… A la larga, esa silla, suele ser bastante incómoda. Es más, si no te levantas pronto de ella, tu espalda, hasta ahora en buenas condiciones, te dará muchos problemas.

Lo medité. Ya bastaba de quejarme. Quería ponerme bien, deseaba bailar sobre los mejores escenarios, soñaba con volver a convertir el ballet en mi vida.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea para recuperarme. —La determinación con la que había crecido se abrió paso ante mí y recordé la persona que solía ser, esa que superaba las adversidades.

—Eso quería escuchar.

5

OJOS BONITOS

18 de febrero de 2017
Hospital Presbiteriano
Nueva York

STANA

—¿Cómo está hoy mi paciente preferida? —Dylan caminó hasta mí por el pasillo ya conocido hasta la sala de espera con la misma sonrisa de siempre. Ese chico no se cansaba. Su vitalidad debía contagiarme, pero aún era demasiado pronto para borrar de mi mente lo que había ocurrido y lo que había cambiado mi día a día. Ahora se basaba en hacer rehabilitación mañana y tarde, leer, ver películas con Maddox y salir a comer de vez en cuando también con mi hermano y con Cara.

—Está más animada. —Habló mi sombra por mí.

—El habla la tengo intacta —resollé molesta.

—No me cabe la menor duda —respondió Dylan ya agarrando la dichosa silla y empujándola—. Hasta luego. —Se despidió de Maddox —. ¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta? —soltó de camino a la sala celeste.

—¿Otra? —Durante las semanas anteriores me había sometido a cuestiones que no venían a cuento. Sospechaba que solo intentaba distraerme para que no pensara en mi dolor, pero algunos pinchazos

agudos me hacían hasta gritar. Llevaba una placa y varios tornillos en uno de los tobillos.

—Maddox tiene el cielo ganado contigo. Debe quererte mucho. —No le veía la cara, no obstante, podía imaginármela. Su sonrisa torcida e intrépida debía cruzarle el rostro evidenciando su dentadura blanca y perfecta.

—Eso no es una pregunta, sino más bien una observación.

—¿Y me equivoco?

—Maddox me quiere tanto como yo a él —respondí entrando en el gran habitáculo. Jacob me saludó agitando la mano desde unos metros y también sonrió.

—Ya tienes un admirador. —Observó deteniendo la silla junto a unas colchonetas de color rojo. Se fijó en mi ceño fruncido—. A Jacob le gustas. Alguien va a ponerse muy celoso.

No supe a qué se refirió con esto último y le pregunté qué tocaba hoy.

—¿Vas a estrujarme la pelvis como la última vez? —Llevaba un chándal de color beis; ropa cómoda por funcionalidad. Hacía meses que no me preocupaba por mi vestimenta. Maddox me obligó a ponerme un vestido hacía dos días para ir a cenar a un buen restaurante.

—Deja de quejarte. —Se colocó delante de mí—. Vamos a levantarte y te tumbaré ahí. Espero que no te quedes dormida. —Puse los ojos en blanco y lo ignoré.

Dylan me agarró por debajo de las axilas y me puso de pie pegada a su cuerpo. Olía muy bien, no había conseguido descifrar su perfume, pero me encantaba, aunque jamás se lo reconocería. Se

intuía a leguas que era un poco creído y no podía reprochárselo (que ni tenía por qué), pero las enfermeras y celadoras se paseaban por allí para saludarlo y charlar con él. Las mujeres sabemos cuándo otras desean que un hombre les pida una cita y todas ellas pretendían eso mismo. No me importaba, solo me preguntaba cuándo tendría yo una, quién iba a querer salir con una lisiada y eso me entristecía. Fui cruel. Conmigo y con los demás.

Me miró a los ojos y sonrió. ¿Cuándo no sonreía ese chico?

—Tienes los ojos muy bonitos. ¿Nunca te lo han dicho?

—Varias veces. Tú también —acepté en voz alta—. Y supongo que te lo dicen a menudo. —No estábamos ligando ni mucho menos. El tono distaba mucho de eso.

—Lo cierto es que sí. ¿Estás preparada? —Asentí—. Adelanta el pie derecho y después el izquierdo. No voy a soltarte.

—Faltaría más —ironicé.

Volcó levemente los ojos y me llevó hasta las colchonetas, donde me ayudó a tumbarme boca arriba.

—¿Estás cómoda?

—Preferiría estar en mi casa.

—Y yo en una isla del Caribe bebiendo mojitos, pero tengo que trabajar con una chica a la que todo le parece mal. —Bufé—. Vamos despacio. Flexionaremos las rodillas, pero antes calentaremos los músculos.

Llevó sus manos hasta mis muslos y los masajeó de arriba abajo con maestría. Un cosquilleo se instaló en mi estómago y me recorrió

hasta mi sexo. Tragué con dificultad y los brazos se me tensaron. Dylan se dio cuenta enseguida.

—Relájate. No voy a partirte en dos.

Pues estoy plantándome que no sería tan mala idea.

Mi pervertida y asolada mente ardió por completo, así como mi cuerpo. Hacía seis meses que no me acostaba con nadie, ni siquiera mantenía sexo conmigo misma.

Este chico no me gusta. Solo es falta de sexo.

—¡Ay! —me quejé cuando hizo mover mi tobillo derecho.

—¿Aún hay dolor?

—No. Solo ha sido una molestia, pero me ha cogido desprevenida. —No pensaba decirle que mi mente había viajado a una habitación de un hotel en el Caribe, el mismo en el que él se hospedaba con el mojito en la mano, y que lo había soltado para abrirme las piernas y pasar su lengua por mi monte de venus.

Me encogí por dentro y temí que la humedad se notara entre mis piernas y se reflejara en el maldito chándal beis.

—Stana, tienes que concentrarte. Estamos aquí. —Me regañó. Era la primera vez que lo hacía—. Necesito que estés pendiente a mis movimientos y me avises si te presiono.

¿Él necesita? Yo necesito echar un polvo.

Seguía muy cabreada, pero una luz se atisbó al final del túnel en el que me había metido al notar algo ahí abajo, muerto desde el accidente. Sabía que este no había hecho mella física en mi capacidad para practicar el sexo, pero sí psicológica. Mis ganas y mis

fuerzas se concentraban en volver a bailar. Lo demás no me importaba.

Dylan seguro que folla todos los días. ¿Tendrá novia? No creo. Un tío así se tira a quien quiera cuando quiera.

—Stana, te estoy hablando —insistió.

—Eh… Sí. Perdona, hoy he dormido muy poco.

—¿Te ha dolido más de lo normal? ¿La espalda te ha molestado?

No podía mentirle más o se preocuparía y cambiaría los ejercicios a otros inadecuados.

—No, no. Estoy un poco aburrida.

—¿Cuál es tu día a día?

Intentar no querer morirme.

—Leer, ver pelis y series, charlar con mi familia. —*Quejarme, odiarme, odiar el mundo…*

—¿No sales a dar paseos? El aire fresco te despejará la mente.

—Salgo con Maddox. El sábado me llevó a un buen restaurante. —Le cambió el semblante cuando le dije esto. No sé. Arrugó la nariz —. ¿No debo salir por la noche? —pregunté, agobiada por si hubiera cometido un error y mi rehabilitación se retrasara.

—Es estupendo, pero no puedes hacer movimientos bruscos.

—No sé a qué movimientos te refieres. No es que salga a bailar — ladré, con un dolor punzante en el pecho.

—Vamos a empezar con los ejercicios.

6

QUÉ PASARÍA SI…

23 de febrero de 2017
Hospital Presbiteriano
Nueva York

DYLAN

No trabajaba con Stana todos los días. La veía dos, a veces tres veces por semana, dependiendo de sus avances, de su estado de ánimo o del mío. Pero cuando no lo hacía, cuando pasaban más de cuarenta y ocho horas sin cruzarme con sus ojos o sin corregirle una postura, me daba cuenta de que la echaba de menos. No era una ausencia escandalosa. Era algo sutil. Un hueco se hacía en mi jornada laboral que no se llenaba ni con las risas y charlas compartidas con mis compañeros. Y eso me incomodaba; mucho.

Me llamaba la atención su desgana, lo poco que parecía importarle el proceso. Su cuerpo respondía, pero su mente se quedaba detrás. No tenía compromiso con la rehabilitación, o creía que era una una obligación ajena, no una elección propia. Y no era desinterés real. Lo sabía. Lo había visto demasiadas veces para no reconocerlo. Esa chica no era indiferente a nada. Fingía. Jugaba a ser alguien que ya no quería lo que perdió, y rezaba para que así el duelo doliera menos.

Lo más curioso era su indiferencia hacia mí. O eso aparentaba. Yo sabía leer a la gente. Era parte del trabajo, pero también de la vida que había llevado antes. Y ella… no me miraba como los demás pacientes. Me escuchaba sin asentir. Me observaba sin buscar

aprobación. No se fiaba del todo, y aun así, no se alejaba. Me parecía fascinante.

Y, sinceramente, no es que me afectara que no se fijara en mí como hombre. No solía importarme eso. Estaba acostumbrado a que las mujeres me buscaran, a que los límites entre el interés profesional y el personal se diluyeran con facilidad. Mi cama tenía más historias que mi sofá.

Pero con ella no era igual.

Había algo distinto. Una pregunta que se me colaba en el estómago cada vez que nos despedíamos: ¿Por qué no le gusto? ¿Por qué no me ve?

Y la respuesta me mordía un poco. No porque necesitara que lo hiciera. Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, me importaba.

Stana era una mujer que había dedicado toda su vida a una única cosa. Había entrenado más horas que nadie. Había hecho sacrificios que otros no entendían. Y había llegado. Tocó la cima con los dedos. Brilló. Y luego… en un segundo… se apagó.

Podía haber muerto aquel día. Lo sabía. Y aunque jamás lo dijo, aunque nunca lo confesara con palabras, había algo en su forma de cerrar los ojos y de abrirlos, de tratar de caminar sobre sus propios pasos rotos, que me hacía pensar que, a veces, una parte de ella habría preferido que todo terminara entonces.

Y eso… eso me dolía. Porque yo empezaba a imaginarla viva. Aquí. Conmigo. Incluso aunque ella aún no supiera que quería quedarse

—Dylan, ¿va todo bien? —Dorothy se sentó frente a mí en la sala de descanso de los sanitarios y dejó un café junto a mi mano.

La habitación no tenía nada especial. Un lugar pequeño rectangular, con las paredes de un blanco amarillento. En una esquina, una cafetera industrial, una bandeja con sobres de azúcar abiertos a medias, cucharillas de plástico, tazas desparejadas y una caja de galletas sin tapa.

—Sí… Es solo… Estoy preocupado por Stana Sullivan. Creo que necesita ayuda psiquiátrica.

Detrás de ella había un sofá viejo. Gris, hundido en el centro, con una manta doblada que nadie usaba, pero que tampoco se recogía. Sillas incómodas, informes y botellas vacías sobre mesas flacas.

—Habla con el doctor Green. Él la valorará. —El timbre del microondas zumbó sobre la encimera, junto a un frigorífico que cerraba con dificultad. Al abrirlo, uno se encontraba con fiambreras marcadas con nombres escritos a rotulador, yogures a punto de caducar y una botella de vino espumoso que nadie se atrevía a tirar.

—Es muy complicada. —En una pared, un corcho lleno de notas, recordatorios, dibujos de hijos, sobrinos y pacientes que rezaban: *Feliz cumpleaños Martha. Te quiero, doctor Lea. Feliz Navidad.*

—Hay que entenderla. ¿Qué pasaría si no pudieras volver a dedicarte a esto? —me preguntó con voz anodina.

La puerta se abrió y cerró con fuerza al fondo.

—Buscaría otras cosas que me hicieran igual de feliz.

—No todos somos como tú.

Suspiré y me retrepé en la silla.

—No estaría mal que la viera salud mental. Me da la impresión de que no le importaría estar muerta.

—Eso puede ser un pensamiento pasajero y hasta comprensible. Pero hay que tratarlo.

—Ha pasado demasiado tiempo desde el accidente.

—Depende de cómo se mire. —Cogió el teléfono del bolsillo de su pantalón blanco, como el mío, toqueteó la pantalla y me la puso delante de los ojos—. Stana Sullivan tenía una gran carrera por delante.

Solo era una foto, pero el cuerpo de Stana parecía moverse y flotar sobre un escenario con fondo oscuro, esbelto y grácil. Sus brazos se extendían hacia el cielo con elegancia, acariciando el aire, mientras sus piernas se alzaban sin terminar nunca. Bajo esas mallas blancas se distinguía cada músculo y me di de bruces yo también contra la cruda realidad. Stana Sullivan no era la misma persona. La chica de esa foto no era la que yo había conocido, ni siquiera físicamente, sin embargo, esto solo me alentó más a ayudarla y, si no lograba volver a ser esa bailarina de ballet, al menos sería feliz.

—Por tu expresión, deduzco que no sabías quién era —expuso, y guardó su móvil.

—No la había visto así, si a eso te refieres.

—Dylan. —Se acercó a mí unos milímetros—. ¿Te ha impresionado su cambio físico y te preocupas, o esa chica te gusta?

Fruncí el ceño y achiné los ojos para dejarlos caer sobre los de ella.

—No tienes ni que contestar. Los dos sabemos que el cambio físico ya lo imaginabas. Las personas cambian, nuestros pacientes

no son quienes eran. —Se levantó y se marchó.

¿Esa chica me gustaba? En absoluto, solo era una paciente más. Mi favorita por el reto al que me enfrentaba con ella. Y, además, tenía novio. Un chico agradable que se preocupaba por ella, la acompañaba casi todos los días y se querían. ¿Qué importaba si me gustaba? Jamás me metería en medio de una relación y mucho menos si funcionaba.

—Mierda —masqué, empujé la silla hacia atrás haciendo un estruendo y Anne se fijó en mí.

—Dylan, estaba buscándote. La señorita Sullivan está ya en la sala de espera.

—Gracias. Iba hacia allí —informé.

—Me preguntaba… —Anna me detuvo—. ¿Quieres salir a tomar algo tras el turno? Hay una cafetería aquí cerca que prepara unas tortitas…
—Tal vez en otra ocasión —zanjé y me fui.

***

Me alegraba ver a Stana, así que la sonrisa me salía sola, sin tener que fingirla. Aquel día la acompañaba Cara, su mejor amiga por lo que me había contado, y le propuse quedarse con nosotros y ayudarnos en la sesión. A ella le pareció una gran idea.

—Stana, ¿te parece bien? —le consulté a mi paciente.

—Será divertido… —dijo con tono mundano, tratando de dar a entender que le daba totalmente igual.

Nos dedicamos a pedalear en una bicicleta y hacer estiramientos sobre la colchoneta para terminar. Cara me cayó bien. Me pareció

una chica con las metas muy claras y muy tenaz. Se acercó a mí cuando rellenaba un informe al terminar y Stana se entretenía hablando con Jacob, que ya caminaba y se lo contaba. Observé cómo ella se alegraba y le daba un abrazo.

—Dylan, quería darte las gracias en nombre de todos. Sabemos que Stana no es fácil de sobrellevar…

—Tranquila. Estoy acostumbrado. Y… Me cae bien. Entiendo por lo que ha debido pasar.

—Ella no es así. Me refiero a que esta no es Stana. Ella siempre sonreía, se divertía, nos ayudaba a todos, estaba pendiente de que fuéramos felices, trabajaba quince horas diarias, el ballet le apasionaba… —Suspiró—. Aún le apasiona… ¿Crees…? ¿Crees que volverá a bailar?

—No lo sé, Cara. Solo sé que el ser humano es extraordinario y si alguien puede lograrlo, es ella.

Torció el gesto en una sonrisa apacible y satisfecha y nos despedimos.

—Hasta el miércoles —les dije.

Las vi perderse cuando las puertas automáticas se cerraron y mi mente se nubló con la imagen de Stana en aquella foto. ¿Volvería a ser esa mujer?

7

LA JODIDA TARTA

11 de marzo de 2017
Staten Sland
Nueva York

MADDOX

—¿Seguro que no sabe nada? —Mi madre estaba preocupada por si Stana nos hubiera escuchado hablar a hurtadillas sobre la sorpresa que llevábamos una semana preparando.

—Seguro, mamá —declaré cansado. Repetía lo mismo cada día desde que Cara y yo planeamos celebrarle el cumpleaños a mi querida e insoportable hermanita—. Voy a recoger a Cara y buscamos la tarta.

—¿Y quién está con Stana? —Preparaba bandejas con aperitivos sobre la encimera de la cocina.

—La ha llevado papá. —A veces me preocupaba sus faltas de memoria, pero el médico al que se lo había comentado dictaminó que eran despistes por todo lo que estaba pasando mi hermana. Mi madre lucubraba un futuro prometedor para Stana y le estaba costando casi tanto como a ella aceptar lo que había ocurrido.

—Es verdad —susurró y siguió con su tarea. Le di un beso y me despedí de ella.

—Stana llega sobre las cuatro. Los invitados estarán aquí desde las tres y media. Cara y yo también. —Le recordé.

—Sí, sí… —Cogió el bote de mermelada y la dejé embadurnando unas galletas que ella misma había horneado.

Detuve el coche en la puerta de la casa de Cara y le di un toque al móvil. Salió dos minutos después, caminó hasta abrir la puerta con ese movimiento tan peculiar de ella, levitaba, con un abrigo que no escondía su esbelta figura, se sentó a mi lado y me regañó.

—Llegas tarde. Al final eres tú el que estropea la sorpresa —indicó, reprochándome la de veces que le había avisado para que no metiera la pata cuando hablaba con mi hermana. Se lo contaban todo, o casi todo, y le había costado horrores mantener la boca cerrada.

—Solo diez minutos y he estado ayudando a mi madre.

Torció el gesto y sonrió.

—Qué mono eres. —Se incorporó, puso su mano sobre mi pierna y me dio un pico—. Me encanta que ayudes a tu madre. ¿Habéis hecho chocolate?

Asentí, arranqué y aceleré. Cara y yo llevábamos tonteando desde unas semanas después del accidente de Stana. Fue casualidad. Me había fijado en ella antes, por supuesto; su atractivo no me pasaba desapercibido, pero la veía como esa amiga de mi hermana pequeña, la chica con la que salía Stana y con la que estudiaba, con la que decidió compartir piso y a la que le importaba más bailar que los chicos, así que jamás pensé en la posibilidad de que entre nosotros hubiera algo más, hasta que empezamos a pasar tiempo juntos y nos unimos en la misma causa: ayudar a Stana y tratar de entenderla.

—¿Por qué has comprado la tarta en una pastelería de la Quinta Avenida? Hay decenas en tu barrio —dije con tono quejicoso.

—Porque es la preferida de Stana. Nos pasábamos muchas tardes tras salir de los ensayos a comprar pastelitos de menta.

—Mi madre nos los dio a probar cuando éramos pequeños y mi hermanita se relamió los dedos. Desde entonces, los prueba allá donde va. —Rememoré.

—Ni que lo digas. Me hizo patearme media Carolina del Sur buscándolos. No paró hasta encontrarlos. Es concienzuda.

—Eso hará que supere esto… —comenté, pensando en lo que había avanzado en su recuperación en tan poco tiempo.

—Dylan la está ayudando mucho. Y, además, es muy guapo.

—No sé en qué podría ayudarle eso —solté, sin esconder (porque ni yo me percaté) mi tonito de envidia.

—¿Estás celoso? —La ignoré—. Me refiero a que le gusta.

—¿A Stana? Ni de coña.

—¿Por qué? Dylan es muy guapo, simpático, agradable, parece un buen tipo, trabajador y le gusta viajar, como a ella. Tienen mucho en común.

—¿Cómo sabes tú todo eso? Deberías salir tú con él. Parece que te gusta. ¿Por qué no le pides una cita?

Cara soltó una carcajada y me cabreó más si cabía.

—Eres muy mono, en serio. Te jactas de que eres un alma libre. Te aseguras de dejarme claro y de que comprenda, esto fue muy

gracioso, que no tenemos nada serio, pero te comportas como un novio celoso cuando hablo de los atributos de otro tío.

—No somos novios.

—Eso está claro, por eso quizá le pida a Dylan que salgamos a tomar algo este fin de semana —reveló, seria.

—Perfecto. —Agarré el volante con fuerza hasta blanquear mis nudillos y no conversamos en todo el trayecto que duró recoger la tarta hasta la jodida Quinta Avenida y su jodido tráfico y volver a Staten Sland, donde teníamos que fingir que todo iba de maravilla y no había ocurrido una tontería hacía media hora ni un desastre hacía dos meses y medio, cuando la besé dentro del mismo coche testigo de nuestra primera (no) disputa como (no) pareja. Yo huía de las relaciones serias; no iban conmigo. Prefería vivir sin responsabilidades de ese tipo y sin tener que dar explicaciones a nadie. Aún era joven para comprometerme con una mujer para el resto de mi vida y, aunque Cara era perfecta, no deseaba hacerle daño y preferí que supiera desde el primer momento cuáles eran mis intenciones. Tras el primer beso que le di (porque fui yo el que me lancé) cuando agradeció que la acercara a casa al salir del hospital, la llevé a mi piso del SoHo y nos acostamos. A los dos nos sorprendió lo bien que congeniamos en la cama y decidimos repetir, y así hasta aquel instante en el que Cara saludaba a mi madre con un abrazo y yo cargaba con la tarta detrás de ellas.

—Habéis tardado. Por suerte, van a salir un poco más tarde de la rehabilitación. Tu padre ha llamado.

Pasé al salón y encontré a nuestros vecinos, algunos compañeros de ballet de Stana y a Roxana, la mujer que cuidaba de nosotros cuando éramos unos enanos y mamá y papá salían a cenar y al cine. Mi hermana tenía pocos amigos porque había dedicado su tiempo y su vida al baile y todo rondaba en torno a eso.

8

SORPRESA

11 de marzo de 2017
Staten Sland
Nueva York

STANA

—Papá, puedo sola —me quejé cuando trató de ayudarme a bajar del coche frente al garaje de casa.

—El suelo está húmedo, a ver si vas a resbalar. —Por esas fechas ya caminaba ayudada por unas muletas si el recorrido no se alargaba.

Sujeté la puerta y me puse de pie. No me costó llegar al porche ni subir los escalones, aunque lo hice muy despacio. La luz estaba apagada y eso me extrañó, se encendió cuando él introducía la llave en la cerradura. El vestíbulo nos recibió en silencio.

—Tu madre habrá salido —comentó, sin embargo, cuando pisamos el salón, el grito de varias voces me asustó.

—¡¡Sorpresa!! —chillaron todos al unísono.

—Pero… —Me quedé de piedra. Por un instante ni supe por qué se encontraban allí; me lo aclaró un cartel que colgaba de la pared del fondo en el que podía leerse feliz cumpleaños. Me obligué a sonreír, dar abrazos y las gracias por la fiesta inesperada, pero no me apetecía en absoluto celebrar nada, aún me quejaba por los

hechos acontecidos y por mi maldita mala suerte. Un segundo antes o después al cruzar aquel paso de cebra y yo seguiría bailando con la mejor compañía de Estados Unidos sobre los mejores escenarios del mundo.

—Sé amable con los invitados. Han modificado sus planes para poder estar aquí —me pidió Maddox, susurrándome al oído al darme un beso.

—Esto ha sido idea tuya —le endosé la responsabilidad.

—Y de Cara.

Mi amiga también llegó a saludarme y se pegó a mi hermano. Se habían convertido en uña y carne.

—Los globos venían defectuosos —informó mi amiga, supongo que alegando que ella no tenía la culpa de que estuvieran medio vacíos. Cara siempre perfeccionista, como en el ballet. Este último pensamiento hizo aflorar todo lo malo en mí, pero escondí mi mierda en lo más profundo de mi ser y dije:

—Está bien.

Tomamos asiento alrededor de la mesa, yo no podía estar de pie mucho rato, merendamos, recibí los regalos, me cantaron *Happy Birthday* y soplé las veintidós velas. Debí fingir estupendamente porque mis padres sonreían y se dieron un beso en la cocina; los vi desde lejos, porque seguía sentada en el sofá del salón.

—Venga, vamos fuera. Hay una última sorpresa —me arengó mi hermano, que llegó con la silla de ruedas. A su lado, Cara.

—¿Otra sorpresa? —Alcé las cejas.

—La última. —Mi amiga aplaudió—. Va a gustarte.

—Como sea como esta… —murmuré, pero me levanté y me acomodé en la silla. Maddox me llevó hasta el porche trasero donde ya esperaban todos, más… otro invitado nuevo que se acercó a mí con una sonrisa y un regalo en la mano.

—Felicidades —dijo Dylan, al que casi ni reconocí vestido con un vaquero azul, una camiseta gris y chaqueta de cuero negra. Estaba muy guapo. Me dio el paquetito cuadrado y un beso en la mejilla que no me esperaba.

—Eh… Gracias —vacilé.

—Ábrelo. Espero que te guste. Lo vi y me recordó a ti.

Un gusanillo se removió dentro de mi estómago. ¿Qué sería aquello que encontró y le hizo acordarse de mí? Lo desenvolví con tino. Una caja oscura cuya tapa despegué. Dentro, una bola del mundo de cristal, como las de navidad, pero con un globo terráqueo dibujado sobre las transparencias, y dentro del agua, cuando la movías, bailaban un centenar de estrellas.

—El mundo en tus manos… —susurré, recordando lo que habíamos hablado.

—Es una metáfora. El universo en el núcleo de la tierra. El universo en nosotros mismos —explicó ante los rostros atónitos de Maddox y Cara.

—Un poco enrevesado, ¿no? —preguntó mi hermano, sin entender de qué hablaba el fisio.

Pero Dylan me miró y sonreímos. Nosotros sí lo entendimos a la perfección. Unos días antes mantuvimos una conversación trascendental sobre el universo, el ser humano y la corta trayectoria de la vida.

—Es precioso —anoté.

—¡Chicos! —mi madre dio una voz.

—La sorpresa —destacó Cara.

—¿No eras tú la sorpresa? —Me dirigí a Dylan de manera jocosa.

—¡Eso creía yo! —Reímos. Se hizo cargo de mi silla, supongo que como un acto reflejo derivado de su profesión, y nos movimos unos metros.

Mi familia y amigos preparaban globos de cantoya un poco más adelante.

—Vamos, yo te ayudaré. —Dylan me ofreció su brazo, al que me agarré y me levanté. Juntos, encendimos lo que también se denomina linterna de luz—. Pide tu deseo.

—¿Y tú? —Solo se había preocupado por mí y él no iba a lanzar ninguna.

—La compartimos, si te parece bien. Creo que no van a ser tan diferentes. —Le brillaban los ojos y parecía estar feliz. ¿Por qué no debía estarlo? Él no había perdido su trabajo ni su vida.

—De acuerdo. —Cogimos el globo cada uno por un lado. Esperaba que no fuera mucho rato y él sabía que existía la posibilidad de caerme si tardábamos mucho.

—¿Estás preparada? —Asentí—. Cierra los ojos. —Los apreté con fuerza y no solo pensé mi deseo, sino que lo proyecté, lo visualicé y me prometí que lo conseguiría—. Uno, dos… ¡Tres! —Los abrimos y soltamos las velas voladoras (sí, tiene decenas de nombres). Las vimos elevarse detrás de otras que ya habían liberado, parecía que

las estrellas se hubieran acercado a nosotros y nos hablaran. Algo llamó mi atención a mi derecha, a unos pasos. Maddox y Cara reían con demasiada familiaridad.

¿Desde cuándo son tan amigos?

—Stana —Dylan me llamó—. Deberías sentarte. —Seguí su recomendación y nos fuimos dentro donde le invité a un trozo de tarta y una cerveza.

—Una mezcla bastante rara —observé.

—Soy raro. ¿Aún no te has dado cuenta? —anunció con un poco de crema en la comisura de los labios que me hizo reír—. ¿Qué? ¿Te hago gracia?

—Tienes aquí… —Me impulsé hacia delante y, con el dedo, le limpié. Él no se sintió asediado ni atacado. Sacó la lengua y trató de morderme. Aparté la mano con rapidez y seguimos riendo.

Maddox pasó por nuestro lado y fue entonces cuando sí se dibujó una sombra de incomodidad en el rostro de mi fisioterapeuta.

—Creí que Maddox te caía bien —comenté, extrañada.

—¿Qué? Oh, sí. Es un buen chico, supongo… No lo conozco demasiado. Le agradezco que me haya invitado. En realidad, me llamó Cara. Los dos… —Empezó a tartamudear. No entendía qué le ocurría.

—¿Tienes alguna alergia alimenticia? Te estás poniendo colorado…

—Eh… No. —Dio un sorbo a la cerveza, que debió mezclarse en su boca con el azúcar de la tarta.

—¿Quieres que volvamos fuera? Así te dará el aire.

9

UNA MIRIADA DE ESTRELLAS

11 de marzo de 2017
Staten Island
Nueva York

DYLAN

Stana me ponía nervioso, y verla tan guapa (aunque siempre lo estaba) me encendió por dentro y por fuera. Quizá no fue buena idea aceptar la invitación de Maddox y Cara, pero algo me empujó a coger el coche e ir a la dirección que me habían indicado. Un zumbido en la oreja, como de abejas, me molestaba; quiero decir que veía rara la amistad entre Maddox y Cara, presentía que se cocía algo allí y que cabía la posibilidad de que el chico estuviera engañando a Stana y, aunque ella me gustaba, aquello no lo hacía. Bastante había sufrido durante los últimos meses para que ahora su novio estuviera acostándose con su mejor amiga.

Salimos al patio donde ya refrescaba, nos sentamos en un columpio techado para varias personas y nos cubrimos con una manta de cuadros. A nadie le extrañó que acabáramos allí los dos solos, ni siquiera al tío con el que salía y ayudaba a la señora de la casa, su suegra, a recoger la cocina.

Bajo el tenue resplandor de las estrellas y la cálida brisa nocturna que anunciaba ya la primavera, empujé con los pies y nos balanceamos suavemente. Nos miramos con una complicidad creciente, o eso me pareció. La risa de Stana llenaba el aire y se intercalaba con suspiros mientras yo la observaba sin esconder la

sonrisa tierna que me provocaba verla fuera del hospital y de otra manera.

—No sabía si venir, pero ahora me alegra estar aquí. —Me sinceré, atontado por su belleza.

—¿No sabías si venir?

—No sé… —Me rasqué la frente con un dedo—. Es una fiesta familiar y… Soy tu fisioterapeuta.

—Uno muy bueno.

—El mejor. —Reímos.

—No quería celebrarlo… —musita, cambiando el semblante a uno mucho más serio—, pero me alegra haberlo hecho. He hecho feliz a todos —comentó, con una chispa nueva en los ojos, una en la que no había reparado antes.

—¿Y tú lo eres?

Encogió los hombros y el suave crujir del columpio acompañó a sus palabras. Olía a flores del jardín.

—Es una pregunta muy difícil de contestar —musitó.

Desvié la mirada hacia el cielo estrellado y cambié de tema.

—El universo es infinito y nuestras posibilidades deberían ser enormes. Es mágico, ¿no crees? La vida —apunté.

—Antes lo pensaba. Quería vivir. Ahora… Solo trato de hacerlo.

El murmullo de la noche nos rodeaba, solo roto por las voces lejanas de su familia. Sentí una conexión profunda y sincera y quise

que aquella relación no terminará allí, en lo profesional, y le pedí a las estrellas que cambiaran nuestro destino.

—Sigues viva. —Me armé de valor y le agarré la mano—. Y todos tenemos suerte de que estés aquí. Yo… —Carraspeé—. Yo también. —La apreté con ternura y acaricié la palma con los dedos.

Nos envolvió el silencio. Las charlas en el salón desaparecieron y nos miramos fijamente. Como todo aquella tarde, inexplicable, me olvidé de Maddox y me acerqué lentamente a ella con el corazón acelerado. Noté su cálido aliento mezclarse con el mío y eso alejó el único miedo que me acechaba: que me rechazara.

Contra todo pronóstico, ella también se entregó a aquel instante y nuestros labios se rozaron con suavidad. Lo sentí en todo mi cuerpo; jamás me había ocurrido aquello. Me besaba con cada célula y en cada rincón de mi ser se grababa su nombre. El mundo se detuvo alrededor mientras nos dejamos llevar por un deseo no tan oculto para mí.

El beso se hizo más intenso y su sonido se mezcló con el del viento. Sentí el calor de su cuerpo y me acerqué más; los escasos centímetros que nos separaban me parecieron kilómetros.

—Stana… —Maddox, su novio, nos interrumpió. Quiero decir que nos pilló infraganti. No sabía dónde meterme, aunque no es que quisiera esconderme y dejarla con el problema a ella. Me sentí ruin y un desagradecido. Ese chico me había invitado al cumpleaños de su novia y yo la había besado en un momento de debilidad—. Vaya, vaya… ¿He interrumpido algo? —Cruzó los brazos y cambió el peso de pie.

—Eh… —Me levanté, dispuesto a pedir disculpas—. Yo… Lo lamento. Ha surgido solo. No lo hemos buscado. —No mentía. Esa chica me gustaba, pero no había ido hasta allí para besarla.

—Maddox, ¿qué quieres? —Intercedió Stana, malhumorada.

—Ahora saber qué ocurre aquí. —Dio un paso hacia nosotros. ¿Quería retarse en duelo? ¿Me pegaría? Lo merecía.

—¡No es de tu incumbencia! —gritó ella.

—¿Os estabais enrollando? —siguió él pidiendo explicaciones.

—¿Y qué si así fuera? —Discutían. No entendía nada.

—Lo siento, Maddox. No era mi intención —solté—. Prometo que no volverá a pasar, pero entendería que buscarais otro fisioterapeuta. —Los dos me miraron—. Es más, hablaré en el hospital para que le asignen el mejor…

—¿El mejor no eras tú? —replicó Stana. No sabía si estaba enfadada o le divertía aquello.

—Sí, pero… Anne también es muy buena profesional y ha seguido tu recuperación desde el principio. Pero, por favor, necesito mantener mi trabajo…

—¿Van a echarte por besarme? Hemos sido los dos. Ni que me hubieras obligado —espetó ante su novio, recuerdo. Cara llegó de repente y fue testigo de aquella surrealista escena en la que todos nos convertimos en protagonistas. Yo, el malvado que boicoteaba la bonita historia de amor principal.

—Pero Stana… —Me mordí la lengua unos segundos y volví hacia el agredido sentimentalmente—. Acepta mis disculpas, Maddox. Entre tu novia y yo no hay nada. Solo ha sido un pequeño malentendido.

—¿Mi novia? —Frunció la nariz—. Yo no tengo novia —casi protestó.

—¿Un malentendido? —refunfuñó Stana.

—Pero… —tartamudeé, confundido.

—¿Crees que Maddox es mi novio? —manifestó ella. Asentí y los dos rieron—. ¿Estás loco? Qué asco. Maddox es mi hermano y, aunque no lo fuera, no me fijaría en él. Es un mujeriego.

—¡Stana! —Se quejó el hermano. ¡El hermano! Todo cobraba sentido—. ¡Me gustan las mujeres! ¿Qué hay de malo en eso? —Comenzaron a batallar sin perder la sonrisa y supe que no mentían. Sin duda, eran hermanos, de esos que llevaban años peleando por la última galleta o quién había roto el vaso, tal y como yo hacía con mi hermana pequeña.

—Cara piensa lo mismo que yo —destacó ella.

—Ah, ¿sí? ¿Qué piensa Cara? —Maddox se giró y la observó con el ceño fruncido.

—Pues eso. Que no eres nadie si unas cuantas mujeres no te ríen la gracia —enunció Stana.

—Sí, eso —respondió Cara, por fin.

—Chicos, ¿qué hacéis? —La señora Sullivan apareció en medio de lo que se había convertido el camerino de los hermanos Marx—. Maddox, ¿por qué no has avisado a tu hermana? Roxana tiene que marcharse.

—Stana, Roxana quiere despedirse de ti —informó él antes de farfullar y largarse.

—A buenas horas —replicó la madre.

10

DÓNDE ESTÁ DYLAN

13 de marzo de 2017
Hospital Presbiteriano
Nueva York

STANA

Hacía dos días que habíamos celebrado mi cumpleaños y, lo más importante, aunque intentara fingir lo contrario, que Dylan y yo nos habíamos besado. No había vuelto a escribirme. Ni una palabra, ni un mensaje. Silencio total.

Y sí, tenía mi número. Se lo había dado justo después de que me ayudara a bajar las escaleras de mi casa para despedirme de él. Me lo pidió con tranquilidad, con media sonrisa.

Y luego… nada.

Al principio revisaba el móvil con frecuencia. Lo desbloqueaba como por instinto, como quien busca algo en la nevera que sabe que no está. Pero después… se me pasó. O eso me repetía. La desidia lo había cubierto todo, como una capa de polvo fina pero pegajosa. Me resbalaba que el fisio cañón no quisiera volver a verme. Me parecía lógico, incluso. Yo tampoco me soportaba del todo.

Porque era una tullida.

Así me llamaba Maddox, con toda la sutileza de un martillo, solo para ver si reaccionaba. El muy imbécil decía que era un término

rehabilitador (leer con comillas), que usaba para provocarme y que dejara de hacerme la víctima. A veces quería matarlo. A veces se lo agradecía en silencio.

Esa mañana me llevaba en coche a rehabilitación. La radio sonaba baja, una emisora cualquiera, y la ciudad pasaba por la ventana sin que me interesara lo más mínimo.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a salir con Dylan? —preguntó de pronto, lanzando la bomba.

Me giré lo justo para no mirarle.

—Qué más te dará a ti —solté, con la mirada clavada en ningún sitio en particular.

—Me importa porque creo que te vendría bien echar un buen pol…

—No termines la frase. —Bufé, cruzando los brazos—. ¿Por qué para ti todo se reduce a lo mismo?

—¿Al sexo? —soltó con esa risa entre cínica y desvergonzada que usaba para esconder incomodidades—. No soy un animal. Sé que hay algo más allá que el sexo, pero yo aún no lo he encontrado.

—Ni lo encontrarás. Huyes de él como si fuera la peste —aseguré.

Él se removió en el asiento, incómodo. Tosió. Ajustó el retrovisor aunque no lo necesitara. Su gesto de evasión de toda la vida.

—No voy a discutir contigo sobre esto.

—Porque sabes que llevo razón. ¿Qué pasó con Magda? Estaba segura de que te gustaba. ¿Por qué la dejaste?

—Quería cosas que yo no podía darle —contestó sin levantar la voz—. Merecía… otra persona.

—Típico —masqué, masticando la rabia por él, por mí, por todos los que no sabíamos sostener lo que nos hacía bien—. Siempre la misma excusa. "No soy suficiente", "no puedo darle lo que merece". ¿Y tú qué mereces, Maddox? ¿Alguien que no te pida nada? ¿Que no te conozca?

Calló durante unos segundos.

—Tú tampoco sabes lo que quieres, Stana —dijo al final, sin dureza, solo con esa punzada de verdad incómoda que nos lanzábamos cuando la confianza pesaba más que el filtro—. Estás cabreada con la vida, con tu cuerpo, con todos. Y a lo mejor por eso ni siquiera te importa que Dylan no haya llamado. Pero no mientas diciendo que no te jode. Porque te jode.

—Sé lo que quiero. Volver a bailar. —Y sí, jodía.

***

Me puse nerviosa al ver el edificio, aunque intenté disimularlo jugando con el cierre de la chaqueta. Aparcamos en el mismo sitio de siempre, y durante el trayecto en coche Maddox se había encargado, con el sutil tacto de rinoceronte, de enfadarme sin tratar de aligerar el ambiente, lanzarme directas y de martirizarme con frases aún más afiladas.

Como siempre, llevé la conversación a mi terreno.
Como siempre, él salió corriendo.

Pero cruzar la puerta del centro de rehabilitación fue como entrar en otra versión de mí. Algo se destensó, las células que un día se apagaron se despertaron otra vez. Sentí la descomprensión en los

músculos y la perdida antes que la exigencia. Esa sala tenía olor a sudor y a frustración, y yo reconocía ambos como propios.

Y entonces, me golpeó otra cosa. Algo mucho más banal. Más adolescente. Más vivo.

Una clase de ansiedad distinta. Nueva. Molesta y dulce al mismo tiempo.

La que aparece cuando te gusta un chico y no sabes si hoy va a mirarte igual que la última vez que lo hizo.

Dylan.
Sí, ese.
Me gustaba.
Y mucho.

Así que cuando vi que no era él quien venía a buscarme, sino una mujer con bata blanca y carpeta en mano, sentí que el cosquilleo de mi estómago se transformaba en decepción. Una decepción tonta. Infantil. Desproporcionada. Pero muy real.

—Hola, Stana. Esta semana trabajarás conmigo, si te parece bien. —La mujer, de unos treinta y tantos, pelo recogido y voz amable, sonrió. Parecía una buena profesional. Incluso cálida. Pero yo no quería a una profesional. Yo quería al mío.

—¿Dónde está Dylan? —pregunté sin disimular, aún con el abrigo puesto y acomodada en la silla.

—Ha cogido unos días libres —respondió con naturalidad—. Pero tranquila. Estará aquí el lunes que viene.

Lunes. Eso significaba una semana. Siete días sin saber nada de él. Siete días imaginando si estaba bien, si estaba con alguien, si se

había olvidado ya de que me había besado como si el mundo se fuera a acabar.

Achiné los ojos y fruncí la boca. Maddox, de pie junto a mí, me lanzó una mirada rápida. De esas que te dicen todo sin necesidad de emitir palabra. Una mezcla entre advertencia y reproche.

Ni se te ocurra montar un drama, decía su ceño.

No te pongas insoportable, añadía su silencio.

—Vale —susurré, más por rendición que por aceptación.

La hora y media que duró la sesión fue una mezcla de estiramientos y pensamientos confusos. La nueva fisio, Dorothy, hacía bien su trabajo, me hablaba con paciencia, y me recordaba cada tanto que avanzaba a buen ritmo. Pero yo no la escuchaba del todo. En mi cabeza, Dylan aparecía cada dos minutos. Con su media sonrisa. Con su voz serena. Con sus manos.

¿Dónde estaba?
¿Con quién?

La curiosidad, esa que había dormido en mí desde el accidente, se desperezaba con fuerza. Y lo peor es que no era solo curiosidad. Era interés. Era algo más.

Maddox lo notó enseguida. Porque me conoce mejor que nadie. Porque aunque no dije nada, se pasó la semana siguiente lanzando comentarios al aire que parecían inocentes pero iban directos a donde dolía.

—No le veo la gracia a ese tal Dylan. Seguro que es de los que dicen te llamo y desaparecen.
—Igual ha conocido a otra en los cinco minutos libres que tuvo. Pasa.

—No te pongas así, que hay más peces en el mar. Aunque tú solo pescas tiburones.

Yo no mordía el anzuelo. Pero él sabía desquiciarme. Y yo también.

Me había afectado. Más de lo que quería admitir. Más de lo que había previsto. Y, sobre todo, más de lo que debería cuando alguien a quien solo has besado una vez decide desaparecer sin una sola palabra.

***

—¿Vamos al cine? —me preguntó Cara, sentada en el inodoro (tapado, por suerte), mientras vigilaba que no me ahogara ni me abriera la cabeza contra el grifo. Me había empeñado en darme un baño sola, pero ella había insistido en quedarse por si acaso, como si fuera una abuela con instinto de enfermera.

—¿Puedes darme la toalla? —Me levanté con cuidado, agarrándome al filo de la bañera. Las piernas me temblaban un poco, pero no pensaba darle la razón—. Y no hace falta que estés aquí. Puedo sola.

—Claro que puedes —dijo, revolviendo en su bolso mientras se miraba en el espejo empañado—. Pero no quiero tener que pescarte como a una sirena inconsciente. —Se aplicó brillo de labios con el dedo—. ¿Entonces vamos al cine o no? Quiero ver la nueva de Fast & Furious. Tiene coches, explosiones y actores buenos. ¿Qué más necesitas?

—¿Una trama? —Alcé las cejas mientras me secaba con torpeza.

—Bah. La trama es para las películas tristes. Yo quiero ruido. Y palomitas con sabor a mantequilla falsa. Maddox también quiere verla. Lo arrastramos con nosotras. Está obsesionado con el cine de acción. Se cree Vin Diesel, pero sin calvicie.

Me reí bajito. Aún sentía el calor del agua en la piel. Me senté en la cama, envuelta en la toalla, mientras ella abría el armario, tan suyo como mío. La mitad de la ropa colgada ahí pertenecía a ella desde hacía semanas.

—Esa falda —le señalé—. Y la camisa verde botella.

—Perfecta. Vas a romper corazones esta noche. Aunque solo sea el de tu hermano, que no soporta que vayas guapa si hay hombres cerca.

—Tonterías —sonreí.

Nos vestimos con calma. Cara tarareaba algo de Taylor Swift mientras buscaba sus botas, yo me sentaba frente al espejo intentando decidir si el colorete era necesario o una ofensa contra la apatía generalizada que llevaba encima desde hacía semanas.

Fuimos los tres al cine, como en los viejos tiempos. Maddox discutía con la máquina de tickets, Cara le decía que era un *boomer* atrapado en un cuerpo de treintañero, y yo, en silencio, observaba la sala.

Había algo raro. Algo que no sabía nombrar.

Tal vez era la temperatura helada del aire acondicionado. O la fila de butacas vacías delante de mí. O el hecho de que a mi izquierda hubiera un asiento sin ocupar, y mi cuerpo quisiera que alguien estuviera ahí. No alguien cualquiera.

Dylan.

Quizá era eso. Echarlo de menos sin tener derecho. O desear que estuviera allí solo para ver cómo me miraba en la penumbra entre escena y escena. O para reírse bajito cuando yo no entendía alguna referencia estúpida de la película. Y ese pensamiento me apretó el pecho. Porque ni siquiera sabía si él se acordaba de mí.

—¿Por qué no lo llamas tú? —me animó Cara, cuando salimos. Maddox había ido al baño y nos había dejado solas junto a las mesas altas del hall.

—¿Y decirle qué?

—Lo que quieras. Que lo echas de menos. Que te apetecería volver a quedar. Que se ha portado como un idiota. Tú decides.

Encogí los hombros. Le di un sorbo a mi refresco, que aún quedaba en mi vaso de litro y me escondí tras él. Eso hacía todo el tiempo últimamente. Esconderme.

Hasta de mí.

Porque no me reconocía. No tenía ni idea de quién era esa chica que me devolvía la mirada cuando me plantaba frente a un espejo. Tenía el cuerpo marcado por cicatrices, pero lo que más me dolía no estaba en la piel. Era otra cosa. Una especie de pérdida más profunda. Después del accidente… No volví del todo. Como Dylan.

—Si no lo llamas tú, no pasa nada. —Cara me tocó el brazo con suavidad—. Pero no digas que no te importa, porque no cuela.

La miré de reojo. Ella no insistió más. Y, en el fondo, se lo agradecí.

A veces, solo se necesita que alguien esté ahí. Aunque no tengas claro si estás lista para volver a hablar. O para sentir.

11

LA ALEGRÍA DE UN NIÑO

20 de marzo de 2017
Hospital Presbiteriano
Nueva York

STANA

Estaba nerviosa, mucho, porque vería a Dylan en la rehabilitación y no sabía cómo actuar. Hacía más de una semana que no coincidíamos ni tenía noticias de él. Cara seguía agobiándome por este hecho y no entendía que para mí ese ahora mismo era el menor de mis problemas.

—Para un chico que te gusta y no haces por quedar con él —se quejaba, ante mis suspiros de incomprensión—. Necesitas algo de amor en tu vida. De… Otra clase de amor.

—¿Como el que tienes tú? —ironicé. Frunció el morro y miró para otro lado—. No me vengas con esas, o… ¿sales con alguien y no me lo has contado? —Abrí mucho los ojos.

—No… —aseguró… ¿con la boca pequeña?

Mi padre me acompañó esta vez al hospital y le pedí que se quedara en la cafetería mientras yo hacía mis ejercicios. Deseaba dejar de sentirme un bebé al que llevaban a la guardería.

Dylan vino hasta mí con la sonrisa que ya conocía y me saludó. ¿Qué era aquello que subía por mis brazos hasta mis hombros y

cuello? ¿Un centenar de hormigas?

—¿Cómo estás? —preguntó, ignorando mi nerviosismo y mis ganas de estar con él. Fue raro, mi piel se erizó y las hormigas se instalaron en mi garganta; me recordó a esos segundos que precedían a un gran espectáculo, justo antes de salir al escenario.

Habla, me dije.

—Bien, ¿y tú? ¿Cómo te han ido las vacaciones?

Me ofreció el brazo, que rodeé con el mío y caminamos hasta la sala celeste.

No le dio tiempo a contestarme, Jacob corrió hasta mí y me dio un abrazo.

—Stana, ¡mira! —Los ojos le brillaban. Dio vueltas sobre sí mismo imitando a un trompo.

—¡Cuánto me alegra verte tan bien!

—Van a darme el alta. Ya no faltaré ni un día al cole. Echo de menos a mis amigos y ellos a mí. Me han hecho una fiesta de bienvenida. ¿Vienes? Dylan vendrá. —Los ojos le chispeaban de alegría—. ¡A que sí! Vendrás. ¡Lo has prometido!

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió el fisio, y el niño me clavó la mirada a mí, expectante.

—Yo tampoco me la perdería. Allí estaré.

Saltó y aplaudió de alegría, y Alice, la madre, una mujer de unos treinta y cinco años, de pelo negro y liso y muy delgada, se acercó a darnos las gracias.

—Os lo agradezco. Jacob no para de hablar de vosotros, sobre todo de ti, Dylan, gracias por ayudarle tanto y hacer que todo esto sea más llevadero para mi hijo. —Se alejó sin que sus ojos ocultasen del todo su tristeza por la trágica pérdida de su marido.

De repente, el miedo a estar con Dylan desapareció y el suave zumbido de las máquinas y el sonido rítmico de los pasos sobre el suelo de cerámica me tranquilizaron. También fue su contacto, cálido, el que me ayudó a concentrarme. Dylan tenía ese poder, me ponía de los nervios y al mismo tiempo me relajaba. Me fijé en los rayos de sol que atravesaban las ventanas mientras nos acomodábamos en las barras y estos amplificaban el brillo de los equipos.

—Siéntate aquí. —Palpó una camilla—. Quiero comprobar una cosa —me pidió y posé mi cuerpo, aún marcado por los traumatismos sin recordar lo que era moverme sin dolor.

—¿Sigues con la misma medicación? —Me palpó las piernas de arriba abajo.

—Hemos bajado la dosis de antinflamatorios. —Sonrió de esa manera tan acogedora y me obnubilaron esos ojos que entendía más que sus palabras, en busca de esa chispa que saltó entre nosotros el día de mi cumpleaños.

De repente, Dylan frunció el ceño y detuvo sus dedos sobre mis rodillas. Con carácter sereno y firme, pero preocupado, apretó y dijo:

—¿Te has dado algún golpe?

—No.

—¿Te duele esto? —Oprimió con cuidado.

—Ay… Sí. ¿Qué crees que es?

—Un poco de líquido. Te verá el doctor.

—¿Debo preocuparme?

—No, no. No quiero dejar ningún cabo suelto que retrase tu completa recuperación. Vamos, las barras están chupadas para ti a estas alturas. —Me dio la mano y sentí la electricidad recorrer mi brazo hasta mis hombros y rodear mi cuello.

—¿Lista para hacer flexiones? —Mi cara de horror lo alertó—. Vamos a fortalecer esos brazos y caderas a la vez que las piernas. Dorothy me ha dicho que esta semana has avanzado bastante, pero que te ha visto muy cabizbaja.

Te he echado de menos, pienso.

—¿Qué tal tus vacaciones? —El aroma a desinfectante se introdujo por mis fosas nasales e hizo que girara la cabeza hacia el fondo. Anne rociaba la mano de un joven muy cerca de nosotros.

Me hubiera gustado decirle cuánto lo había extrañado y que ese beso que nos habíamos dado, como cualquier bonito beso, se había quedado conmigo, grabado en mi piel, apareciendo en mis sueños, porque así son los buenos besos, dejan huella y un lindo sabor de boca.

Un silencio que no esperaba nos envolvió, cargado de un significado que desconocía, hasta que habló.

—No lo tenía planeado —respondió, evadiendo la simple pregunta.

—Algunas veces los viajes improvisados salen mejor que cualquier otro.

Se pasó una mano por el cabello y su sonrisa se volvió melancólica.

—Fui a Chicago —informó, agarrándome por la cintura y empujándome hacia arriba. Tenía las manos sobre las barras.

—¿Tienes familia allí? —Trataba de charlar de lo que fuera para no pensar en nuestro beso, al que por lo visto él no había dado importancia y seguía sin hacer alusión a él.

A lo mejor ha ido con alguien. Con una chica.

—Encoge las rodillas y déjate caer unos centímetros. No te soltaré. Tranquila —susurró sobre mi cuello y junto a mi oído. Todos y cada uno de los vellos de mi piel se erizaron y la emoción me hizo ponerme nerviosa y clavé las rodillas sobre las colchonetas que pisábamos—. ¿Estás bien? Quizá no estés preparada para esto.

—Sí, sí. Lo estoy. Es solo que… —¿Cómo decirle que su presencia derretía hasta mis huesos maltrechos? Me recuperé y le pedí que volviéramos a intentarlo.

—¿Te apetece un refresco? —Lo has hecho muy bien hoy —comentó después de una hora de ejercicios y mi concentración a cero.

—No tienes que premiarme con un refresco. Lo hago porque me lo debo. Quiero ponerme bien —solté, enfadada porque Dylan se había comportado como un profesional y no como un chico que besó a una chica.

12

LA FUERZA DE UNA MUJER

21 de marzo de 2017
Hospital Presbiteriano
Nueva York

STANA

Dylan apareció con la misma energía de siempre, aunque algo en sus ojos seguía diciéndome que había cambiado desde sus vacaciones. No sabría decir qué. Un matiz, una sombra, la forma de su sonrisa.

Me esperaba al final del pasillo, con su uniforme blanco impecable y esa media sonrisa que ya conocía demasiado bien. Caminé hacia él con las muletas. No me dolía tanto, aunque lo usaba un poco como escudo. Seguía siendo más fácil parecer frágil que serlo de verdad.

—¿Listos para sufrir un poco? —bromeó, como cada sesión.

—Solo si tú sufres conmigo —repliqué, nerviosa. Estúpidamente nerviosa. No sabía por qué. Bueno, sí lo sabía. ¿Hoy hablaríamos sobre nuestro beso?

Nos miramos un par de segundos más de lo prudente, y luego bajé la vista. Me recogió el pelo con un gesto inconsciente que me hizo estremecer.

—Hoy empezamos en la cafetería. —Señaló hacia el ascensor—. Vas a aceptar la invitación y nos tomaremos un refresco. Luego

puedes maldecirme con más ganas.

—¿Estás seguro? Eso puede ser demasiado para ti. —Me costó bromear.

—Necesito azúcar. —Elevó la ceja—. Y contarte algo.

No pregunté. Simplemente asentí y le seguí. Por fin hablaríamos de lo que había ocurrido en mi cumpleaños.

Nos sentamos junto a la ventana. Alrededor de una de esas mesas de plástico blanco que reflejan demasiado la luz. Pedí un té frío, él una Coca-Cola. Llevaba las mangas remangadas y sus antebrazos bronceados reposaban sobre la mesa con esa calma suya que parecía imperturbable. Pero no lo era.

—¿Todo bien? —pregunté, viendo que no hablaba; algo raro en él.

Dylan suspiró, bajó la vista, y luego volvió a mirarme. Sus ojos verdes estaban apagados.

No puedo olvidarme de nuestro beso, mi mente lo imitaba.

—La semana pasada estuve en Chicago —verbalizó en realidad. Asentí, esperando algo más—. Bueno… no en Chicago exactamente. En Geneva. Una ciudad pequeña, a unos cuarenta minutos. Muy tranquila. Hay árboles, ardillas, y una heladería que abre todo el año. Incluso con nieve. —Sonreí. Me imaginé la escena—. Mi madre vive allí —añadió, y entonces bajó la voz—. Está enferma. Cáncer. De páncreas.

Me congelé. No porque no supiera qué decir, sino porque de repente todo lo que tenía pensado decir no servía. Las palabras se me atragantaron y apreté el vaso entre los dedos. Quería reprocharle que no había hecho alusión a nuestro beso y él… Su madre estaba enferma.

—Dylan… No lo sabía.

—Nadie aquí lo sabe. No quiero que me miren diferente.

—Y por eso te fuiste de repente.

—Sí. —Sonrió con tristeza—. No quise preocupar a nadie. Fue solo una semana. Está en tratamiento. Quimio. Pero estos días eran importantes. La doctora dice que ahora lo que cuenta no son los años, sino los momentos.

Su mirada se quedó clavada en la mía y algo se rompió dentro de mí.

—Eso… —Tragué saliva—. Eso cambia todo, ¿no?

—Cambia la perspectiva. Me levanto por las mañanas y no me importa si llueve o si el metro se para. Solo pienso en si le he dicho *te quiero* lo suficiente. En si me he reído. En si he hecho algo que valga la pena.

Solo lo miré. Y en ese momento me di cuenta de que le apreciaba mucho. Sin esperarlo. Sin desearlo siquiera. Pero así era. Ese tipo de cariño que nace del dolor compartido.

—Gracias por contármelo —murmuré.

Él apoyó la mano sobre la mesa, cerca de la mía. No me tocó. No hacía falta.

—No lo hago mucho. Pero contigo… no sé. Me sale.

Nos quedamos en silencio unos segundos. La cafetería zumbaba a nuestro alrededor, pero nos metimos dentro de una cápsula. Un espacio sin ruido, sin tiempo.

—¿Y cómo estás tú? —preguntó, con esa voz grave que usaba cuando se preocupaba de verdad.

—Sobreviviendo. —Levanté los hombros—. A veces me odio por seguir aquí. Y otras… otras me siento afortunada por poder volver a sentir esto.

—¿Esto?

—La vida. —Susurré—. Y a ti.

Él se tensó un poco, pero no dijo nada. Solo sonrió.

—Entonces vamos por buen camino —dijo al fin—. Aunque sea paso a paso.

Levantamos los vasos como brindando.

—Por los pasos —dije.

—Y por los momentos.

Y bebimos.

Dylan se levantó primero, tiró su vaso al cubo de reciclaje y me ofreció la mano sin pensar. Dudé un segundo, pero la tomé. Me ayudó a incorporarme y esa chispa tonta, esa que empieza en la palma y se extiende por el brazo, volvió a prenderse. Odio admitirlo, pero me gustaba. Me gustaba sentir que algo se movía dentro de mí.

—¿Te llevo a casa? —preguntó mientras esperábamos al ascensor —. He terminado mi turno.

—¿No estarás cansado?

—Estoy acostumbrado a días largos —respondió con una sonrisa medio agotada, medio orgullosa—. Además, me gusta que seas mi último paciente del día.

—No soy tu paciente ahora.

—No. Ahora eres mi chica favorita en muletas.

Solté una carcajada, sincera, y él me dio un empujón flojito con el hombro.

El trayecto hasta casa fue tranquilo. Dylan conducía con la ventana ligeramente bajada, aunque hacía fresco, y ponía la radio en un volumen bajo, lo justo para no romper el silencio. No me preguntó nada. No necesitaba hacerlo. Supo que necesitaba procesar lo que me había contado y lo que me había hecho sentir.

Aparcó justo delante de mi casa.

Geneva, cáncer, su madre… todo giraba todavía en mi cabeza.

—Gracias por traerme —murmuré con la mano ya en el cinturón de seguridad, pero sin abrir la puerta.

—Gracias por aceptar mi invitación a un refresco.

—He pedido té y no he tenido otra opción.

—¿Te he obligado? —Alzó las cejas y yo asentí. De nuevo, reímos.

Le miré ladeando un poco la cabeza.

—Admiro cómo te tomas… Cómo te tomas las cosas… —admití.

—Vaya, ¡un cumplido!

—No te acostumbres…

Se hizo un silencio cómodo. Uno de esos donde no hace falta decir nada, porque todo está dicho en cómo te mira la otra persona.

—¿Quieres entrar un rato? —solté y hasta yo me sorprendí al oírme decirlo.

Él no se movió. Parpadeó una vez. Luego me miró con intensidad. No la intensidad de "quiero acostarme contigo", sino la de "quiero asegurarme de que no te arrepientas después".

—¿Estás segura?

Asentí despacio. Ni era una invitación a algo más, ni esperaba nada de él. No quería que se fuera todavía. No hoy.

—Mis padres no estarán, aunque… —dudé si estaba hablando demasiado—. Solo te ofrezco un sofá cómodo y una peli mal elegida.

—Suena bien. Pero solo si yo elijo la peli —respondió y eso me hizo sonreír.

Entramos juntos. Yo con mis muletas. Él con las manos en los bolsillos y esa calma extraña que me hacía sentir a salvo.

La casa estaba vacía y las luces apagadas. Había llamado a mi padre para decirle que Dylan me llevaría a casa y pensé que habrían aprovechado para salir a cenar o dar un paseo.

Me senté en el sofá y me quité los zapatos. Dylan no preguntó si quería ayuda. No hizo falta. Se sentó a mi lado sin tocarme y esperó.

—¿Qué vemos? —preguntó.

—Ibas a elegirla tú.

—¿Disney? —Sonrió de lado.

—Con adultos, por favor. Necesito un poco de esperanza creíble.

Eligió una peli francesa que no conocía. Una historia absurda y bonita, con silencios largos y mucha lluvia.

—¿Te está gustando?

—¿Me has escuchado protestar?

Al cabo de media hora, apoyé la cabeza en su hombro. Fue natural. Instintivo. Y él no se movió. Tampoco dijo nada. Solo me dejó estar. Sus dedos se posaron sobre mi rodilla, con suavidad. Como quien dice *estoy aquí*, sin palabras.

Y en ese instante, pensé que quizá no estaba tan rota como creía. Que incluso después de perderlo todo, una puede seguir sintiendo calor. Que hay personas que llegan sin prometer nada, pero lo cambian todo.

13

SUEÑOS QUE NO SE CUENTAN EN VOZ ALTA

18 de diciembre de 2020
Roma
Italia

STANA

Sueño con piedra. No una cualquiera. Es antigua, rota por los bordes, tibia bajo mis pies descalzos, como si guardara el calor de mil soles anteriores al mío. Tiene memoria, esa piedra. Y aunque no habla, me lo cuenta todo.

Sueño con escaleras que suben y bajan sin llegar a ningún sitio concreto. Son eternas. Mareantes. Hermosas. Y al final de cada tramo, una fuente. Pero el agua no es agua. Es palabra líquida. Lenguas que no comprendo, pero que reconozco en lo más profundo. Son mías antes de ser yo.

Columnas enormes sujetan algo invisible. Cubiertas de musgo, de restos de viento y oraciones escritas en color ocre.

El cielo… el cielo no es cielo. Es un telón. Azul. Intenso. Y por él flotan campanas sin campanario, repicando no fuera, sino dentro de mí. Me retumban en los huesos.

No sé dónde estoy. Pero lo siento. Y cuando lo siento, lo sé.

Roma.

En el suelo, monedas. Montones de ellas. Brillan en la piedra con fechas imposibles. Algunas tienen mis iniciales. Otras, el año de mi accidente. O de mi renacer.

Y justo antes de despertar, una frase que no se dice. No se escribe. Simplemente… se queda dentro: Aquí también hubo belleza después de la caída.

Llevo una semana en Roma. Me he acostumbrado a cómo respira, a un ritmo que no entiendo pero me gusta. Ni lento ni rápido. Irregular, como una canción que cambia de compás sin avisar. A veces me siento dentro de ella. Otras, solo la rozo con la yema de los dedos. Es muy complicada de entender por toda la historia que arrastra y que puede tocarse con los dedos.

Camino sin rumbo por el Trastevere. Las calles huelen a leña, a aceite caliente y al perfume dulce de las castañas asadas. El empedrado resbala bajo mis botas, y mi mochila, aunque ligera, ya me molesta en un hombro. El cielo está cubierto, pero no amenaza lluvia. Demasiados turistas, por esto no he llegado a conectar con ella del todo, pero no quiero irme todavía.

Hoy no he publicado nada en redes. No me apetecía. No tengo que contarlo todo. Supongo que estoy apática porque hace demasiados días que no sueño. Duermo como un tronco y eso… me desconcierta.

¿Voy a quedarme a vivir aquí?

Me detengo frente a una fuente pequeña, encajada entre casas antiguas que se ajustan unas a otras para no caerse. El agua cae con un sonido constante, relajante, y me siento en el borde. Saco la libreta que me acompaña desde el principio de este viaje y escribo solo una palabra: quietud.

No la siento. La busco.

—¿Posso sedermi? —pregunta una voz femenina, suave, a mi izquierda.

Levanto la vista. Una mujer mayor, envuelta en una bufanda enorme, me sonríe con cortesía. Asiento. Hablo con gente en todas las ciudades y pueblos, es una costumbre a estas alturas. No me conocen ni saben nada de mi vida y eso me tranquiliza, puedo ser quien yo quiera.

Se sienta con cuidado a mi lado. Sus movimientos son lentos, pero no frágiles. No dice nada más al principio. Solo mira la fuente y el agua.

—¿No eres de aquí? —dice al cabo de unos segundos, en un inglés leve pero claro.

—Soy de Nueva York. Bueno… de ningún sitio, ahora mismo. —Casi siempre es la misma charla con desconocidos.

Ella asiente con una sonrisa que no me juzga.

—Los que caminan mucho a veces se olvidan de dónde salieron.

—¿Y eso es malo?

—No. Pero si olvidas dónde empezaste, puedes perderte para siempre.

No sé qué contestar. La miro, intentando descifrar si me ha reconocido o si simplemente ve algo en mí que otros no han visto.

No era tan famosa.

—¿Cuánto llevas viajando? —pregunta sin mirarme.

—Un año y medio. Más o menos.

—¿Y sabes ya lo que estás buscando?

Me trago la respuesta automática. "Paz", "sentido", "una señal". Todo eso suena bonito, pero falso. O no.

—No —respondo al fin.

—Yo tardé más de cuarenta años en saberlo.

Me giro hacia ella.

—¿Y qué era?

—Perdón.

—¿A los demás?

—A mí.

Nos quedamos en silencio. El agua sigue cayendo. El viento levanta una hoja seca que gira sobre sí misma antes de caer a mis pies.

—¿Se ha perdido alguna vez? —pregunto.

—Claro. Pero siempre me encontré justo antes de rendirme.

Guarda silencio. Luego se incorpora con esa misma lentitud firme y me toca la mano con suavidad.

—Cuando llegues a ese lugar, no mires atrás, a veces la respuesta está justo delante —suelta y se va.

La observo alejarse por la calle y yo me quedo allí un rato más, acompañada de mi libreta y un texto que me sale del corazón de repente:

Caminar es lo único que he sabido hacer sin dudar. Poner un pie delante del otro. Seguir. Aunque no siempre supiera hacia dónde. Aunque a veces el suelo se rompiera debajo de mí.

Camino porque no quiero quedarme. Porque moverme me salva de pensar demasiado. Pero también camino para encontrar algo. Un instante. Un gesto. Una calle que me diga "aquí". No sé exactamente qué busco. Quizá una versión de mí misma que aún no he conocido. Una que no tenga miedo todo el tiempo.

A veces tengo la sensación de que, en esta búsqueda, podría perderme del todo. Que en intentar descubrir el mundo, me esté borrando a mí. Por eso intento recordarme que no importa tanto el destino, sino tener un lugar al que volver.

No uno físico. No una ciudad. No una casa.

Una persona. Una certeza. Una promesa.

Un lugar que me diga: puedes irte todas las veces que necesites, pero siempre tendrás un sitio donde no hace falta explicar por qué vuelves.

Eso es lo que quiero encontrar.

Eso es lo que aún no tengo. Pero sí tenía.

Ya de noche, me tumbo sobre el colchón destartalado del motel en el que me hospedo después de una cena austera por falta de hambre. Cojo el teléfono móvil, escojo una de las fotos que le hice a

la fuente en la que compartí unos minutos con esa mujer y la subo a las redes junto al texto que mis manos escribieron sin más.

Cierro los ojos sin tener muy claro si deseo dormir o desaparecer. Y entonces…

París aparece sin aviso. No como una postal, sino como una sensación. El cielo es azul oscuro, casi negro, pero sin estrellas. La ciudad está en silencio, conteniendo la respiración. No hay coches. No hay gente. Solo las luces de los faroles reflejadas en los charcos, y el eco de mis pasos sobre el empedrado mojado.

Camino sin rumbo por calles que no reconozco, aunque sé que estoy en París. No la París turística. No la de las fotos. Es otra. Más íntima. Más desierta. La ciudad se ha vaciado solo para mí.

Cruzo un puente. El Sena fluye lento y espeso, soñando, como yo. El agua lleva reflejos dorados. No hay viento, pero mi bufanda se mueve, alguien invisible tira de ella.

Paso junto a un café con las sillas apiladas, una flor marchita en un jarrón. Una bicicleta solitaria encadenada a una farola. Todo parece esperar algo.

Me detengo frente a la Torre Eiffel, pero no está iluminada. Es solo una sombra enorme contra el cielo. Aun así, impresiona. Me hace sentir pequeña, pero no insignificante.

Entonces escucho música. Lejana. Un piano. O quizá una caja de música. No puedo ubicarla. Solo sé que me llama.

Sigo caminando. Y justo antes de despertar, me doy cuenta de que en todo el sueño no he dicho ni una sola palabra.

Ni hacía falta.

Preparé mi equipaje al día siguiente y me fui. Nuevo destino: París.

14

LOS QUE SE QUEDAN

9 de abril de 2017
Nueva York, EE. UU.

STANA

Dylan llegó a recogerme en su coche a las cinco y media en punto. Ni antes ni después. Siempre clavaba los horarios. Llevaba una camisa azul clara y sonrió al verme.

—¿Lista?

—No estoy muy convencida de esto, pero sí.

—Es solo una fiesta. Y es por Jacob. Se lo merece.

Jacob. El niño con la sonrisa de superhéroe y las cicatrices de batalla en el pecho. El mismo que, meses antes, apenas podía levantar la cabeza y ahora estaba en casa, celebrando su alta.

Suspiré. Me alisé el vestido sin pensar (uno sencillo, azul marino, cómodo) y salí al pórtico. Dylan caminó hasta mí, me agarró de la mano para bajar los escalones, me abrió la puerta del copiloto e hizo una reverencia.

—Estás preciosa.

—Gracias. Preferiría no llevar de complemento unas muletas.

—Te quedan genial. Conjuntan a la perfección con tus… cejas. —Sonreímos.

Su coche olía a café y a vainilla. Como él. A limpio, a seguridad.

El trayecto hasta Brooklyn fue tranquilo. La radio sonaba bajito. No sabía si debía preguntarle por su madre. Lo hice sin más, con naturalidad.

—¿Cómo está tu madre?

—Tranquila.

—Eso es importante, supongo… —musité.

—Me gusta esta canción. —Subió el volumen de la radio. Una canción empezó a sonar. Reconocí los acordes al instante. *The Night We Met*, de Lord Huron. Me tensé, sin quererlo— ¿Te molesta? —preguntó.

Negué con la cabeza, aunque me costó tragar saliva.

—Es bonita —dije al fin intentando parecer neutra.

—Triste —añadió él.

—Sí. De esas que te parten en lugares que no sabías que tenías.

—¿Te recuerda a algo?

—A muchas cosas. —Me quedé mirando la carretera—. Aunque creo que lo peor es cuando te recuerda a algo que no viviste. A lo que pudo haber sido.

El ballet… Mi ballet…

Él no respondió. Solo asintió, muy despacio, estando de acuerdo; pensando también que esa canción dolía un poco más de la cuenta.

Pasaron unos segundos en los que solo se oía la voz del cantante diciendo *I had all and then most of you, some and now none of you*. Yo no podía mirarlo. Me mordí el labio.

—Nunca me he aprendido la letra entera —dijo él entonces, con voz baja.

—Yo sí. Por eso a veces la quito.

Se rio, suave. Una risa melancólica.

—Qué curioso que justo suene hoy.

—O no tan curioso —murmuré—. Hay canciones que nos persiguen.

Él giró el volante para tomar una calle lateral y bajó un poco más la velocidad.

—¿Y por qué no dejar que nos alcancen? —preguntó, sin mirarme.

Me quedé callada. No porque no tuviera respuesta. Sino porque no quería decirla en voz alta.

—Todavía no lo sé —contesté al fin—. Pero cuando pase, quiero música de fondo.

Él sonrió. Y no dijo nada más.

Y así llegamos a la fiesta de Jacob, con esa canción flotando dentro del coche.

—¿Se alegrará de vernos? —pregunté de pronto.

—Va a estar encantado de verte.

—¿Y de verte a ti?

—Yo no soy la estrella. Tú sí.

Me mordí el labio y seguí mirando por la ventanilla.

La casa de los Dalmasso tenía guirnaldas de colores en la entrada y globos verdes y amarillos que se movían con la brisa. Nada ostentoso. Todo muy de verdad. Gente hablando en el jardín, platos de papel, música infantil saliendo por una ventana abierta.

Al bajarme del coche, Jacob fue el primero en verme.

—¡Stana!

Y me lanzó un abrazo que casi me tumba.

Llevaba una camiseta de Iron Man y un vendaje visible en el brazo izquierdo.

—¿Qué te ha pasado?

—Me corté con un cuchillo. Mamá se asustó mucho. Salía mucha sangre —explicó.

—Estás enorme —le dije—. Has crecido estas semanas.

—Es por la pizza —bromeó, y me tiró de la mano hacia dentro—. Mamá ha hecho brownies. ¡Vamos, Dylan!

El fisio saludó a dos personas con ese respeto que tenía él para todo. Sin grandes gestos. Con presencia. Le ofrecieron una cerveza, que aceptó. Yo preferí limonada.

La tarde pasó entre risas, juegos en el césped y fotos espontáneas. No tenía intención de quedarme tanto, pero no podía irme. La alegría de Jacob era contagiosa. Dylan se mantenía cerca, sin invadir. Se reía bajito. A veces me miraba. Y cuando lo hacía, yo también sonreía sin querer.

Cuando empezó a oscurecer, nos sentamos en el porche, algo más apartados. Jacob estaba ya medio dormido sobre una manta, con la cabeza en el regazo de su madre.

—Es fuerte —dije.

—Mucho. Más que la mayoría de adultos que conozco.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Te consideras fuerte?

Dylan giró la cabeza hacia mí. Su perfil estaba iluminado por las luces de la terraza.

—Antes pensaba que sí. Ahora no lo sé. Creo que soy bueno aguantando. Pero eso no siempre es fuerza.

—-Sí lo es.

Se hizo un silencio breve, de esos que no incomodan.

—Me alegro de que hayas venido —murmuró.

—Yo también.

Nos miramos. Más rato del que se considera prudente. Mi pecho latía demasiado alto.

No sé si fui yo o él. No importa. Nos besamos. Su boca era cálida, suave, segura. Nada urgente. Nada precipitado, como volver a casa después de mucho tiempo fuera. Como cerrar un círculo. Como aceptar que el deseo y el cariño no siempre se pelean.

No dijimos nada al volver al coche. Solo nuestras manos se rozaron en el cambio de marchas, y esa electricidad de siempre volvió a encenderme la piel. Me di cuenta en seguida de que no íbamos en la dirección que esperaba, pero me callé, porque los dos queríamos lo mismo: pasar más tiempo juntos y en privado. Me miró un par de veces, fueron preguntas, quería cerciorarse de que yo estaba de acuerdo con ese trayecto. No me preguntó si quería subir. Tampoco hizo falta.

Hicimos el amor con lentitud. Con respeto. Con pausas.

Desabrochar la ropa fue una forma de decir te he echado de menos en mil idiomas distintos, en todos los que existen y en ninguno de ellos. Uno silencioso, hecho de gestos pequeños y miradas largas.

Ninguno de los dos teníamos prisa. Éramos dos cuerpos reconociéndose, dos cuerpos que habían estado esperando este momento; sin empujarlo, sin apresurarlo.

Él me rozaba, evitando romperme.

Yo lo acariciaba, comprobando que estaba ahí de verdad, que no era otra ilusión de las que se desvanecen al abrir los ojos.

Las manos temblaban un poco, las cuatro. No por inseguridad. Sino por todo lo que había en juego.

Me quitó la camisa despacio. Primero los botones, uno a uno, con precisión de quien da masajes a personas destruidas. Mis dedos buscaron su espalda, la recorrieron sin objetivo, solo por sentir el calor.

Y cuando su boca bajó por mi clavícula, supe que no era solo deseo lo que nos movía.

Era gratitud. Ternura.

No dijimos casi nada. Solo respiraciones entrecortadas. Algún susurro sin terminar. Y su frente contra la mía cuando nos fundimos, necesitando no perderme de vista ni siquiera entonces.

Nuestros cuerpos encajaban. No como piezas perfectas, sino como dos mitades que, pese a sus grietas, elegían sostenerse.

Después, me quedé en su pecho, dibujando con el dedo una línea invisible.

—¿Qué somos ahora? —pregunté, sin moverme.

—Ahora mismo… dos personas que no querían dormir solas esta noche.

—¿Y mañana?

—Mañana podemos seguir siendo eso. O algo más. Si tú quieres.

No contesté. No necesitaba hacerlo todavía.

Solo cerré los ojos.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí feliz.

15

NO ERA SOLO PARÍS

21 de diciembre de 2020
París
Francia

STANA

La Torre Eiffel es más bonita viéndola de cerca, en persona, aunque las fotos que llevo encontrando de ella durante todos estos años no la desmerecen en absoluto. Impresiona desde aquí, delante de ella, sobre un mullido césped y mirando hacia el cielo, sobre el que se yergue. Después de viajar por casi todo el mundo durante más de un año, por fin he llegado a París.

Parece que toca el cielo con sus puntas de hierro. Llevabas razón.

Mi emoción es palpable y mis ojos se llenan de asombro y brillo al contemplar su estructura, elegante y etérea. La Torre atrapa mi atención por completo. Tomo asiento en el suelo y espero a que anochezca mientras la observo y el sol se filtra a través de las rendijas, creando un juego de sombras y luces que me dejan obnubilada.

Tú también bailas, pienso, hablando con ella mientras fantaseo que danza ante mí.

Coloco mi cámara de fotos con el temporizador a un metro y sonrío para capturar el instante, como he hecho en cada uno de mis destinos que, por cierto, no he elegido yo.

La subo a mi cuenta de Instagram, en la que me siguen casi un millón de personas desde que la abrí para contar este viaje, y escribo bajo ella: *Un símbolo de mi viaje, un hito al que he estado esperando llegar, un recordatorio de todas las maravillas que he presenciado y he compartido con vosotros, pero también de lo que he dejado atrás. ¿Cuál será mi próximo destino? Quizá mañana lo sepa, o tenga que esperar unos días. Voy a disfrutar de esto. Solo quería haceros partícipes de este momento. Soñad cosas bonitas. Y luchad por ellas. Buen viaje. Buena vida.*

Guardo el teléfono y cierro los ojos unos segundos, tratando de absorber la energía que emana este lugar y siento la historia que cuenta, una historia que se entrelaza con la mía, al menos, de un modo sentimental.

Una voz masculina dice algo a mi lado en francés, demasiado cerca, así que lo miro con el ceño fruncido.

—No hablo francés. —Esto podría haberlo dicho en francés, pero lo suelto en inglés por inercia, me ha cogido desprevenida.

—Digo que tengas cuidado con los carteristas. Puedes perder la mochila —repite en inglés, sin duda, también su idioma materno, un chico más o menos de mi edad, de pelo castaño claro con mechones rubios, alto, cuerpo atlético y unos ojos que no logro distinguir porque los esconde tras unas gafas de sol mientras agarro mi bolso y lo coloco en mi regazo.

—Gracias por avisarme. —Le regalo una sonrisa y centro mi atención de nuevo sobre La Torre Eiffel. Ni me percato de si el chico se marcha o se queda.

La Torre enciende las luces y parpadean cada cierto tiempo, parece que respira y me entretengo admirándola.

—¿Eres fotógrafa? —pregunta la misma voz masculina de antes.

Me giro, un poco sobresaltada. No se ha ido.

Sigue ahí, de pie, con una postura relajada y las manos en los bolsillos de su chaqueta beige. No parece un turista. Tampoco un parisino. Pero se nota que no tiene prisa.

—Más o menos —respondo—. Es una forma de contar lo que no sé decir.

—Eso suena como algo que diría alguien que sabe mucho.

Sonrío, solo un poco, y clavo la vista en el objetivo de mi cámara que parpadea con el temporizador aún activo.

—¿Puedo? —señala el suelo a mi lado. Encojo los hombros y no me niego a su compañía—. Esta ciudad es difícil de entender.

—¿Y eso por qué?

—Es demasiado humana. —Me gusta cómo habla, de una manera honesta, sin pretensiones.

—No llevo aquí el tiempo necesario como para haberme dado cuenta de eso.

—¿De dónde eres? —me pregunta.

—Nueva York, pero desde hace un tiempo… —suspiro—… no tengo casa. ¿Y tú?

—De muchos sitios. Pero nací en Filadelfia. —Se ha sentado en el césped a una distancia prudente. Me gusta eso. No invade. No empuja. Solo está.

No sé por qué sigo conversando con un desconocido. No es algo que suela hacer. Pero hoy… no tengo ganas de irme. No todavía.

—¿Viajas? —sigue.

—Ahora sí.

—¿Buscando la libertad?

¿Por qué todos creen que se viaja por buscar algo? Bueno, no se equivocan tanto…, pensé

—A veces creo que sí. Otras, que estoy huyendo de todo.

No pregunta más. Me resulta curioso. Normalmente la gente siente la necesidad de saber, de escarbar, de encontrar la historia detrás. Él no. Solo escucha.

Durante un rato solo se oye la brisa, el murmullo de la gente, la vibración de una ciudad que no duerme del todo.

—Me llamo Niall, por cierto.

—Stana.

Nos damos la mano. Las tiene cálidas.

—Encantado, Stana de Nueva York sin casa.

—Encantada, Niall de muchos sitios.

Vuelvo a mirar la Torre. Hay un pequeño terremoto bajo mi piel. No por él. Es solo que hace mucho que no conectaba así con alguien. De forma tan simple. Tan fácil.

Pero luego me viene su nombre. Dylan.

Muerdo el labio, sin quererlo. Me invade una punzada, suave pero certera. No hay noche en la que no lo recuerde. No hay ciudad en la que no haya pensado en él. A veces lo sueño. Otras, lo escucho en mi cabeza diciéndome que siga, que no me rinda.

—¿Estás bien? —pregunta Niall.

No lo estoy del todo, pero sí lo suficiente.

—¿Te apetece tomar algo caliente? —añade—. Hay un sitio cerca que tiene el mejor chocolate con avellanas que he probado nunca.

Dudo. Solo un segundo.

—Vale —respondo—. Pero si es mentira, no te lo perdono.

Él ríe y se levanta de un salto. Me ofrece la mano y, por segunda vez en menos de una hora, la acepto.

París me da frío. Pero, por primera vez en mucho tiempo, también me hace sentir algo parecido al calor.

16

LO QUE NO SE DICE

10 de abril de 2017
Nueva York

DYLAN

Me desperté antes que ella. Siempre me pasaba. Nunca he sabido dormir profundamente si hay alguien más en la cama. Pero esta vez no me importaba, porque era ella, Stana.

El sol entraba a través de las persianas medio bajadas, rayando la habitación en líneas cálidas y lentas. La ciudad murmuraba al fondo, sin molestar, ahora mismo nada lo haría.

Stana dormía sobre mi pecho, con una pierna liada en las mías y el cabello alborotado, enredándose en mi cuello. Respiraba despacio. Muy despacio. El mundo se había callado y solo la escuchaba a ella.

No quería moverme. No quería que aquello terminase, que se rompiera la magia y la chica que bailaba despareciera.

Tenía una mano en su espalda, bajo la camiseta que le había dado para pasar la noche, cuando terminamos de hacer el amor, porque eso es lo que hicimos, aunque ella todavía no lo supiera. O sí… La tela estaba tibia. Su piel, más.

Quise tenerla así desde la primera vez que la vi, aquella mañana. Stana llevaba el ceño fruncido, enfadada con el mundo, con el destino, con lo que le había tocado vivir. Renunciar a tus sueños no es una tarea sencilla y más si te lo arrebatan en un segundo, un

segundo maldito. Y aquí estaba, desnuda, aunque era lo de menos; lo que sí me fascinaba era su alma, traslúcida, blanca y pura. La vi, por dentro y por fuera.

Jamás había sentido esto.

Le acaricié el hombro con la yema de los dedos, apenas tocándola. No para despertarla. Solo para recordarme que esto era real, no un recuerdo, ni un deseo mal resuelto.

Ella se movió un poco. Murmuró algo que no entendí. Luego, lentamente, abrió los ojos.

—Buenos días —susurré.

Ella no contestó. Me miró y necesitó unos segundos para ubicarse. Pensé que dudaba entre despertarse o volverse a dormir en mi pecho.

—¿He roncado? —preguntó con voz ronca.

—Lo justo para que sepa que estás viva.

Sonrió y no se apartó. Los dos estábamos bien en ese punto justo del universo.

—Tu cama es muy cómoda.

—Has dormido sobre mi pecho —bromeé.

Pasó su mano por mi abdomen, dibujando algo invisible sobre mi piel y una punzada me recorrió el cuerpo. Eso y… mi miembro viril cobró vida. Suspiré.

—¿Qué hora es? —Ella no se percató.

—Temprano.

—¿Y qué hacemos ahora?

No supe si se refiere al día, a la semana, o a lo que había entre nosotros. Tal vez todo eso a la vez.

—Podemos quedarnos así un rato más —respondí.

—¿No tienes que ir a trabajar?

—Hoy no.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Sentía el ritmo de su respiración contra mi costado, su calor pegado al mío, el latido tranquilo de su pecho.

—Ayer —dijo, muy bajito— me sentí… bien. No por lo que hicimos. Por estar contigo.

—Eso es lo más bonito que me han dicho nunca —susurré.

Ella levantó la cabeza y me miró. Tenía los ojos despeinados. Como el resto de ella. Y estaba preciosa.

—¿Te han dicho muchas cosas? —Achinó los ojos.

Encogí los hombros.

—La lista de mujeres que han estado en esta cama es muy larga —tonteé, y ella abrió la boca y los ojos.

—Pero… ¡¿cómo se te ocurre decirme eso?! —Se incorporó, indignada. La agarré de la cintura, tiré de ella y la puse boca arriba debajo de mí. Todo esto entre sus gritos.

—No te aproveches de una tullida —pidió. Yo le aguantaba las manos con las mías sobre su cabeza.

—Es lo que suelo hacer… Traer aquí a chicas desvalidas y aprovecharme de ellas.

—¡¡Dylan!! —Se zarandeó y sonrió de oreja a oreja. No tuve que asegurarle que era mentira, que pocas chicas habían estado en esa cama y que ninguna me hacía sentir aquello en el pecho. Era nuevo.

El ambiente cambió de repente, nuestras pupilas conectaron, las risas desaparecieron, las bromas también. Nos miramos los labios, deseándonos, física y emocionalmente. Tragué con dificultad.

—No prometas nada, Dylan.

—No lo haré.

—Solo… quédate mientras puedas.

—Eso sí lo puedo prometer.

Le acaricié la mejilla. Ella cerró los ojos un instante y volvimos a hacer el amor, sin exigencias ni decisiones ni palabras. Solo gestos que decían más que sílabas unidas con sentido.

17

UN CHOCOLATE EN PARÍS

21 de diciembre de 2020
París, Francia

STANA

El café está lleno pero tranquilo; vivo. Huele a canela y a café recién molido. A hogar. Y eso me descoloca un poco, porque hace mucho que no asocio ningún lugar con esa palabra.

Mamá utiliza canela para todo.

Niall me guía hasta una mesa junto a la ventana desde las que se ve parte de la calle iluminada por faroles bajos. Afuera, la gente camina con abrigos gruesos y bufandas enormes.

Todos quieren esconderse dentro de sí mismos. Yo también, a veces.

—Aquí sirven el chocolate como debe servirse —dice, se quita la chaqueta y la cuelga con esa calma que parece tener de serie.

—¿Denso como el barro y tan caliente que te quema la lengua?

—Exactamente. —Sonríe. Se quita las gafas y por fin le veo los ojos.

Verdes. Pero no como los de Dylan. Nada como los de Dylan.

Estos son más claros, más fríos quizá, pero también más abiertos. ¿No ocultan nada? ¿No pueden hacerlo?

Pido lo mismo que él. No me apetece pensar.

Durante unos segundos, solo observamos la calle en silencio. Podría parecer incómodo, pero no lo es. Es ese tipo de silencio que se da entre dos personas que no tienen nada que demostrarse todavía.

—¿Y por qué París? —pregunta de pronto, sin mirarme.

—No lo elegí yo. —Me encojo de hombros—. Es parte del viaje.

—¿Y quién lo elige?

Tardo un segundo en entender a qué se refiere.

—¿El qué?

—Tu próximo destino.

Me quedo quieta. Su pregunta no es inquisitiva, solo curiosa. Aun así, algo se remueve dentro de mí. Desvío la mirada hacia la ventana. Hay una pareja besándose bajo un paraguas, ajena al mundo. Me da envidia.

—Digamos que no soy yo quien tira del hilo —respondo con voz baja.

No es mentira. Solo no es toda la verdad. A Niall le basta.

—A veces eso es lo mejor. Que alguien o algo decida por ti.

—¿Tú también vives así?

—Lo he intentado —responde con media sonrisa—. Pero siempre acabo volviendo al mismo sitio. Como un bumerán mal lanzado.

—¿Y París es ese sitio?

—No lo era. Pero ahora… no estoy tan seguro.

Hay algo en cómo lo dice. No es teatral ni romántico. Lo descubre al mismo tiempo que yo.

Nos traen el chocolate caliente y nos callamos unos segundos. El mío humea en la taza blanca, que sostengo entre las manos, me arden y me reconfortan a la vez. Huele a avellanas tostadas y a recuerdos que no quiero repasar.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Por qué París?

—Porque me cansé de no sentir nada.

Lo dice tan tranquilo, sin dramatismo, que se me clava entre las costillas.

—Eso suena a que venías huyendo de algo.

—De mí mismo, probablemente. —Bebe un sorbo, cierra los ojos un segundo—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Huyes o buscas?

No contesto. No sé cómo hacerlo sin desmoronarme.

Niall no insiste. Vuelve a mirar hacia fuera. Yo también. La pareja ya no está. En su lugar, hay un niño que salta sobre los charcos con botas rojas.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de esta ciudad? —dice él y baja la voz, confiándome un secreto.

—¿Qué?

—Que puedes estar completamente solo… y no sentirte del todo solo.

Sí. Es exactamente eso. La soledad en París no pesa igual. Tiene otro sonido, otra temperatura.

—¿Tienes planes para mañana? —pregunta de pronto y me mira con los ojos medio iluminados por el reflejo del farol.

—¿Tienes alguna sugerencia?

—Un par. Pero solo si no te importa caminar.

—¿Cuánto?

—Lo justo. Lo suficiente. —Se encoge de hombros—. Te prometo que merecerá la pena.

Le sostengo la mirada un momento.

—Vale.

Y lo digo sin pensar, sin ponerle condiciones. Solo vale.

Él sonríe. Una de esas sonrisas que no son para convencer a nadie, sino para compartir lo que uno siente sin tener que decirlo.

Y mientras me termino el chocolate, noto algo muy suave deslizándose por dentro. No es nerviosismo. Ni siquiera ilusión. Es otra cosa.

Presente.

Después de tanto pasado, de tanta fuga y tanto antes, estar aquí con este chico desconocido, en esta ciudad, en esta mesa, se siente real.

18

ALGO QUE SE MUEVE BAJO LA SUPERFICIE

10 de abril de 2017
Nueva York, EE. UU.

STANA

Despertar en la cama de Dylan fue como abrir los ojos dentro de un recuerdo. Desayunamos en un café pequeño, de esos con mesitas de mármol y camareros que no preguntan más de la cuenta. Hablamos mucho. Reímos un par de veces. Caminamos después sin rumbo por el East Village, y en algún momento terminé con una manzana confitada en la mano, porque Dylan decía que tenía que ver cómo me las arreglaba con el caramelo pegajoso sin perder la dignidad.

Me escribió Cara a media tarde. Yo le había dicho que tenía algo que contarle.

Cara: ¿Cotilleo importante?

Yo: Muy importante.

Cara: Bar de siempre. 19 h.
Llevaré preguntas y pintalabios nuevo.

Yo: No esperaba menos.

Dylan me acompañó, iba a llevarle la sorpresa en persona. El fisio pidió una cerveza, yo un refresco. Cara agua con gas y una rodaja

de limón. Llegó poco después, radiante, como siempre. Labios rojos, chaqueta negra y su forma de caminar, hecha para entrar en escenas importantes.

—¡Mira qué pareja! —comentó nada más vernos—. Si no me lo contáis todo, voy a inventarme mi propia versión.

—No te gustaría más que la real—advirtió Dylan.

—Oh, me has tocado el corazón —le respondió y me abrazó a mí.

—Estás diferente —musitó en mi oído.

Se acomodó y pedimos otra ronda. Cara hablaba sin parar. Dylan asentía y seguía la conversación. Yo me limitaba a observar y entonces… lo vi. Vi a mi hermano en la barra con una chica. No me sorprendió en absoluto, claro. Otra de sus conquistas.

—Vaya… —interrumpí y mis dos acompañantes me miraron—. Maddox y… una nueva amiga.

La sonrisa de Cara se congeló durante medio segundo. Sus hombros se tensaron y sus dedos se aferraron al vaso. Pero no le di importancia en aquel momento. Pero fue así porque llevaba años leyéndola como una novela sin final.

—Vuelvo en un segundo —anunció, y fue al baño sin mirar atrás.

Maddox se reía con la chica, guapa de una forma sencilla, sin maquillaje. Parecía cómoda. Él también. Mi hermano nos encontró enseguida y se acercó a nosotros. Saludó a Dylan con un apretón de manos y a mí me dio un corto abrazo. Fue natural, se sentaron con nosotros. La desconocida se llamaba Martha y era simpática y educada.

—No sabía que habíais quedado —receló mi hermano.

—No nos lo contamos todo, ¿no? —Alcé una ceja.

Cara volvió con otra cara encima, perfectamente colocada. Sonrió, tomó asiento y le soltó a Maddox:

—Tienes carmín en la camiseta, necio… —El insulto lo susurró, o fue imaginación mía.

Dylan, por su parte, me rozó la rodilla con la suya, suave, recordándome que estaba ahí.

Nos quedamos una hora más, todos menos Cara, que se levantó de repente para atender una llamada de teléfono y se despidió de nosotros con prisas asegurándome que no pasaba nada.

—Solo he recordado que tenía cita con el dentista —expuso.

Al salir, en la calle, el aire era frío y olía a taxis, a noche nueva, a promesas sin escribir.

—¿Te vas con Dylan? —me preguntó Maddox mientras encendía un cigarro que no terminó de fumar.

—No lo sé. ¿Estás bien? —Lo noté nervioso.

—Estoy perfectamente. —Sonrió. Demasiado rápido.

Me acerqué y la abracé. No insistí. Maddox era así. Siempre disfrazaba de sarcasmo lo que sentía. Me despedí también de Martha.

Dylan se ofreció a acompañarme a casa y no lo dudé. No quería que la noche terminara todavía. Caminamos en silencio durante un rato, con las manos metidas en los bolsillos de las chaquetas, sin rozarnos siquiera. Pero el silencio no era incómodo. El tipo de

silencio que se da cuando no necesitas decir nada porque ya lo estás diciendo todo.

En algún momento él comentó algo sobre los bares que había en esa zona, que si uno tenía buena música en directo, que si otro hacía el mejor chili de la ciudad. Yo respondí, no por el contenido, sino porque su voz me gustaba incluso cuando hablaba de tonterías.

Al llegar a la puerta de casa, nos detuvimos. Me giré hacia él, con las llaves en la mano.

—Gracias por venir conmigo.

—Gracias por dejarme.

Hubo una pausa.
Y en esa pausa, todo se dijo.

Entonces, dio un paso hacia mí. No fue brusco, ni torpe, ni heroico. Fue sencillo.

Me besó despacio.

Primero fue un roce.
Una pregunta sin palabras.
Después, una caricia más firme.

Sus manos no me tocaron más que el rostro, una de ellas, en la mejilla. Mis dedos, por instinto, se enredaron en su abrigo. Y por unos segundos, los suficientes, no existió otra cosa.

Ni la ciudad.
Ni los recuerdos.
Ni el miedo.

Solo ese beso.

Él.
Yo.
Y todo lo que habíamos ido construyendo sin saberlo.

Cuando nos separamos, nos quedamos así, a centímetros, respirando el mismo aire, con el corazón desacompasado.

Lo observé un instante más antes de abrir la puerta. Y justo antes de entrar, me giré una última vez.

—Buenas noches, Dylan.

Él no respondió con palabras.
Solo me sonrió. Y me bastó.

Cerré la puerta con cuidado y apoyé la espalda contra la madera.

19

UN LUGAR EN MONTMARTRE

22 de diciembre de 2020
París, Francia

STANA

El cielo está encapotado, pero no llueve. París tiene esa forma de vestirse de gris que no entristece. Solo… apaga un poco los bordes.

Nos encontramos frente a la estación de metro de Abbesses, a eso de las diez. Niall llega puntual, con las manos en los bolsillos y una bufanda mal enrollada al cuello. Me saluda con una inclinación de cabeza. Hace gracia.

—¿Lista para caminar? —pregunta.

—Siempre que no me pidas correr.

—Prometido.

Montmartre despierta despacio. Las cafeterías sacan sus sillas al exterior con parsimonia y huele a pan recién hecho desde varias direcciones. Subimos despacio, sin prisas. Me lleva por calles empedradas que parecen decorados de otra época.

—¿Has estado aquí antes? —pregunta mientras bordeamos un taller de arte con las persianas a medio subir.

—No. Pero lo he visto tantas veces que casi me parece conocido.

—Ya. Como cuando te reencuentras con alguien que en realidad nunca has conocido.

—¿Eso te pasa a menudo?

—Me pasó ayer —responde, encogiéndose de hombros.

Le lanzo una mirada que no sé si es un reproche o una advertencia. Él solo sonríe y me cede el paso hacia una escalinata que lleva a una pequeña librería escondida entre dos fachadas de tonos apagados. El cartel es de madera, con letras doradas desgastadas.

—Te prometí un sitio —dice.

Empuja la puerta. Una campanilla suena y nos recibe un aroma que mezcla polvo, papel viejo y lavanda. Hay libros por todas partes. En pilas, en estanterías torcidas, en cestas. Algunos tienen notas dentro, marcas, fechas.

—¿Lees? —pregunta.

—Mucho. Pero ahora sobre todo releo.

—¿Por qué?

—Porque necesito cosas que ya sé cómo terminan.

Él me observa un segundo, pero no dice nada. Recorremos el lugar en silencio. Me detengo frente a un ejemplar de *El Principito* en francés y lo abro sin pensar.

Hay algo subrayado a lápiz en la página de la rosa. Me estremezco. Vuelvo a cerrarlo.

—¿Quieres que lo compremos? —me pregunta a la espalda.

—Me basta con haberlo vuelto a ver.

—Eres de las que tocan libros como si fueran personas, ¿eh?

—Algunos lo son. Como… Como las canciones.

Salimos sin comprar nada. Pero siento que me llevo algo.

Seguimos caminando. La ciudad se abre desde arriba y el Sacré-Coeur vigila en silencio. Nos sentamos en un banco con vistas a las cúpulas y a los tejados irregulares de París.

—¿Sabes que hay lugares que solo existen cuando alguien los comparte contigo? —dice él.

—¿Y este es uno de ellos?

—Este, ahora, sí.

Y lo entiendo. Porque si hubiera venido sola, todo esto sería bonito. Pero no se habría grabado igual.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Tienes lugares así?

—Unos cuantos. Pero hace tiempo que no los comparto.

Hay algo en cómo lo dice que me hace mirarlo de otra forma. Lleva capas, y esta es una que aún no ha decidido mostrarme.

No le pregunto por qué. Ni él me lo ofrece. Me gusta que no me empuje a decir más de lo que quiero. Que no me obligue a quitarme la coraza de golpe.

—¿Quieres comer algo? —propone.

—¿Tú eliges el sitio?

—Prepárate para la mejor sopa de cebolla de París.

Nos levantamos. Empieza a chispear, pero ninguno saca el paraguas. Caminamos juntos, sin hablar mucho. A veces eso es más íntimo que cualquier confesión.

Y mientras bajamos las escaleras de Montmartre, con la ciudad extendida ante nosotros, pienso que hacía tiempo que no me sentía parte de algo. De un instante. De un nosotros, aunque aún no sepa lo que significa.

20

NI CONTIGO, NI SIN TI

11 de abril de 2017
Nueva York, EE. UU.

MADDOX

Sabía que iba a venir. Incluso antes de que llamara a la puerta. Lo supe cuando la vi en el bar, cuando nuestras miradas se cruzaron durante ese microsegundo en el que ambos fingimos que no pasaba nada. Cara no es buena mintiendo. Al menos, no con los ojos.

Y yo no soy bueno enfrentándome a lo que evito. Así que me comporté como un gilipollas, cosa que se me da genial. Un don. Pero no funcionó. La situación fue una mierda y quisiera borrarla de mi mente y de la de ella.

Toqué el pomo antes de abrir. Respiré hondo. Lo giré, tiré y allí estaba. Esa chica de tez muy blanca y ojos claros.

Cara.

De pie. Con los labios aún pintados de rojo y los ojos cargados de sangre.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Ya estás aquí.

Se quitó la chaqueta al entrar, pero no me miró. Caminó hasta el salón reconociendo cada rincón. Porque llevaba meses viniendo. Porque tenía una taza suya en mi cocina y un peine en el cajón del baño. Porque aunque nunca hubiéramos puesto un nombre a aquello, lo habíamos llenado de gestos que lo gritaban.

—¿Vas a explicarme lo del bar? —Cruzó los brazos.

—No hay nada que explicar.

—Perfecto. Me voy entonces.

Se dio media vuelta, pero no avanzó. Esperaba que yo, el gilipollas, dijera algo más. Lo sabía, ambos lo sabíamos y me jodía saberlo.

—No era una cita —me disculpé, quedando como un idiota malnacido.

—¿Y qué era? ¿Una terapia alternativa? ¿Una entrevista para una sustituta?

—No hagas eso.

—¿Qué? ¿Ponerle nombre a lo que haces? Porque tú no lo haces, Maddox. Tú esquivas, reduces, huyes en línea recta. Pero esta vez te vi.

—No tengo que darte explicaciones.

—Entonces no me pidas que me quede.

El silencio que siguió no era vacío. Era un campo minado. Cada palabra que no decíamos explotaba en algún rincón de la habitación y nos volaría hasta los sesos.

—¿Sabes cuál es tu problema? —Me señaló.

—Ilumíname. —Levanté las manos.

—Que no soportas la idea de necesitar a alguien. Ni que alguien te necesite a ti.

Me quedé callado. Porque lo que más me jodía de eso es que era verdad.

—Me gustas, Cara. —Lo solté sin adornos—. Lo sabes. Pero no sé si puedo darte más de esto.

—¿He de entender que se trata de un simple cumplido? Me gustas, pero no te aguanto. ¿Es así como se traduce?

—¿Y tú qué quieres? —Elevé un poco la voz—. ¿Que te pida que te mudes conmigo? ¿Que te presente a mi madre? ¿Un título bonito para contarle a tus amigas?

—No. —Me clavó la mirada con los ojos húmedos—. Quiero que no salgas huyendo cada vez que sientas algo real. —La frase me atravesó porque tenía razón—. Y ya conozco a tu madre. Me cae mejor que tú.

Nos quedamos uno frente al otro, en dos lados distintos de una frontera invisible. Por un momento pensé que se iba a ir, que esta vez sí, que ya estaba bien. Pero no lo hizo. Y sí el gilipollas.

Me acerqué de dos zancadas, la agarré de la camiseta y la besé. Ella no me rechazó. Me devolvió el beso pero con rabia, con tristeza, con hastío.

Me empujó y se separó un segundo más tarde.

—No vuelvas a buscarme —siseó.

Cogió su chaqueta y salió sin dar un portazo, Cara nunca ha necesitado hacer ruido para resonar dentro de mí.

Me quedé de pie en mitad del salón. Sin moverme. No sé durante cuánto tiempo. Solo. Así estaría el resto de mi vida, por no aceptar que me estaba enamorando de una gran persona y que iba a perderla.

Ya la has perdido, idiota, me dije, y me metí en la cama sin ducharme para conseguir que su olor sí se quedara.

21

UN INSTANTE DESNUDO

22 de diciembre de 2020
París, Francia

STANA

La lluvia arrecia por la tarde y los paraguas los hemos dejado en algún lugar olvidados. Caminamos rápido, pero riendo. Hay algo absurdo en mojarnos sin que nos importe. Llegamos al pequeño apartamento que alquilé a través de una web, en el distrito 5, con los zapatos calados y las mejillas encendidas por el frío.

—Sube. Estás empapado —le ofrezco, sin pensarlo demasiado.

—¿Estás segura?

—¿Eres un delincuente?

—¿Tengo pinta de delincuente?

—Los delincuentes nunca tienen pinta de serlo. —Soltamos unas carcajadas y subimos.

Los cristales de la terraza están empañados y se escucha el ruido amortiguado de la lluvia. Enciendo las luces del salón y dejo la chaqueta sobre una silla.

—Ahora vuelvo. Ponte cómodo —le indico y me dirijo a la habitación. Me cambio el jersey por uno seco, de punto grueso, mientras él espera de pie en la sala.

Cuando salgo, ya ha servido dos tazas de té y ha dejado una en mi sitio, junto al ventanal. Se ha quitado los zapatos y se ha remangado la camisa.

—¿Te molesta si me quedo un rato? —Es guapo, muy guapo.

—¿Has hecho té? ¿Cómo has sabido dónde estaban las cosas?

—Todos los pisos turísticos son iguales. —Sonríe y nos sentamos en el sofá con las tazas calientes entre las manos.

—Ahora es cuando caigo desmayada al suelo porque has envenenado… —Alzo la taza.

—Vas a morirte enseguida. Mi plan es matarte.

—¿Necrofilia?

—Exactamente eso.

Miro el fondo del líquido con intensidad, tanta que él me la quita, le da un trago y me la devuelve.

—¿Más tranquila?

—¿Te has tomado un antídoto?

—¿Cómo puedes ser tan rebuscada? —Volvemos a reír a carcajadas y caigo en la cuenta de que hacía muchísimo que no reía y tan seguido.

La conversación se va volviendo más lenta, más tenue, entramos en una zona de silencio voluntario. No hace falta llenar los huecos.

—¿Cuándo vuelves a marcharte? —pregunta sin mirarme.

Tardo un poco en contestar.

—No lo sé. Ahora… no tengo tanta prisa.

Llevo dos noches sin tener sueños.

Él asiente. Hace girar la taza en su mano. Se inclina ligeramente hacia atrás, apoyado en los codos. Lo miro de reojo. No hace nada especial. Solo está. Sin ruido. Sin empujar. Sin invadir.

—¿Sabes que no te he preguntado casi nada? —comenta—. Y tengo mil preguntas.

—¿Por qué no las haces?

—A veces no hay que entenderlo todo.

—Eso es raro.

—Lo sé. Pero es verdad.

Le observo. Me fijo en las gotas que le han dejado el pelo algo despeinado, en la manera en que mueve los dedos sin darse cuenta. Hay algo en él que no me permite cerrarme del todo, por mucho que quiera.

—¿Y si no me quedo? —pregunto, no sé por qué.

—Entonces espero que París te deje un buen recuerdo.

—¿Y tú?

Me mira. Esta vez sí. De frente.

—Yo ya me lo estoy llevando.

Siento algo en el estómago. No es nervios. Es… calor. El tipo de calor que aparece cuando alguien dice justo lo que no sabías que necesitabas oír.

—¿Puedo hacerte una pregunta yo ahora? —le digo.

—Claro.

—¿Tienes miedo de sentir cosas por alguien?

—Todo el mundo tiene miedo de eso. Pero algunos, a pesar de todo, seguimos sintiendo.

No contesto. Solo bajo la vista. El silencio vuelve. Pero no es tenso. Es suave. Denso, sí. Pero de esos que podrían quedarse ahí toda la noche. Cuánta razón lleva. No dejamos de amar a alguien de la noche a la mañana, ni después de mil noches.

—¿Puedo quedarme un rato más? —pregunta más bajito esta vez.

—Puedes quedarte hasta que la ciudad se calle del todo.

Y él se acomoda a mi lado, sin tocarme. Sin exigir nada. Sabe que este momento, así como es, sin promesas, sin finales, vale más que cualquier otra cosa.

Cierro los ojos y no me siento sola.

22

MEMORIAL

29 de mayo de 2017
Nueva York, EE. UU.

MADDOX

Entré en mi casa y olía a carne al horno sin chamuscar. Las luces estaban encendidas, aunque era temprano y los vasos ya chocaban sobre la encimera cuando llegué. Me había retrasado lo justo sin darme cuenta y papá me regañó al creer que evitaba ayudar a poner la mesa. Tradición de los Sullivan. Llegar con excusas y salir con sobras envueltas en papel de aluminio.

El salón estaba lleno de gente. Vecinos, primos, alguna tía lejana. Mamá me abrazó con ganas y papá me ofreció una cerveza sin decir palabra, como siempre. En casa no se hablaban los sentimientos. Se ofrecían bebidas frías.

Y ahí estaba Stana.

Riendo con Dylan en la cocina. Sostenía una copa de vino y hablaba con cara de estar disfrutando. No lo forzaba. Era ella. Más luminosa. Más tranquila. Poco a poco, volvía a ser la de siempre.

Dylan me saludó con un gesto de cabeza. Yo le devolví el gesto, como buen cuñado no oficial. Lo toleraba. Me caía bien. Y si hacía feliz a mi hermana, ¿quién era yo para entrometerme? Yo mismo le había animado a salir con él. Bueno, yo le propuse que se lo follara, no que se juraran amor eterno. No sabía si lo habían hecho, pero Stana estaba enamorada, eso lo tenía claro.

Me quedé un rato con mi padre y un par de vecinos hablando de cosas intrascendentes: política, impuestos, las nuevas bicis eléctricas que dejaban tiradas en las aceras. Lo de siempre. Me bastaba para mantener la mente ocupada.

Hasta que la vi.

Cara.

Entrando por la puerta con una bolsa de tela colgada al hombro y un vestido negro que le sentaba demasiado bien para ser una cena familiar. Mi madre la abrazó como si no hubieran pasado semanas. Como si no se hubiera ido a Italia con la compañía de Ballet. Como si yo no hubiera tenido que fingir que todo me daba igual.

No me acerqué. No al principio. Me limité a observarla. Se reía con mamá. Saludaba a Stana. Evitaba mirarme.

Muy bien.

Me fui a la cocina a por otra cerveza. Después, al pasillo, buscando aire. La casa estaba llena de calor y ruido. Me recosté contra la pared, cerca del cuarto de invitados.

Y entonces, apareció.

—¿Te escondes? —preguntó Cara.

—Me doy descansos estratégicos —respondí sin moverme.

—¿De mí o de todos?

—No te creas tan importante.

—No necesito creérmelo, Maddox. Ya lo fui.

La miré.

Estaba preciosa. Con ese tipo de rabia controlada que hacía que todo en ella estuviera más vivo.

—¿Por qué has venido?

—Es una cena familiar. Tu madre me invitó.

—Podrías haber dicho que no.

—Y tú podrías haberme llamado.

Silencio.

El pasillo era estrecho. La casa seguía zumbando al fondo con risas, platos y canciones. Quería largarme.

—Tú te fuiste —le dije sin pensarlo mucho.

—Tú me echaste.

—No lo hice.

—Sí lo hiciste. No con palabras. Pero con tu miedo, con tu silencio, con esa maldita manera de quedarte quieto cada vez que yo intentaba dar un paso.

Me acerqué un poco. No demasiado. Lo justo.

—No sé ser distinto, Cara.

—No te lo pedí.

—Sí lo hiciste. Lo hiciste cada vez que esperabas algo más.

Ella tragó saliva. Sus ojos brillaban, pero no eran lágrimas.

—¿Y sabes qué es lo peor? —susurró—. Que aun así, te sigo echando de menos.

Me acerqué del todo. No sé cómo. No sé cuándo. Solo sé que la tenía a dos centímetros y que su respiración se mezclaba con la mía.

—Yo también.

Y entonces, la besé.

Con rabia. Con dolor. Con ganas de volver y miedo de quedarme.

Ella me besó de vuelta. Con las manos en mi cuello y los dedos crispados.

Nos separamos cuando escuchamos una risa demasiado cerca. Un portazo.

—Esto no cambia nada. —Cara me miró.

—No. Pero tampoco lo empeora.

Se apartó y volvió al salón sin mirar atrás.

Me quedé en el pasillo unos segundos más, intentando borrar el rastro del beso de mis labios, de mis manos, del pecho. Inútil. Cara se había ido, pero aún estaba en todas partes. Y yo seguía sin saber qué hacer con ella.

No llegué a moverme. No me dio tiempo.

—¿Desde cuándo?

Reconocí la voz antes de girarme.

Dylan. Apoyado en el marco de la puerta del pasillo, con una botella de agua en la mano y una expresión de calma aparente que significaba todo lo contrario.

—¿Desde cuándo qué? —pregunté cruzando los brazos.

—Tú y Cara.

—No hay un "tú y Cara".

—No es lo que ha parecido.

—Entonces dime qué ha parecido.

—Una historia de dos personas que están atrapadas en lo mismo.

—¿Lo mismo? —Solté una risa sarcástica. Me había convertido en un cretino con todo el mundo.

—¿Por qué no se lo contáis a Stana?

—¿Contarle el qué? ¿Que nos liamos a escondidas como adolescentes y luego no nos hablamos durante semanas?

—Contarle que hay algo. Lo que sea. Algo más que dos personas que se cruzan en pasillos.

—No hay nada. —La frase me salió más seca de lo que pretendía —. Lo sabes. Tú lo has dicho. Es lo de siempre.

—Pues yo he visto muchas cosas, Maddox, en este trabajo mío de acompañar a personas que no siempre pueden hablar o moverse o vivir como quieren. —Hizo una pausa—. Y te juro que nunca he visto a nadie besar así a alguien por quien no siente nada.

No supe qué contestar.

Me pasé una mano por la nuca. Sentí la tensión colgando como una cuerda floja entre nosotros.

—No es tan fácil como decirlo y ya. No con Cara. No conmigo.

—Stana se va a enterar. Y cuando lo haga, no va a entender por qué se lo ocultasteis.

—Porque no es importante. Porque no quiero que lo sea.

—Pero lo es.

—¿Por qué te importa tanto? —inquirí, alzando la voz apenas.

Dylan me sostuvo la mirada.

—Porque ella os quiere a los dos. Y no me gusta mentirle. Ni verla decepcionada por gente en la que confía.

Eso me dolió más que cualquier reproche. Porque era verdad. Porque Stana no era de las que se tomaban bien las medias verdades. Y porque ella nos tenía por sus dos pilares, cada uno a su manera.

—No pienso sentarme a tomar café con ella y contarle que sigo besando a alguien con quien no puedo estar —dije al fin.

—Entonces decide si vas a dejar de besarla. O si vas a dejar de hacer como que no te importa.

Dylan se apartó del marco de la puerta y se fue sin más.

Yo me quedé en el pasillo. Otra vez. En el mismo sitio. Pero ya no era igual.

Cara se había ido.

Y ahora Dylan también.

Y yo… yo seguía siendo el que se quedaba.

Sin tener ni puta idea de qué hacer con todo lo que se me estaba cayendo encima.

23

EL SONIDO DE LA CALMA

23 de diciembre de 2020
París, Francia

STANA

Despertar con otra persona al lado después de tanto tiempo me sobresalta. Pero no del tipo que asusta. Es de esos en los que te preguntas si es un sueño, si realmente hay otro cuerpo respirando cerca del tuyo. Y lo hay.

Estamos en el sofá, tapados con la manta de cuadros que me acompaña desde que empecé este viaje. Niall está dormido, con una mano colgando del borde, los labios entreabiertos y el pelo hecho un desastre. Respira lento. Está ahí. Y no se ha ido.

Abro los ojos del todo. La luz entra a través de las cortinas con una suavidad casi deliberada. Huele a invierno, a aroma limpio, a ropa recién lavada y algo que no sé identificar.

Intento moverme sin despertarlo, pero al mínimo gesto abre un ojo. Solo uno.

—Buenos días —dice con voz ronca, profunda.

—Buenos días —respondo y me acomodo de nuevo.

—¿Qué hora es?

—Temprano.

—Entonces tenemos tiempo.

No sé para qué. Ni lo pregunto.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Él gira el rostro hacia mí, sin tocarme, y me mira sin prisas, sin quererme estropear este segundo.

—¿Duermes siempre en sofás incómodos? —bromea.

—Solo cuando no quiero dormir sola.

No me pregunta nada más. Le gusta dejar espacio. Es como una constante suya. No invade. Nunca.

—¿Tienes hambre? —pregunta al cabo de un rato.

—Un poco. ¿Tú?

—Tengo una tradición —dice levantándose con lentitud, estirándose como un gato—. En cada ciudad que visito, busco la mejor *crêpe* de Nutella y plátano. Y la desayuno caminando.

—¿Y ya la encontraste en París?

—No. Pero tengo un candidato fuerte cerca de aquí.

—¿Y te parece el momento ideal para comprobarlo?

—Sí. —Sonríe con una expresión divertida—. Nada como una cata de *crêpes* para sellar una buena noche.

Me río. Me dejo llevar. No me pasa a menudo. Y, contra todo pronóstico, no pienso demasiado.

Bajamos a la calle como una pareja que lleva años juntos. París huele a diciembre.

Caminamos en dirección al Sena. El cielo está despejado, pero se nota que va a llover otra vez más tarde. Me gusta. Ya no me molesta el clima. Solo importa la sensación de estar justo donde debo estar.

El puesto de crêpes está al final de una callejuela, atendido por un señor mayor que tararea en voz baja mientras extiende la masa. Niall hace el pedido con aire de experto. Yo solo observo.

Nos sentamos en un banco de madera junto al río. Hay patos en el agua y niños pequeños corriendo por la orilla. Él me pasa una crêpe caliente, doblada en papel, y espera mi veredicto.

—Está buena —digo con la boca aún llena—. Mejor que la de Roma.

—Mejor. Pero no digas eso en voz alta. Los italianos son muy sensibles con sus postres.

Reímos. Todo es natural. Y lo es. Aterradoramente natural.

—¿Has estado en Roma? —indago.

—He estado en muchos sitios… —musita.

Cuando terminamos, lanza el envoltorio al cubo más cercano, se sacude las migas de las manos y me pregunta:

—¿Tienes planes para Navidad?

Lo dice sin intenciones ocultas, pero la pregunta queda suspendida en el aire.

—No.

—Entonces…

—¿Entonces?

—Tengo una tradición para eso también.

Lo miro con desconfianza divertida.

—¿Otra?

—La más importante. Pero solo si te animas.

—¿Y en qué consiste?

—En pasar la Navidad con alguien con quien no tenga ninguna obligación. Solo ganas.

Me quedo en silencio. Él no espera respuesta inmediata. Solo la deja ahí, no le importa si digo sí ahora o dentro de un día.

—Ya veremos —respondo.

Pero ya lo estoy viendo.

24

ESO QUE SE ESCONDE ENTRE MIRADAS

29 de mayo de 2017
Nueva York, EE. UU.

STANA

Algo había cambiado.

No sabía exactamente qué, pero lo noté al volver de la cocina con una bandeja de panecillos. Ya caminaba sin muletas. Fue como entrar en una habitación que conocías de memoria y encontrar una silla movida de sitio, una luz distinta. Algo leve. Sutil. Pero inquietante.

Dylan estaba hablando con mi padre. Su tono era el mismo, sus gestos también. Pero tenía la mandíbula apretada. Los dedos le temblaban apenas cuando sostenía el vaso. Y eso, en él, era una señal clara de que algo no iba bien.

Maddox no estaba. Lo busqué con la mirada y lo encontré unos minutos después entrando desde el pasillo, con el rostro tenso, como aquella vez que faltó a clase y su tutora habló con mamá y esta le regañó. Pasó junto a mí y me dio un toque en el hombro, un gesto habitual entre nosotros, pero su mano se quedó un segundo más de la cuenta.

Y supe que mentía.

No con palabras. No con actos. Con el cuerpo. Con el silencio.

Me senté en el sofá junto a mamá que hablaba con una prima segunda sobre pasteles y recetas de abuelas olvidadas. Sonreí. Asentí. Pero no estaba allí del todo.

Cara se movía por la sala normal. Pero sus ojos evitaban a Maddox. No de forma evidente. Justo lo suficiente como para que solo alguien que la conociera de verdad lo percibiera.

Yo lo advertí.

Y me di cuenta de algo más: ella sabía que yo estaba notándolo.

Y no me lo iba a contar.

Volví a mirar a Dylan. Estaba más serio de lo habitual. Me buscó con los ojos y, cuando nuestras miradas se encontraron, sostuvo la mía más de lo necesario. Queriendo decirme algo sin saber cómo.

Sentí una punzada.

No dolor. No aún. Pero sí esa punzada que te avisa de que algo va a romperse. Que lo que creías sólido está empezando a ceder.

Me levanté. Fui a por más vino. Me detuve en la cocina y respiré hondo. Me estaba volviendo loca. Quería volver a bailar y no sabía cómo, y eso me hacía ver fantasmas. Debía contarle a mi terapeuta lo que me estaba pasando.

Recordé lo tranquila que había estado esta tarde. Caminando con Dylan. Escuchándolo reír. Sintiéndome cerca, por fin. Y ahora… este silencio nuevo. Este lenguaje que no entendía pero que existía.

Volví al salón y me senté con ellos. Me reí. Brindé. Escuché a mi madre decir que teníamos que repetir esto pronto. Pero dentro de mí, algo se torció. Y supe que no lo dejaría pasar.

***

La terraza estaba casi vacía. Solo quedaban un par de platos olvidados en la mesita auxiliar y una vela baja que se resistía a apagarse, luchando contra la brisa templada de mayo. Me llevé una copa de vino y salí sin decir nada. Necesitaba aire. Silencio. Algo que no fuera mirar a todos y sentir que me ocultaban cosas con una sonrisa.

Cara apareció un minuto después, sin copa, sin abrigo.

—¿Tú también te escondes? —preguntó, sentándose a mi lado en la butaca de mimbre.

—Respiro. —No di importancia a su comentario.

Mi amiga apoyó los pies descalzos sobre el borde de la silla y se recogió el pelo en una coleta improvisada.

—¿Te acuerdas cuando solíamos venir aquí a hacer piruetas hasta que nos gritaban que íbamos a tirar las macetas?

Reí, bajito.

—Y tú fingías que te caías, solo para que mi madre te diera helado por compasión.

—Funcionaba. —Se encogió de hombros con una sonrisa torcida.

Miré mis piernas. No pensé en ello, pero lo hice. Como quien se revisa una cicatriz sin necesidad de tocarla.

—Quiero bailar…

—Todavía es pronto. Eres muy disciplinada. Te esfuerzas, vas a por todas.

—Y aun así no es suficiente.

—Las lesiones fueron graves, Stana. Pero las ganas no las pierdas, por favor.

No dije nada. Me tragué el nudo que se me formaba en la garganta siempre que hablábamos del ballet. Era raro. Porque lo había asumido. Porque ya no lloraba por eso. Pero seguía doliendo. En otro lugar. Más profundo. Más callado.

—Lo echo de menos —manifesté, casi sin voz.

—Lo sé.

—Ya no sueño con bailar. Pero a veces tengo esa sensación, como si mi cuerpo recordara algo que yo he olvidado.

—Eso no se olvida.

Cara me miró. Se había vuelto seria. Su mirada, por primera vez en mucho tiempo, estaba completamente desnuda.

—Me alegro de que esté Dylan —dijo de pronto.

—Yo también.

—No te he visto así desde hace mucho. Desde antes de… —no terminó la frase.

—Es fácil estar bien con él. —Apreté la copa entre los dedos—. No tengo que explicarme todo el rato.

—Lo entiendo. —Suspiró. Sonrió, pero luego su expresión se volvió pensativa—. Me gustaría tener eso.

—¿El qué?

—Estar con alguien así. Sin miedo. Sin freno. Quizá el amor no sea para mí.

—No digas eso.

—No lo digo con tristeza. Lo digo porque lo sé. Nunca lo he encajado bien. Siempre hay algo que se me tuerce cuando me acerco demasiado.

La observé un segundo más. Su tono era sereno. Pero los ojos… sus ojos no estaban en paz.

—¿Te han hecho daño? —pregunté.

—Todos nos hacemos daño. A veces sin querer. A veces queriendo un poco.

—Cara, ¿hay algo que no me has contado?

Negó y no añadió nada más.

La vela parpadeó un poco antes de rendirse del todo. Cara se levantó y me besó en la coronilla antes de salir.

Yo me quedé ahí. Mirando las luces lejanas de la ciudad. Pensando en lo que fue. En lo que ya no será. Y en ese tipo de amor del que hablaba Cara. El que duele antes de empezar. El que se lleva en la sangre sin decirlo en voz alta. El que duele justo antes de terminar.

Y supe que ella no me lo había contado todo. Pero también supe que, por ahora, eso tendría que bastar.

25

DE MADRUGADA

23 de diciembre de 2020
París, Francia

STANA

Bajamos la calle en silencio, caminando juntos, aunque sin tocarnos. París ha empezado a dormirse. Las tiendas cierran sus persianas lentamente y los faroles proyectan una luz anaranjada que hace que la ciudad parezca más antigua, más ajena al tiempo.

Al llegar al portal del edificio donde tengo el piso alquilado, nos detenemos. No decimos nada de inmediato. Hay algo en este tipo de despedidas que uno aprende a no apresurar. El día ha sido largo. Bueno. Tan bueno que da miedo pensar que pueda deshacerse si lo forzamos.

Niall se frota las manos y me mira, pensándolo otra vez.

—¿Mañana nos vemos? —pregunta con suavidad, evitando romper el momento.

—¿Tú qué crees?

—Creo que sí. Pero también creo que a veces cambias de destino de un momento a otro.

Sonrío, aunque me duele un poco que lo diga así, esperando que desaparezca de repente. Y no se equivoca.

—No me voy a ir sin decir nada, Niall.

No me pierde de vista. Luego, baja la mirada. Duda. Y vuelve a levantarla.

—Sobre lo de Navidad… —empieza.

—¿Otra tradición?

—No. Esta vez no es una tradición. Solo una pregunta. —Espero —. ¿Qué querrías hacer, de verdad?

La pregunta es sencilla. No lo es la respuesta.

Lo miro. En sus ojos no hay presión, ni expectativa. Solo eso: espacio para ser honesta. Y lo soy.

—Estar en Nueva York. Con mi familia.

Lo suelto quitándome una verdad del pecho. Una verdad que me arde por dentro desde hace días.

Él no dice nada al principio. Ni siquiera parece sorprendido.

—¿Por qué no lo haces?

—Porque… —respiro hondo—. Porque me prometí no mirar atrás. Porque pensé que este viaje me curaría de todo. Que era la única forma de seguir adelante.

—Y quizá ya lo ha hecho —dice bajito—. Quizá justo por eso ahora puedes volver.

Miro hacia la puerta, buscando allí la respuesta. Pero no está. Está aquí, en el frío de esta acera, en esta conversación inesperada a punto de volverse decisiva.

—Me da miedo volver sola —confieso, sin saber que lo iba a decir hasta que lo hago.

Niall se queda quieto.

—¿Y si no vuelves sola?

Levanto la cabeza despacio.

—¿Vendrías conmigo?

—Cruzar medio mundo para acompañar a una casi desconocida a pasar las Navidades con su familia. Podría convertirse en otra tradición.

—¿Estás seguro?

—No del todo —responde—. Pero eso nunca me ha detenido antes. —Niall sonríe. Es una de esas sonrisas que no se ven muy a menudo, que nacen no solo de la boca, sino de los ojos, del pecho, de los hombros. Una que me desarma.

—¿Hay algo que te haya detenido alguna vez?

Le cambia el semblante unos segundos.

—Solo una cosa, pero no estaba en mis manos. Es… complicado. —Me da la mano y un escalofrío me sube por el brazo—. Vamos.

—¿Ahora? —me sale voz de pito.

—¿A qué vamos a esperar? Hay que cruzar el atlántico.

—Pero no vamos a ir nadando. —Reímos con la emoción temblándonos en los dedos. Y luego nos ponemos en marcha.

Subimos al apartamento, aun riendo. Meto lo poco que tengo en la maleta: ropa, cámara, libreta, la manta de mamá que he llevado a cada ciudad.

—¿Tienes pasaporte? —pregunto, entrecerrando los ojos.

—No, voy de país en país saltando fronteras.

Pedimos el primer Uber disponible y salimos a la calle con la maleta rodando tras nosotros y las mejillas enrojecidas por la madrugada parisina. La ciudad parece una postal olvidada. El coche se detiene en una especie de local en una calle oscura.

—Vuelvo en cinco minutos —indica Niall que tarda eso exactamente en entrar de nuevo en el vehículo con una mochila al hombro—. Listo.

—¿Eres Flash? ¿Tenías la maleta preparada?

—Nunca la deshago del todo. Soy un culo inquieto.

Durante el camino al aeropuerto, no hablamos mucho. Miramos por la ventanilla, compartimos alguna mirada que dice *¿en serio estamos haciendo esto?,* pero ninguno de los dos se arrepiente.

En el aeropuerto, buscamos el primer vuelo a Nueva York. El que sale en poco más de dos horas.

—Es una locura —digo mientras pasamos el control de seguridad.

—No. —Él me mira de reojo—. Una locura habría sido quedarme.

Nos sentamos juntos en la sala de embarque. Apoyo la cabeza en su hombro, como quien encuentra un punto de partida.

Nadie dice nada. Y sin embargo, pasa todo.

Porque en el fondo lo sabemos: este viaje no es solo hacia un lugar. Es hacia algo más.

26

LO IMPORTANTE

5 de junio de 2017
Nueva York, EE. UU.

DYLAN

Sabía lo que quería decirle desde hacía semanas. Lo supe desde aquella noche en la que se quedó dormida en mi pecho y despertó murmurando mi nombre. Lo supe en la fiesta de Jacob. Lo supe cada vez que se iba y me quedaba con su olor en la almohada.

Pero decírselo era otra cosa.

A Stana no se le podía soltar un te amo en una esquina, entre el ruido del mundo. No. Ella merecía algo que se le pareciera más a la verdad. Algo sencillo, pero intencionado.

Así que lo planeé sin que lo supiera.

La llevé al estudio de danza donde había trabajado durante mi residencia. Había sanado muchas lesiones y una de las profesoras me debía un favor. Accedió a prestarme la sala grande, de ventanales enormes que daban a la ciudad. La preparé por la tarde. Apagué las luces. Dejé solo las guirnaldas que colgué por las paredes, y una colchoneta doble en el centro, con mantas, cojines, y un pequeño picnic improvisado.

No me hizo falta más.

Cuando llegamos, Stana frunció el ceño al bajar del coche.

—Eh. Estamos en…

—Confía en mí.

Subimos por las escaleras. Ella me siguió en silencio, sin preguntar. Empujé la puerta del estudio y encendí las luces justas. Las guirnaldas se iluminaron al instante, bañando la sala en una luz suave, dorada, como un atardecer que se niega a acabarse.

Se quedó quieta en la puerta.

—¿Qué es esto?

—Tu lugar —respondí.

Se giró hacia mí, confusa.

—Este sitio… es un estudio.

Asentí.

—Sé que ya no bailas, no todavía —rectifiqué—. Pero eso no significa que no puedas estar en lugares que te recuerden quién eres. No para volver de repente. Solo para que no se te olvide.

Creí que se enfadaría, cabía la posibilidad, pero… caminó despacio, observando cada rincón, cada reflejo en el suelo pulido, cada sombra en las paredes.

—¿Y esto? —preguntó al ver la colchoneta, las copas, la botella de vino.

—Una cena de emergencia. Ya sabes, por si nos entra hambre de golpe y no queremos salir corriendo a por tacos.

Sonrió. De esa forma suya que me partía en dos. Se sentó y me senté a su lado.

—Tengo algo más. —Saqué el móvil—. Una última cosa.

Pulsé el *play*.

Y sonó.

The Night We Met.

La canción. La suya. Esa que no quería escuchar, al menos, en aquel entonces.

Ella me miró de inmediato. No dije nada. Solo dejé que la música hablara un poco antes que yo.

I had all and then most of you, some and now none of you…

Stana bajó la cabeza. Luego volvió a mirarme.

—¿Por qué esta?

—Porque me la mencionaste una vez. Y querías que sonara música en un momento importante.

—¿Y este lo es?

—Lo es para mí —esclarecí—. Porque quiero decirte algo y quiero que lo recuerdes con cada nota.

Ella no respiró. O no me pareció que lo hiciera.

—Estoy enamorado de ti, Stana. —Lo dije así. Sin adornos. Sin miedo—. Te amo. Y no necesito que me lo digas tú. Solo quiero que lo sepas. Que lo sepas ya. Porque me está quemando dentro y porque si no lo digo, siento que no soy justo con lo que siento.

Ella no respiró. O no me pareció que lo hiciera. Me miró como si estuviera intentando grabarse mis palabras dentro, una por una, por si un día ya no estaban.

Luego, se inclinó hacia mí. Muy despacio.

—Yo también te amo, Dylan —musitó—. Desde hace tiempo. Pero tenía miedo. Miedo de decirlo y que no fuera suficiente. O de decirlo y que no supiera cómo sostenerlo. —Me tembló el pecho—. Pero ahora lo sé —continuó—. No tengo todas las respuestas. No sé cómo va a ser. Pero te amo. Y no quiero seguir escondiéndolo.

Se acercó aún más y me besó. No con urgencia, sino con esa calma de quien, por fin, ha dejado de correr.

Y yo la abracé con una certeza que me llenó por completo.

La canción seguía sonando, suave, como un eco lejano que sellaba el momento.

I had all and then most of you, some and now all of you.

No sé si esa era la letra exacta. Tal vez no. Tal vez la inventé en mi cabeza.

Pero fue lo que sentí. Y eso fue suficiente.

27

CON LOS ZAPATOS LLENOS DE NIEVE

24 de diciembre de 2020
Nueva York, EE. UU.

STANA

Despierto con la boca seca y el cuello entumecido. Me cuesta unos segundos entender dónde estoy, por qué todo huele a avión y por qué hay una voz repitiendo que nos preparemos para el aterrizaje.

Entonces lo siento. El peso de mi cabeza sobre algo firme, cálido.

El brazo de Niall.

Y sí. Está húmedo.

—Oh, no… —murmuro, incorporándome de golpe.

Él abre los ojos y me sonríe, soñoliento.

—Buenos días, babosa.

Me tapo la cara con las manos.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

—Todo el vuelo. Literalmente —incide— todo el vuelo.

—Genial. —Resoplo, hundiéndome en el asiento—. Mi dignidad acaba de pedir asilo en la cabina del piloto.

—No pasa nada. He tenido peores despertares. Y más pegajosos.

—¡Niall!

—¿Qué? Estoy hablando de mi sobrino cuando me vomitó encima a los tres meses. ¿En qué estabas pensando tú?

Le doy un codazo disimulado, pero no puedo evitar reírme. Y él también.

Así aterrizamos en Nueva York. Entre bromas. Entre algo que empieza a parecerse mucho a una historia que no quiero que termine pronto.

Fuera, la ciudad nos recibe como solo Nueva York sabe hacerlo en diciembre: cielo plomizo, viento que corta, nieve y olor a *pretzels* calientes en alguna esquina invisible. Niall se ciñe la bufanda y me mira aterrizando en mi planeta natal.

—¿Estás nerviosa? —pregunta mientras bajamos por la escalera mecánica del aeropuerto.

—No lo estaba. Hasta ahora.

—¿Te preocupa que no les guste mi brazo babeado?

—Me preocupa que Maddox te mire y piense que tiene que lanzarte por la ventana.

—¿Tan mal lo lleva?

—Es mi hermano mayor. Tiene complejo de guardaespaldas personal.

—Perfecto. Siempre he querido una experiencia de interrogatorio policial.

El taxi nos deja frente a la casa de mis padres con una guirnalda torcida en la puerta que mamá debe haber colgado con prisas. Me duele un poco el estómago.

—Es bonita —comenta Niall, de pie a mi lado—. Y los adornos navideños…

—Yo me encargaba de ello.

—¿Y ya no?

—No he estado aquí para ello.

—Podemos alargar esto todo lo que necesites, pero ya que estamos aquí… ¿Preparada?

—Supongo.

—Solo quedan unos metros. Vamos. —Me da empujón en el hombro.

Toco el timbre.

La puerta se abre y aparece mi padre. Con sus gafas, su jersey de renos y una expresión que tarda medio segundo en mutar del desconcierto al asombro.

—¿Stana?

—Hola, papá.

—¿Stana? ¡STANA!

De pronto todo es una ráfaga de abrazos, de voces, de mi madre bajando las escaleras con lágrimas en los ojos, de sus manos en mi cara, en mis hombros, en mi pelo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo no nos dijiste nada? ¿Has venido sola? ¿Estás bien?

—Estoy bien, mamá. Solo quería sorprenderos.

Y vaya si lo he hecho.

Niall se ha quedado un poco atrás, respetando la escena. Pero entonces aparece Maddox, con su camiseta negra, su expresión de sospecha eterna y su ceja alzada.

—¿Y este quién es?

Silencio breve.

—Él es Niall —digo—. Un amigo.

—¿Un amigo que viaja contigo a Nueva York sin avisar a nadie?

—Sí.

—¿Por qué no me has hablado de él?

—Maddox —le advierto, cruzando los brazos.

Él lo mira, de arriba abajo. Niall se mantiene firme, incluso sonríe. Maldito su encanto natural.

—Encantado, Maddox. Stana me ha hablado mucho de ti. Sobre todo cuando me avisó con que me lanzarías por la ventana.

Maddox no sonríe. Pero algo en su gesto se ablanda.

—Tendrás que contestar a unas preguntas —le advierte.

—Perfecto. Yo he visto todos los episodios de Ley y Orden. Estoy entrenado.

Papá suelta una carcajada.

—Maddox, sé amable con los invitados. —Mamá hace una señal para que entremos ya.

Niall me roza la mano mientras cruzamos la puerta. No me coge los dedos, ni me los aprieta. Solo… roza.

Y eso basta para que me sienta en casa. En todos los sentidos.

28

LO QUE VIENE DESPUÉS

6 de junio de 2017
Nueva York, EE. UU.

STANA

Desperté al amanecer, de nuevo en su cama, esa que me atrapaba. El cuerpo me pesaba, pero no por cansancio. Era otra cosa. Había soltado el lastre que llevaba demasiado tiempo arrastrando.

Dylan seguía dormido a mi lado.

Estaba de lado, la cara medio oculta por la almohada y el brazo extendido. Tenía el ceño relajado. La boca entreabierta. Y una expresión de paz.

Me quedé mirándole durante un rato largo, sin moverme. Tenía las pestañas largas y la nariz puntiaguda.

Recordé cada palabra de anoche. Su voz diciéndome que me amaba. La forma en que lo dijo, como quien no puede guardárselo más. Y yo… yo devolviéndole el peso y la verdad con mi propio *yo también te amo.*

No sabía que podía sonar así en mi boca. Tan cierto. Tan limpio. Jamás se lo había dicho a nadie, excepto a mi familia y a Cara.

Me incorporé despacio, sin despertarle, y me acerqué a la ventana. Desde allí se veía parte del *skyline*, recortado por los edificios del barrio. Había algo tranquilizador en esa vista. Nada

especial. Solo vida. Gente que empezaba su rutina. Coches. Niños con mochilas. Una mujer con un carrito de la compra. El mundo seguía girando, sin saber que para mí, algo se había detenido.

Respiré hondo.

No sentí vértigo.

Tampoco miedo.

Sentí otra cosa.

La posibilidad.

Hasta entonces, amar algo que no fuera el ballet había sido impensable para mí. Con Dylan, por primera vez en meses, me sentía caminando sobre tierra firme. Y aun así, no dejaba de mirar el suelo de vez en cuando, por si acaso.

Volví a la cama. Me metí despacio bajo las sábanas. Me acerqué a él, pegando mi cuerpo al suyo con cuidado. Sentí su respiración contra mi cuello, el calor de su pecho en mi espalda.

Él murmuró algo. No entendí qué.

—¿Qué? —pregunté en voz baja.

—Estás aquí —dijo, aún medio dormido.

—Sí. Estoy aquí.

***

El café olía a casa, aunque no era la mía. Dylan lo preparaba moviéndose por su cocina pequeña. Levantaba la taza con cuidado,

comprobaba que el pan no se quemase y me miraba de vez en cuando.

Me senté en la banqueta mientras él colocaba todo sobre la mesa: café, tostadas, mantequilla y mermelada de melocotón. Nada más. Nada que faltase. Tampoco que sobrara.

—¿Sabes que hay gente que no tiene mantequilla en casa? —le dije estirando los brazos.

—Gente de la que no deberíamos fiarnos nunca —respondió él, muy serio.

Reí sin esfuerzo.

El crujido del pan, la cucharilla en la taza, su respiración. Ese tipo de cosas que parecen insignificantes hasta que alguien o algo te las arrebata.

—¿Alguna vez te has planteado dar la vuelta al mundo? —preguntó de pronto.

Le miré con curiosidad, aun masticando.

—¿Como plan o como fantasía?

—Como deseo. De esos que guardas y no siempre dices en voz alta.

—Supongo que sí… Lo hacía. —Suspiré con tristeza—. Antes lo hacía… Con el ballet.

—Me refiero a… Viajar sin tiempo, sin objetivos. Solo… mirar. Entender otras vidas. Conocer cómo piensa la gente. Descubrir qué hacemos aquí y hacia dónde vamos. —Hablaba con la boca llena y no de comida—. Eso es justo lo que quiero. Ver culturas, ciudades,

comidas extrañas, cielos distintos. Pero sobre todo, entender. Entender por qué sentimos lo que sentimos. Qué sentido tiene todo esto. Si es que lo tiene.

—¿Y por qué no lo haces? —le pregunté aun sabiendo parte de la respuesta.

—Porque mi madre me necesita. —Su voz no cambió de tono. Lo dijo aceptándolo sin resentimiento. Solo con amor—. La semana que viene viajo a Chicago —añadió—. Me quedo unos días con ella. Va a recibir tratamiento y quiero estar a su lado. —Entonces me miró. Más directo que otras veces—. Ven conmigo.

Lo dijo así, sin dramatismo, de una manera natural, y, de alguna forma, lo era.

—¿A Chicago?

—Sí. No como gran plan ni como presentación oficial. Solo… acompáñame. A veces uno necesita mirar con perspectiva.

Apoyé los codos sobre la mesa.

—¿Es parte de mi terapia y recuperación?

—Me refería a mi madre.

—Eh… Vale. Lamento la confusión.

—¿Vienes conmigo?

—Voy contigo. —Me guardé para mí que iría con él al fin del mundo, a recorrerlo, conocerlo y vivirlo por dentro, tal y como había descrito segundos antes.

Voy contigo… No fue solo una frase, sino una decisión, otra puerta abierta, como mi corazón.

Dylan curvó los labios y parpadeó. Yo me dejé ir un poco más. Me tiré. Sin red. Sin planes, con la sensación de que decía que sí a algo que merecía la pena… otra vez.

29

NOCHEBUENA CON MIRADAS QUE SOSTIENEN

24 de diciembre de 2020
Nueva York, EE. UU.

STANA

Mi madre no ha perdido ni un ápice de su energía. Aunque la cocina parece haber explotado con aroma a canela, pavo y romero, ella se mueve entre bandejas, cazuelas y tazas con naturalidad y agilidad. Mi padre la sigue con una sonrisa perpetua y una copa de vino en la mano. Y Maddox, por supuesto, está en modo vigilante de seguridad, como buen hermano mayor. Nos vamos reuniendo alrededor de la isla.

—Niall, ¡bienvenido! —Lo trata con cariño.

—Muchas gracias. Estoy encantado de estar aquí —responde él, educado, tranquilo.

—¿Quieres vino? ¿Cerveza? ¿Sidra? ¿Té?

—Un poco de agua estaría bien, gracias.

—Eso no es navideño —dice mi padre, apareciendo por detrás—. Vamos a hacerte cambiar de opinión pronto.

Maddox aparece en ese momento y se queda en el umbral, con los brazos cruzados. Me lanza una mirada rápida, y luego clava los

ojos en Niall.

—Niall… —mi hermano repite su nombre.

—Así es —dice él, con naturalidad, obviando la inspección militar a la que está siendo sometido.

—¿Qué haces?

—Ahora mismo, aceptar una invitación muy generosa. Pero de profesión… soy fotógrafo.

—¿Fotógrafo? —repite mi madre—. ¡Qué bonito! ¿De viajes? ¿De bodas?

—De casi todo un poco. Últimamente, retratos y calles. Ciudades. Historias, supongo.

Mi madre suspira y sé lo que piensa: ha encontrado el novio ideal para su hija. Maddox, en cambio, no se inmuta.

—¿Y antes de eso?

—Antes fui fisioterapeuta.

Su voz no se endurece ni se oscurece. Es una afirmación simple, sin carga dramática. Pero me entra por dentro, a mí y a todos los presentes. A mi madre se le cae sobre la encimera los pastelitos que sostiene con las manos. Los hombres de mi familia se tensan y yo tengo que agarrarme a uno de los armarios. Niall se percata de que algo ha cambiado de repente en el ambiente. Un silencio demasiado denso y largo. Lo rompe Maddox.

¿Fisioterapeuta?

—¿Y os conocisteis en París?

—Sí. En un parque. Me avisó de que podían robarme la mochila —respondo antes que Niall.

—Y desde entonces viaja contigo —remata mi hermano, escéptico.

—Desde entonces me acompaña —digo, tranquila.

—Y no nos ha robado nada —añade mi padre, divertido.

—Acaba de llegar… —murmura Maddox, pero yo lo escucho.

La tensión se disuelve poco a poco. Mi madre le da más conversación, mi padre le hace bromas sobre fotógrafos y filtros, y Maddox, aunque no baja del todo la guardia, empieza a relajarse a medida que ve que Niall no va a ningún lado. Al menos, no sin mí.

Durante la cena, Niall escucha más que habla. Interviene con frases justas, con observaciones sutiles. No necesita destacar. Solo estar. Y lo hace bien. Ocupa el espacio sin llenarlo. Comprende que esta noche es nuestra, de los que estábamos aquí antes, y que él ha entrado con cuidado, sin ruido.

—¿Cómo es París en diciembre? —pregunta mi madre mientras sirve tarta.

—Fría y preciosa. Igual que Nueva York, pero con más baguettes y menos ruido.

—¿Y cómo es Stana en París? —cuestiona mi hermano.

Me atraganto con la tarta.

Niall me mira de reojo, sin perder esa media sonrisa suya.

—Igual que aquí —responde—. Pero con más silencios.

La frase queda suspendida en el aire. No sé si me gusta o me duele. Tal vez ambas cosas.

Después de la sobremesa, cuando la casa huele a café y mazapán, Maddox me llama aparte. Nos quedamos junto al árbol, con las luces parpadeando entre nosotros.

—¿Es de fiar?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Deja de ser así —le pido. Él chasquea con la lengua y cambia el peso de pie.

—¿Y tú estás bien?

—Estoy volviendo a estarlo.

Él asiente y me abraza sin decir nada más.

Horas después, acompaño a Niall al cuarto de invitados, austero, con las paredes pintadas de un blanco neutro, con cortinas de algodón en un tono azulado suave. Hay una cama doble con un edredón sencillo gris. Mobiliario básico. Dos mesitas de noche de madera tratada. Armario pequeño y práctico en una esquina con espacio suficiente para guardar algunas prendas. No hay detalles innecesarios.

—La cama chirría, no te asustes —le indico con sorna.

—Soy un chico de mundo. He dormido bajo un árbol. —Me mira y sonríe.

—La manta pica un poco —miento.

—Nada es perfecto.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Niega, se tumba en la cama con los pies colgando por debajo y se mueve.

—No chirría, mentirosa.

Río y doy un paso atrás.

—Una cosa más. No te asustes si sales al baño y te encuentras a Maddox en el pasillo. No creo que duerma en toda la noche mientras estés aquí.

—Por mi seguridad, no saldré. Me mearé encima.

—Siempre puedes hacerlo por la ventana, pero asegúrate de que no hay gente debajo. —Agarro el pomo para marcharme.

—Stana —me llama y lo atiendo—. Sí hay algo perfecto. Tú.

30

LO QUE NO ENTIENDO

10 de junio de 2017
Nueva York, EE. UU.

MADDOX

No lo entendía. Por más que intentaba racionalizarlo, hacerme el hermano comprensivo, el adulto que respeta las decisiones de los demás… no lo entendía. No entendía por qué tenía que irse justo ahora. Por qué Dylan. Por qué Chicago. Por qué dejarlo todo por otra persona.

Mi hermana siempre había tenido esa capacidad para desaparecer cuando algo se le removía por dentro. Y sí, Dylan parecía tenerla en calma. Pero incluso la calma puede ser otra forma de huida. Ella necesitaba seguir luchando.

Estábamos todos en el salón. Mamá sacó la bolsa de galletas como si aquello fuese una excursión de fin de semana y no un viaje a otro estado para quedarse "unos días", que todos sabíamos que podían ser más. Papá hizo el típico comentario de "cuidado con los aviones", aunque fuera inútil. Y yo… yo me quedé al margen. Con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido que, por mucho que intentara relajar, no me dejaba en paz.

Cara estaba allí también. Lo único que me faltaba. Stana la había llamado para despedirse. Apoyada en la pared, con los brazos cruzados. No hablaba. No desde que había entrado. Sólo observaba a Stana. Y de vez en cuando, a mí.

—Bueno, chicos —dijo Stana mientras cerraba la maleta—. No me voy un año.

—No sería la primera vez —soltó papá con una sonrisa, intentando aligerar.

—Papá, nunca me he ido más de tres meses seguidos —replicó—. Y era por trabajo.

Mamá la abrazó con fuerza. Yo la observaba desde lejos, fingiendo revisar el móvil.

—¿Maddox? —me llamó ella. Qué bien me conocía mi jodida hermanita.

Levanté la vista. Stana esperaba algo de mí.

—¿Qué? —chasqueé.

—¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que diga?

Todos callaron. Incluso mamá. Incluso Dylan, que estaba en la cocina, dejando espacio.

—No sé. —Se encogió de hombros—. Que te alegras por mí. Que me deseas buen viaje. Algo.

—No me alegro —solté sin querer suavizar—. No entiendo por qué tienes que irte.

—Porque me apetece —respondió con firmeza—. Porque él me importa. Porque es lo que quiero hacer.

—¿Y no podías hacer eso aquí?

Ella respiró hondo. Me miró como cuando éramos pequeños y yo me enfadaba con ella por cosas que ni yo mismo comprendía.

—Creía que querrías verme feliz.

No supe qué decir. Porque sí quería eso. Claro que sí. Pero también quería que se quedara. Que no dejara un hueco donde antes había alguien.

Ella me abrazó de todos modos. No me lo pidió. Simplemente lo hizo. Yo no supe devolverle el abrazo como debía. No me lo perdonaré nunca.

Dylan reapareció con su mochila colgada al hombro. Nos saludó con respeto y se despidió con educación. Besó a mamá. Le dio la mano a papá y me miró a mí.

Yo le di una palmada seca en el hombro. ¿Qué esperaba?

—Cuídala —dije.

—No lo dudes —respondió.

Y se marcharon. Vi a Stana cruzar la puerta con andar firme pero ligero. Me quedé en el umbral. No sabía qué hacer con las manos. Ni con la rabia.

Cara se acercó a mi lado, en silencio. Olía a jazmín. Siempre olía así.

—Te pasas la vida intentando protegerla —apuntó, sin mirarme—. Pero a veces hay que dejar que alguien se caiga si es lo que necesita para aprender a volar.

—Ella ya se cayó. Espera, no. —Me giré y la enfrenté—. La atropellaron.

—No puedes protegerla siempre, Maddox, a todas horas. No te entiendo. Es feliz, ¿no lo ves? Ha perdido lo que más ama y ha conseguido ser feliz.

—¿Y tú lo eres? —me lancé, sin saber por qué.

—Yo sigo bailando.

—Eso no es una respuesta.

Lo pensó más de la cuenta.

—Sí, soy feliz.

***

—¿Eres feliz? —le había preguntado hacía un rato, y ella había respondido que sí. Sin dudar. ¿Por qué me enfadó eso? ¿Por qué me había convertido en una mala persona? ¿Eso es lo que era?

No me ofrecí a llevarla a casa, pero mis padres insistieron y ninguno de los dos pudimos negarnos, aunque tenía la sensación de que Cara hubiera preferido ir caminando sobre brasas incandescentes. El coche olía a medio cigarro que me había fumado de camino a Staten Island y ella se quejó.

—Ya te vale. Deja de fumar. Qué asco. —Se puso el cinturón y yo encendí el motor.

—Podías disimular un poco si tanto te interesa que Stana no lo sepa nunca…

—¿Disimular?

—Que te doy asco.

Tuve que detenerme en varios semáforos en rojo antes de que otra conversación comenzara. No encendí la radio y ella tampoco lo propuso ni le dio al botón.

—¿Estás bien? —Suspiró, hastiada.

—No tienes que fingir que te preocupas por mí —farfullé.

—¡Cómo eres tan borde! —me regañó.

Respiré hondo, varias veces, repitiéndome que yo no era así.

—Estoy cansado —mentí.

—Ya somos dos.

—¿De qué estás cansada tú? —Supuse que se refería a sus viajes. Acababa de llegar de Los Ángeles y pronto volaría a Europa.

—De que las cosas no tengan nombre. —Se apoyó en la ventanilla.

—Los nombres complican lo que funciona.

—Y a veces esconden lo que no funciona —sonó directa. Bajó un poco la ventanilla, tomando aire.

—No he vuelto a llamarte porque no sabía qué querías de mí —añadí.

—No sabía que tuviera que querer algo concreto.

—Claro que sí. Siempre queremos algo. Hasta cuando fingimos que no. —Eso fue un alarde de sinceridad.

Giré a la derecha, por su calle. Me detuve frente a su portal. No apagó el motor. Ni yo el coche.

—¿Y tú qué quieres, Maddox?

Me giré hacia ella. Cara también me conocía y aun así no sabía qué hacer conmigo. No lo sabía ni yo.

—Quiero saber por qué dijiste que eras feliz.

—Porque lo soy.

—¿Y eso no incluye a nadie? ¿Qué hay de mí?

—¡¡Ja!! ¡¿Pero cómo puedes ser tan egocéntrico y narcisista?! ¿Crees que mi mundo gira en torno a ti? ¿Que mi felicidad de pende de ti?

—No quería decir eso. Es solo que… —Fui un cobarde y no me abrí. No le dije que sentía que la mía sí dependía de ella porque no lo era desde que se marchó lejos, del estado y de mí—. Aún llevas el colgante que te regalé… —musité, y supe que los dos viajamos unos segundos a aquella tarde, no hicieron falta maletas ni cerrar los ojos.

Fue una tarde cualquiera, sin plan ni destino, en un mercadillo en Williamsburg, entre puestos de vinilos antiguos, lámparas oxidadas y libros viejos. Ella iba delante, con una chaqueta vaquera anudada a la cintura y mirando todo con los ojos muy abiertos y una sonrisa descarada.

—Esto es una trampa para románticos y obsesionados con los recuerdos —solté, sin dejar de mirarla a ella, tocando una pulsera en forma de rama dorada que no me interesaba—. Cosas inútiles.

Ella pasó de mi comentario y se agachó para ver mejor una caja de pendientes de plata. El pelo le resbaló por el hombro y dejó desnuda su espalda. Yo me empalmé enseguida y tuve que obligarme a calmarme.

Y la vi. Era una mariposa, un colgante sencillo, con las alas abiertas y un detalle en el centro. No tenía nada especial pero me hizo pensar en ella; no por cursi. Por libre.

Lo compré, mientras ella hablaba con un tendero y reía. Cuando cruzamos una calle menos transitada, la llamé con un gesto de cabeza y saqué el colgante. Se lo enseñé, colgando de la cadena. Ella sonrió y me dejó desarmado. Extendió el cuello, se recogió el pelo hacia un lado y propuso:

—¿Me lo pones?

Lo hice, la rocé, la sentí y… y di un paso para atrás. Siempre lo estaba dando.

—Creí que seguir llevándolo significaba algo para ti… —insistí, porque era cruel y egoísta.

Y… lo dijo.

—Estoy viendo a alguien. —No usó ningún tono especial. No lo suavizó. Solo lo soltó.

Me quedé quieto. Las manos en el volante. La mandíbula tensa.

—Desde hace cuánto.

—Unas semanas.

—¿Te gusta?

Sonrió con sarcasmo.

—Es… fácil con él. No duele.

Tragué saliva y perdí la vista al final de la calle.

—Entonces es perfecto.

—No. Solo distinto.

—¿Sabía él que podías besar a otro en un pasillo hace dos semanas?

—¿Tú sabías que ibas a no hacer nada después de ese beso? —Me quedé callado—. Eso pensaba —añadió, agarrando el pomo de la puerta.

—Cara. —Se detuvo. No me miró—. No sabía que lo fácil te atrajera.

Se enfadó.

—¿Tú eres feliz? —lanzó.

—No lo sé.

—Pues cuando lo sepas, si todavía queda algo, me lo dices. Pero no vuelvas a buscarme mientras no lo tengas claro.

Y se bajó del coche.

La vi caminar hasta la puerta de su edificio. No miró atrás.

Apagué el motor, pero no me moví. Me quedé ahí, con la ciudad latiendo fuera, con la rabia en la garganta. Y con la sensación de

haber llegado demasiado tarde a algo que quizá nunca supe cuidar.

Soy un gran gilipollas.

31

NAVIDAD SIN AVISAR

25 de diciembre de 2020
Staten Island, Nueva York

STANA

El olor a canela me despierta, mamá se lo pone al té. Me envuelvo en un jersey ancho porque la mañana ha amanecido muy fría.

¿Y la calefacción? ¿Otra vez se habrá estropeado? ¿Niall estará vivo? ¿O Maddox lo mataría anoche? Con todos estos pensamientos, y con uno de ellos gritándome, recorro mi casa de nuevo, después de tanto tiempo.

¿Qué hago en Nueva York y qué me ha traído aquí?

Todo me resulta familiar; claro, lo es, pero también extraño al mismo tiempo. Una parte de mí nunca se fue, y otra no sabe muy bien cómo volver.

Papá está en su sillón de siempre, el periódico en las manos, las gafas descolocadas en la nariz. Alza la vista, me dedica una sonrisa lenta, de esas que guardan ternura y cansancio a partes iguales.

—Buenos días, pequeña —dice, y me siento con diez años otra vez.

—Buenos días, papá —respondo con un hilo de voz.

—¿Has dormido bien? —Se levanta y me da un beso en la frente.

—Perfectamente.

—Me alegra escuchar eso. Espero que te quedes mucho tiempo. —No respondo y me acerco a la cocina donde se escuchan platos y risas. Mamá está colocando fuentes sobre la encimera, moviéndose rápido, canturreando villancicos desafinados. Y allí, a su lado, está Niall. Se mueve a su ritmo, sin estorbar, con una taza de café en la mano.

—*Bonjour.* —Me la tiende. La cojo y sus dedos rozan los míos. Un roce breve, casi accidental. Pero suficiente— ¿Has dormido bien? —pregunta.

—Sí. ¿Tú?

—La habitación de invitados tiene su encanto vintage —bromea—. Me he sentido como en una película de los años setenta.

Me río por lo bajo, sorbo el café y siento que estoy exactamente donde tengo que estar. Aunque no lo entienda del todo.

Es mi casa…

—¿Y Maddox…? —Arrugo la nariz.

—No me ha matado mientras dormía. ¿Debo darle las gracias?

Mamá se acerca y nos da un golpecito en el brazo a cada uno.

—Venga, manos a la obra. Hay que preparar todo antes de que lleguen los demás.

—¿Los demás? —Alzo una ceja.

—Maddox y Cara, Ah, sí, y tus primos. Ya sabes, los que nunca avisan y siempre traen hambre.

Niall me lanza una mirada divertida y se remanga la camiseta preparándose para entrar en una batalla épica. Yo ruedo los ojos y me pongo a su lado. Cortar pan. Sacar copas. Doblar servilletas.

Maddox aparece poco después, arrastrando los pies, con el pelo despeinado y cara de no haber dormido suficiente. Se detiene al vernos juntos en la cocina.

Niall le saluda con un gesto tranquilo. Maddox responde igual, aunque sus ojos dicen más de lo que su boca calla.

—Buenos días, drama *queen* —le digo acercándome a él.

—Buenos días, traidora —murmura, pero hay una chispa de humor en su voz.

—¿En serio vas a estar gruñón en Navidad?

—Es mi derecho constitucional.

Me río. Aunque noto que debajo de esa broma hay algo más. Algo que no dice. Algo que no sé si quiero escuchar. Va a hablar con papá.

Niall se acerca con dos servilletas dobladas en forma de árbol.

—¿Sabías que se puede improvisar en Navidad? —pregunta.

Le miro, alzando una ceja.

—¿Improvisar la Navidad?

—Innovar.

—Innovar… —repito, con una sonrisa.

—Por suerte, la vida te da muchas oportunidades para hacer las cosas de otra manera. Para comenzar.

—Y para ti hacer las cosas de otra manera es hacer manualidades con servilletas. —Encoge los hombros—. Vale. Improvisemos.

Hacemos árboles con servilletas en una esquina del salón cuando suena el timbre. Mi madre lanza un gritito nervioso y corre a abrir.

Es Cara.

Lleva un abrigo claro, una bufanda enorme alrededor del cuello y una gran sonrisa.

—¡Hola! —grita, quitándose la bufanda y sacudiéndose el pelo con los dedos—. ¿He llegado muy pronto?

—Has llegado en el momento perfecto —responde mamá, dándole un abrazo afectuoso—. Siempre es un placer tenerte aquí, cariño.

Cara me busca con la mirada y sonríe al verme. Un poco más forzada que de costumbre.

—Feliz Navidad —se acerca a mí

—Feliz Navidad —le respondo con abrazo incluido.

—¿Cuándo pensabas decirme que habías venido? —Un poco enfadada está.

—Ha sido sin planearlo. Perdona.

Cuando se separa, ve a Niall y se sobresalta, alza las cejas y lo escanea con la mirada.

—Hola, ¿y tú eres? —saluda, educada.

—Soy Niall, encantado de conocerte —responde sonriendo con cortesía.

Entonces mis ojos van hacia Maddox. Sigue en el salón, junto a la mesa, observando la escena con la mandíbula apretada. No dice nada. Ni a Cara. Ni a nadie. Y eso ya dice demasiado. Estos dos siguen en guerra.

Cara también somete a Niall a un interrogatorio y voy a tratar de que lo deje en paz. Me llevo a mi amiga a mi dormitorio para alejarla de él. No por celos, que conste.

—Vaya… Vaya… —Se sienta lentamente en la orilla de mi cama—. Qué calladito te lo tenías…

—Ya te he dicho que ha sido sin pensar. Llegué ayer, casi justo para la hora de cenar. —Abro el armario para cambiarme de ropa.

—Me refiero a Niall —concreta.

—Es un amigo. —Rebusco dentro entre las perchas.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¡¿Y cómo?! —La imagino levantando las manos; yo sigo enfrascada en la búsqueda de uno de mis vestidos. Cojo uno de color rojo, muy navideño.

—París, hace… unos días, Y no hay cómo. Nos conocimos a los pies de la Torre Eiffel. Es simpático, educado y divertido. Nada más que contar. —Me deshago del chaleco y me coloco la prenda por encima de la cabeza—. Abróchalo, por favor.

—Y te lo traes a Nueva York, a tu casa, después de todo… —habla sobre mi sien.

—Él se ofreció a venir —explico, me giro y nos quedamos de frente—. ¿Cómo me queda? Hace años que no me lo pongo.

—Estupendamente. —Pone los brazos en jarra—. Un desconocido se ofrece a acompañarte a tu casa en Navidad. Eso dice mucho de él. Está loco.

—No está loco. —Vuelvo los ojos.

—Aburrido, solo… ¿No tiene familia? ¿Amigos? ¿Alguien con quien pasar este día tan especial?

—Es de Filadelfia. Yo no estoy loca y la iba a pasar sola en París. No desvaríes. —Me cambio de zapatos y me pongo unos de tacón negro, bajos, desde el accidente no aguanto los tacones altos—. Volvamos. No me fío de Maddox. Es capaz de cortarle el cuello con el cuchillo del jamón.

—Yo tampoco me fiaría de él.

—¿No habéis vuelto a ser amigos?

—Lo he intentado, pero tu hermano no está por la labor.

—Mejor así, ¿no? Yo no sería amiga de una persona que no me fío —ironizo, a sabiendas de que aún hay algo entre ellos.

***

Me acerco a Maddox mientras desenrollo el mantel de Navidad. Se supone que tenemos que preparar juntos la mesa, pero Maddox apenas mueve los brazos. Está tenso. Cada músculo de su cuerpo lo grita.

—¿Me ayudas o no? —le pregunto en voz baja.

Coge los cubiertos y los deja caer sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¿Estás bien? —susurro.

—De puta madre —masculla.

Le miro de reojo mientras coloco los platos. No es verdad. Ni remotamente.

—¿Seguro? Porque da la sensación de que no te alegras de que esté aquí.

—Joder, Stana, ¿cómo no voy a alegrarme?

—¿Es por Cara? Me ha dicho que no habéis vuelto a hablar.

—¿Habláis de mí? ¿No ha tardado ni media hora en ponerme verde?

—No es eso, Maddox —le regaño—. Es mi mejor amiga. Por favor, finge que la soportaras por lo menos.

—Es… Es… —Masculla y respira—. Voy a por las copas. —Se marcha y me muerdo la lengua para no decirle que él es idiota, que dejó escapar a la mujer perfecta y que si todavía le afecta, será por algo.

32

LUGARES QUE NO SALEN EN LOS MAPAS

10 de junio de 2017
Geneva, Illinois

STANA

Nunca había estado en Geneva. Ni siquiera sabía ubicarla en el mapa hasta que Dylan me habló de ella por primera vez. No era una ciudad, en realidad. Más bien un pueblo grande, de esos donde la gente aún se saluda por la calle y todos saben quién eres antes de que tú misma lo tengas claro.

El avión aterrizó temprano. A pesar de la hora, yo ya no tenía sueño. Dormí poco. Una mezcla de nervios, de expectativa, de esa sensación de estar entrando en algo que podía cambiar el rumbo de las cosas sin previo aviso.

Salimos del aeropuerto y cogimos un coche de alquiler. Dylan conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en mi muslo. De vez en cuando me miraba y sonreía. Y yo no podía dejar de pensar en lo raro que era sentir calma mientras todo dentro de mí se movía.

—No te asustes si mi madre intenta darte de comer cada cinco minutos. Es una trampa. Cuando aceptas la tercera vez, ya no puedes parar.

—¿Y si digo que no?

—Te hace un drama con acento griego. Mejor que no lo veas.

Nos reímos. Íbamos cargados con dos mochilas y una bolsa con regalos que habíamos comprado en el aeropuerto: bombones, un libro de cocina y una bufanda azul.

El trayecto hasta Geneva fue tranquilo. Casas desperdigadas, campos verdes, alguna gasolinera solitaria. No había grandes edificios ni ruido. Solo silencio y carreteras largas. El tipo de sitio donde la vida no tiene prisa.

—Aquí crecí —dijo cuando empezamos a ver las primeras calles del centro—. Aquí aprendí a ir en bici, a mentir con cara seria y a escaparme de clase sin que me pillasen.

—¿Y a besar?

—Eso me lo enseñaste tú —respondió sin dejar de mirar al frente.

Me reí. No por la broma, sino por lo fácil que era reírme con él. Lo fácil que era todo, cuando no me ponía a pensar demasiado.

La casa de su madre estaba en una calle tranquila, con árboles altos que daban sombra a ambos lados y un par de bicicletas infantiles apoyadas en una verja blanca. Era de ladrillos amarillos, con contraventanas verdes y una mecedora antigua en el porche. Todo en ella decía: esto no ha cambiado.

Antes de tocar el timbre, Dylan me miró.

—No hace falta que hagas nada especial. Sólo sé tú. Eso ya es más que suficiente.

Asentí, aunque tenía el corazón en la garganta.

La puerta se abrió antes de que él llamara.

Una mujer bajita, con un pañuelo cubriéndole la cabeza y ojos profundamente azules nos recibió con los brazos abiertos. Era evidente que no le quedaban muchas fuerzas, pero lo que sí tenía era una calidez que desbordaba.

—Hola, mamá.

—Hola, hijo. —Lo abrazó con fuerza, con esa necesidad de tocar que tienen las madres cuando no saben si volverán a ver igual a los suyos—. Estás más delgado.

—Eso es mentira y lo sabes.

—*Shhh*. Déjame ser madre.

Después me miró a mí. Y sin decir nada, me abrazó también.

No me preguntó quién era, ni qué hacía allí. Solo me apretó fuerte y me susurró:

—Gracias por venir.

Y ahí, en ese momento, sin saber muy bien por qué, se me humedecieron los ojos.

Pasamos al interior. La casa era como imaginaba: muebles antiguos, mantas tejidas a mano, un montón de fotos en marcos gastados. Dylan en todas sus versiones: con aparato, con flequillo horrible, con cara de querer estar en otro sitio. Había libros por todas partes, y olor a sopa. Uno de esos olores que no se compran ni se fingen.

La madre de Dylan, Maire, nos preparó té. Tenía manos delgadas y uñas cortas. Hablaba despacio. Con voz suave, de las que se clavan sin levantar el tono.

—Tienes una forma de mirar parecida a la suya —me dijo en un momento en que Dylan fue a coger nuestras mochilas al coche.

—¿Perdón?

—Tú. Le miras como si no necesitaras que te explique nada. Como si ya lo supieras. Eso es precioso.

No supe qué contestar.

Esa noche, Dylan y yo dormimos en la habitación de invitados, una estancia pequeña con una cama demasiado estrecha, libros apilados y una alfombra que crujía al pisar. Me tumbé boca arriba, con él a mi lado, y me quedé en silencio durante mucho rato.

—Siento que estamos faltando el respeto a tu madre —comenté, tratando de no rozarlo si quiera.

—No se le puede decir que no.

Ella había insistido en que durmiéramos juntos.

—Ni que lo digas. Creo que voy a explotar con tanta comida.

—Te lo dije. —Reímos—¿Estás bien? —preguntó y no se refería a la situación, incómoda de todas formas.

—Sí. Geneva tiene algo que me descoloca. Pero me gusta.

—¿Te lo imaginabas así?

—Es mucho mejor.

Me cogió la mano por debajo de la manta. Me acarició los dedos. Yo cerré los ojos y pensé que a veces uno no necesita grandes cosas para sentirse donde debe.

A veces basta con una casa que huele a sopa, una madre que te abraza sin conocerte, y una cama donde cabes solo porque el otro se ha hecho un poco más pequeño.

Y entendí que los lugares importantes no siempre salen en los mapas. Pero se quedan contigo para siempre.

33

JODIDA NAVIDAD

25 de diciembre de 2020
Staten Island, Nueva York

MADDOX

Está claro que si la Navidad tiene un superpoder, es el de sacarlo todo a la superficie. Lo bueno, lo jodido y lo que creías enterrado bajo siete capas de cinismo. Y yo, que soy experto en fingir que nada me afecta, llega el límite exacto en el que una servilleta mal doblada

Stana desenrolla el mantel como si fuera un mapa de ruta hacia la paz navideña, mientras yo la observo sin mover un solo músculo. O bueno, sí, los tenso todos al mismo tiempo. Cada uno de ellos y aprieto los dientes, tratando de sobrellevar el día.

—¿Me ayudas o no? —pregunta, bajando la voz, pero sin dulzura. Ella sabe cuándo estoy a punto de estallar.

Cojo los cubiertos y los suelto sobre la mesa con demasiada fuerza. El metal choca contra la madera y hace un sonido que no parece importante, pero lo es. Es mi forma de gritar sin hablar.

—¿Estás bien? —susurra.

—De puta madre —mascullo. No me cree. Y yo tampoco.

Ella sigue con los platos. Con calma.

—¿Seguro? Porque da la sensación de que no te alegras de que esté aquí —añade.

—Joder, Stana, ¿cómo no voy a alegrarme?

—¿Es por Cara? Me ha dicho que no habéis vuelto a hablar.

Y ahí está. El golpe directo al estómago.

—¿Habláis de mí? ¿No ha tardado ni media hora en ponerme verde?

—No es eso, Maddox. Es mi mejor amiga. Por favor, finge que la soportas por lo menos.

—Es… es… —respiro. Me falta el aire de golpe. Escapo.

—Voy a por las copas —digo, y me largo.

La cocina está vacía, salvo por mi reflejo en la puerta del horno. Cojo las copas que mi madre solo saca una vez al año. Me detengo. Me apoyo un segundo en la encimera. Desde aquí, la oigo. Su risa. La de Cara.

Charla con mi padre sobre la mejor manera de mantener el fuego encendido. Una tontería. Sin embargo, yo cierro los ojos y trago con dificultad.

—¿Vas a traerlas hoy o mañana? —Stana aparece sin previo aviso. Otra maldita experta en pillarme en pleno colapso.

—Ya voy —miento.

Regreso con las copas. Esta vez las dejo suavemente sobre la mesa. No por cuidado, sino por no hacer más ruido dentro de mí.

Stana y Niall están ocupados haciéndose una foto con el móvil. Todos entretenidos menos yo, que me siento fuera de lugar en la casa en la que he crecido (en casi todos los aspectos, por lo visto).

—¿Sabes qué he pensado? —Paso junto a Stana con los servilleteros. No me da tiempo a responder—. Que si te sigue afectando tanto, es por algo.

—¿El qué?

—Lo de Cara. Lo de tú y ella.

La miro. No sé qué decir. No puedo. Así que me callo.

—Podrías decirle algo —añade—. Lo que sea. Pero no hagas como si no te importara. A ti las cosas que te importan te vuelven idiota. No, espera. Eres idiota siempre. —Me guiña un ojo.

—Gracias —tuerzo la sonrisa.

—Es cierto —me la devuelve antes de alejarse.

Me acerco. Ella no me mira.

—¿Estás bien? —Mi madre es ahora la que me nota raro—. ¿Estarás pillando una gripe? —Me toca la frente—. No creo que tengas fiebre.

—Mamá, estoy bien —masco, y sigo colocando copas. Una tras otra. Una tras otra. Un trabajo mecánico para desalojar los pájaros que vuelan en mi cabeza.

34

ENTRE TAZAS Y VERDADES

11 de junio de 2017
Geneva, Illinois

STANA

No dormí mucho esa noche. No por incomodidad. La cama chirriaba y las sábanas olían a lavanda y al tiempo, pero me gustaba. Era otra cosa. Una inquietud suave. Mi cuerpo no sabía aún dónde estaba, aunque mi mente sí.

Me desperté antes que Dylan. Me vestí sin hacer ruido y bajé a la cocina. El sol ya entraba por la ventana y la casa estaba en silencio, salvo por el tic-tac del reloj de pared y un leve rumor que venía del fondo.

Maire estaba sentada a la mesa. Tenía una taza de té entre las manos y una manta sobre los hombros. Sonrió al verme entrar.

—¿Café o té?

—Té, Gracias.

Me lo preparó con calma, me percaté de que no tenía prisa por nada. Me senté frente a ella. La mesa era de madera clara, con las esquinas gastadas. Había migas de pan, un libro abierto y una foto antigua enmarcada junto al azucarero. Un hombre joven, moreno, con ojos parecidos a los de Dylan.

—¿Su padre?

—Sí. Murió cuando Dylan tenía quince años.

—Lo siento. —Dylan me lo había contado.

—Yo también. Pero fue hace mucho. Y a veces, cuando el recuerdo es bonito, el dolor pesa menos.

Bebimos en silencio unos segundos. El té sabía a menta.

—No has preguntado por mi enfermedad —dijo de pronto.

—No he querido ser irrespetuosa.

—Eso está bien. A veces la gente pregunta por curiosidad. No por cariño. Tú no eres de esas.

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Te da miedo?

—¿El cáncer?

—Querer a alguien que lo vive de cerca.

No mentí.

—Da miedo.

—Pero has venido.

—Sí. —Bajé la vista—. Porque él se lo merece todo.

—Dylan no ha traído a muchas personas aquí. De hecho, a ninguna. Eres la primera. Y eso, créeme, significa más de lo que él te ha dicho.

No supe qué decir. Me temblaron los dedos. Apoyé la taza en el platito.

—Yo tampoco… Nunca he tenido una relación seria —confesé.

—¿Y por qué has decidido tenerla ahora?

—No he sido yo. Ha sido él. Me refiero a que… Es imposible no querer y enamorarte de una persona así.

Ella me sonrió. Una sonrisa serena, cansada, pero luminosa. Una de esas sonrisas que no se olvidan.

—Ya ha empezado. —Fruncí el ceño—. Vuestra historia —aclaró—. Y recuerda, no importa cuánto dure, sino lo bonita y verdadera que sea.

Nos quedamos allí, en la cocina, sin necesidad de hablar más. Afuera, el mundo seguía su curso. Pero en esa casa de Geneva, durante ese rato, yo sentí que me estaban enseñando algo que no venía en los libros. Ni en los mapas. Ni en las fotos.

Y supe que aquel momento sería uno de esos que recordaría siempre. Cuando una persona carga con la certeza de una despedida cercana, sus palabras dejan de ser sonidos, se vuelven semillas. De Maire aprendí que la vida no se mide en años, sino en instantes que te estremecen, que no hay victoria más grande que reír en medio del miedo, ni acto más valiente que decir te quiero cuando más vulnerable te sientes. Maire me enseñó en pocos días que acumular cosas no vale nada frente a acumular memorias; que perdonar no es para quien lo recibe, sino para quien lo da: un regalo que uno se hace para poder irse ligero; que lo urgente casi nunca es lo

importante; y que a veces basta una tarde, un abrazo, una mirada sincera para darle sentido a una existencia entera. Aprendí que morir no es lo contrario a vivir, sino parte del mismo viaje. Y que lo único verdaderamente imperdonable sería haber pasado por este mundo sin haber amado de verdad.

***

Bajé por las escaleras sin hacer ruido, con el libro que había estado leyendo durante la tarde en la mano y la intención de preparar un té. Ya había oscurecido, pero Dylan y Maire no habían llegado del hospital, o eso creía. Lo había estado llamando y enviado un par de mensajes. Comenzaba a preocuparme y mi intención era salir a la calle a preguntar a algún vecino. Pero no hizo falta. Me detuve en seco mientras cruzaba el salón. Una puerta estaba entreabierta, la de la cocina. Dentro, Dylan hablaba con su madre en voz baja, íntima, con ese tono que se pone cuando las cosas duelen de verdad. No fue intencionado quedarme. Fue algo que mi cuerpo decidió antes que mi cabeza. Lo juro.

No podía verles desde donde estaba. Solo oía.

—¿Estás segura de que quieres seguir con esto? —La voz de Dylan era más tensa de lo normal.

—Sí, cariño. Estoy cansada, pero no vencida. No aún.

Silencio.

—Me cuesta no hacer nada —dijo él, y carraspeó—. Me cuesta verte así y no poder arreglarlo.

—Tú ya estás haciendo algo. Has venido. Me estás dejando verte feliz. Eso, para una madre, es más medicina que la quimio.

—Pero no puedo quedarme aquí siempre. Y tú lo sabes.

—Y no quiero que lo hagas.

—¿Y si…?

No terminó la frase. Pero yo la entendí. Su madre también.

—Si pasa, pasará. No podemos vivir esperando a que todo se rompa en cualquier momento. Eso es lo que le enseñé a tu padre cuando enfermó. Y ahora te lo enseño a ti. Lo importante es estar. No cuánto. Ni cómo. Solo estar.

Mi padre… No quería pensar en él… No de esa forma que dolía… y ella no sabía.

Un largo silencio. Solo se percibía un ruido metálico: una cuchara removiendo lentamente una taza.

—¿La quieres?

—La amo. —Lo dijo sin dudar. Sin vacilar.

—¿Y ella a ti?

—No sé cómo explicarlo, mamá. Siento que me he encontrado a mí mismo en sitios donde yo ni siquiera sabía que estaba perdido.

Ella rio bajito. Una risa con fondo de cansancio.

—Entonces no le dejes marchar. Pase lo que pase conmigo, no le dejes marchar.

Y ahí tuve que apartarme. Porque no quería escuchar más. Porque no quería llorar allí, en esa sala. Ni irrumpir en un momento que no era mío.

Volví a la habitación sin hacer ruido. Dejé el libro sobre la mesilla, pero no lo abrí. Me senté junto a la ventana y miré hacia la calle. Geneva dormía en silencio. Todo parecía quieto. Seguro.

Y pensé que a veces, las cosas importantes no se dicen en voz alta para que alguien las escuche. Se dicen porque uno necesita decirlas. Y a veces, quien las escucha por accidente… no vuelve a ser la misma persona.

***

No lo planeamos. No fue un momento marcado por ninguna fecha, ni ninguna frase grandilocuente. Fue después de cenar, después de que su madre se acostara, después del segundo té, del silencio largo y cómodo que compartimos en el porche.

Fue después de que Dylan me mirase sin decir nada, solo con esa expresión suya de "estoy aquí".

Entramos en la habitación sin hablar. Cerró la puerta despacio. No me besó al instante. No hubo urgencia. Solo calma, deshaciendo el nudo de una cuerda que llevaba demasiado tiempo tensa.

Me senté en la cama. Él se agachó para desatarse los cordones de las zapatillas. Yo observaba cada movimiento como si fuera la primera vez. O la última. No lo sabía. Pero sentía que esta noche era distinta.

—Te he oído —dije de pronto.

Él levantó la cabeza.

—¿Cuándo?

—Antes de la cena. Hablando con tu madre.

No hizo ningún gesto brusco. Solo me sostuvo la mirada.

—No era para que lo oyeras.

—Pero me alegro de haberlo hecho.

Se incorporó. Se acercó a mí.

—Todo lo que dije era verdad.

—Lo sé —respondí.

Entonces me besó.

Fue un beso tranquilo. De esos que no necesitan explicar nada porque ya lo dicen todo. Y a partir de ahí, fuimos desnudándonos sin prisa. No como quien busca placer, sino como quien quiere quedarse sin barreras. Piel contra piel, sin promesas, pero con una verdad que pesaba más que cualquier palabra.

Me tumbé junto a él, con la cabeza sobre su pecho. Escuché su respiración, su corazón. Me envolvió con sus brazos y nos cubrimos con la manta.

—Me asusta esto —susurré casi sin voz.

—A mí también —respondió—. Pero me asusta más no vivirlo contigo.

Le acaricié el costado con la yema de los dedos. Cerré los ojos. Sentí su piel, su calor, el latido constante bajo mi mejilla.

—Quiero quedarme —aseguré sin abrir los ojos.

—Entonces quédate.

Y esa fue la única certeza que importó esa noche.

No hicimos el amor para llenar un vacío. Lo hicimos para celebrar que, de nuevo, el miedo no nos ganó. Me dormí entre sus brazos y entendí que no hacía falta tener todas las respuestas. Lo único que importaba era estar.

35

LA CLASE DE REGALOS QUE NO ESPERAS

25 de diciembre de 2020
Staten Island, Nueva York

STANA

Echaba de menos estas sobremesas. Café, té, canela, azúcar tostada y dulces, muchos dulces. Platos sucios amontonados en la cocina, restos de pavo en la bandeja y ruido, mucho ruido, aunque mis primos se han marchado justo después de almorzar porque tienen compromisos con las familias de sus parejas.

Miro a mi padre y sonrío. Se ha dormido en el sillón con la boca abierta. Mamá recoge tarareando y yo le ayudo. Maddox y Niall se han hecho amigos, por llamarlo de alguna manera, y discuten sobre fútbol yéndoseles la vida en ello. Cara observa desde el sofá, fingiendo que el debate le importa más de lo que en realidad le importa. De vez en cuando ojea el móvil y teclea sobre la pantalla.

Y yo… yo estoy aquí, en medio de todo, sintiendo que por un momento, solo por un momento, todo encaja.

—Es hora de abrir los regalos —informa mamá, feliz e ilusionada. Aquí no los abrimos por las mañanas, por darle más intensidad y emoción al día. Camina hasta el árbol—. Despierta a tu padre —pide a Maddox.

Nos sentamos todos en la alfombra. Papá sigue medio dormido, pero su mano se estira a ciegas para recibir su regalo. Maddox pone música de fondo: algún clásico de Sinatra que nunca pasa de moda en esta casa.

Uno a uno, los paquetes empiezan a pasar de mano en mano. Papá recibe unos calcetines horribles que adora. Mamá llora abriendo un marco de fotos lleno de imágenes antiguas. Cara ríe al abrir un libro de cocina.

—¿Quién lo ha comprado? —cuestiona con la boca abierta.

—Lo necesitas urgentemente —interviene Maddox, descubriéndose, y ella hace una mueca con la boca y le da un librazo en el hombro.

Yo abro un paquete pequeño y encuentro una pulsera fina de plata con un colgante diminuto: una brújula. Es de mis padres. Casi lloro. Niall recibe una bufanda tejida a mano que mamá le entrega con una sonrisa de aprobación, como a uno más de la familia.

—La terminé de tejer hace unos días. Era una señal… —comenta sin más importancia.

—Hay otro paquete… —Cara se estira y lo coje de un rincón. Le da la vuelta y lee—. Es para ti, Stana.

Lo agarro y lo observo. Es pequeño. De cierto peso. Envuelto en papel marrón con un lazo azul. No lleva remitente.

—¿Esto es para mí? —pregunto mirando a mamá.

—No es nuestro —se sorprende—. Lo prometo. Será cosa de tu hermano.

—A mí que me registren. —Maddox alza las manos.

Miro a Niall y después a Cara. Ambos niegan con un gesto de cabeza.

Frunzo el ceño. Rasgo el papel con cuidado. Dentro hay una caja de madera sencilla, con una tapa deslizable. La abro.

Y entonces me quedo quieta.

Dentro, sobre una base de terciopelo oscuro, hay una bola de cristal. Una muy parecida a la que me regaló Dylan para mi cumpleaños, también parecida a la que Maire me dio en Geneva para dejarla en el piso de su hijo en Nueva York. Pero no es ninguna de ellas. Esta tiene dentro la Torre Eiffel, cubierta de nieve artificial. Al agitarla, caen minúsculas estrellas plateadas sobre París.

Me tiemblan los dedos.

—¿Qué es? —pregunta Niall, asomándose.

—Una bola de cristal —susurro con miedo a decirlo en voz alta y que se rompa algo.

La giro. En la base, hay una inscripción diminuta, grabada en el metal:

Para que nunca te olvides de volar.

El corazón me golpea el pecho.
No puede ser casualidad.
No puede ser un regalo cualquiera.

Maddox me mira. Cara también.
Sé que ninguno de ellos lo ha dejado.
Niall frunce el ceño, intentando reconstruir la lógica.

Pero yo sé… Yo sé que esto no es un regalo comprado en cualquier tienda. Que hay una historia detrás. Una conexión. Un lazo que todavía no comprendo.

—¿Quién ha dejado esto? —pregunto con voz rasgada.

Todos niegan.
Nadie sabe.
O nadie lo dice.

Aprieto la bola entre las manos.
Siento el frío del cristal y la vida suspendida dentro.

Y en algún rincón de mí, algo despierta.
Algo que lleva dormido demasiado tiempo.

No sé qué significa.
Todavía no.

36

DESAYUNOS LENTOS

12 de junio de 2017
Geneva, Illinois

STANA

Me desperté con el canto de los pájaros. Esa era la banda sonora de Geneva por las mañanas. Nada más. Ni coches. Ni gente hablando en la calle. Dylan seguía dormido; yo me levanté, cogí su camiseta del suelo (me quedaba enorme) y salí al baño. Tras refrescarme y lavarme los dientes, fui en busca de Maire, pero no estaba en la casa. Había dejado una nota en la encimera:

He salido a caminar un rato. Disfrutad del día. No os preocupéis por mí. Estoy bien.

Empecé a preparar café. Encontré pan casero envuelto en un paño, una mermelada de ciruela que sabía a infancia, y un tarro con mezcla de semillas que ella había etiquetado con una caligrafía preciosa: *para las tostadas.* Me encantó. Todo.

Dylan apareció al rato, despeinado, con una expresión somnolienta y preciosa. Me abrazó por detrás, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Hueles a café y a mí —murmuró.

—Tú hueles a sueño.

—Y a ti —añadió besándome el cuello.

Desayunamos en la cocina, con la ventana abierta y la radio puesta muy bajito. Charlamos de tonterías: de los muebles, de lo bien que dormía en camas viejas, de lo horrible que era su letra en los exámenes de la carrera. Nos reímos mucho. A carcajadas.

Después salimos al jardín. Él se tumbó en el césped y yo apoyé la cabeza en su pecho. La hierba estaba fría y el sol suave. Había mariposas. No lo digo en sentido metafórico. Había mariposas de verdad. Pequeñas, blancas, revoloteando entre las flores.

—¿Sabes? —dije en voz baja—. Esto está bien…

—¿No habías visto mariposas? —bromeó.

—Estar así, sin que pase nada.

Él entrelazó sus dedos con los míos.

—Ojalá que el tiempo se congelase —musitó y se me rompió el corazón.

—Ojalá las madres duraran para siempre.

—Nada es eterno. —La muerte de su madre era inminente.

***

Por la tarde, el cielo se llenó de nubes bajas. Geneva seguía igual de tranquila, pero algo en mí se había agitado sin saber por qué.

Dylan y yo salimos a caminar. Llevábamos dos días sin apenas separarnos, pero ahora el silencio entre nosotros era distinto. No incómodo. Solo… más denso. Algo se gestaba.

Caminamos por la orilla del Fox River bajo árboles que se mecían con viento suave. La ciudad parecía detenida en el tiempo. Me gustaba eso. Pero también me asustaba un poco.

—¿Te quedarías aquí? —pregunté de pronto sin pensar demasiado.

—¿Ahora? —respondió girando la cabeza hacia mí.

—Si tu madre necesitase que te quedaras. Si no pudieras volver a Nueva York. ¿Te quedarías?

Tardó en contestar.

—Sí. Lo haría.

No fue un quizá, ni un depende. Fue un sí con el peso que tienen las verdades que no quieren serlo.

—¿Y tú? —me preguntó después—. ¿Te quedarías aquí… conmigo?

Suspiré.

—No lo sé.

—Está bien…

Me detuve en seco.

—No, no está bien, pero mi vida está en Nueva York. Quiero volver a bailar, que me acepten en la compañía. —Sus ojos se oscurecieron—. ¿Crees que es imposible? ¿Que no volveré a bailar de manera profesional? He hecho muchos progresos.

—Pienso que puedes lograr lo que te propongas, Stana.

—¿Entonces?

—Si tuviera que quedarme, me gustaría que te quedaras conmigo —insistió.

—No se trata de ti. Se trata de mí. No estoy preparada para pararme en este sitio, aunque sea maravilloso.

—¿Y si lo que buscas está justo donde te detienes?

Me quedé callada.

Porque era eso lo que me removía por dentro desde que llegamos.

Me gustaba estar con él. Me gustaba esta casa, este pueblo, esta vida pausada. Pero también me daba miedo perderme a mí misma dentro de todo eso. Dejar de ser la que sueña con volar sobre escenarios de todo el mundo.

—No quiero perderme —susurré.

—Y yo no quiero retenerte —respondió con honestidad.

Nos paramos frente al agua. El río fluía despacio. Como nuestras palabras. Como todo desde que estábamos allí.

—No sé cómo se hace esto —confesé.

—Yo tampoco. Pero creo que no se hace sabiendo. Se hace queriendo. Intentando. Eligiendo. Cada día. —Tenía los ojos más serenos que nunca.

—¿Y si no sale bien?

—Entonces nos habrá salido bien mientras duró.

—Eso no me consuela.

—A mí sí. Porque todo lo que tengo ahora, lo tengo contigo. Y eso ya es suficiente.

Me apoyé en su hombro. Sentí el calor de su cuerpo y el frío del viento al mismo tiempo. No supe si quería llorar o quedarme allí para siempre.

—Te quiero —aseveré.

—Yo también te quiero, Stana Sullivan, la mujer que sueña con volar y que tiene las alas más grandes e increíbles que he visto nunca.

37

COPAS, PIQUES Y ALGO MÁS

25 de diciembre de 2020
Staten Island, Nueva York

STANA

No sé muy bien cómo acabamos así. Una hora antes estábamos tirados en el salón, con la barriga llena y sin ganas de movernos. Y ahora, Cara me arrastra del brazo, Maddox refunfuña detrás, y Niall camina a mi lado en medio de la calle con una sonrisa tan grande que me la contagia.

—Una copa —dice Cara convencida—. Solo una.

—¿Desde cuándo una significa tres? —masculla Maddox, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Desde que la compañía lo merece —responde ella, lanzándole una mirada de esas que disparan y abrazan a la vez.

Yo no digo nada. Solo me dejo llevar porque tengo mucho que olvidar. En concreto, una bola de cristal. Hace frío, pero no me importa.

Llegamos a un pub pequeño, de esos que solo conocen los locales. Luz cálida, música no demasiado alta, olor a cerveza y madera vieja. Perfecto. Nos acomodamos en una mesa junto a una ventana empañada. Cara y yo en un lado, Maddox y Niall en el otro.

—¿Qué queréis? —pregunta Niall levantándose.

—Cerveza —dice Maddox sin pensar.

—Margarita —añade Cara, mirándole de reojo.

—Lo de siempre —sonrío—. Cerveza para mí también —especifico, porque no me conoce en realidad.

Niall se aleja hacia la barra y yo me sorprendo observándolo más de la cuenta. Se mueve con tranquilidad. Ningún lugar le queda grande.

—¿Cuándo piensas decírselo? —me pregunta Cara, bajando la voz.

—¿Decirle qué?

—Que te brillan los ojos cuando le miras.

Le doy un codazo disimulado.

—Tú tampoco estás para dar lecciones —replico y señalo con la cabeza a Maddox que en ese momento frunce el ceño sin disimulo mientras responde un mensaje en el móvil.

—Él y yo no tenemos nada —aseguro Cara demasiado rápido.

—Claro. Nada. Como siempre —murmuro.

Antes de que pueda replicar, Niall vuelve con las bebidas. Deja un margarita enorme frente a Cara, dos cervezas para Maddox y para mí, y una copa de whisky para él.

—¿Whisky? —pregunto sorprendida.

—Es Navidad. —Se encoge de hombros.

Chocamos las copas en un brindis improvisado y bebemos. La conversación fluye fácil. Hablamos de tonterías: de películas malas, de canciones de vergüenza ajena, de teorías absurdas sobre Papá Noel.

—Te juro que de pequeño pensaba que Papá Noel era un agente secreto —dice Niall, muy serio.

—¿Un agente secreto? —pregunta Cara riéndose.

—Claro. ¿Quién más podría entrar en todas las casas del mundo sin ser visto?

—Tú eras un crío raro —resopla Maddox.

—Y tú eras el típico que pedía una bici y un juego de herramientas —se burla Niall.

Cara no puede contenerse y suelta una carcajada. Maddox la mira con la ceja levantada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. Solo… —le sostiene la mirada, desafiante—. Solo que ha acertado de lleno. —Mi hermano bufa—. Relájate. Está aquí Stana. Estamos celebrándolo.

Hay electricidad entre ellos. De la que no se ve, pero se siente. Niall lo percibe también. Me mira de reojo, como diciendo ¿y estos qué?.

Yo solo sonrío y bebo un trago de cerveza.

Pasan dos canciones más y, de algún modo, Niall y yo acabamos más cerca de lo que estaba planeado. Nuestras rodillas se tocan debajo de la mesa. Y a mí se me acelera el corazón de una forma absurda y maravillosa.

—¿Te lo estás pasando bien? —susurra y se inclina hacia mí.

—Mucho.

Niall sonríe sin enseñar los dientes pero sí todo lo demás.

—Yo también —dice.

Y aunque hay ruido, y risas, y copas que chocan, en ese momento, solo le escucho a él.

***

Salimos del pub riéndonos de vuelta a los dieciséis años y sin importar nada más. El aire de la noche nos golpea en la cara, frío y

limpio, pero no nos importa. Maddox y Cara caminan por delante, discutiendo sobre algo que ninguno de los dos parece querer resolver. Niall y yo nos quedamos atrás, sin prisa, sin decir nada. Sus manos están en los bolsillos de su chaqueta. Las mías se cruzan frente a mi cuerpo. Pero no es el frío lo que me estremece. Es otra cosa. Algo que lleva rato creciendo.

—¿Tienes frío? —pregunta Niall acercándose.

—Un poco —sonrío—. Está a punto de nevar.

Sin decir nada, desliza su brazo alrededor de mis hombros. No como quien protege. Sino como quien simplemente está.

Sigo caminando a su lado, sintiendo su calor, su presencia tan cerca que me cuesta concentrarme en respirar con normalidad.

Llegamos a una esquina tranquila, donde la farola parpadea débilmente y las casas duermen bajo el peso de la noche. Maddox y Cara siguen caminando sin esperarnos. Nos quedamos solos y nos detenemos sin pensarlo. Niall me mira, sin prisa y sin hambre…

—¿Sabes? —suspira—. Llevo queriendo hacer esto desde la Torre Eiffel.

—¿Qué? —Sonrío porque en el fondo yo también.

—Besarte.

—¿Lo vas a hacer?

—Sí.

—¿Y qué te ha detenido antes?

—No quería hacerlo cuando creía que eras una persona que solo pasaba por mi vida.

La respiración se me queda atrapada en la garganta. Noto el latido en las sienes. En los labios. En todas partes.

—¿Y ahora crees que soy algo más? —pregunto.

—Ahora quiero que te quedes. Aunque sea un rato. No sé qué pasará después. —Y entonces se acerca.

No hay duda.
No hay titubeos.

Su boca roza la mía con una suavidad que me rompe y me recompone al mismo tiempo. Un primer beso lento, tibio, que no exige nada, que no apresura. Un beso que sabe a invierno y a casa. Que sabe a principio, a uno nuevo, a oportunidad.

Cierro los ojos y le beso de vuelta. Siento su mano en mi mejilla, templada, firme; su risa suave contra mi boca, ninguno de los dos cree que esto está pasando.

Cuando nos separamos, seguimos pegados. Frente a frente. Respirando el mismo aire.

—Feliz Navidad, Stana —susurra rozando mi frente con la suya.

—Feliz Navidad, Niall.

No nos movemos enseguida. Seguimos ahí, en esa esquina desierta, donde la noche ha hecho un hueco solo para nosotros.

Niall acaricia mi mejilla con el dorso de los dedos, despacio, sin prisa por llegar a ningún sitio. Y yo me dejo. Cierro los ojos un segundo. Respiro.

—¿Quieres caminar un poco más? —pregunta en voz baja.

—Quiero vigilar que esos dos no se maten. —Reímos y empezamos a andar.

La ciudad duerme a nuestro alrededor. Las casas están apagadas, algunas luces parpadean en los porches y los adornos de Navidad tiemblan ligeramente bajo la brisa fría. A veces nuestras manos se rozan. A veces simplemente caminamos tan cerca que nuestros abrigos se tocan.

No sé cuánto tiempo pasa así.
Tampoco quiero saberlo.

—¿Sabes qué pensé la primera vez que te vi en París? —pregunta de repente.

Le miro de reojo.

—¿Qué pensaste?

—Que jamás había visto a una chica tan guapa, que si conseguía siquiera que me mirases, ya habría ganado.

Me paro. Él también. Bajo una farola con la bombilla parpadeando.

—Tú parecías saberlo todo —indico sin poder evitarlo.

—¿Y no es así? —Niego y río—. No sé lo que va a pasar —confiesa —. Pero no quiero alejarme de ti.

—No quiero que prometas quedarte. —*Porque ya lo prometieron una vez y se marchó, porque me rompió el corazón, porque no deseo pasar por lo mismo*—. Solo quiero que, esta noche, estés.

Me besa de nuevo. No como el primer beso, tímido y expectante. Sino como quien reconoce algo que ya es suyo. Un beso lento, profundo, lleno de todas esas cosas que no se suelen decir en voz alta al principio. Él me abraza. Qué momento más mágico y bonito si no fuera porque… el silencio se rompe de repente. Un sonido seco, nada sutil.

Vómitos.

Niall y yo nos miramos, como dos niños pillados haciendo travesuras.

—¿Has oído eso? —pregunto frunciendo el ceño.

—Espero que no sea un gato —responde él, aunque ya sabemos que no lo es.

Corremos de vuelta hacia la esquina. El frío se clava en la cara, pero no nos importa. Seguimos el sonido hasta la acera principal. Allí encontramos la escena. Cara, agachada junto a unos arbustos, vomitando todo el espíritu navideño que le había cabido en el cuerpo. Maddox está detrás de ella, sujetándole el pelo con una mano y discutiendo con ella al mismo tiempo.

—Te dije que no pidieras ese cóctel absurdo.

—¡Y yo te dije que no fueras un aguafiestas! —replica Cara, entre arcadas.

Niall suelta una carcajada baja. Yo me llevo las manos a la boca, entre horrorizada y divertida.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta Niall, acercándose.

—¿Tú qué crees? —resopla Maddox, sujetando a Cara como puede mientras ella intenta empujarle lejos con el codo.

—Estoy bien —farfulla Cara—. Solo… el margarita estaba en mal estado. Eso es todo.

—Claro, seguro que era eso —murmura Maddox, sin soltarla.

Cara le lanza una mirada asesina.

—Eres insoportable.

—Y tú una cabezota sin remedio —le espeta él.

Niall y yo nos miramos, intentando no estallar de risa. La tensión entre ellos es tan evidente que casi se puede palpar. Y lo peor es que, incluso discutiendo, Maddox le acaricia el pelo con una ternura que no cuadra con sus palabras. Y Cara, pese a sus gruñidos, no se aparta.

—¿Queréis que llame a un taxi? —ofrezco, acercándome.

—No. —Maddox niega—. Yo la llevo.

—No necesito que me lleves a ningún sitio —protesta la bailarina borracha, intentando ponerse en pie, tambaleándose.

Maddox la agarra por la cintura antes de que se caiga.

—Claro que no. Estás perfecta —dice con sarcasmo.

—No me toques —gruñe ella, aunque se apoya más en él.

Niall se acerca a mí y susurra:

—¿Siempre son así?

—Desde que se enamoraron —murmuro divertida.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace años.

—Pero siguen enamorados, ¿no?

—Aseguran que no.

—Yo aseguraría que sí. O eso, o se odian.

—Es su versión del cariño —añado.

—Pues van a matarse un día de estos.

Nos quedamos ahí, viendo a Maddox recoger a Cara como quien maneja dinamita, con la paciencia de quien ya sabe que va a explotar, pero la quiere igual.

—¿Nos vamos? —pregunta Maddox mirándome.

—Claro. —Asiento controlando la risa.

Emprendemos el camino de vuelta, esta vez más despacio. Maddox lleva a Cara medio en brazos, ella murmura protestas medio inconscientes. Niall y yo caminamos detrás, de nuevo hombro contra hombro.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? —le pregunto a Maddox.

—¿Quieres cargar tú con ella? —contesta arqueando una ceja.

—Prefiero vivir —manifiesto riendo.

Llegamos a casa entre suspiros, carcajadas ahogadas y pasos torpes, sin llamar a un taxi, ninguno sabemos por qué, o sí; ha sido divertido. Maddox sube a Cara hasta mi habitación en modo peso pluma. Niall y yo nos quedamos abajo, mirándonos, sin saber si reír o… reír.

—Esta va a ser una Navidad difícil de superar —susurro.

—O la mejor —añade y nos besamos despacio, con calma, con cuidado de no hacer ruido.

38

ANTES DE IRNOS

15 de junio de 2017
Geneva, Illinois

STANA

El último día en Geneva amaneció más gris que los anteriores, pero no hacía frío. El cielo estaba cubierto con una sábana fina y translúcida. El viento se movía con pereza.

—Buenos días, cariño —me saludó Maire acercándome una taza en la cocina, como siempre.

—Buenos días —respondí frotándome los ojos—. ¿Dónde está Dylan?

—Ha salido. ¿Me ayudas a hacer galletas? ¿Sabes hacerlas?

—Depende del nivel de exigencia —bromeé.

Ella soltó una risa breve, de esas que acarician más que suenan, y sacó un cuaderno viejo con manchas de harina en las esquinas.

—Vamos a hacer las de avena y nuez. Son las favoritas de Dylan.

Empezamos a mezclar ingredientes. Maire me fue contando pequeñas historias de Dylan: cómo de niño metía ranas en su mochila, cómo una vez se rompió un brazo intentando saltar de un columpio, cómo no podía ver llorar a nadie sin ponerse nervioso.

—Siempre fue un alma blanda en un mundo que exige dureza —dijo mientras removía la masa—. Me preocupaba. Y aún me preocupa. Aunque ha aprendido mucho.

La miré de reojo. No lo dijo con dramatismo. Ni siquiera con tristeza. Lo dijo como se dicen las verdades que una madre acepta para protegerlas aún más.

Cuando terminamos las galletas, las dejamos enfriar en la encimera y Maire sacó un par de limonadas caseras. Nos sentamos en el porche, donde la mecedora crujía con cada balanceo, y Dylan nos encontró allí al cabo de un rato, en camiseta y vaqueros, caminaba desde el coche sin bolsas en las manos. No le di importancia a este hecho.

Se sentó a mi lado en los escalones y Maire le lanzó una galleta sin aviso. Él la atrapó al vuelo, sonriendo como un crío.

—¿Sabías que Dylan intentó aprender a tocar la guitarra?—me soltó su madre con una sonrisa divertida.

—¿Ah, sí? —le pregunté mirándole con las cejas alzadas.

—Tres meses de sufrimiento para mis oídos.

—Mamá, no exageres.

—Tenía buen ritmo —concedió—. Pero no había oído musical que aguantara eso.

Me eché a reír. Dylan fingió estar ofendido, pero al final terminó riéndose también. El momento era tan sencillo que dolía.

A media tarde, Maire me llamó dentro. Hizo que me sentara en el salón donde había dejado una caja pequeña de madera sobre la

mesa. Dylan regaba el césped del jardín. Sus manos, temblorosas pero decididas, la empujaron hacia mí.

—Quiero darte esto.

Abrí la caja con cuidado.

Dentro había una bola de cristal, de esas que cuando las agitas, sueltan diminutas estrellas plateadas sobre un paisaje en miniatura. Era una pequeña ciudad, con un puente y una iglesia, toda bañada en nieve. Me resultó muy familiar.

—Era de Dylan —explicó—. Se la regaló su padre cuando cumplió doce años.

Pasé los dedos por la superficie fría del cristal. Me recordó a la que él mismo me había dado unos meses antes. Todo cobraría sentido después.

—Siempre decía que las estrellas eran deseos —añadió Maire mirándome—. Deseos que aún no sabíamos que teníamos.

—¿Está segura de que quiere que me lo quede? —pregunté, la voz rasgándoseme un poco.

—No quiere llevársela y ni ella ni yo vamos a estar aquí para siempre. Dásela tú cuando estéis en Nueva York. Será tarde para devolverla al armario.

Me tragué la emoción.

—Me regaló una con la bola del mundo, es… parecida.

—Significan mucho para él desde aquel día. En realidad, desde que se despidió de su padre.

La guardé en mi maleta y esperé a Dylan leyendo el libro que tenía a la mitad. Mi chico apareció un rato más tarde y puso una mano sobre mi nuca, acariciándola con el pulgar. Terminamos el día tumbados en la hierba de nuevo, él boca arriba, yo apoyada en su pecho, con su respiración bajo mi mejilla. Y entendí que por mucho que quisiera quedarme en ese momento, la vida no siempre nos permite congelar las cosas en una esfera de cristal. Qué más quisiéramos. Que lo verdaderamente importante no era retenerlo, sino haberlo tenido. Y me prometí que no olvidaría este día ni ninguno de los que pasábamos juntos, ni a él, ni lo que estábamos construyendo, aunque el mundo cambiara después.

39

RESACAS Y SORPRESAS

26 de diciembre de 2020
Staten Island
Nueva York

STANA

Comenzamos bien la mañana (nótese la ironía). Me hago un moño bajo en el pelo que se revela y la sensación de resaca no me hace sonreír, lo que sí lo hace es pensar en todo lo que ocurrió anoche. Dejo a Cara en la cama y voy en busca de té, café o zumo de naranja. Hoy me da igual. Quiero agua, mucha agua.

Las cacerolas suenan demasiado fuerte cuando llego a la cocina y me cubro los oídos con las manos. Niall está apoyado en la encimera, ayudando a mamá a secar cacharros. Papá ojea el periódico sin prisa. Me da un beso en la mejilla cuando me ve.

—¿Una noche intensa? —pregunta y se baja las gafas.

—Varios días… —musito.

Cojo una taza y me sirvo café. Niall me indica con un gesto de mano que le ponga a él otro y preparo dos. Maddox aparece detrás de nosotros con el pelo todavía revuelto y cara de desear matar a alguien, o alguien ha intentado matarlo a él y se ha visto obligado a defenderse en una pelea descomunal. Cara entra con unas gafas de sol enormes, un moño deshecho y una sudadera dos tallas más grande que claramente no es suya, y mía tampoco.

Maddox…

La tensión entre los dos examantes se siente incluso antes de que hablen.

—¿Estás viva? —pregunta mi hermano, como quien lanza una piedra.

—Más que tú, por lo que veo —responde Cara sin dignarse a mirarle.

—Yo no me escondo detrás de unas gafas de sol.

—Pero vives escondido.

Maddox resopla y se sirve café. El café lo soluciona todo. Y el té. Yo los observo mientras unto mantequilla en una tostada. Niall también, divertido.

—¿Siempre están así? —susurra en mi oído.

—Siempre —respondo.

—¿Y todavía no se han declarado la guerra oficialmente?

—Lo hacen todos los días, de forma extraoficial. Mis padres no saben que… estuvieron saliendo.

Niall ríe en silencio, disimulando tras su taza.

Cara se sienta a la mesa, a una distancia de Maddox milimétrica, exacta, calculada para dejar claro que no quiere estar cerca… pero tampoco muy lejos.

—¿Me pasas el azúcar? —Mi amiga se frota la frente.

—¿Te han cortado las extremidades? —Maddox alza una ceja.

—Ya vale —les regaña mi madre—. Son como hermanos —explica a Niall que asiente con reafirmación y a continuación me mira a mí.

La mañana avanza entre bromas, algún bostezo y golosinas. Me siento bien. De verdad. Mis padres están felices y supongo que Maddox también porque yo estoy aquí, aunque mi hermano siga con cara de seta y no lo demuestre, pero sé que no es por mí, sino por esa chica casi albina que lo trae por el camino de la amargura. No tiene bastante con aguantarla frente a él, que mi amiga le tira una fresita azucarada a la frente y casi le saca un ojo.

—¿Qué haces? —le reprocha.

—Te recordaba con más reflejos, hermanito —ironiza el apodo por lo que ha dicho mi madre, la pobre ignorante.

—Y yo a ti más simpática. Espera… no, nunca lo has sido.

Cara finge una sonrisa y es entonces cuando suena el timbre. Todos levantamos la cabeza, sorprendidos. Nadie espera a nadie. Es 26 de diciembre.

—¿Quién ha pedido más cervezas? —bromeo.

—Seguro que Maddox. —La bailarina se mete una chuchería en la boca.

—¿Quién llama a estas horas? —papá se levanta a abrir. Yo mordisqueo un chicle y comienzo a masticarlo, hasta que escucho la voz de mi padre en el recibidor.

—¿Puedo ayudarte, chico?

Me giro justo a tiempo para ver entrar a un tipo alto, de sonrisa perfecta y abrigo caro, que sostiene un ramo de flores pequeñas en la mano.

Mira alrededor, algo incómodo, hasta que ve a Cara y sonríe.

—Hola, guapa. —Su voz es clara, segura.

Cara se levanta, nerviosa. Se quita las gafas de sol, parpadea. Y sonríe.

—Hola, Ben —dice.

Ben.
Se llama Ben.
Un chico perfecto sacado de una comedia romántica.

Niall arquea una ceja. Maddox se queda congelado, la taza a medio camino de la boca. Yo hago una pompa con el chicle y me estalla en la cara, pegándose en mejillas, mentón y nariz.

—¿Alguien va a explicar quién es este tío? —pregunta Maddox en voz alta.

Cara se acerca a Ben. Él le pasa el brazo por la cintura, natural, de la manera más habitual del mundo.

—Chicos —expone Cara levantando la barbilla—. Este es Ben. Mi… novio.

La palabra queda suspendida en el aire. Como una bomba. O como una carcajada que nadie se atreve a soltar.

Maddox no dice nada.
Se limita a mirarla.
No con rabia.

No con tristeza.
Con algo peor: con decepción.

Niall y yo nos miramos al borde de la risa.

—Este giro de los acontecimientos no lo he visto venir, lo reconozco —musita en mi oído.

—Ni yo, pero me alegro.

—Encantado —saluda Ben tendiéndonos la mano.

—Igualmente —responde Niall con una sonrisa que lucha por ser seria. Yo solo asiento, todavía procesando. Y Maddox… Maddox aprieta la mandíbula y la mano, tanto que Ben frunce el ceño un segundo, lo que dura el contacto.

—¿Nos vamos? —le cuestiona Ben a su novia.

—Sí, pero tenemos que pasar por mi casa. No puedo ir así.

—Eres preciosa de todas formas.

—No voy a dejar que tu familia me vea por primera vez con esta sudadera vieja —mantienen la conversación delante de nosotros—. Gracias por todo —se despide de mis padres—. Te llamaré esta noche —me informa a mí que asiento con guasa.

Cuando la puerta se cierra, el silencio en el salón es absoluto. Maddox deja el vaso con agua sobre la mesa con un golpe seco.

—Genial —masculla.

—¿Todo bien, hermano? —pregunto, aunque sé que no.

—Perfectamente. —Se levanta—. Mejor imposible.

Y se va al piso de arriba sin decir nada más.

Niall me mira. Yo le miro. Y sé que esto… esto acaba de complicarse mucho más.

—Esto es una telenovela. ¿Cómo crees que acabará? —comenta con sorna.

—Con algún muerto. —Me levanto—. Voy a hablar con él.

—Espero que no la vuelva a tomar conmigo y el que críe malvas sea yo.

Llamo a la puerta de su dormitorio como cuando éramos adolescentes y quería pedirle disculpas, explicaciones o que me ayudara con alguna tarea. Maddox siempre ha estado ahí para mí, incluso cuando me fui, aunque le costó meses entenderme. Está entornada, así que la empujo. Le encuentro sentado al borde de la cama, con las manos entrelazadas y la mirada perdida en el suelo, discutiendo en silencio consigo mismo.

Llamo suavemente con los nudillos, pero ya estoy dentro.

—¿Puedo?

—No, pero vas a entrar igual —responde sin mirarme.

—Correcto —digo cerrando la puerta detrás de mí. Todo está en orden, excepto él.

—¿Quieres decirme qué ha sido eso? —pregunto cruzándome de brazos.

Maddox suspira y se recuesta hacia atrás, apoyando la cabeza en la pared.

—¿De verdad vamos a hablar de esto?

—Deberíamos.

—Pues ha sido una mierda. ¿Contenta?

—No lo digo por lo de Ben —miento. Un poco—. Lo digo por cómo te has comportado tú.

Me lanza una mirada rápida, defensiva.

—¿Yo?

—Sí, tú. Has estado insoportable toda la mañana y ahora te haces el sorprendido porque tu "no-relación" con Cara resulta no ser tan exclusiva como creías.

Él se ríe, pero sin gracia.

—No tenemos nada.

—Ya. Nada que te dejara tranquilo cuando ha aparecido ese tal Ben, con flores y sonrisa de catálogo.

—¿Qué quieres que te diga, Stana?

—La verdad. Por una vez.

Silencio.

Maddox se frota los ojos.

—Es más fácil no sentir nada. Lo sabes, ¿no? —resopla.

—Lo sé. Pero también sé que eso no te ha funcionado nunca.

—Con Cara era distinto.

—¿Lo dices en pasado ya?

Me mira sin parpadear, tratando de cambiar la conversación con los ojos.

—¿Y tú? —pregunta de pronto—. ¿Tú vas a hablar del chico que se te queda mirando como si fueras lo único que le importa?

—No estamos hablando de mí.

—Claro que no.

Me acerco, me siento a su lado.

—Solo digo que, si te importa, haz algo. Si no te importa, supéralo. Pero lo que no puedes hacer es quedarte en el medio esperando que todo se rompa solo para poder decir que tenías razón.

Se queda callado.
No dice que sí.
No dice que no.

—Y ya que estamos —añado—. Muy bonito el regalito bajo el árbol.

Me mira, confuso.

—¿Qué regalo?

—La bola de cristal. La de París. Te quedó poética la inscripción.

Maddox frunce el ceño.

—No he sido yo.

—¿Perdón?

—No fui yo, Stana. No tenía ni idea de que alguien había dejado algo fuera de los regalos de mamá y papá.

Me quedo mirándole.
No parece que esté mintiendo.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Por qué habría de hacerlo?

—No lo sé. Pensé que era una forma rara de decirme que sabes más de lo que dices.

—Esta vez no tengo ni idea.

Le creo.

Y, de pronto, siento un cosquilleo en la nuca. Un presentimiento. Una pequeña incomodidad que no sé de dónde viene. Una pieza que no encaja.

—¿Quién, entonces? —murmuro.

Maddox se encoge de hombros.

—Alguien que te conoce muy bien. O alguien que quiere que creas que te conoce.

40

IR Y VENIR CONTIGO

16 de junio de 2017
Geneva – Nueva York

STANA

No imaginé que me costaría tanto irme de un lugar que, semanas atrás, ni siquiera conocía. Geneva era un nombre en un mapa. Una ciudad pequeña al oeste de Chicago. Un punto cualquiera en medio de la nada.

Hasta que dejó de serlo.

Me despedí de Maire con una lentitud que no supe disimular. Doblé la manta que había usado cada noche frente al televisor, y di otro beso a la madre de Dylan. Su hijo metía las maletas en el coche mientras yo recogía mi bolso de una estancia que, sin esperarlo, se me había hecho casa. Desde la ventana le vi abrir el maletero, ajustar las bolsas con esa precisión suya para encajar cosas que no quieren entrar. Era su manera de poner orden cuando el mundo se tambaleaba.

Su madre me acompañó al porche.

—Os he preparado algo para el camino —dijo entregándome una bolsa de papel kraft que pesaba más de lo que parecía. Dentro había bocadillos, fruta cortada, galletas caseras y una nota escrita con rotulador azul. No la leí en ese momento, pero la guardé como un tesoro. Porque lo era.

Nos abrazamos. No dijimos mucho más. No hizo falta. Ella me sostuvo con fuerza. Dylan recibió su abrazo también. Fue largo, sostenido. Se dijeron cosas al oído que no escuché, pero que sentí. Y después, sin prisa, nos subimos al coche.

El camino de vuelta fue lento al principio. Las afueras de Geneva se alejaban a través de la ventanilla, con sus casas ordenadas, los jardines con flores en fila, los carteles de madera pintada que anunciaban granjas y ventas de mermelada. Todo parecía más suave allí. Incluso el silencio. Dylan puso música. No hablamos. El coche olía a manzana y pan dulce. Y durante un buen rato, solo me dediqué a mirar cómo el paisaje cambiaba.

—Gracias por venir conmigo —dijo sin apartar los ojos de la carretera.

—Gracias por llevarme.

Me miró un segundo, sonrió con los labios apenas curvados y volvió a mirar al frente. Era su forma de decir más de lo que decía.

—Ha sido importante tenerte aquí —añadió—. No era fácil… y tú lo hiciste mejor.

—También ha sido importante para mí —reconocí—. Más de lo que imaginaba.

No mentía. Geneva me había devuelto algo que no sabía que echaba de menos: la calma. Y él… él me estaba enseñando a habitarla.

El cielo de Nueva York estaba encapotado. Tráfico, semáforos y una velocidad imposible de detener. Volver fue como sumergirse en otra frecuencia. Una que ya no me era del todo cómoda.

Nos detuvimos frente a mi casa en Staten Island . Dylan no hizo ademán de bajarse del taxi.

—¿No vienes? —Mi mano se apoyaba en la manilla.

Él dudó. Luego negó despacio con la cabeza.

—No hoy. Quiero quedarme con esto así. Cerrarlo bien. Guardarlo.

Lo entendí. A veces, lo más valiente no es seguir, sino saber dónde parar.

Se inclinó. Me besó la mejilla. Después, me rozó los labios. Fue un beso corto, tranquilo. Uno de esos que pesan más con el tiempo.

—Te escribo esta noche —sonrió.

Asentí. Me bajé del coche y no miré atrás, cerré la puerta y apoyé la espalda en la pared. Respiré hondo y supe, sin necesidad de pensarlo mucho, que ya no era la misma. Otra vez había cambiado, y que no hacía falta una vida entera para conseguirlo. A veces basta con un lugar, una persona, unos días para que de pronto la varita mágica te toque.

La casa estaba vacía, nadie me esperaba y no los culpaba. No había avisado a mi familia de mi vuelta. Subí las escaleras sin prisa, pero me detuve al escuchar el televisor del salón; retrocedí y fui hasta allí. Encontré a Maddox tirado en el sofá, pero no miraba la pantalla en la que se reproducía un capítulo de una serie antigua, sino un vaso de agua medio vacío; o medio lleno. Lo observaba con rabia, sorpresa y algo más que no identifiqué hasta que habló.

—¿Ya estás aquí? —No me miró.

—¿Dónde están papá y mamá?

—En casa de los Tannenbaum. No tardarán. —Bebió un sorbo y me lanzó una mirada breve—. ¿Tú bien?

—Sí. Geneva ha sido… diferente. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? ¿Te has mudado?

—Estoy genial. Y esta también es mi casa.

Me acerqué, me puse delante de él y crucé los brazos.

—¿Qué ha pasado?

—¿Por qué tendría que pasar algo?

—¿Cómo eres tan… así? —Cambié el peso de pie.

Se pasó la mano por la nuca y suspiró como quien lleva tiempo conteniéndose.

—He visto a Cara —dijo al fin.

—¿Está bien? —No supe a qué se refería.

—No estaba sola. —No dije nada. Esperé—. Iba con un tío. Caminaban por la calle como si tal cosa. De la mano. Riendo. —Ahí estaba. Mi sospecha— ¿Sabías algo?

—¿De qué me estás hablando? ¿Qué tiene que ver eso contigo?

—Nada. —Se levantó arrepentido.

—Vas a romperte los dientes como sigas apretando así la mandíbula.

—No sé por qué me ha sorprendido. Ella me lo dijo. Y no estoy celoso.

—¿Por qué tendrías que estarlo?

—Eh… Vale, Cara y yo… Hemos quedado, alguna vez.

—¡¿Quéééé?! ¡¿Por qué no me lo habéis dicho?!

—Porque no era nada. No lo es.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde unas semanas después de que tuvieras el accidente.

—Ah, encima mientras estaba tullida. La pobre Stana no se entera de nada. ¡Vamos a mentirle en la cara!

—No es eso. No lo buscamos. Solo surgió. Y ¿para qué hacerlo oficial? No lo era. No lo es.

—¿Seguís juntos?

—¡No! ¡Ella está con otro!

—¡Te ha herido tu orgullo!

—¿Qué más da? —murmuró—. Nunca hemos sido nada —repitió.

—Y si no ha sido nada, ¿por qué te pones así?

—Yo… No lo sé.

—Porque sí te importa.

—Y yo a ella no.

—La conozco. No soy tan tonta como os pensáis. Lo he sospechado alguna vez. Y Cara no es de las que se acuestan con alguien sin sentir algo más.

—Pues se le ha olvidado rápido —espetó.

—¿Se lo has dicho?

—¿El qué? ¿Oye, qué bien se te da reemplazarme? —Se rio, seco —. No soy ese tío.

—No. Pero sí eres el que se esconde cada vez que algo te duele. —Le clavé la mirada.

Apretó el vaso hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Maddox…

—Déjalo —me interrumpió—. Estoy bien.

No lo estaba. Pero respeté otra vez el muro que levantaba. Le pasé una mano por la espalda antes de irme a mi habitación a desempacar, y dejé pasar, por el momento, que me hubieran mentido, porque de verdad lo vi afectado.

—El amor no correspondido duele, ¿eh?. Incluso cuando nunca se ha dicho en voz alta. A ella le dueles igual, estoy segura —apunté y me marché.

COMO SI EL DESTINO TUVIERA MANOS

26 de diciembre de 2020
Staten Island
Nueva York

STANA

No puedo dormir. Ni siquiera lo intento. Estoy sentada en el suelo de mi habitación, con la espalda apoyada en la cama, las piernas estiradas y la bola de cristal entre las manos. La giro una y otra vez. Las estrellas plateadas caen sobre la Torre Eiffel, parece que nevase dentro de un recuerdo. Brilla un segundo. Se asienta. Y vuelve a empezar.

La inscripción sigue ahí, grabada en la base: *Para que nunca te olvides de volar.*

No me la quito de la cabeza. No es una frase cualquiera. No para mí.

Porque mis sueños, literalmente, me han hecho volar. Porque hubo otras bolas como esta, hace años, con otras ciudades dentro y otra historia pegada a la piel. Y porque esta… esta ha aparecido ahora. En casa. Sin nombre. Sin explicación.

No ha sido Maddox. Lo sé. Mis padres tampoco. Cara ni se habría molestado.

¿Y si…?

Levanto la cabeza.

¿Y si ha sido Niall?

Nos conocimos en París. Allí me vio, cámara en mano, hablándole al cielo y esperando a que la Torre Eiffel me contestara. Sabe que me gusta fotografiar ciudades, que escribo cosas que a veces publico, que viajo buscando algo que no sé explicar. Pero no sabe de Geneva. No sabe lo que pasó antes. No sabe de Dylan. ¿Entonces? ¿Ha sido casualidad? ¿O… destino?

El corazón me late deprisa. Y antes de pensarlo demasiado, me levanto. Salgo de mi habitación. Camino en silencio por el pasillo, con la bola en la mano. Todos duermen. Excepto yo.

Me planto delante de la puerta de invitados. Dudo un segundo. Y toco. Una vez. Dos. Se oye movimiento dentro. Una luz. Y su voz, ronca, desde el otro lado:

—¿Stana?

—¿Puedo pasar? —Empujo la puerta y la abro despacio. Niall parpadea con el pelo revuelto, una camiseta blanca arrugada y la mirada medio dormida. Pero al verme, se despierta de golpe.

—¿Ha pasado algo?

—No, no. —Levanto la bola para que la vea—. Solo quería preguntarte… ¿Has sido tú?

—¿Yo qué? —Se incorpora un palmo con los brazos.

—El regalo. La bola. ¿Fuiste tú quien la dejó?

Me mira, mira la bola y luego a mí.

—No. —Bosteza.

—¿Seguro?

—Completamente. No tenía ni idea de que había una bola de nieve entre los regalos.

—Pero… es París. Y tú y yo venimos de París. Y la frase…

—¿Qué frase?

Me acerco. Le doy la vuelta a la bola y le señalo la inscripción.

Niall la lee en voz baja.

—*Para que nunca te olvides de volar*. Es bonita, pero no tengo nada que ver con esto. —Y entonces me mira más de cerca— ¿Es importante? ¿Significa algo para ti?

Sus palabras me pillan con la guardia baja, porque no sé cómo explicárselo ni sé si estoy preparada. Hay cosas que todavía no tienen forma en mi garganta y un nombre me arde en la lengua, pero no sale.

—Solo… me ha recordado a algo —musito.

Niall no insiste ni me presiona.

—¿Crees… crees que a tus padres les importaría que pasaras aquí un ratito?

—Solo uno… —susurro y sonrío.

—Ven —me pide.

Me siento en el borde de la cama, la bola de cristal apoyada entre las palmas de mis manos, ¿de verdad podría proteger algo que ya está roto desde hace mucho? El cuarto de invitados huele a sábanas

limpias y a ese aroma neutro que mi madre usa para perfumar los armarios. Niall me mira en silencio. No dice nada. Solo espera.

La bola descansa sobre mis rodillas y trago saliva; la garganta me escuece y el peso de los recuerdos me aplasta contra el colchón.

—A veces siento que mi vida se rompió en lugares que nadie puede ver —murmuro—. Y que, desde entonces, no he hecho más que caminar sobre los trozos.

Niall no se mueve.
Ni un gesto brusco.
Solo me escucha.

Respiro hondo intentando ordenar un caos que no se deja domar.

—Cuando empecé a viajar… no fue porque quisiera ver el mundo. No realmente. —Mis dedos juegan con la base metálica de la bola, buscando ancla—. Fue porque necesitaba, de algún modo, encontrar algo que me recordara que seguir viviendo merecía la pena.

Noto su mirada sobre mí. Cálida e incondicional y la habitación se encoge.

—Pensé que París sería el final —susurro bajando la vista—. Un lugar donde detenerme. Donde por fin pudiera… no sé… entenderlo todo.

—¿Y ha sido así? —pregunta él en voz baja.

Le miro.

—No —respondo con la voz temblándome—. No lo ha sido.

Y por primera vez en mucho tiempo, eso no me parece una condena. No me siento prisionera de lo que no fui capaz de hacer.

No me siento avergonzada de haber querido rendirme. Siento que, quizá, estoy construyendo algo nuevo. Algo mío.

Niall estira una mano y cubre la mía. No me dice que todo estará bien. No me promete futuros imposibles.

Solo está.

Y eso, esta noche, es más de lo que jamás habría pedido.

Me quedo allí, con él, el cristal frío bajo la piel, el calor de su palma, la certeza de que, aunque no sepa hacia dónde voy, al menos ya no estoy sola en el camino.

Quizá el destino no tenga voz. Pero esta noche, siento que sí tiene manos. Y que me sostienen.

42

NO ÉRAMOS NADA

22 de junio de 2017
Staten Island – Brooklyn

MADDOX

No había bebido, pero me sentía borracho. Me pesaba la sangre y mi cuerpo no me pertenecía del todo. Despersonalización lo llaman.

Vi a Cara esa tarde.
La vi de la mano con otro.

Y desde entonces, me repetía que no me importaba. Que tenía todo el derecho del mundo. Que no éramos nada. Pero me dolía. No como un puñetazo, sino como una presión constante en el pecho, en la garganta, y una parte de mí sabía que me lo merecía por no haber hecho nada antes.

Stana lo sabía. Me miraba con esa cara suya de hermana mayor aunque fuera más pequeña, y lo sabía todo. Pero no dije nada más. Me encerré en mi cuarto, fingí que me dolía la cabeza y pasé las siguientes dos horas tumbado en la cama, sin luz, sin música, con los ojos abiertos y un nudo en el estómago que no se iba.

Hasta que no pude más.

Me vestí sin pensarlo demasiado. Camiseta, chaqueta, llaves. Cogí el coche y ni recuerdo cómo llegué. Para cuando quise darme cuenta, estaba frente a su edificio.

No había planeado nada. No tenía frases preparadas. Ni siquiera sabía si iba a abrirme.

Toqué al timbre.

—¿Sí? —dijo su voz mecánica al otro lado.

—Soy yo.

Un segundo de silencio.

Y luego el zumbido eléctrico que abrió la puerta.

Subí los peldaños de dos en dos. Ella me esperaba en la puerta con ropa de estar por casa y el pelo revuelto.

—¿Estás con tu novio? —No empecé con buen pie. Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué haces aquí? —rebatió con dureza.

—Tenía que verte.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Puedo pasar o no?

—No.

—Cara. He cruzado media ciudad…

—Vives en el SoHo.

—Estaba en State Island.

—No me das pena.

—No esperaba dártela. —Entré sin que me lo concediera porque ambos sabíamos que ese era el final. Cerró la puerta detrás de mí.

Nos quedamos frente a frente en su salón. Todo en silencio salvo el latido idiota de mi corazón.

—¿Le quieres? —solté. No era la mejor forma de comenzar la conversación, pero ardía por dentro.

Ella frunció el ceño.

—¿Perdona?

—Al tío de esta tarde. Ese con el que dices que sales. ¿Es tu novio o no?

—¿Y si lo fuera?

—No me mientas.

—¿Por qué no? Tú llevas meses haciéndolo.

Eso me dolió.

—No tengo derecho a decir nada, lo sé —reconocí.

—No —confirmó con sequedad—. No lo tienes.

—Pero aun así, no podía quedarme en casa sabiendo que estabas con otro. Sabiendo que lo dejé pasar, que lo jodí todo por miedo. Por cobarde.

Ella parpadeó, sin creer lo que escuchaba. Me costaba creerlo hasta a mí, el responsable de aquellas palabras.

—¿Y ahora vienes a qué? ¿A marcar territorio? ¿A decir que te arrepientes pero no lo suficiente?

—Vengo a decirte que…

—¿Qué? —Se envalentonó.

—No me lo pongas más difícil —rogué.

—Tú nunca me lo has puesto fácil.

—¿Se trata de una venganza?

—No, solo de jugar en la misma liga. Y si pretendes que te entienda, que tú no te comprometes, que acepte tus condiciones, que el sexo entre nosotros no es para dejarlo de lado, que…

—¿Quieres callarte? Eres como un loro. ¡No paras!

—¿Me estás llamando loro? ¡Tú eres una rata! —Me apuntó con el dedo.

—¡¿Una rata?!

—Síííí. ¡Inmunda y asquerosa! ¡¡Eres…!!

—¡Cara! ¿Quieres escucharme? ¡Eres insufrible…!

—¡Y tú lo peor, un consumado gilipollas!

—¡Te quiero! —solté, por fin—. Llevo meses queriéndote y no he sabido gestionarlo. Que te quise incluso cuando hacía como que no me importabas. Que te he querido tanto que pensé que si me alejaba, te haría un favor. Pero no ha funcionado.

Dejé a Cara sin aire.

—¿Por qué ahora? —susurró.

—¿Por qué no?

—Eso no es una respuesta.

—Porque ya no puedo seguir callándolo. Porque hoy te he visto con otro y no podía seguir tragándome esto.

—Vete.

—¡¿Qué?! —Las cejas me llegaron al techo.

—¿Crees que vas a venir a mi casa después de todo y que un simple te quiero va a valerte para perdonarte todo el daño que me has hecho? Eres más imbécil de lo que pensaba.

—Pero…

—¿Has tenido que verme con otro para reaccionar? El amor se siente incluso sin verlo, sin celos, sin miedo a perderlo. El amor es todo y mucho antes que eso.

—Cara, sabes lo complicado que es para mí…

—Ya, eres frío como el hielo, no tienes responsabilidad afectiva ni…

—Te amo. ¿Eso te sirve?

—No. Vete, estoy cansada.

Caí en la cuenta.

—¡Estás esperando visita! ¡Me echas porque tu novio está a punto de llegar! —Levanté los brazos—. Esto es increíble.

—¿Te parece increíble que prefiera a otro antes que a ti? Eres un puto creído, un narcisista, un…

—Gilipollas, ya… —Sin esperarlo, la hice sonreír.

—No estoy con él —murmuró—. No estoy con nadie. —Relajó el cuerpo—. Eres un imbécil. No sabes cuánto.

—Sí lo sé.

—Y me has hecho daño.

—Y no me lo perdonaré.

—Pero también te quiero.

Ahí fue. Dimos una zancada cada uno, nos encontramos, los dos trenes chocharon y nos besamos sin ceremonia, sin pausa, sin freno. Y nos dijimos todo lo que nunca fuimos capaces de expresar con palabras.

Acabamos en su habitación. Y por una vez, no fue por impulso, sino por necesidad.

No nos desnudamos con prisa. No hubo fuego. Hubo verdad. Manos que temblaban. Piel que se reconocía. Y una forma de estar cerca que dolía de lo mucho que curaba.

Esa noche dormí a su lado.
Por fin.
Y ella acalló el ruido, solo ella consiguió que sintiera calma, o lo más parecido a ella.

43

CAFÉ, LUZ Y LO QUE AÚN NO SABEMOS DECIR

27 de diciembre de 2020
Staten Island
Nueva York

STANA

Parpadeo, siento calor. El sol entra en la habitación como un susurro entre las cortinas claras, no como una explosión. Es una de esas mañanas que no necesitan presentarse a gritos para escucharse. La casa aún duerme, o finge hacerlo, pero yo estoy ya, en segundos, muy despierta. Y no estoy en mi habitación, sino en la de invitados, junto a Niall. No fue un ratito lo que me quedé, sino toda la noche, y no me avergüenza que mis padres estuvieran a unos metros porque… no pasó nada entre nosotros. Nada físico, pero sí eso que no se puede tocar para sentir más, mucho más. Estoy cansada, pero no es el tipo de cansancio por falta de sueño, tiene que ver con lo emocional, con abrir la mano, mirar la palma y sentirla llena sin sostener nada. Nuestras respiraciones y su nariz muy cerca de la mía llenan el espacio más que cualquier palabra.

Oigo pasos tras la puerta cerrada, sin embargo, no me sobresalto, nada lo haría, ni un huracán ni un terremoto ni un meteorito cruzando la atmósfera a punto de impactar contra nuestro planeta.

Lo observo, su expresión es tranquila, sigue dormido, o eso pienso, hasta que…

—Buenos días —habla con una voz cubierta de mucha noche encima, sin abrir los ojos.

—Me has asustado —susurro.

Y… le toca a él parpadear hasta que fija su pupila en la mía y se queda ahí, en una oscuridad repleta de luz. No buscamos conversación, nos quedamos así un par de minutos. Sin hacer nada, sintiendo mucho, al menos yo. Respirando con la misma calma. Compartiendo todo lo que no decimos.

—¿Sabes qué pensé anoche, justo antes de dormirme? —pregunta al fin.

—Dime.

—Que hay personas que llegan cuando estás preparado para despedirte de todo. Y que, sin hacer ruido, te dan una razón para quedarte un poco más.

Me atraviesa con lo que dice, aunque trato de esconderlo, porque he estado evitando tantas cosas, tantos sentimientos y momentos durante estos dos años, que mi mente y mi cuerpo reaccionan como de costumbre y huye de la situación. No obstante, algo me trae al presente, quizá él, que apareció justamente para eso, y me tiro al vacío.

—¿Cuánto más?

—¿Acaso importa?

Me revuelvo.

—Importa, sí. Porque duele cuando se va. —Cojo aire e intento no ahogarme ni llorar, pero mis ojos se vidrian, no lo puedo remediar.

Él no me dice nada más. Solo me mira. Me mira de verdad. Dentro de mis pupilas, viendo una posibilidad.

Sin aviso, sin música, sin más tiempo que este, se inclina y me besa. No es un beso urgente, ni torpe, ni arrollador. Es uno de esos besos que parecen empezar antes de que los labios se toquen, como si viniera fraguándose desde hace días. Desde París. Desde aquella primera conversación junto a la Torre Eiffel. Desde el silencio en el sofá. Desde los pasos en la nieve.

Sus labios rozan los míos con cuidado, con esa especie de respeto que se tiene ante las cosas que importan.
Y yo… no me muevo enseguida.
Me dejo sentirlo.
Me dejo temblar.

Porque besarle no es como abrir una puerta.
Es como cerrar una herida.
Despacio.
Con luz.

Mis manos se deslizan hasta su cuello.
Las suyas hasta mi espalda.
No hay palabras. Solo piel que recuerda cómo era confiar.
Un segundo. Otro más.

Y cuando nos separamos, no hay risa nerviosa ni frases forzadas.

Solo una calma inesperada.
Como si por fin todo encajara.

—Me quiero quedar, Stana, contigo. —Me mira, sin adornos, sin dobleces ni esquinas. Hay promesa en su tono, hay presente, pero… ¿para mí es suficiente?

***

Hay silencios que se dicen, se hablan, se gritan. Ocurren cuando no necesitamos demostrar nada. Y ese es el que se ha instalado entre Niall y yo, ahora en la cocina, a pesar de que hace menos de una semana que nos conocimos.

—¿Quieres hablarme de esa bola de cristal? —Lo rompe, pero no la calma, solo el silencio, porque hay personas que te cubren los oídos sin necesitad de tocarte en medio de una gran tempestad, y eso hace él conmigo.

—No estoy preparada —musito, pensativa, pero con seguridad.

—Estaré aquí para cuando lo estés.

—A veces el universo tiene un humor retorcido —comento al aire.

—Quizá es una señal. O un recordatorio. —Llama mi atención y lo miro con el ceño levemente fruncido—. Los recuerdos no se olvidan, aunque intentemos esconderlos. —Se revuelve en la silla—. Está claro que te ha removido algo dentro —se explica—. Espero que algún día me veas como alguien en quien confiar para contárselo.

—No es eso… Confío en ti. Es por mí. Esos recuerdos me duelen.

Maddox entra en la cocina. Va despeinado, con una camiseta oscura y una mirada que no he visto en él desde hace tiempo: la del que ha dormido poco y ha pensado demasiado.

Pero pasa.

Abre el frigorífico, saca la leche y se sirve café en silencio. Se apoya contra la encimera y mira por la ventana. No nos mira a nosotros.

—He cancelado el viaje —comenta sin que nadie pregunte.

—¿Qué viaje? —Me giro hacia él.

—Iba a ir a Filadelfia. A desconectar. Ver a un par de colegas. Pero no me apetece.

El silencio se estira.

Yo le observo. Él esquiva mis ojos y la tensión le sube por los hombros.

—¿Lo has cancelado por Cara? —indago.

Maddox se encoge de hombros.

—No solo por ella. También por ti. Por estar aquí, en casa. Ya sabes.

Le creo. Pero solo a medias. Sé que también quiere huir. Y sé que quedarse ahora es más un castigo que un consuelo.

—Deberías ir —le animo, despacio—. Te vendría bien cambiar de aires.

Me mira como si no esperara que yo se lo dijera. Como si él ya hubiera asumido que tenía que quedarse. Por mí. Por mamá. Por el peso invisible que siempre cargamos sin darnos cuenta.

—Estoy bien aquí —manifiesta.

—Pero no lo necesitas —añado—. Estás inquieto. Y cuando estás así, lo mejor es moverte. Siempre ha sido así.

Mi hermano frunce el ceño. Se nota que lucha entre lo que quiere y lo que cree que debe hacer.

Entonces Niall interviene, desde el otro lado de la mesa.

—¿Y si vamos contigo?

Los dos le miramos, sorprendidos.

—¿Cómo? —interpelo.

Niall se encoge de hombros.

—Podríamos ir a Filadelfia todos. Maddox se despeja, tú y yo seguimos este viaje, y de paso yo aprovecho para visitar a mi familia. Hace tiempo que no los veo.

Maddox levanta una ceja, desconfiado.

—¿No es mucha casualidad?

—Un poco —admite Niall, sonriendo—. Pero también puede ser una buena excusa. Y una buena compañía.

Yo me quedo callada un segundo. La idea me pilla desprevenida. Pero no me desagrada. Filadelfia…

—¿Y tú qué dices? —El chico de París se dirige a mí.

—Vale. Vamos a Filadelfia.

44

IRREVERSIBLE

23 de junio de 2017
Brooklyn, New York

MADDOX

Me desperté antes que ella. No sé si por mi costumbre de madrugar o porque mi cabeza no me dejó seguir durmiendo. Era pronto. Había poca luz entrando por las persianas bajadas. Había paz. Una paz penetrante. Como la que llega cuando sabes que acabas de hacer algo irreversible.

Cara dormía a mi lado. De espaldas. La sábana le cubría media pierna. El hombro descubierto. Y su respiración era lenta, acompasada, ajena a todo lo que me estaba explotando por dentro.

Me giré hacia el techo. Puse las manos bajo la nuca. Y me obligué a no pensar. Pero no funcionó. Habíamos cruzado una línea. Después de meses bailando alrededor, huyendo a ratos, provocándonos… por fin habíamos bajado todas las defensas. Y no podía fingir que no significaba nada.

Me levanté con cuidado. Me puse la camiseta que había dejado tirada junto a la cama. Fui a la cocina y preparé café.

Cuando volví, ella ya estaba despierta. Sentada en la cama, con las piernas cruzadas y el pelo suelto. Me miró sin decir nada.

—Buenos días. —Le ofrecí la taza.

La cogió. Sus dedos rozaron los míos. Y ahí estuvo otra vez ese temblor.

—Gracias —murmuró.

Me senté a su lado, sin saber si quedarme o volver a levantarme.

—¿Estás bien? —pregunté.

—No lo sé —respondió ella—. ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—Tampoco.

Cara sonrió, apenas.

—Esto no cambia las cosas, ¿verdad?

—Depende de qué cosas.

—De lo que no somos. De lo que nos dijimos. De lo que sí hicimos.

—Y de lo que sentimos —añadí.

Ella bajó la vista. Dio un sorbo al café.

—¿Y qué sientes?

Tardé en contestar. No porque no supiera la respuesta. Sino porque me daba miedo decirla en voz alta.

—Que no quiero que esta sea la última noche.

Cara levantó la mirada. Esta vez no había nada que ocultar.

—Yo tampoco.

Se hizo el silencio. Uno denso, real. De esos que solo aparecen cuando todo lo importante ya está dicho.

—No sé cómo hacer esto bien —admití.

—Empieza por no huir.

—Hay una cosa más.

—Nada puede sorprenderme ya.

—Stana lo sabe. Sabe lo que ha habido… lo que hay entre nosotros. He tenido que decírselo. Está enfadada. Le hemos mentido.

—Es comprensible. Hablaré con ella. Le diré que es culpa tuya y listo. —Sonreímos.

Me incliné y la besé. No con urgencia. Con calma. Como quien por fin se permite quedarse, porque quiere, porque está seguro, porque no quiere estar en ningún otro lugar.

45

KILÓMETROS, CANCIONES Y VERDADES

27 de diciembre de 2020
En ruta hacia Filadelfia

STANA

El paisaje pasa a ambos lados y me da la sensación de que el tiempo, el nuestro y el de todos, también huye de algo. Llevamos más de una hora en carretera. Maddox conduce. Niall va a mi lado en el asiento de atrás. El del copiloto va vacío y estoy segura de que mi hermano piensa lo mismo yo: ahí falta Cara.

Miro por la ventanilla sin mirar realmente. Suena una *playlist* que no he elegido, supongo que es del dueño del coche, mi dolido e imbécil hermano mayor, a veces, más de la cuenta, un niño. Son canciones suaves, algo nostálgicas; la típica mezcla de artistas que podrían acompañarte en momentos bonitos, pero también durante una ruptura, encajarían igual. Como nosotros.

El chófer obligado lleva la ventanilla medio bajada y el viento le levanta el flequillo.

—Hace frío —me quejo, no obstante, él me ignora y sigue concentrado en la carretera, o en sus ilógicos pensamientos— ¿Vas bien? —Me preocupo.

—Sí —suelta en piloto automático—. ¿Y tú?

—Niall va mejor —explico, al observar su boca abierta, ojos cerrados y respiración pausada.

—Estoy despierto —anuncia. Estira una pierna y la roza con la mía. Después se estira y se acomoda de forma correcta en el asiento.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en Filadelfia? —curioseo.

—Hace un año y medio. Para el funeral de mi abuelo. —No hay dramatismo, solo un dato.

—Lo lamento.

—Hace mucho. Y vivió una vida plena.

—¿Y esta vez?

—He venido por vosotros. Y por mí, supongo.

—Pero quieres ver a tus padres —afirmo.

—A mi madre. Hace mucho que no sé nada de mi padre. Ni quiero. —Ni se inmuta al contarlo.

—¿Se fue?

—Se perdió —revela—. Que es parecido, pero más cobarde.

Silencio.

No recuerdo el título de la canción que suena ahora, pero sí esa sensación de querer detener el mundo durante tres minutos.

—¿Y tú, Maddox? ¿Estás preparado para ver a tus amigos? —Trato de suavizar el ambiente.

—Supongo. —Se encoge de hombros—. Me vendrá bien. Aunque solo sea para no pensar.

—¿No pensar en qué? —Meto el dedo en la llaga.

—En lo de siempre. —Me lanza una mirada por el retrovisor.

No mencionamos a Cara, pero ahí está, presente, como siempre.

La ciudad aún queda lejos y cierro los ojos un segundo. Respiro. Noto la vibración del coche, el leve vaivén de la carretera y la piel de Niall cerca.

Estar rodeada de gente que te guían y empujan también es una forma de sanar. Kilómetro a kilómetro. Persona a persona. Historia a historia. Una vez más.

***

La casa de Niall está en una calle tranquila, con árboles desnudos alineados como soldados cansados. Tiene la fachada gris, una verja blanca y un pequeño porche con dos sillas que crujen cuando el viento sopla. Maddox aparca en la acera. Nadie dice nada durante unos segundos. A través del cristal, veo la silueta de una mujer tras la ventana. Se mueve con ligereza, con la prisa alegre de quien no espera malas noticias.

—Es mi madre —dice Niall sin mirarnos.

Me bajo del coche con la sensación de estar invadiendo algo que no me pertenece. Pero también con la certeza de que él ha querido traerme aquí. Y eso significa algo.

Cuando llegamos al porche, la puerta se abre de golpe. La mujer que sale tiene el mismo color de ojos que Niall, pero con otra luz. El tipo de luz que viene de haber sostenido muchas veces la vida con las manos desnudas.

—¡Por fin te dignas venir! —grita la mujer abriendo los brazos.

Niall se deja abrazar, sin resistencia. Y durante unos segundos, le veo pequeño. Niño. Hijo.

—Hola, mamá —murmura él.

Ella le aprieta con fuerza, luego le separa solo para mirarle mejor. Entonces repara en nosotros.

—¿Y tú eres…?

—Stana. Encantada. Y él es mi hermano, Maddox. —Le señalo. Él levanta una mano.

—Encantado.

—Y yo encantada de que hayáis venido. Pasad, pasad. Estáis en casa.

Entramos. El interior huele a casa vivida. Muebles antiguos y desgastados pero limpios y ordenados.

—¡Abuela! —grita la madre hacia el salón—. ¡Ha llegado tu nieto!

Una voz más lenta, áspera y preciosa contesta desde dentro:

—Ya era hora.

La abuela va en zapatillas, con el pelo recogido en una trenza y una chaqueta de punto que le llega a las rodillas. Tiene los ojos

claros, la piel arrugada y esa expresión de quien ha visto demasiado para impresionarse con algo nuevo.

—Te has dejado crecer el pelo otra vez. —Le mira de arriba abajo —. Te queda fatal.

Niall se ríe y la abraza sin contestar.

—Te presento a Stana y a Maddox. Dos buenos amigos.

La abuela me mira y me lee entera de un vistazo.

—¿Eres real? —pregunta.

—¿Perdón?

—Nada. Es que este idiota no me había hablado de nadie desde… bueno…

—Es real, abuela —tuerce la sonrisa.

Me pongo roja sin remedio.

—¿Y tú eres? —pregunta la abuela a Maddox.

—El hermano de la real —responde él, serio.

—Me gustas. —Asiente, satisfecha—. Tenéis pinta de tener problemas.

—Es que los tenemos —contesta Maddox. Y por primera vez desde que hemos llegado, le veo sonreír.

La madre de Niall vuelve con una bandeja. Zumo. Café. Galletas. Todas las madres son iguales. Las nuestras, al menos, sí.

—¿Y dónde está Ellie? —pregunta Niall, mirando alrededor.

¿Ellie?

—En su cuarto, hablando por videollamada con media universidad, como siempre —expresa su madre, bufando—. Dile que baje tú, que a mí no me hace caso.

—¿Ellie? —pregunto.

—Mi hermana. Veinte años. Mucha boca y poco filtro. Te caerá bien.

Le creo.

A Niall no le da tiempo a desaparecer escaleras arriba. La casa queda en silencio unos segundos, pero no incómodo. Es un silencio cálido. De los que te permiten respirar hondo. Miro a su madre, a su abuela, al cuadro en la pared con un mar al atardecer. Y siento algo dentro.

Es… Es una casa donde, si cierras los ojos, callas y pones atención, se escuchan los latidos del corazón. Una casa donde todo late.

46

NO ERA UNA TORMENTA

29 de junio de 2017
Staten Island, Nueva York

STANA

Llovía. No era una tormenta, sino una de esas lluvias de verano que caen despacio, gota a gota, persistente, mojando poco a poco. Estaba en casa, sola, con un té entre las manos y un libro abierto que no estaba leyendo. Hoy no tenía que ir a rehabilitación, las citas se espaciaban en el tiempo. Dylan vendría más tarde. Por eso, cuando sonó el timbre no me imaginé quién era.

—¿Sí? —Caminé hasta la puerta.

—Soy yo. —Supe que era Cara antes de que terminara la frase.

Cuando abrí, estaba empapada. El pelo mojado, el abrigo pegado al cuerpo, la mirada algo más baja de lo habitual.

—Hola —dijo, creyendo que bastaba con eso.

—Pasa.

Se quitó el abrigo y lo colgó en la percha sin pedir permiso. Lo había hecho cientos de veces. Nos sentamos en el sofá. Ella delante de mí. Yo con las piernas cruzadas. Esperando.

—Sé que debería haber venido antes —empezó.

—Sí —respondí sin dureza.

—He estado dándole vueltas a cómo decírtelo. A si debía decírtelo siquiera. Y… lo siento. De verdad. —Silencio—. Fue hace tiempo. No fue planeado. Con tu hermano, me refiero.

Ahí estaba. La frase que necesitaba oír de su boca, aunque ya lo supiera desde hacía tiempo.

—Cuando ocurrió, tú acababas de tener el accidente. Estabas tan frágil, tan… herida por dentro y por fuera, que no podía añadirle eso. Pensé que lo mejor era esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que te recuperaras. A que yo estuviera segura de lo que sentía. A que Maddox… bueno, a que él hiciera algo. Lo que fuera. Pero no lo hizo. Se echó atrás. Como siempre. —Cara entrelazó los dedos—. Después, cuando las cosas contigo empezaron a mejorar y vi que lo nuestro no iba a ningún sitio… simplemente lo dejé estar. Y fingí que no había pasado nada.

—¿Lo hiciste por protegerme o por protegerte a ti? —No fue una acusación. Solo una duda que llevaba demasiado tiempo conmigo.

—Supongo que por ambas.

Respiré hondo. El aire me supo a algo viejo. Una conversación que había estado esperando demasiado tiempo.

—No me dolió que pasara algo con él —le dije—. Me dolió enterarme después. Y que lo llevarais como un secreto, un secreto sucio.

—No era sucio —susurró.

—Lo parecía.

Ella se mordió el labio inferior. No estaba llorando. Pero algo en sus ojos se rompía.

—Perdón, Stana. Por todo. Por lo que hice, por lo que no hice. Por no haber sido más valiente.

Me quedé en silencio. No porque no supiera qué decir. Sino porque, en realidad, los había perdonado hacía tiempo. Solo quería que ella lo dijera. Que me mirara a los ojos y lo sacara fuera.

—Gracias por venir —manifesté. En sus ojos ya no había miedo—. ¿Y en qué punto estáis ahora? Porque conozco a mi hermano y no se habrá quedado quietecito después del numerito de celos y ego herido. Y no se ha pasado por aquí. Algo habrá hecho.

—Me ha dicho que me quiere. —Abro los ojos—. ¿Te sorprende?

—Que te quiera no. Que te lo diga y que lo acepte sí. Porque es tan…

—Gilipollas —decimos al unísono y soltamos unas carcajadas.

—¿Ahora somos cuñadas? —cuestiono.

—Supongo, pero no se lo digas a él. Se agobiaría.

—Se le pondrían los huevos de corbata.

—Vamos despacio…. Gracias por entenderlo. —Nos abrazamos y la grieta se cerró sin necesidad de un parche.

Un rato después, tras hablar sobre Dylan y Geneva, le pregunté si traía coche.

—Sí, ¿por qué?

—¿Puedes dejarme en casa de Dylan?

—Claro.

El cielo seguía encapotado, pero la lluvia había parado. Las calles brillaban con el reflejo del asfalto mojado y el aire olía a tierra húmeda. Cara no puso música. Condujo en silencio, las dos envueltas en esa calma rara que se forma después de una conversación difícil, pero necesaria.

En mis manos, dentro del bolso, llevaba la bola de nieve que me dio Maire. La había tenido guardada desde Geneva, envuelta en una bufanda para protegerla. No era solo un objeto. Era una promesa.

Cuida de él, incluso cuando no quiera que lo cuiden. Eso me dijo. Y yo lo había entendido tarde.

Cuando llegamos, Cara me deseó suerte.

—Estás haciendo algo bonito —me recordó, y no tenía que hacerlo. Le había contado durante nuestra conversación trascendental cuánto significaba en la vida de Dylan.

—Espero que él también lo vea así.

Bajé del coche. Crucé la calle y toqué al timbre.

Él abrió sin camiseta, despeinado y… babeé.

—Stana. Pensé que habíamos quedado en tu casa.

—Hola. ¿Puedo pasar?

Se apartó. Entré y él me siguió. Me dio un beso y me rodeó la cintura con los brazos.

—Habíamos quedado en mi casa. —Frunció el ceño—. Pero tenía que darte algo desde hace unos días y… No quería esperar más. —Saqué el paquete del bolso—. Es para ti.

Dylan la tomó, curioso, desenvolviéndola con cuidado.

—¿Un regalo? No es mi cumpleaños.

Cuando la vio, se quedó quieto. Sus dedos se tensaron alrededor de la base. Movió el objeto, haciendo que la nieve artificial cayera sobre la iglesia en miniatura.

Su bola.
La suya.

Él tragó saliva.

—Es de mi madre —susurró.

—Es tuya. Me la dio antes de que volviéramos a Nueva York. Me dijo que te la entregara. Y… que entendieras que sigue habiendo amor hasta cuando las personas se marchan. El amor se queda en nosotros.

Dylan no habló. Dejó la bola sobre la mesa, se frotó la cara y se alejó un poco. Y todo… cambió.

—No tendrías que haberla traído —refunfuñó de espaldas.

—¿Qué? —Me asusté. Nunca me había hablado así.

—Si no la traje yo, fue porque no la quería aquí. Esa bola no va a traerlo de vuelta. No va a arreglar nada.

—No vine a arreglar nada —respondí, dolida—. Solo quería cumplir la promesa que le hice a Maire.

Sus ojos estaban húmedos cuando se giró, y su voz sonó más seca que nunca.

—Y lo has hecho. Ya puedes irte.

Me quedé helada.

—¿Me estás echando?

—Solo te pido que me dejes espacio.

—¿Espacio o distancia?

No contestó. Y eso fue peor que cualquier respuesta.

Cogí mi bolso. Me dirigí a la puerta. Pero antes de salir, me detuve. Necesitaba decirlo, por mí.

—No vine por compasión, Dylan. Vine porque te quiero. Porque no voy a salir corriendo cuando las cosas se ponen difíciles. Aunque tú no lo veas o no quieras verlo.

Y salí. Bajé las escaleras sin correr, y no porque aún no pudiera hacerlo, que tampoco podía.

Cara seguía allí, dentro del coche, y subí.

—No te has ido.

No preguntó ni yo le cuestioné a ella su decisión. Estaba claro que mi amiga sopesó la idea de que no saliera bien. Me llevó de vuelta a casa.

Tumbada en la cama y escuchando mi corazón entendí que incluso el amor más profundo puede doler cuando no encuentra dónde posarse. Y que a veces, querer no basta si la otra persona no sabe recibirlo.

Estaba confundida, quizá Dylan no era la persona que pensaba. Idealizamos a quien amamos para que nos sea más fácil hacerlo.

47

UNA ENTRADA COMO UN TERREMOTO

27 de diciembre de 2020
Filadelfia

STANA

Se oye una puerta abrirse de golpe en la planta de arriba. Unos pasos rápidos bajan la escalera. Y luego aparece la que supongo es Ellie. Pelo rizado hasta la cintura, pintalabios rojo, sudadera de algún equipo de hockey que no reconozco. Los cascos colgando del cuello, móvil en la mano, mirada directa.

—¿Ya estás aquí, trozo de pan rancio? —canta a Niall sin ni siquiera mirarnos.

—¿Existen los hologramas, fresa mustia? —revela él, desde el sofá. De repente, él se levanta, ella se tira a sus brazos y se funden en un abrazo de amor fraternal, de hermanos, de cariño mutuo y respeto, de ganas de verse y de tenerse más cerca. Lo entiendo a la perfección… Luego, sus ojos se posan en mí, en Maddox y vuelve a Niall con una ceja levantada.

—¿Me he perdido algo o estamos compartiendo casa con una pareja y su guardaespaldas?

Yo me río. No puedo evitarlo.
Maddox no.

—Soy su hermana —aclaro, señalando a Maddox—. Él solo viene por el café gratis.

Ellie sonríe y alarga la mano hacia mí.

—Ellie Gallagher. Veinte años, cáncer zodiacal, adicta a la pizza fría y al drama innecesario.

—Stana Sullivan. Treinta, sagitario, adicta al café y al té caliente y a las decisiones complicadas.

—Me caes bien —dice.

Se sienta en el sillón contiguo, bueno, se tira de culo, con las piernas cruzadas y el móvil ya olvidado.

—¿Así que tú eres la misteriosa Stana de la que Niall no me ha dicho nada?

—¿No te ha hablado de mí? —Me hago la ofendida.

—No. Y eso es buena señal. Cuando le gusta alguien de verdad, lo guarda como se guardan los secretos nucleares. ¿Te ha sacado del Área 51?

Niall se pasa una mano por la cara.

—¿Podemos no hablar de esto delante de todo el mundo?

—Claro. Hablemos de política —responde Ellie—. ¿Qué opináis de la abolición del sistema monetario?

—Prefiero hablar del apocalipsis zombie —interviene Maddox sin levantar la mirada de su taza.

Ellie le lanza una mirada rápida. Intrigada. Y sé que acaba de añadirlo a su lista mental de "tipos que me intrigan sin motivo". No

la conozco, pero le pasa a todas las mujeres cuando tratan a mi hermano.

—Pórtate bien, Ellie —le regaña su madre.

—Si soy un ángel —se defiende ella con una sonrisa malévola.

—No le hagas la vida imposible a tu hermano —sigue advirtiéndole.

—¿Y si me lo merezco? —salta Niall.

—Entonces… que no te mate. Con eso me conformo.

Nos reímos todos. Y por un momento, me siento dentro de este lugar al que he llegado de paso, pero al que alguien me ha abierto la puerta de verdad. Ellie se levanta de un salto.

—Stana, ¿quieres que te enseñe dónde escondemos las cosas interesantes?

—¿Como qué?

—Como los álbumes de fotos donde Niall tiene aparato y cejas demasiado anchas.

—¿Y a ti te parece bien que se entere de esto ahora? —protesta Niall, pero ya está sonriendo.

—Vamos —me pide la hermana y me toma del brazo con confianza—. Cuanto antes veas su fase emo, mejor.

La sigo. Porque me gusta cómo se mueve, cómo dice lo que piensa, cómo se nota que aquí, en esta casa, el cariño no necesita disfrazarse de perfección. Porque Niall me ha traído a un lugar que

no me esperaba. Y que, poco a poco, empieza a parecer una historia en la que quiero quedarme más de una página.

***

El álbum cae sobre la mesa con un golpe seco que solo remueve a Niall.

—¿En serio vamos a hacer esto? —se queja.

—Preparad vuestras emociones —apunta Ellie con tono ceremonioso, ignorándolo—. Esto va a doler.

Niall resopla desde el sofá. Maddox, junto a él, arquea una ceja con la misma actitud con la que uno observa un accidente inevitable.

—¿De verdad vas a enseñar las fotos? —pregunta Niall.

—¿Tú qué crees? —Ellie sonríe lanzando una granada y esperando a ver cómo explota.

La abuela duerme en su sillón, cabeza ladeada, respiración tranquila. La madre de Niall ha desaparecido en la cocina, prometiendo galletas de avena y algo más fuerte que café si la cosa se desmadra.

—Vale, a ver… —La hermana endemoniada abre el álbum con ceremoniosidad.

Las primeras fotos son inocentes: Niall de niño, con gafas demasiado grandes y un disfraz de astronauta, posando junto a una tarta azul.

—¿Cuántos años tenías aquí? —sonsaco.

—Demasiados como para seguir creyendo que iba a llegar a la luna —contesta Niall.

—¿Y esta? —señala Maddox apuntando una imagen en la que Niall aparece en una fiesta escolar con una camiseta de tirantes y una cara de angustia existencial.

—Eso fue una obra de teatro. Hacía de árbol.

—Tienes cara de querer morirte —añado.

—Es que en el guion no hablaba. Estuve en pie cuarenta minutos con los brazos extendidos.

Ellie ríe, encantada de su obra.

Y luego, sin previo aviso, pasa la página. Y algo cambia.

La siguiente imagen no es graciosa. Es bonita. Niall, con unos catorce años, abrazando a una chica rubia con coletas. Él sonríe. Ella también. No hay rastro de incomodidad.

—¿Quién es? —interrogo.

—Mi prima —reconoce Niall, suave.

Ellie lo mira de reojo, sabiendo que ha cruzado una línea que puede cortar, pero no lo hace.

—Se fue a vivir fuera hace unos años. Ahora apenas hablamos —añade él cerrando rápido la página.

Y de pronto, ese álbum deja de ser solo un campo de batalla fraternal. Es un mapa. Un recorrido de fragmentos que dibujan todo lo que ha sido. Y… todo lo que ya no es.

—¿Y no tienes tú uno, Maddox? —pregunta Ellie girándose hacia él, flirteando, está claro. Vuelco los ojos y suspiro.

Él parpadea. La pregunta le ha dado en algún punto débil.

—Mi madre guarda cajas enteras en el desván. —Se encoge de hombros—. Nunca miro.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que prefiero dejar donde están. —No lo dice con amargura, sino como quien ha aprendido a convivir con ciertas sombras.

—¿Te refieres a esa vez que te disfrazaste de mariposa? —Abro ojos y alzo las cejas.

—¡¿Qué?! ¡¿Mariposa?! —chilla Ellie y suelta una carcajada.

—Era una abeja, y me obligaron en el colegio —se defiende él.

Pasamos más páginas. Niall con granos. Niall en la graduación. Una imagen preciosa con su madre, abrazados en el porche, la tarde cayendo detrás.

—¿Te da vértigo mirar atrás? —le pregunto en voz baja, sin saber muy bien por qué.

Niall me mira.

—A veces.

Le cojo la mano. No delante de todos. Solo lo suficiente. Él no se aparta.

Y entonces Ellie cierra el álbum de golpe.

—Suficiente pasado por hoy. —Se levanta y se sacude las piernas —. Ahora, ¿alguien quiere galletas o voy a tener que comérmelas todas?

La casa vuelve a llenarse de ruido cuando la madre de Niall llega con la bandeja. Pero dentro de mí, el silencio sigue. Un silencio suave. Lleno de piezas. De preguntas. De cosas que todavía no hemos dicho… Mi intuición me dice que algo se esconde en ese álbum de fotos que Ellie ha guardado en un cajón de la cómoda del salón.

48

CON LAS MANOS ABIERTAS Y VACÍAS

3 de agosto de 2017
Nueva York

DYLAN

Cuando Stana se marchó, no reaccioné. Ni siquiera parpadeé. La puerta se cerró despacio. El silencio que dejó después fue distinto al de otras veces. Más hondo. Más sórdido. No por ella, sino por mí.

Me quedé allí, de pie, con las manos aún abiertas, sin entender que ya no sujetaban nada. La bola seguía sobre la mesa, esa que había guardado cuando hice las maletas para mudarme a Nueva York. La misma que, durante años, fingí no recordar, pero había dejado en mí una impronta. Al fin al cabo, eran importantes para mí, porque llevaban sentimiento dentro, el de la persona que la regalaba. Y ahora había vuelto de la mano de alguien que me amaba y que no tenía culpa de nada. Me sentí como si me hubieran abierto una cicatriz que ya ni siquiera recordaba haber cerrado.

Me acerqué y la miré un momento, uno muy corto. La toqué. Solo un segundo y entonces… Todo se vino abajo.

Me senté en el sofá. Apoyé la frente en las manos y comencé a respirar de forma torpe. ¿Cómo le había hablado así a Stana?

Mi padre. Esa bola era suya. Él me enseñó a volcarla, a agitarla con fuerza y me dijo que si lo deseaba con fuerza, todo lo malo se quedaría ahí dentro, pero… él lo sacó fuera. También fue él el que la

colocó en el centro de la estantería y me dijo que me protegería, sin embargo, se le olvidó decirme que sería de él.

No puedo recordarlo sin que me arda algo dentro. No puedo recordarlo sin pensar en aquel maldito día de su entierro. En el cementerio. En los abrazos vacíos y las frases hechas. En las flores sobre una caja cerrada.

Y en mi madre, unos metros más atrás, hablando en voz baja con una mujer que no conocía, que le cogía la mano mientras mi padre se descomponía bajo tierra.

—No le guardes rencor. Él también te quiso —le dijo.

—No como yo le quise a él.

—No todos tenemos la misma forma de querer. Nos quiso a las dos. Elegir nunca fue una opción, solo al principio.

Yo lo oí todo y me quedé helado. ¿De qué hablaban? No era tan pequeño como para no entenderlo. Después supe quién era. La otra. La que lo había acompañado durante años. Sí, mi padre tuvo una doble vida y mi madre lo sabía y lo perdonó hasta el punto de cuidarlo durante su enfermedad hasta el día de su muerte. Y luego se calló. Yo también. Me lo guardé. Y desde entonces, cada vez que alguien mencionaba a mi padre, lo sentía dividido en dos: el hombre que me llevaba al parque en invierno y el hombre que traicionó a la única mujer que lo sostuvo cuando ya no podía más.

No quería odiarlo. Pero lo hacía.

Y en esa contradicción me quedé. Años enteros. Con la culpa creciendo dentro como una hiedra. Y ahora, Stana… Ella aparece con la bola. Con su cariño. Con sus intenciones limpias. Y lo revuelve todo. Porque me obliga a mirar donde no quiero. Porque odio seguir odiándolo en silencio, porque odio amarlo a pesar de todo. Porque

aceptar esa bola es obligarme a perdonar a alguien y reconocer que ni después de tantos años puedo.

Por esto la eché de mi casa, por eso me crucé de brazos en el salón y le pedí que se marchara. No porque no la quisiera, sino porque la quería tanto que me aterrorizaba enseñarle esta parte de mí y dejara de verme como lo hacía, que su amor desapareciera.

Caminé hasta la ventana, la abrí y respiré el aire cálido de la tarde. No podía perderla… como perdí a mi padre, sin una explicación; como estaba a punto de perder a mi madre, sin solución. Como nos perdemos todos cada vez que dejamos que el pasado decida por nosotros.

Cogí el móvil. Escribí su nombre. Y la llamé. Si no me respondía, lo entendería. Pero esta bola no iba a esconderla en un armario ni un día entero.

49

FOTOS QUE NO PEDÍ VER

27 de diciembre de 2020
Filadelfia

STANA

No lo hagas, Stana, me digo. *Tú no eres así.*

Pero no me detengo. No hay ruido ni gente, todos están dormidos o se han marchado. Maddox se fue con sus amigos, va a dormir en casa de uno de ellos. A Ellie no la he vuelto a ver, desapareció con su móvil, una bolsa de patatas y una promesa: no molestar más.

Yo me he quedado abajo. En el salón, con la chimenea aun ardiendo y el álbum llamándome en ese cajón. Me levanto, tiro del pomo y lo cojo. Sé por qué, porque quiero conocerlo más, todo de él. O porque hay algo que me empuja a entender.

Lo abro con cuidado. Paso las páginas con la misma delicadeza con la que se tocan cosas que no son nuestras. Hay fotos ya vistas: cumpleaños, disfraces, una excursión a la nieve. Y después, otra página. Y ahí está. Niall en una cama de hospital. Pálido. Ojeroso. Con una vía en el brazo y una sonrisa forzada. Hay un globo en forma de corazón flotando junto a él. Un dibujo mal hecho pegado a la pared.

En la siguiente imagen, está sentado en una silla de ruedas, con una manta sobre las piernas. Parece más joven. O más frágil. A su lado, Ellie, con apenas catorce años, le hace una burla sacando la

lengua. Él se ríe, pero hay algo en sus ojos que no llega a brillar del todo. Cierro el álbum. De golpe. Lo dejo donde estaba y doy varios pasos hacia atrás. No sé qué he sentido. Tristeza. Inquietud. Ternura. Todo a la vez. Un nudo que no aprieta del todo, pero está. Necesito aire y salgo al porche. Niall está allí, sentado en una de las sillas blancas, con una manta sobre los muslos y las piernas estiradas.

—¿No puedes dormir? —Se gira.

—No. —Me siento a su lado y miramos la calle vacía—. He visto las fotos —digo al fin, en voz baja—. Las del hospital. —Él no se mueve— ¿Hace cuánto fue eso?

—Tenía diecisiete. —Su voz es suave y se le pega el recuerdo al paladar—. Fueron años complicados.

Espero. No le presiono. Solo dejo la puerta abierta.

—Estuve muy enfermo. Problemas de corazón. Me pasé meses entrando y saliendo del hospital. Perdí peso, amigos, muchas cosas. —Silencio—. Pero también gané otras. Perspectiva. Tiempo. Gente que se quedó.

—¿Y te curaste?

—Digamos que sigo aquí. Y eso, ya es una victoria.

Le miro de reojo. La forma en que lo dice. Sin dramatismo. Sin victimismo. Con esa calma suya que parece construida sobre las ruinas.

—¿Por eso no me lo contaste antes? —pregunto.

—Porque prefiero que me veas como soy ahora. No como lo que me pasó.

Me muerdo el labio. Hay algo en el pecho que me tiembla. Porque lo entiendo mejor de lo que él cree.

—Pero lo que te pasó también eres tú.

Él me mira. Por fin. Y en su mirada hay algo que no se puede fingir.

—Lo sé. Solo necesitaba que lo dijeras tú.

Y entonces me acerco. No para besarle. Solo para quedarme un poco más cerca. Como quien entiende que el amor, a veces, empieza así. Con una pregunta. Con una herida compartida. Con un silencio bien sostenido, sin embargo, siento que es el momento de devolverle algo.

Saco el móvil del bolsillo de la sudadera. Lo desbloqueo y, sin decir nada, busco en la galería una foto antigua. Muy antigua. Una de esas que tengo escondidas entre carpetas que no abro nunca. La encuentro. Y se la tiendo.

—¿Eres tú?

—Sí, hace mucho… —En la foto tengo diecisiete, quizá dieciocho. El pelo recogido en un moño perfecto, el cuerpo alineado, los brazos abiertos en segunda posición, y una expresión de concentración absoluta. Estoy en un escenario. Rodeada de luces. Y con las puntas firmes sobre el suelo—. Bailaba. Desde que era niña. Era todo para mí. Lo único que me daba estructura, paz… sentido.

—Y ya no. —Niego con la cabeza— ¿Qué pasó?

—La vida.

—¿Una lesión?

—Varias. Un accidente. Un coche me atropelló. —Me arde la garganta—. Hace mucho que no hablo de ello en voz alta.

—Nunca he sido tan disciplinado como pareces tú en esa foto —habla él, intentando aliviar el peso—. Yo me habría caído al segundo intento.

Sonrío, pero no se me borra del todo el temblor en el estómago.

—Yo tampoco soy la misma. Ni cuerpo, ni mente. A veces siento que ya no me pertenece esa versión de mí.

—Pero sí. Porque sigue siendo parte de ti, aunque duela.

Me da el móvil y lo guardo.

—¿Sabes qué me da más miedo?

—Dímelo —ruega.

—Que ya no sepa soñar con nada.

Él no responde enseguida.

—Entonces sueña conmigo —suspira y me echa el brazo sobre los hombros. No me mira al decirlo, pero yo sí lo miro a él. Sé que no lo ha dicho para sonar bonito, ni siquiera sabe la razón que lleva, ninguno de los dos se lo imagina, aún.

50

LLORAR EN PRIVADO

3 de agosto de 2017
Nueva York

STANA

Cara no dijo nada durante el trayecto de vuelta y yo lo agradecí. El silencio es la única manera de dejar que una herida empiece a respirar, la mayoría de las veces, pero si va acompañado de un abrazo, mejor; y mi amiga no me soltaba de la mano. Yo miraba por la ventanilla y lloraba, ni siquiera traté de detener mis lágrimas.

—No se ha terminado. Es vuestra primera discusión —aseguró con dulzura.

—Agradezco que trates de tranquilizarme, pero ha sido tan… inesperado. ¿Por qué se ha puesto así?

—Quizá no sepas la historia completa.

No me llevó a mi casa, sino a la suya. Para que, según sus palabras, llorara a gusto y en privado, sin tener que darle explicaciones a mis padres que bastante preocupados estaban ya conmigo desde mi accidente.

Me quité los zapatos, dejé el bolso sobre el sofá y Cara encendió una pequeña luz en el salón. Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en el mueble del televisor. Lloré, lloré mucho. Hice ruido, pero mi amiga no se quejó, solo me apoyó.

—No es rabia. Es decepción —suspiré.

—Yo también he llorado así.

—¿Por el tonto de mi hermano?

—Sí.

—Los hombres son un asco.

—Estoy de acuerdo contigo. —Sonrió con tristeza.

Intenté justificarlo. Dylan estaba pasando por momentos duros con lo de su madre. Yo no había sabido gestionar al principio mi accidente y él estuvo ahí y me entendió, además de aguantarme.

—He ido a su casa por amor, Cara, por lo que siento por él…

—No siempre se sabe cómo gestionar un gesto tierno cuando has vivido tanto entre muros. —Ella también lo defendió dando por hecho que algo se nos escapaba.

Pero aun así, me dolió. Porque yo no fui allí por lástima. Fui por respeto. Por Maire. Por la promesa que le hice. Y porque, en el fondo, yo también necesitaba que él me dejara cuidarlo, como él hacía conmigo.

Apagué el móvil. Lo dejé boca abajo sobre la mesa del comedor y cenamos algo ligero. El timbre sonó mientras comíamos helado.

—¿A quién esperas? —Abrí los ojos de repente—. ¡Has quedado con mi hermano!

—Ahora salimos juntos. Se me había olvidado. —Dejó el bote sobre la mesa con la cucharilla dentro.

—¿Que salís o que habíais quedado?

—Ja. Ja. Muy graciosa. —Fingió una sonrisa y se levantó.

Se besaron a unos metros de mí y me dio asco, he de ser sincera.

—Vaya, vaya… Qué haces tú aquí. —Se agachó a darme un beso en la mejilla y lo aparté con la mano—. Arisca. —Dejó caer su culo en un lado del sofá—. ¿Interrumpo? ¿Fiesta de pijamas?

—Comité de urgencia —comentó Cara con una cerveza ya abierta que le dio.

—Si ahora el problema no soy yo… ¿Qué ha hecho Dylan? —acertó.

—Una pregunta… ¿Por qué los hombres solo tenéis una neurona?

—No sé ni por qué la tengo yo… —bromeó y se puso de pie.

—¿Adónde vas? —cuestioné.

—A partirle la cara al fisioterapeuta —aseguró y dio una palmada.

—Siéntate, ni siquiera sabes lo que ha pasado —le pedí.

—Todo lo arreglas a hostias —regañó Cara.

—Lo nuestro lo arreglé con mi… —Se llevó la mano a su entrepierna.

—¡Qué guarro eres! ¡Bruto! —grité.

—Me da igual lo que te haya hecho. Has llorado. Te conozco muy bien. Joder, un gilipollas ha hecho llorar a mi hermana —se lamentó.

—Siéntate —insistí, y le rogué que me escuchara. Lo hizo durante los minutos que duró la explicación de la pequeña grieta que había marcado nuestra historia aquella tarde. Maddox seguía queriendo ir a su casa a, literalmente, machacarle la cabeza. Y yo me alegré de estar rodeadas de personas que me querían y me cuidaban y con ese pensamiento me fui a la habitación, justo después de pedirles que:

—Por favor, no quiero escucharos… ya sabéis. Conteneos.

Me metí en la cama y encendí el teléfono. Vibró enseguida. Una vez. Dos. Encendí la pantalla y vi los mensajes de Dylan, así como varias llamadas.

Dylan: No es por ti.
Lo que ha pasado.
Lo que dije.
No era por ti.

Me quedé mirando las palabras, que venían de muy lejos.

Después llegó otro.

Dylan: No sé cómo sostener todo esto sin sentir morirme por dentro.
Pero te echo de menos.
Y no quiero perderte.

Mi primer impulso fue responder. Decirle que yo tampoco quería perderle. Que entendía el miedo. Que todos arrastramos cosas. Pero no lo hice. Dejé el móvil sobre la almohada. Miré el techo. Y cerré los ojos.

Porque a veces, amar también significa esperar.
Esperar a que el otro aprenda a quedarse.

51

UNA VERGÜENZA MAL DISIMULADA

28 de diciembre de 2020
Filadelfia

STANA

La cocina huele a pan tostado y café recién hecho. La madre de Niall está hablando con la abuela sobre medicamentos y recados, y el ambiente es suave, familiar. Cálido.

—¿Te apetece salir a comer algo fuera? —Niall lleva un jersey de cuello alto. Sonreímos, es inevitable—. O eso, o mi abuela te obligará a ver telenovelas.

Estamos en su habitación, tumbados de cualquier manera en la cama. Yo leyendo un libro, él con el teléfono móvil en la mano.

—¡Yo voy también! —Ellie se asoma a la puerta sin avisar.

—No estás invitada. —Niall se levanta, me da la mano y me ayuda a incorporarme.

—Claro que sí. Si Ellie no va, yo tampoco —aviso.

—Mmm… —El chico de París se lo piensa—. Me vendría estar bien solo un rato…

—¡Venga ya! —chilla la del pelo rizado precioso, hoy con los labios pintados de marrón oscuro, y su hermano ríe.

***

—Vale, te envío ubicación en cuanto lleguemos —indico a Maddox por teléfono.

—Dime ya el nombre del restaurante. No soy idiota.

—Un poco sí. Aunque es cierto, sabes buscar en internet, al menos. —Se lo digo tras preguntarle a Niall y cuelgo. Salimos abrigados, y algo mínimo, no sé, un gesto de la mandíbula de Ellie me indica que está nerviosa. Subimos a un Chevrolet Bel Air.

—¡Me encanta! —grito.

—Es de mi madre —me explica Niall al abrir el coche.

—Es precioso. —Toqueteo una cruz que cuelga del retrovisor, de madera y unos cuatro centímetros.

Ellie va en el asiento de atrás, respondiendo mensajes a una velocidad que me deja alucinada. También envía audios a lo que parece un grupo de amigas. Hablan sobre lo bien que lo pasaron anoche.

—No tengo detalles, veía borroso a esa hora. Pero bien. No os preocupéis por mí. Voy con Niall a comer algo —graba uno nuevo.

Maddox ya está allí cuando llegamos. Es acogedor y moderno. Nos saluda con un gesto seco desde la barra. Lleva una sudadera gris, el pelo algo revuelto y la cara más inexpresiva de lo habitual.

—Qué rápido has llegado. —Le doy un beso.

—La casa de Damon está aquí al lado. He reservado mesa. Ya está lista. —Coge la cerveza y nos guía hasta el sitio exacto. Ellie se

sienta a su lado y ni lo mira. Él tampoco a ella. Pero yo los miro a los dos. Y lo sé. Lo sé incluso antes de preguntar. Lo sé por cómo ella coloca la servilleta sobre sus piernas sin necesidad de hacerlo. Por cómo él se ríe demasiado fuerte cuando Niall cuenta algo sin importancia. Por el tipo de incomodidad que solo conocen los que han cruzado una línea y no saben si fue una frontera o un precipicio.

Té con limón, limonada, café doble y agua. Entre todas estas bebidas y mucha comida, nos reímos en la superficie, sin profundizar.

Huele a chamusquina y… urdo mi plan. Espero a que los líquidos hagan efectos y los hermanos Gallagher van al baño juntos. Maddox hace el amago de levantarse, pero le agarro del brazo y lo clavo en la silla.

—Tú te quedas —mascullo y me giro hacia él— ¿Qué hiciste anoche?

—Dormí en casa de Erik —responde, sin pensar.

—Has dicho Damon.

—Comparten piso. Filadelfia es cara.

Tiene sentido.

—¿Toda la noche? —Arrugo la nariz y él aparta la mirada—. ¿Estuviste con Ellie?

La pausa es demasiado larga.

—No fue nada.

—¿Y ella lo sabe?

—¿El qué?

—Que para ti —incido— no fue nada.

Otra pausa.

—No lo sé —Y ahí está. El error. El de siempre.

—Maddox…

—No empieces.

—¿No empiece con qué? ¿Con decirte que no puedes ir por la vida liándote con gente que no sabes si vas a tratar bien al día siguiente?

—No fue eso.

—¿Entonces qué fue?

—Un momento. Una noche.

—¿Y te piensas esconder otra vez como haces siempre? ¡Es la hermana de Niall! ¡Su hermana pequeña!

Maddox se pasa la mano por la cara.

—Cálmate —ordena.

—Eres mi hermano, Maddox. Pero también eres un cobarde. Y ella no lo merece. Ni Cara tampoco. Esa manía tuya hace daño. —Respira hondo—. Vas dejando cadáveres. —Él me sostiene la mirada. Pero no replica. Y eso, para mí, es lo más triste.

Ellie y Niall vuelven y toman asiento. Charlan entre ellos de algo que no pillo y trato de poner normalidad entre tanta locura, pero sé que este almuerzo no lo vamos a olvidar.

52

ESPERÉ Y PERDÍ LA CUENTA

4 de agosto de 2017
Nueva York

DYLAN

No dormí. Ni hice el intento. Estuve tumbado, de pie, dando vueltas por el piso. Bufando, suspirando y arrepintiéndome. Entre ello, miraba la pantalla del móvil. ¡Ni que mirarlo cada media hora fuera a cambiar algo!

No lo hizo, claro. Mis ganas no consiguieron que me escribiera. Stana no respondió. Tampoco esperaba que lo hiciera, o sí, no lo sé. Lo deseaba. Pero después de lo que le dije, de cómo la traté, lo más lógico sería que me dejara en visto para siempre.

Lo único que no soportaba era la idea de que creyera que no la quería, que pensara que la herí por falta de amor y no por exceso de miedo y odio. A veces, todo lo que aprendemos para protegernos se nos vuelve en contra. A veces, no saber gestionar el dolor nos convierte en el que lo provoca.

Eso me carcomía…

Me levanté al alba. Me duché y me vestí. Preparé un café que ni tomé, se quedó olvidado sobre la encimera de la cocina. Estaba en la calle a las siete y media y caminé hasta la estación sin tener que decirle a mi cuerpo hacia dónde debía dirigirse.

Cogí el metro. Crucé la ciudad y fui hasta su barrio. No la llamé ni envié un mensaje para avisarle. Solo fui. Porque hay momentos en los que no hay forma correcta de hacer algo, solo la necesidad de hacerlo.

Cuando llegué a su casa y llamé al timbre nadie me abrió. Me senté en los escalones del porche y saqué el móvil. Pensé escribirle, pero volví a guardarlo. El sol me daba en la frente, a mí, un idiota con las manos entrelazadas que solo quería verla y explicarse, aunque no obtuviera el perdón. Solo para decirle la verdad, mirándola a los ojos, y confiar en que eso fuera suficiente.

Esperé. Minutos. Horas. No sé. Perdí la cuenta.

—¿Dylan? ¿Qué haces aquí? —Morgan, su madre, llegaba con bolsas en las manos.

—Eh… He venido a hablar con Stana, pero no está.

—No ha dormido en casa esta noche. —Me sorprendió—. Está con Cara. Iban a pasar el día juntas. —Se dio cuenta de que algo fallaba en aquella ecuación—. ¿Habéis discutido? ¿Ocurre algo entre vosotros?

—Oh, no. No se preocupe. Es solo que… ¿Le importa decirle que me llame cuando hable con ella? Es… importante.

—Por supuesto. ¿Quieres pasar? Voy a preparar limonada.

—Se lo agradezco, pero debo irme. —En realidad, aquel día trabajaba en el hospital en turno de tarde.

—Como prefieras. Adiós, Dylan.

—Adiós, señora Sullivan. —Di media vuelta y me detuve en la acera, junto a los coches aparcados del vecindario. Justo cuando

empezaba a pensar que no la vería, Stana apareció delante de mí.

Allí estaba. Sin maquillaje, con una sudadera azul que me pareció la prenda más hermosa del mundo. Pero no más que ella. Stana era un ser sobrenatural.

—¿Qué haces aquí?

—Te he llamado.

—Sí, pero…

Di un paso hacia ella.

—Necesitaba hablar contigo.

—Ayer dijiste muchas cosas.

—Pero no las que sentía, no las correctas.

Intentó sobrepasarme, pero la detuve. Enredé mis dedos en su muñeca con cuidado, y lo sentí: TODO. Mis labios se pegaron a los suyos y nuestros alientos se mezclaron.

—Lo que pasó ayer… no fue por ti. Fue por mí. Mi padre me dejó mucho dolor después de marcharse. —No respondió, solo escuchó; y esa fue su forma de quedarse—. Ver esa bola me remueve, me destroza, me grita que lo perdone. A él. A mi padre. Y no puedo. Porque lo quiero, pero también lo odio. Y me da miedo que me conozcas por completo. También esa parte de mí que me convierte en mala persona. —Bajé la mirada un segundo. Volví a alzarla—. Pero tú… tú eres lo único que no quiero perder. Ni por miedo. Ni por orgullo. Ni por nada. Si me lo pides, me iré, pero no quiero hacerlo. Porque tú eres el único lugar en el que quiero estar.

Stana me miró desde dentro, con el corazón. Alzó la mano y acarició mi mejilla. Suficiente para provocar una explosión dentro de mí.

—Yo no vine a salvarte —susurró.

—Lo sé.

—Solo vine a quererte.

Asentí. Y sentí que, por fin, el aire volvía a entrar en los pulmones. No nos abrazamos. No nos besamos. Solo nos quedamos ahí, frente a frente, con toda la verdad entre nosotros. Y fue más que suficiente.

Ella era más que suficiente. Era lo único que necesitaba para empezar a perdonar.

53

CAFÉ AMARGO Y FLORES QUE NO CUBREN TODO

28 de diciembre de 2020
Filadelfia

MADDOX

Después del almuerzo, necesité alejarme. Me inventé una excusa cualquiera. Que tenía que hacer una llamada. Que quería caminar. Nadie me siguió. Y lo agradecí.

Caminé sin dirección, como siempre que quiero pensar sin admitirlo. Las calles de Filadelfia están cubiertas de una luz suave. Llego a un parque sin saber cómo. De esos llenos de vegetación, caminos de grava y bancos de hierro forjado que ya han presenciado demasiadas historias. Encuentro una pequeña cafetería entre los árboles. Pido un café solo, sin azúcar. Me siento en una mesa al fondo de la terraza. La madera está caliente por el sol. Y por fin, me dejo estar.

No miro el móvil.
No repaso conversaciones.
No abro ninguna aplicación.
Solo pienso.

Cara…

Su risa. Su descaro. Su boca… Pero de repente, Ellie se cuela en mi mente, anoche, en ese bar, cuando me empujó de vuelta contra la barra sin miedo. Y yo… que por un segundo me olvidé de Cara,

solo uno. Que no pensé en consecuencias. Que solo pensé en su forma de mirarme, con lascivia. Se mordió el labio y yo la devoré.

Y ahora… ahora no sé qué hacer con eso.

Porque soy un desastre. Porque huyo. Porque no sé quedarme en el lugar donde pasan las cosas de verdad. Y sin embargo… algo en mí quiere volver a ese lugar de los besos infinitos. Que no son de Ellie…

Respiro hondo.

El café quema. No lo enfrío. Me gusta el castigo leve de la temperatura justa. Alguien cruza el espacio entre las mesas con decisión, aunque no con prisa.

Levanto la vista. Y durante un segundo, no me lo creo. Es Cara. Lleva un abrigo azul marino, el pelo recogido y una expresión que no sé leer del todo.

—¿Puedo sentarme? —pregunta. Yo hago un gesto con la mano, aceptando.

—¿Qué haces aquí?

—Me ha invitado Niall. Para sorprender a Stana. —Se sienta frente a mí sin quitarse el abrigo—. Me ha dicho que habías ido a dar un paseo. Te he visto desde la verja. Bonito parque.

No sé qué decir.

Ella tampoco trae un discurso preparado, gracias a Dios.

—Estás más flaco —murmura observándome.

—Me viste hace dos días.

—¿No has comido en cuarenta y ocho horas?

—¿Y tú? ¿Tu novio te ha dado de comer? —lanzo.

—Sé comer sola. —Cruza las piernas—. Pero sí, si te interesa, no paso hambre con él.

Ardo por dentro. No me levanto y lanzo la silla contra el cristal de milagro.

Los pájaros saltan entre las ramas. Una pareja pasa con un carrito. El mundo sigue su curso, sin importarle lo nuestro.

Y no le importa. Ya no le importa ni a Cara.

—¿Te molesta que esté aquí? —interrumpe mis pensamientos.

—No.

—¿Te duele?

—Sí.

Y ahí está.
La verdad.
Dicha por fin.

—Lo siento.

—Yo también. ¿Por qué viniste?

—Porque la echo de menos. Y porque, si no venía… —No termina la frase. Yo tampoco le pido que lo haga. Nos quedamos en silencio. Dos tazas. Dos historias inconclusas. Un parque lleno de flores de

decenas de colores y la sensación de que quizá sea hora de soltarlo todo.

54

MENTIRAS Y VERDADES

17 de agosto de 2017
Lago Minnewaska, Nueva York

STANA

El lago se extendía como un espejo, rodeado de árboles que se mecían con el viento. El sol caía sin violencia sobre la superficie del agua que reflejaba destellos plateados. A lo lejos, en el borde de la orilla opuesta, se adivinaban barcas de remos y un muelle de madera desgastado donde un par de niños se lanzaba al agua entre gritos y chapoteos. Todo parecía sacado de una postal antigua.

Habíamos extendido nuestras toallas bajo un grupo de pinos que dejaban pasar franjas de sombra sobre el suelo. Olía a tierra húmeda, a resina, a fruta madura dentro de una nevera portátil. Por primera vez en semanas no había hospitales, ni alarmas, ni despedidas invisibles colgando del aire.

Solo nosotros.
Y este día.

Yo me sentía extrañamente tranquila. No en paz (eso aún me quedaba lejos), pero sí en una tregua. Una pausa entre todo lo que se había roto y lo que aún no sabía cómo reconstruir, como esa discusión con Dylan y lo que me había contado sobre su padre.

Me alegraba estar allí. Riendo con ellos. Sintiéndome parte de algo tan simple como un día de verano. Pero también… también

dolía un poco. Porque en momentos como ese, cuando todo parecía leve y bonito, me sorprendía pensando en lo que ya no podía hacer.

Bailar.

Lo echaba de menos más de lo que me atrevía a decir en voz alta. No por el escenario, ni por la perfección del gesto, sino por la forma en la que, cuando bailaba, mi cuerpo aún era mío. Mi mundo aún tenía ritmo. Mi dolor aún tenía forma. Y aunque había aprendido a vivir sin eso, nunca sería igual.

Suspiré, dejé caer la cabeza hacia atrás sobre la toalla y cerré los ojos un instante. No por cansancio. Sino por memoria.

La voz de Maddox me devolvió al presente.

—¡Está buenísima! —gritó desde el agua.

Abrí los ojos y sonreí sin esfuerzo. Porque a veces, aunque una parte de ti eche raíces en lo que perdiste, hay otra que, sin darte cuenta, empieza a florecer en lo que aún te queda. Y a mí me quedaban ellos.

El agua estaba helada, pero Maddox se había tirado de cabeza. Cara gritó; no sé si por susto o porque el frío le pilló por sorpresa, pero cuando asomó la cabeza de nuevo y empujó el pelo hacia atrás, estaba riéndose.

—¡Vamos! ¡Está buenísima! —insistió y nos animó.

—Miente descaradamente —indiqué.

—Estoy seguro —contestó Dylan junto a mí.

—El sol quema.

—Pero la brisa lo equilibra todo. —Dejó un beso en mi hombro—. Vamos. —Se levantó y me arengó a que lo hiciera yo.

—No quiero coger un constipado.

—Venga, querías un día lejos de la ciudad.

—Pero no convertirme en cubito de hielo en un lago.

—Hace calor.

—Báñate tú.

—No me obligues.

—¿A qué?

—A llevarte a rastras.

—No lo harías.

—Claro que sí.

—Me refería a pasear. A tumbarnos a leer. No a ser arrastrado a aguas frías por gente impulsiva.

—¿Tienes miedo? —me pinchó.

—No tengo miedo. Tengo sentido común.

Trató de agarrarme, pero me zafé y rodé como una croqueta. Reí a carcajadas y me liberé de mí, pero no de él. Me asió de la cintura y me llevó en volandas hasta el agua, a la que me lanzó. El impacto me cortó la respiración y grité. Emergí y respiré hondo con los ojos cerrados y el corazón a lo Frozen.

—¡Esto ha sido muy mala idea! —vociferé. Dylan se tiró a mi lado, me cogió de las piernas y me hundió de nuevo.

—Está perfecta —musitó sobre mi boca cuando nuestras cabezas salieron.

Me rendí, a la vida, al momento, a la felicidad, a él.

Salimos unos minutos después. Maddox cogió sus gafas de sol y se las puso.

—¿Por qué caminas haciéndote el duro? —Cara lo chinchó.

—Es mi forma de andar, muñeca —chasqueó con la lengua.

—No me llames muñeca, hombre de las cavernas.

—¿Bombón?

—¡Tampoco!

Mi hermano la ignoró y se tumbó en la toalla. Mi amiga abrió la cesta del picnic y sacó una botella de agua de la que bebió. Compartimos fruta y bocadillos, y acabamos con algunas latas de cervezas. Maddox se durmió con el brazo sobre los ojos. Cara leyó en voz alta fragmentos de un libro absurdo sobre criaturas mitológicas con traumas familiares. Yo me tumbé sobre Dylan. Él me miraba sin decir nada y me acariciaba la espalda con la yema de los dedos.

—Estás mejor —susurró.

—¿Que antes?

—Que hace semanas.

—Tú también.

Nos quedamos un rato así. El mundo pasaba. Y nosotros no necesitábamos hacer nada con él.

—Gracias por entenderme y perdonarme —siguió. Le acariciaba la nuca.

—Gracias por contármelo. Debió ser duro para ti.

Y ahí estábamos. Cuatro personas distintas. Con errores, miedos, heridas que no siempre se ven, otras que se atisban desde la distancia. Pero ese día solo éramos eso: cuatro jóvenes bajo el sol, respirando, riéndose, viviendo.

Me sentí libre al menos durante un día, porque no poder bailar como quería me ataba de pies y manos, casi literalmente hablando. Pero aprendía a vivir con ello, al menos, con la incertidumbre de no saber qué pasaría conmigo y con mis alas para volar.

***

La luz empezaba a apagarse cuando Cara y Maddox se alejaron hacia el coche, cargando mochilas, neveras vacías y toallas húmedas. Nosotros nos quedamos atrás. Dylan y yo.

El lago había cambiado de color. Ahora era gris azulado, con reflejos de cobre en la superficie. El viento se había vuelto más fresco y los sonidos del bosque se mezclaban con el canto de los grillos. Ya no había niños a lo lejos. Lo observamos para despedirnos de un lugar en el que habíamos creado bonitos recuerdos.

—Hace tiempo… cuando bailaba, tenía una sensación que no he vuelto a encontrar en ningún sitio. —Él no se movió. Solo esperó—. Era como si mi cuerpo no tuviera peso, como entender todo sin palabras. Como si, por un momento, lo que dolía, desapareciera. No

porque se fuera… sino porque bailando aprendía a vivir con ello. Volaba…

Dylan bajó la cabeza, apoyando los codos sobre las rodillas.

—¿Y lo sigues buscando?

—A veces. Pero creo que ya no lo busco en el escenario. —Me giré un poco hacia él—. Lo busco en momentos así. Como hoy. Como este.

Se quedó callado unos segundos. Después, deslizó su mano sobre la mía. No la apretó. Solo la cubrió, era suficiente con sostenerla. Apoyé la cabeza sobre su hombro. El sol terminaba de ocultarse. El lago ya era una sombra. Pero dentro de mí… algo brillaba.

Porque incluso cuando no podía volver al lugar donde fui más libre, había empezado a entender que la libertad también puede vivirse en una mirada, en un gesto, en un silencio bien compartido, en un amor sano y con perspectivas de futuro, uno muy feliz y curativo.

55

SABOR A INVIERNO Y CHISPAS MAL ESCONDIDAS

28 de diciembre de 2020
Filadelfia

STANA

Desciendo por las escaleras con el pelo todavía húmedo, un jersey ancho de Niall encima de mis leggings y las pantuflas prestadas. Ha sido un día muy largo.

La música suena baja desde la cocina: Norah Jones o alguna voz similar, suave, femenina, como de domingo lento.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto al asomar la cabeza.

La mesa del comedor la decoran velas pequeñas encendidas dentro de tarros de cristal, una planta con una estrella colgando en la rama más larga y… un cartel. Hecho a mano. En papel kraft y letras torcidas que pone:

HOY CELEBRAMOS A STANA. PORQUE NOS DA LA GANA.

—¿Qué…?

—¡Sorpresa! —grita Cara entrando desde el pasillo con una bandeja enorme de croissants caseros.

Lleva una corona absurda de cumpleaños en la cabeza, como de plástico brillante y puntas dentadas. Está vestida con su sudadera

gris con letras rojas y una falda de cuadros. Desentonando maravillosamente.

—¿Cara? ¿Qué haces aquí?

—Celebrar.

—Mi cumpleaños es en Marzo.

—¿Qué más da? Me gustó la corona —se la recoloca, medio caída hacia un lado.

—¿Te has vuelto loca? —Río.

—Un poco. Siempre lo he estado. Te quiero. —Me da un beso en la mejilla—. Niall me ha invitado —informa en mi oído.

Niall se asoma desde la cocina con una flor en la mano. Una flor seca, envuelta en un papel de periódico doblado con esmero.

—Para ti. —Me la tiende teatralmente.

—Estáis como una cabra los dos. —Deja un beso en mi mejilla, uno muy bonito.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Ellie también baja, desde su dormitorio, supongo. Ella no va en pijama, sino en falda muy corta y un top transparente.

—¿Qué es esto?

—Una fiesta. ¿Te apuntas?

—¿Mamá lo sabe?

—Está encantada.

Maddox la mira de reojo. Apenas un segundo pero yo lo veo.

—Hola, soy Cara. Tú debes de ser Ellie. —Mi amiga se acerca a ella y le da la mano.

Ahora mi hermano me mira a mí por la guerra que se puede avecinar. Nos sentamos alrededor de una mesa. Ellie se coloca a mi lado izquierdo, Cara al derecho, Maddox y Niall al frente.

La abuela está viendo una telenovela desde el sofá. La madre de Niall nos sirve chocolate caliente en tazas desparejadas. Y nosotros comemos, reímos, bebemos y hablamos sin filtro.

—¿Te acuerdas de cuando tú y yo intentamos abrir una pastelería? —dice Cara, mirándome.

—¡Y quemamos las magdalenas! —me echo a reír—. La cocina se llenó de humo y tu madre llamó a los bomberos.

—Nunca olvidaré tu cara. Pensabas que te iban a arrestar por uso indebido de la vainilla.

Todos nos reímos. Hasta Maddox, que llevaba un rato callado, se relaja. Y entonces lo noto: un segundo demasiado largo en el que él y Cara se miran. Sin decir nada. Solo… conectando. Y Ellie también lo nota. Su expresión cambia. De pronto, lo encaja. Se produce un clic en su cerebro; yo, hasta lo oigo. El resto del rato pasa rápido. Jugamos a adivinar canciones tarareadas. Maddox canta tan mal que Ellie le tira un cojín. Niall intenta hacernos bailar, y solo Cara le sigue el juego. Yo hago fotos. Muchas. Porque quiero recordar esto. Este instante que huele a croissant y a calma. Subo una imagen de la

chimenea a Instagram con un texto corto: *El amor no salvó a nadie. Pero a veces, hizo que mereciera la pena seguir respirando.*

Cara se acerca y me pone la corona en la cabeza.

—Esto es tuyo.

—Gracias por venir. —La abrazo. Con fuerza. Porque no siempre se necesita un motivo para querer celebrar que estás viva. Y acompañada.

Desde el otro lado de la sala, Ellie los observa.
A ella.
A Maddox.
A los silencios compartidos.
Y sé que lo ha entendido.
Lo ha visto.

La fiesta termina.
Pero las consecuencias… acaban de empezar.

56

EL VIENTO ME ROZABA LOS DEDOS

17 de agosto de 2017
Carretera hacia Nueva York

MADDOX

Conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla abierta, dejando que el viento me rozara los dedos. La carretera se extendía delante de nosotros, bañada por la luz de la luna. Habíamos salido del lago hacía casi una hora, pero aún llevábamos el buen rato en la piel. Yo viajaba con una sensación nueva, sin la ansiedad que me causaba estar saliendo con alguien, tener una relación seria y unirme a Cara de alguna manera. Mi chica iba a mi lado, con las piernas descalzas sobre el salpicadero, canturreando por encima de la canción que sonaba, totalmente convencida (como siempre) de que se sabía la letra.

—Eso no es lo que dice —avisé sin apartar los ojos del asfalto.

—No tienes ni idea. —Torció una sonrisa.

—¿Perdona? La letra va así: "*You're the reason I smile when I'm down*". No "*when I drown*". No estamos haciendo Hamlet en versión pop.

—Podría ser. Viendo cómo conduces, cualquier tragedia es posible.

—¿Quieres llevarlo tú, genio?

Se rio bajito y me di cuenta de que, si me concentraba solo en ese sonido, en su risa, en su presencia descarada, el mundo no era tan oscuro.

Desde el asiento trasero, Stana soltó una carcajada.

—Sois como una comedia romántica de bajo presupuesto.

—¿Con final feliz o dramático? —Cara se giró hacia atrás con picardía.

—Con uno que nadie se espera —intervino Dylan.

—Guau. Filosófico —añadí.

—Solo estaba bromeando. —Se disculpó.

Cara toqueteaba la radio y saltó otra canción, de nuevo, la chapurreó, inventando la letra.

—¿Otra vez? —No apartaba los ojos del asfalto.

—¿Desde cuándo eres experto en los Backstreet Boys?

—Desde que aprendí a tener dignidad musical.

—Por favor —resopló—. Tú escuchas country triste en bucle.

—Es narrativo. No triste.

—Tú eres narrativo.

—¿Y eso qué significa?

—Que a veces pareces una canción de folk mal escrita.

Escuché a Stana reírse desde atrás.

—En serio. Podrían ser los protagonistas de una comedia romántica de los dos mil —insistió—. Pero de esas que no sabes si acabarán juntos o matándose. Opto por el final dramático. Sí, eso. Aunque admito que me alegro de que seáis vosotros y no yo.

—¿Nosotros qué? —Mi copiloto miró hacia atrás de nuevo.

—Vosotros, esto —mi hermana hizo un gesto con la mano, sin malicia—. Lo que sea que tengáis.

—¿Y tú qué crees que tenemos?

—No lo sé. Pero llevo viendo las consecuencias meses, aún sin saberlo.

Yo solté una carcajada sin pensar.

—Al menos no nos pillaste besándonos en el pasillo, como sí hizo… —Supe que había metido la pata y me callé de repente.

Se hizo el silencio y Stana se incorporó en el asiento de atrás.

—¿A qué te refieres?

—Nada. Era una broma. —Tragué saliva.

—¿Quién os vio en el pasillo?

—Maddox… —Cara me regañó por lo bajini.

—Fue hace mucho. No pasó nada. Bueno… sí pasó, pero no era lo que… —Me hago un lío.

—¿Y quién lo sabía? —inquirió Stana.

Miré por el retrovisor. Dylan había bajado la vista.

—¿Tú lo sabías? —acusó mi hermana a su novio.

Dylan no respondió de inmediato. Tardó demasiado. Un gran fallo.

—Sí. Pero no dije nada porque… no me correspondía contarlo.

—¿No te correspondía? —repitió ella, ahora sí con rabia—. ¿Sabías desde el principio que mi mejor amiga y mi hermano se habían liado y me lo ocultaste?

—No quise meterme.

—Pero te metiste. Cuando decides callar, también estás decidiendo. Me dejaste descubrirlo sola. Y peor aún, hiciste que confiara en ti sin saber que me estabas ocultando algo.

—No era por herirte, Stana. Era por protegerte.

—Pues no lo conseguiste —finalizó, cruzó los brazos y miró para otro lado.

El coche volvió al silencio más absoluto. La música seguía sonando, pero Cara ya no inventaba letras, ni siquiera movía los labios. Stana se hundió en el asiento sin decir nada más y Dylan no volvió a hablar. Yo deseé no haber abierto la boca.

Bocazas.

57

MÁS CERCA Y PEOR

28 de diciembre de 2020
Filadelfia

MADDOX

Me cruzo con ella por casualidad. O eso me digo. Porque si soy honesto, que no lo soy casi nunca, sé perfectamente que Cara está en el porche desde hace un rato. Sentada en el escalón, con el abrigo abierto y las manos dentro de las mangas, mirando cómo se congelan las hojas… y ella.

Me quedo parado unos metros más allá. Con las llaves en la mano y la excusa perfecta de que salí a por algo que no hacía falta.

Cara levanta la vista. No sonríe pero tampoco me echa.

Una buena señal.

Me acerco despacio al león que tengo delante y que puede levantarse, lanzarse sobre mí y matarme. Sonrío ante este pensamiento, porque es verdad, ella tiene el poder de matarme de alguna manera.

—Estás congelada.

—Y tú eres de hielo.

—Empate, entonces. —Me siento a su lado sin pedir permiso ni dejar espacio. No se aparta, pero tampoco me lo pone fácil.

—Ben existe, ¿sabes? —objeta.

—Qué suerte tiene. —Me saco un cigarrillo y lo enciendo.

—¿No habías dejado de fumar?

—Uno de vez en cuando. —Encojo los hombros—. Cuando me estreso.

—¿Estás estresado?

—Un poco.

—¿Y eso?

—La vida.

—Ya…

—¿Tu novio no fuma?

—Por supuesto que no. Qué asco.

—A mí me besabas incluso cuando fumaba.

—Ya no soy esa persona.

—Yo creo que sí. —Le echo el humo a la cara.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ignoro su pregunta.

—Háblame de Ben. ¿Qué nombre es ese?

—Ben McCormick. Un nombre de Especialista de Análisis de Datos de Quejas de Clientes en una empresa de Servicios Públicos —explica y suelto una grandísima carcajada— ¿De qué te ríes? —se ofende.

—Ben… —canturreo—. Ben pasa horas delante de una pantalla de ordenador leyendo quejas de clientes como… La silla estaba rota, tenía frío, no me dejaron comer en la sala de espera… —Río de nuevo.

—No… ¡No hace eso! —se queja—. Estás celoso.

Me pongo serio enseguida.

—No. Es asco. Por cómo te besó delante de mí —digo con repulsión cada palabra.

—Es mi novio. Solo me saludó. No sabe nada de ti. No todo gira en torno a Maddox Sullivan. No me besó para hacerte daño.

—No. Pero tú sí sabes cómo joderme cuando quieres.

Se gira hacia mí con los ojos oscuros como la noche que tenemos encima, y me los clava con rabia.

—Eres un narcisista —espeta.

—Y tú… tú eres cobarde.

—¿Perdón?

—Te escondes detrás de lo que no eliges. Ben. Tu trabajo. Tu vida nueva. Pero yo sé que me sigues queriendo.

Se le mueve el labio inferior. No tiembla. Solo… se tensa.

—¿Tú sabes? Tú no sabes nada —sisea.

—Sé que no me has olvidado. Que no podrías aunque quisieras.

—Tú no tienes ni idea de lo que quiero.

—Pero sé lo que haces cuando estás cerca de mí. —El silencio ahora se torna distinto. Más denso y… empieza a nevar. Copos de nieve pequeños vuelan sobre nosotros, planean. Me inclino hacia ella y ella hacia mí. Yo me lanzo, no me escondo. Hay apenas cinco centímetros entre su boca y la mía.

Cinco.
Cuatro.
Tres.

—¡Eh! —Una voz nos corta el oxígeno.

Cara se gira tan rápido que casi se cae hacia atrás. Yo también me muevo, pero a una velocidad más lenta. Ellie. En la puerta. Ellie, repito. Sujeta una chaqueta y un cargador de móvil. Nos mira a los dos y… lo sabe. Claro que esa chica superdotada lo sabe. Ellie Gallagher es Especialista en Criptografía Cuántica. ¿Cómo no va a sumar dos más dos con facilidad?

—Perdón —se disculpa, sin intención de que así sea, y se mete en la casa sin decir nada más.

Cara se aparta. Cruza los brazos. Y se levanta sin mirarme.

—No se te da bien amar, Maddox.

—Tampoco a ti.

—Pero yo al menos lo intento. —Se va. Y yo me quedo ahí, en el escalón, mojándome con la nieve que sigue su camino del cielo al suelo, con el mechero en una mano y el pecho cargado de cosas que no me caben en la boca ni… dentro.

Maldito gilipollas.

58

LA CHICA QUE AMABA

17 de agosto de 2017
Staten Island

DYLAN

Últimamente todo lo hacía mal y eso me mataba. Porque, además, con quien metía la pata, era con Stana. La chica que amaba. Me sentía fatal y me hubiera gustado tirarme del coche. El de la tragicomedia y finales de Hamlet era yo, pero me contuve para no morir tan joven espachurrado por unas ruedas manchadas de barro en cualquier carretera.

Con lo bien que lo hemos pasado y ahora… esto.

Aparcamos frente a la casa de sus padres, en una calle que hasta hoy me había parecido tranquila. La bicicleta del hijo de los vecinos estaba apoyada en la pared, sin candado, allí nadie robaba nada. El barrio nos recibió con la tranquilidad que faltaba dentro del vehículo, a pesar de que hacía más de media hora que nadie decía ni una palabra. Tampoco nos movimos cuando Maddox apagó el motor, excepto Stana, que bajó la primera. Agarró el pomo, empujó la puerta con fuerza y salió. Cara fue detrás de ella.

Maddox se tomó su tiempo, sin embargo, rodeó el auto y abrió el capó para sacar las cestas y toallas. Yo fui el último en reaccionar, y lo ayudé con los bártulos.

—Se ha torcido el día. Lo siento, tío —comentó.

—Yo también.

Las chicas disertaban en mitad del jardín a unos metros de nosotros. Maddox y yo caminamos hasta allí. Yo me detuve y miré a Stana. Ella me rehuyó y trató de marcharse, pero le pedí que me diera unos segundos. Se giró con rapidez hacia mí, con determinación.

—¿Sabes qué es lo peor? —interpeló. El nudo en la garganta no me dejó contestar—. No es que lo supieras. Ni que lo callaras. Es que ya pasó una vez. —La entendí al instante—. Con lo de tu padre —continuó—. Y pensé… pensé que esta vez sería distinto. —Cerré los ojos un segundo. Tratando protegerme del golpe. Pero ya me había alcanzado. Ella tembló ligeramente.

—No quería herirte —murmuré.

—Pero lo has hecho. —No había nada que pudiera arreglarlo, al menos en ese momento—. Te he dejado entrar hasta en mi alma. —Su voz bajó, y ahí fue cuando dolió de verdad—. Y tú te lo guardaste. —No gritó, lo soltó llorando. Y esa fue la parte más difícil de soportar—. Necesito… —hipó—. Quiero que te marches. —Se dio la vuelta y se metió en la casa sin mirar atrás.

El viento empezó a mover unas hojas en el suelo, las atrajo hacia mí y se convirtieron en un remolino alrededor de mis piernas. Fue extraño y sentí que me estaba quedando sin tiempo. Fue algo que se instaló en mi pecho, subió hasta mi garganta y la apretó. Poco a poco, fueron deteniéndose y cayendo al suelo.

—Tío… Lo siento. De verdad. No tenía que haber dicho eso. Fue una cagada. —Maddox llegó con sentimiento de culpa.

Negué con la cabeza.

—No ha sido culpa tuya.

—Pero si no se me hubiera escapado… Soy un bocazas.

—Lo habría sabido igual. Tarde o temprano.

Se quedó callado. Nos quedamos así, frente al porche, como dos tipos que por fin habían entendido lo fácil que es joder lo que de verdad importa. Y lo difícil que resulta, después, intentar repararlo.

59

CASAS LLENAS

28 de diciembre de 2020
Filadelfia

STANA

Hay algo en los días de invierno cuando estás dentro de una casa cálida que no puede explicarse con palabras. Solo se siente. Como la manta entre las piernas, el olor a leña ardiendo y… la risa de Niall, que suena cada vez más libre y cercana.

La fiesta ha terminado, o esa sensación da. Él se ha tumbado en el suelo y ojea el móvil. Yo lo miro. Sí, me permito hacerlo, sin prisa, respirando profundamente y sin cuidado.

—¿Sabes qué haría ahora mismo si estuviéramos en otro sitio? —pregunta, con los ojos pegados a la pantalla, que le alumbra el rostro.

—Dímelo —lo animé.

—Una hoguera.

—La chimenea está encendida.

—No me has dejado terminar. En la playa. Tú con una sudadera enorme y yo intentando hacer café con un hornillo ridículo.

—¿Te gusta viajar así?

—A mí me gusta viajar de cualquier manera. —Me mira—. ¿No te atreverías?

¿Atreverme? ¿Después de todo? A cualquier cosa.

—¿Tendría frío? ¿Por qué me llevaría una sudadera enorme? —ignoré mis recuerdos.

—Sí, pero yo te caliento.

—¿Eres hornillo ahora?

—Soy todo lo que necesites.

Le doy un pequeño golpe en la frente. Sonríe. Y me besa la mano. Así. Sin más. Esos gestos simples que lo dicen todo. Cierro los ojos un segundo y me permito sentirme afortunada. Y eso… Eso sigue doliendo.

Ellie cruza el salón con algo en la mano. Sale, entra, va hasta la cocina. Puertas que se abren y se cierran. Nosotros seguimos en un mundo aparte, hasta que Cara aparece de la nada, de pie sobre la alfombra, con el pelo revuelto, más blanca todavía de lo que es y la respiración agitada. Espera… Tiene las mejillas encendidas pero le tiemblan las manos. No cuadra.

Niall se incorpora, sintiendo el cambio de energía.

—¿Todo bien? —consulta el anfitrión.

—Stana —lo ignora, nerviosa—. ¿Podemos hablar?

Me levanto y le acaricio el pelo a Niall al pasar.

—Claro. —Nos vamos a la cocina, pero no estamos solas. Ellie se mueve por allí, mete cosas en el lavavajillas, escucha música con los iPod puestos. Nos ignora. O eso parece. Así que hablamos en susurros.

—¿Qué ha pasado?

Suspira y se cubre la cara con las manos.

—Casi me besa.

—¿Quién? —finjo, aunque lo sé.

—¿Quién va a ser? Tu hermano. Maddox.

—Ya… No tengo otro. —Miro de reojo a Ellie, que sigue a lo suyo —. ¿Otra vez? ¿Después de tanto tiempo? —Se queda callada—. ¿Después de todo?

—No entiendo qué me pasa —alega—. Basta con que me mire para que se me caigan las bragas.

—Eso es… asqueroso. ¿Y tu amor propio? ¿Y tu dignidad?

—En el suelo. Con las bragas. —Tras un segundo, rompemos en carcajadas. Ellie ahora sí nos mira—. Lo sé, tengo un plan con Ben. Lo quiero. Me gusta mucho. Lo que sea.

—¿Quieres que te diga que es normal? —La agarro del brazo, la llevo a un lateral y la pego a una pared empapelada con dibujos florales.

—Quiero que me digas si estoy loca.

—Estás enamorada —indico.

—¿De quién?

—De mi tio Gilito, Cara, por Dios —bufo. Ella no lo niega.

—¿Y qué hago?

—¿En serio te lo planteas?

—No… Claro que… —alza el mentón y se aparta el pelo del hombro— no. —Vuelco los ojos—. ¿Tú qué harías?

—No soy el mejor ejemplo —susurro. *Huir*—. Es mi hermano, pero no sabe tener relaciones ni quiere. Ya la cagasteis una vez, ¿por qué volver a destrozaros?

—No fue para tanto.

—Tú casi no estuviste. —Se arrepiente en cuanto lo dice—. Yo no… No me refiero a… No estoy reprochándotelo.

—No importa.

—¿Tenéis una goma del pelo? —Ellie nos complica seguir con la conversación.

¿Habrá estado escuchando? Aún lleva los auriculares en los oídos.

—Sí, toma. —Me quito una de la muñeca y se la ofrezco. Ella la coge y se hace una coleta alta.

—Cara me estaba contando lo del postre—improviso—. ¿No te pareció que la mousse estaba muy dulce?

Cara me lanza una mirada rápida, entiende. Sigue el juego.

—Sí. Un poco empalagosa, pero estaba buena.

—Demasiado chocolate —añado.

—Ben odia el chocolate —ni lo piensa.

—Ah. —La hermana de Niall alza una ceja—. Tenéis pinta de estar arreglando el mundo.

—Sí… Je, je… —La vemos alejarse.

Esto va a terminar fatal, pienso.

—Vale, no sé ni por qué he dudado. Solo ha sido un segundo. Me ha cogido con las defensas bajas —se excusa otra vez—. Quería decírtelo para no mentirte como… hace tres años… Sí, eso. Pero lo que había entre Maddox y yo se acabó. *C'est fini*. Salgo con Ben. Quiero a Ben.

—Grábatelo a fuego en el brazo, o algo.

Esa noche, al acostarme, pienso en lo que duele el amor, sin embargo, cuando se comparte el miedo, el amor duele un poco menos.

60

MIRANDO JARRAS DE CERVEZA

17 de agosto de 2017
Bar en Staten Island

DYLAN

No tenía intención de salir esa noche. No después de cómo había terminado el día. Pero Maddox se acercó para pedirme disculpas y terminó con:

—¿Una cerveza?

Le iba a decir que no. En serio. Pero algo en su forma de no mirarme del todo, de quedarse a medio camino entre el orgullo y la culpa, me hizo asentir.

—Vale. Pero solo una.

No fue una, sino dos o tres. Al principio no hablamos demasiado. Él miraba la jarra. Yo, a ninguna parte.

—No quería joderte la noche —empezó.

No anduvimos demasiado. Un bar simple a un par de manzanas. En una esquina, con poca gente y música country con volumen bajo.

—Lo hiciste —respondí, sin dureza ninguna, como una obviedad.

—Sí —admitió—. Pero tú te lo venías currando solo desde hace semanas. Yo solo lo empaqueté y lo solté sin envolver. Puedo hablar con ella.

—Te lo agradezco, pero es cosa mía y… ahora mismo no quiere saber de mí.

—¿Pero no lo dejarás pasar, no? Mi hermana te quiere.

—No lo sé.

—Tú tampoco escuchaste lo que ella quería decirte. Quizá esta vez toca aguantar el silencio —añadió y bebió sin mirar.

Maddox tenía esa extraña capacidad para darte una hostia emocional sin levantar la voz.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Qué tal con Cara?

Él se encogió de hombros.

—No tengo ni puta idea.

—Estás más perdido que yo.

—Me gusta. Bastante. Pero me da pánico que me guste. Y ella lo nota. Y cuando lo nota, se aleja. Y cuando se aleja, quiero acercarme. Pero cuando me acerco, me cago.

—Suena muy maduro —ironicé.

—Suena jodido —sonrió a medias.

Nos quedamos un rato más así, cada uno encerrado en lo suyo. Hasta que un par de chicas se acercaron. Una morena, otra pelirroja, con sonrisas demasiado seguras. La pelirroja se apoyó en la mesa.

—¿Tenéis fuego?

—No fumamos —respondió Maddox, sin sonreír, aunque él fumaba de vez en cuando.

—¿Seguro? —insistió la otra mirándome a mí—. Tú tienes cara de romper las reglas.

Alcé la vista.

—Tengo a alguien que vale más que cualquier juego —informé sin aspereza ni arrogancia.

Se fueron sin molestarse. Con una sonrisa forzada. Sin más.

—¿Eso era por Stana? —Maddox levantó la cerveza.

—¿Qué crees?

—Que eres un idiota. Menos que yo, que conste. Pero uno que, por primera vez, lo tiene claro.

Di un trago lento.

—¿Y tú? ¿Qué habrías hecho si hubiese sido Stana?

—Soy un energúmeno, así que me habría portado como tal. Y luego me habría largado.

—¿Y después?

—Volvería. Porque si te duele, es porque te importa.

—Aplícate el cuento.

Alejarse para entender dónde quieres volver. Y esa noche, con un vaso frío entre las manos y el pecho ardiendo por dentro, rogué que Stana se diera cuenta que deseaba volver a mí.

61

FUEGOS ARTIFICIALES, PERO NO SOLO EN EL CIELO

31 de diciembre de 2020
Filadelfia

MADDOX

—Cuídala, ¿vale? —Niall me mira desde el espejo del baño, con medio nudo en la corbata y el gesto algo perplejo.

—¿A quién?

—A Stana.

—¿Cómo no voy a cuidarla? No te lo estoy demostrando ¿o qué?

—Lo ha pasado muy mal —no doy más aclaraciones.

—Sé lo que pasó. Me lo ha contado. —Frunzo el ceño ante su respuesta y… me extraño, pero no digo más. Porque, además, cómo le explico a otro tío cómo tratar a una mujer.

Nos abrochamos las chaquetas, bajamos las escaleras y… El salón brilla, pero no tanto como Cara; con ese vestido de lentejuelas plateadas.

***

La fiesta se celebra en un local amplio, con paredes de colores, guirnaldas doradas, luces fluorescentes y demasiada gente joven bebiendo cosas dulces con demasiado hielo y demasiada azúcar.

Aquí todo es demasiado. La música también está demasiada alta. Normal, se trata de una fiesta de fin de año.

Ellie saluda desde la entrada, envuelta en un vestido negro ajustado que no deja espacio para respirar y una sonrisa ancha.

—¡Fiestaaaaaa! —grita y choca palmas con todo el mundo.

Stana entra de la mano de Niall. Va preciosa, con un vestido sencillo y los labios pintados de rosa. No sé dónde se ha metido Cara. Ha cogido otro taxi y no ha dado cuentas a nadie, al menos a mí.

Que no tiene por qué dármelas.

Unos minutos más tarde, junto a una barra y una fila de chupitos, aparece la bailarina. No viene sola. Ben la acompaña, la agarra por la cintura, con cara de pan sin sal, insípido, como todo él.

Me río con sarcasmo de mi propia gracia.

Ben *El que lee quejas,* le cambio el apellido de repente, nos saluda a todos, a mí me da la mano y… Ufff. No le arranco el brazo de milagro.

—Joder, ¿y a este quién lo ha invitado? —digo a mi hermana.

—Cara. —Da dos pasos y le da un beso al puto Ben en la mejilla.

Cojo un chupito y me lo bebo de un trago. No tengo suficiente y repito la acción de nuevo.

—Despacio, aún quedan dos horas para las doce —me aconseja Niall.

—Una noche larga… —La veo bailar desde lejos y me arde todo, hasta la polla. Pero me callo.

Durante un rato, bebo con mi…. ¿cuñado?, hablo con dos colegas de Ellie, finjo que la música me gusta y que el alcohol es de buena calidad. Hasta que la chica que nos ha metido en esto, le hermanita de Niall, llega a mi lado y me lanza un guiño.

—¿Te aburres?

—Mucho.

—¿Quieres solucionarlo? —Se coloca frente a mí, sin cortarse un pelo, y pega su pecho al mío.

—No se me ocurre cómo… —la pico.

—A mí se me ocurre una manera… —manifiesta, sensual.

Observo a Cara entre el grupo, se acerca a Ben y le acaricia el rostro, pero me mira a mí. ¿Me reta? Ellie posa el dedo índice en mi barbilla y me gira hacia ella. Nos miramos. Sabe que algo pasa, aunque no tiene pruebas.

¿Vamos a besarnos? Seguro. ¿Quiero hacerlo? ¡Claro que sí! No obstante, le corta el rollo y mi hermana nos interrumpe con dos chupitos, uno en cada mano, intencionadamente.

—Vamos a brindar. —Me clava la mirada. Nos separamos y los cogemos—. Por los nuevos comienzos —digo.

—¡Por los nuevo amigos! —chilla Ellie y guiña el ojo a Maddox.

—¡Por los proyectos! —Ben da un pico a su novia.

Todos miramos a Maddox.

—Por volver —me dirijo a mi hermana con el vaso alzado y de soslayo a Cara.

Unimos los vasitos, los chocamos y bebemos.

—Has faltado tú —apuna Stana a Niall. Este la coge de la cintura y sonríe.

—Solo le pido a este año que te quedes conmigo —le responde el chico nuevo.

Un rato después, la música baja un poco, la gente empieza a prepararse para la cuenta atrás de Fin de Año y yo sigo bebiendo junto a la barra.

La noche de mi vida. ¿Por qué no he aceptado la invitación de mis amigos?

Por ella, por esa mujer de piel muy blanca y corazón caliente que viene a mí sin Ben y sin sonrisa.

—¿Podemos hablar?

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Tu novio te deja hablar con hombres?

—Típico de neandertal. —Pone los ojos en blanco.

—Una de cada tres palabras que me dedicas es un insulto.

—¿Solo una? Pensé que eran más.

—¿Qué pasa entre Ellie y tú? —Se cruza de brazos. Yo alzo las cejas—. Maddox.

—Nada.

—No me mientas.

—No estoy mintiendo. Solo… no sé qué responder.

—¿Te liaste con ella?

No hay música suficiente que tape esa frase.
Y mi silencio vuelve.
Y se lo dice todo.

—Joder —murmura con la vista baja.

—Qué te pasa. Tú tienes novio.

—¿Y eso lo justifica?

—¿Tengo que justificarme con alguien? —Río sin ganas.

—¿Te gustó?

—¿El polvo que echamos? —No voy a disculparme. Soy yo el que habla, por muchos chupitos que me haya bebido—. Fue increíble.

Ahora es ella la que arde, sus ojos, su piel, su alma…

—Eres un insensible.

—Tú has preguntado.

—Vete a la mierda —escupe y se va.

Me quedo como una estatua, con el vaso medio lleno y el corazón medio vacío.

—Sois unos disfuncionales emocionales —me acusa Stana que nos ha escuchado.

Salimos a una terraza inmensa y miramos al cielo. Los fuegos artificiales empiezan y la gente hace la cuenta atrás en voz alta.

—Diez. Nueve. Ocho…

Yo solo pienso en que una parte de mí sigue deseando besarla.

—Siete. Seis. Cinco…

Aunque otra ya lo ha jodido todo.

—Cuatro. Tres. Dos…

Cara envuelve sus dedos de la mano derecha en el cabello de Ben.

—Uno. ¡Feliz año nuevo! —Se besan, ellos y nosotros, porque Ellie pega sus labios a los míos y no la aparto. La atraigo hacia mí cogiéndola de la cintura y meto mi lengua hasta su garganta.

62

ESCUCHÉ MI RESPIRACIÓN

17 de agosto de 2017, noche
Staten Island

STANA

Cerré la puerta de mi habitación. No porque quisiera ocultarme, sino porque no tenía fuerzas para enfrentar nada más esa noche. Mi madre me había preguntado qué me pasaba y subí las escaleras sin contestarle. Cara se quedó con ella abajo, hablando en voz baja para que no me enterase. Me senté en el borde de la cama, me tiré hacia atrás y puse las manos sobre mi estómago. Escuché mi respiración y los pasos amortiguados de mi madre al otro lado, en el pasillo. Era su forma de preocuparse por mí respetando mi espacio. Lo había hecho muchas veces, desde pequeña, siendo adolescente, y ahora, que me había convertido en una mujer que había perdido lo que más quería: el ballet.

¿Y a Dylan?

Había perdido la confianza en él, al menos, y me dolía hasta pensarlo. Su silencio, sus ojos bajando la mirada cuando le pregunté si lo sabía. Ese maldito instante en el que me di cuenta de que alguien que amaba me había mentido. Bastante tenía con haberme mentido a mí misma y creer que volvería a bailar.

Me tumbé de lado y abracé la almohada. Olía a esas bolsitas secas de lavanda que mi madre metía en los cajones y me recordó a cuando sí era esa niña inflada a sueños. Pero ya no era esa persona, había crecido, y la almohada no bastaba para consolarme. Así que lloré un rato, no sabía qué otra cosa hacer. Estaba cansada. Lo di todo y aun así no estaba siendo suficiente.

Llamaron a la puerta con dos golpes suaves.

—¿Puedo pasar?

Reconocí la voz enseguida.

Me incorporé sin pensar.

—Pasa. —Y enjugué mis lágrimas.

Entró despacio, cerrando la puerta con cuidado. Se había dado una ducha rápida y se había cambiado. Llevaba una camiseta ancha y calcetines grandes, probablemente de Maddox.

—Tu hermanito te ha dejado ropa… —A pesar de las circunstancias, no evité el comentario sarcástico—. Estoy deseando que mis padres se enteren de lo vuestro.

—Eso sí que será una tragedia griega. —Sonreímos.

Se sentó a mi lado y me abrazó con cariño.

—Te conozco. No solo lloras por Dylan. —Negué—. Lo siento mucho. Siento mucho que pasara. —Nos miramos a los ojos. Los suyos también brillaban.

—Yo también lo siento… —musité y nos quedamos en silencio.

—Ha sido una noche de mierda para todos. Bueno, Dylan y Maddox han salido a tomar una cerveza. —Parpadeé—. Es la forma que tiene Maddox de pedirle disculpas.

—Mi hermano no ha hecho nada malo. El que se ha equivocado ha sido Dylan.

—Todos nos equivocamos.

—Eso no le resta importancia.

—Pero si lo entiendes, aumenta tu empatía. —Volvimos a sonreír — ¿Te duele?

—Sí, todo… No sé con quién estoy más enfadada, si con él o conmigo.

—¿Por qué contigo?

—Por volver a confiar. En él. Y en… mí.

—Confiar es el camino correcto. No hay otro camino, Stana.

—Quiero volver a bailar.

—No sé si podrás hacerlo, pero si no lo consigues… vuela.

Me quedé callada. Sus palabras se me clavaron más de lo que me habría gustado admitir.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Maddox?

—Es un imán andante de contradicciones. Me quiere, pero le da miedo decirlo. Se acerca, pero luego se asusta. Y yo… yo ya no sé si quedarme esperando o seguir andando.

—No quiero que te hagas daño por él.

—Incluso el daño tiene sentido si ha nacido de algo que fue de verdad.

Nos miramos. Durante unos segundos, no fuimos dos chicas heridas. Fuimos las de siempre. Las que bailaban en medio de un escenario y se sostenían la una a la otra.

—¿Quieres dormir aquí? —pregunté.

—Si no te importa.

—Me importa, quiero dormir contigo. —Se quitó los calcetines y se metió bajo las sábanas. Yo me desnudé y me puse una camiseta. Dejé la lamparita de la mesita de noche y me coloqué a su lado, ambas mirábamos el techo.

—Siempre me han gustado esas estrellas —comentó viéndolas en el techo, llevaban allí siglos.

—Casi no brillan… —susurré, apenada.

Cara me agarró de la mano.

—Cierra los ojos —me pidió y lo hice—. ¿Te acuerdas cuando jugábamos en tu jardín? En verano. Corríamos tanto que terminábamos tiradas sobre el césped, cansadas y tomando limonada. Contábamos estrellas hasta perdernos en ellas. Te gustaban tanto que Maddox te pegó esas en el techo. Y brillaban, brillan mucho. ¿Puedes verlo ahora?

—Sí… —Lo veía.

—El brillo sigue ahí, solo lo ha tapado el polvo atrapado en el tiempo. Hay que mirar con perspectiva.

Suspiré y me sentí bien.

—Gracias, Cara.

—¿Por qué?

—Por aguantarme todos estos meses. Por ser como eres.

63

UN LUGAR

1 de enero de 2021, madrugada
Filadelfia

STANA

Hay un momento exacto, justo después del último petardo, en el que la fiesta deja de tener sentido. Todo sigue, sí: la música alta, los vasos que se chocan, los abrazos sobreactuados, la gente que ríe sin escuchar. Pero yo no estoy allí. Ya no. Sino en un lugar muy lejano, varios años atrás. Acompañada de otra persona. Me quedo rígida, recordando un momento y un lugar, también hay música, pero más baja, huele a un perfume que aún llevo pegado a mi piel y…

—¿Te apetece largarte? — Niall se inclina hacia mí, me roza el oído con la voz y me saca de la ensoñación. Abro los ojos y suspiro, limpiando una lágrima que ha escapado de mis ojos, con cuidado de que no se percate.

—Por favor. —Asiento dos veces y fuerzo una sonrisa.

No hace falta decir nada más. Me agarra de la mano y zigzagueamos entre el gentío hasta un almacén que también cruzamos hasta llegar a una puerta trasera. Nos abre un miembro del staff.

—Ellie se colaba aquí con un carnet falso. Ahora trabaja como relaciones públicas —indica después de saludar a todos los que nos hemos encontrado de una manera muy familiar.

Caminamos unos metros sin hablar, ni la ciudad lo hace cerca. Ella también necesita tomarse un respiro. Unos petardos al fondo de la calle me despiertan del todo.

—¿Y el resto? —Caigo en la cuenta.

—Cara se va con Ben. —Hace una pausa—. Maddox ha dicho que se pasa por otra fiesta. Con Ellie.

No quiero pensar en eso. No ahora.

—Tengo otro plan. —Me aprieta la mano.

—¿Uno con menos gente borracha gritando?

—Y más estrellas.

Estrellas…

Me dejo guiar. Como hasta ahora. Cruzamos calles vacías, pasamos junto a una panadería y una pareja de dos chicos besándose bajo una farola que refleja su luz en los charcos como una linterna sumergida.

No hay prisa. No hay nada más que nosotros dos, el asfalto húmedo y el vapor blanco que escapa de nuestras bocas cada vez que respiramos. Bueno, hay alguien más que nos acompaña, al menos a mí, dentro de mi corazón.

Al cabo de un rato, giramos hacia una zona más oscura. Bajamos una escalera de piedra, cruzamos un pequeño puente de madera. Y lo veo… Un río sin luz, profundo, un muelle vacío y una hilera de bancos viejos a los que el tiempo olvidó.

—¿Ahora es cuando sale tu lado de sicario y me matas?

—Cállate. Qué manera de estropearlo. —Sonríe—. Este era nuestro lugar —dice Niall. —Toma asiento en el que está a nuestro lado y yo también lo hago—. Mi abuelo me traía aquí cuando era pequeño. A mí y a Ellie. Nos contaba historias sobre el mar. Fue marinero durante casi toda su vida. Nos decía que había visto sirenas, peces que hablaban y barcos fantasmas. —Sonríe de nuevo, con honestidad, con una sonrisa que no se fabrica, nace desde el alma—. Cuando falleció, me dio por venir aquí. Era una forma de estar cerca de él. Le hablaba al río. No me tomes por loco. —Lo escucho de verdad—. Ya que estaba cerca, quería empezar el año aquí contigo —añade—. Hace poco que nos conocemos…

—Poquísimo —bromeo.

—Y eso es lo más raro… Desde la primera vez que te vi, siento que te conozco desde hace mucho más. —No analizo lo que me dice.

—Te preocupaste por mí y por mi cartera —recuerdo y él frunce el ceño un segundo. Rápidamente lo relaja—. ¿Te he dado alguna vez las gracias?

—Dar las gracias a la familia y a los amigos es de muy mal gusto —sonríe.

—Ah, perdona. —Alzo una ceja, nos quedamos en silencio y nos miramos.

—Me dan ganas de decirte tantas cosas que se me amontonan.

Me acerco un poco más a sus labios.

—Pues no las digas. —Nos besamos lentamente unos segundos.

Apoyo mi cabeza en su hombro. Y él, sin dudar, me abraza.

—¿Y tú? ¿Tienes algún sitio como este?

—Antes sí. Ahora… creo que lo estoy encontrando.

—Espero que no esté demasiado lejos de mí.

—Aquí contigo. —No es grandilocuente. No es una escena de película. Pero es nuestra. El cielo está limpio y una estrella fugaz lo atraviesa.

—Cierra los ojos y pide un deseo.

Lo lanzo, sin palabras, pero recorre mis venas.

Nos quedamos allí, en el borde del mundo, con las piernas colgando hacia el agua y las manos entrelazadas.

64

¿VIVIR SIN APOSTAR?

20 de junio de 2017
Nueva York

STANA

El gimnasio olía a esfuerzo. A goma quemada por el uso, a sudor contenido, a esa mezcla de desinfectante barato y música de fondo que casi nadie escuchaba. Pero a mí no me molestaba. Me había acostumbrado. A todo. A la rutina de las máquinas. Al dolor en los músculos. A la paciencia como método. Cada mañana, desde hacía unas semanas, volvía aquí. Como quien no espera milagros, pero sí pequeñas victorias.

Me concentraba en mi respiración, en la elasticidad del cuerpo que un día fue mío por completo. Estiraba la pierna derecha sobre el banco bajo la ventana sintiendo la tensión controlada que me recorría la cadera hasta la espalda.

—Lo haces muy bien, Stana. No necesitas mi ayuda —aseguró uno de los técnicos, el que se había encargado de mí de alguna manera, me acompañaba, me animaba y rectificaba en ocasiones algunos de mi movimientos—. Pero deberías descansar. Llevas dos horas sin parar.

—No necesito descansar, Reed, no soy como tú. —Mi obsesión por recuperarme me superaba, eso y que el ejercicio intenso despejaba mi mente y me alejaba del hecho de que hacía días que no hablaba con Dylan.

—Anda, te invito a un café —me animó.

—Después —me negué.

—Eres incorregible. —Sonrió.

Y entonces lo vi. A él. A Dylan. De pie junto a la puerta de entrada. Quieto. Mirándome. Meditando si dar el paso y cruzar la línea o desaparecer. Planteándose si tenía derecho a interrumpir en mi mañana de entrenamiento, o darse la vuelta. Mi cuerpo se tensó sin ordenárselo y mi corazón también. Reed percibió algo y se giró hacia mi novio.

—Tienes visita. Quizá él te arrastre hasta la cafetería. —Dejó una toalla limpia a mi lado y se marchó.

Suspiré, me relajé, la cogí y me sequé el sudor de la frente y los brazos.

Nos miramos. Pero no hubo ningún gesto ni ninguna sonrisa, ni siquiera un saludo. Lo que sí había era una línea invisible, esa que nace entre dos personas que se cruzan en un momento inadecuado.

Él dio el primer paso, luego otro y se acercó sin prisa, sin excusas; supongo que con ganas de arreglar lo que se había estropeado, que había sido mucho. Cuando estuvo a un par de metros, se detuvo. Ahí estaba la línea.

—Hola —dijo. Su voz no era la misma. Al menos, yo no la reconocí. Esperé a que siguiera—. Sé que no debería estar aquí.

—No. No deberías.

—Antes… Antes entrenabas conmigo.

—Hacía rehabilitación —le corrijo sin saber por qué.

—Han pasado demasiados días. Necesito hablar contigo. —Respiró —. Desde que te fuiste —continuó— no he hecho otra cosa que pensar en todo lo que no supe decirte a tiempo. —Sus manos estaban en los bolsillos de su chaqueta.

—No es solo por lo de Maddox y Cara.

—Lo sé muy bien. No me he abierto a ti como tú sí lo has hecho a mí. He sido yo. Callando. Guardando. Haciendo justo lo que me prometí no hacer contigo. —Yo respiraba. Solo eso. Respirar y sostenerme de pie—. Pero tú… tú no te lo merecías. Tú has estado ahí desde el principio. Y yo no supe quedarme sin ponerme una armadura.

—No me lo esperaba…

—Desde que supe que mi padre traicionó a mi madre, me ha dado miedo querer de nuevo. No lo supe hasta que te conocí y me enamoré de ti. He vivido sin reconocerlo.

¿Quería abrazarlo o marcharme? Me había cortado a pedazos, no él, sino todo, sin embargo, me notaba entera. Y él… Él tenía la cara de quien ha entendido lo que de verdad importa. Yo creía que él ya lo sabía cuando nos conocimos.

—Te quiero… Y no voy a seguir cometiendo el mismo error. No contigo. No después de ti.

Di un paso hacia él. Solo uno.

—¿Por qué ahora, Dylan?

—Porque no quiero perderte. —Tembló en la última palabra—. Te he echado de menos. Mucho.

—¿Puedes esperar a que termine mi sesión? Aún me queda media hora —lancé, segura, sacando mi parte más exigente. Lo pensó un segundo, asintió y dio un paso hacia atrás.

—Te espero fuera.

Lo hice a conciencia, para darle tiempo a meditar sobre lo que quería y sobre lo que no, que estuviera seguro de su arrepentimiento y… Sí, deseaba martirizarlo un poco porque había desaparecido desde que se presentó como el héroe que me prometió ser. Supongo que todos los héroes tienen su punto débil, y Dylan Hagen no iba a ser menos.

Tardé más de lo necesario en recoger mis cosas. Me detuve a despedirme de algunos compañeros e incluso compré una botella de agua en la máquina de *vending*. El gimnasio estaba vacío, no obstante, no lograba respirar bien. No por el esfuerzo físico ni por el aire viciado de la sala, sino por él.

Dylan me había dicho lo que sentía. Con esa forma suya, temblorosa, honesta, torpe pero real. Y yo le pedí tiempo. Cinco minutos. Un poco de aire.

Estaba bajo un árbol, de pie, con las manos sueltas pero firmes. No se habría ido ni aunque hubiera tardado días, y eso me reconfortó. Quedarte, aunque sea en silencio, también es una declaración.

—Gracias por esperar.

—No iba a irme. —Cogió aire—. No quiero empujarte. Solo quiero que sepas que no he dejado de pensar en ti ni un segundo. —Miré al suelo, a sus zapatillas limpias y subí hasta sus ojos.

—Estoy dolida. Y decepcionada.

—No tengo excusa. Solo tengo esto.

—¿Esto?

—Lo que siento.

Suspiré. Me crucé de brazos. El aire olía a asfalto caliente.

—Creí que estabas enfadada.

—Lo estaba. Lo estoy.

—Que no querías verme.

—Y así era.

—Darte espacio.

—Me lo has dado.

—Stana. —Dio un paso hasta mí—. Ven a vivir conmigo.

Levanté la vista.
Directa.
Sincera.

—¿Qué?

—Que vengas. Que no lo pienses tanto. Que probemos. Que dejemos de tener miedo a lo que puede salir mal. —Respiró hondo —. No quiero que esto vuelva a escapárseme.

Mi corazón se aceleró.
No por sorpresa.
Sino por lo que implicaba.

Por lo que estaba dispuesta a arriesgar.

—¿Estás seguro?

—Solo de una cosa: contigo me siento más yo. Y quiero aprender a ser ese yo todos los días, si tú estás cerca.

Me mordí el labio. Me temblaron un poco los dedos. Y, aun así, no dudé.

—Vale —susurré.

Él me miró, entre incrédulo y aliviado.

—¿Sí?

—Sí. Pero esta vez, sin promesas grandes. Solo verdad. Pequeña. Pero nuestra.

Dylan sonrió. Y me abrazó. Fuerte. Como si con eso pudiera asegurarme que no volvería a irse.

65

CAFÉ CON SOMBRAS

1 de enero de 2021
Filadelfia

STANA

Esto no es París, ni Roma ni Dublín ni Madrid ni Mikonos. No hay adoquines en las calles ni estaciones de tren. No hay aeropuerto ni otros idiomas. Solo un cielo plagado de estrellas brillantes que no se mueven, pero me miran. Estoy de pie. Descalza. El suelo no existe. Floto en un espacio sin tiempo ni gravedad. No hace frío ni calor. No hay viento pero nieva. Una nieve muy fina, como polvo de cristal. Gira a mi alrededor, dejando de obedecer las reglas físicas. Flotan también bolas de nieve de cristal sin manos que las sostengan, y dentro de una late un corazón. Rojo, firme, constante. Lo observo durante un segundo. Siento paz y vértigo, las dos cosas al mismo tiempo.

Me quedo ahí, mirándolo, un mundo entero. Extiendo la mano y…

Abro los ojos. La habitación aún está oscura. La cortina ondea con el viento de la ventana mal cerrada. El silencio es completo. Me siento en la cama y respiro hondo. El corazón, ese que sí es mío, late despacio. Tranquilo.

Y entonces me doy cuenta.

Por primera vez desde que empecé a soñar, el sueño no me ha llevado a ningún lugar del mundo. No me desperté con el nombre de

una ciudad en la boca. Ni con ganas de buscar un billete. No fue una brújula. Fue un latido.

Me abrazo las piernas, pego la frente a las rodillas. Y sonrío. Porque puede que, al fin, el viaje haya dejado de ser de ida.

—Estoy de vuelta… —musito.

Me percato de que Niall duerme a mi lado, en el colchón de su antigua habitación. Tiene la cara parcialmente hundida en la almohada y respira profundo y con calma.

Ayer terminamos la noche abrazados en el muelle. Sin fuegos artificiales, sin fotos, sin redes sociales. Solo nosotros y un puñado de besos.

Me levanto en silencio. Me pongo su camiseta y un pantalón de chándal que encuentro en el respaldo de una silla y bajo a la cocina. Tengo hambre.

—Has dormido con Niall. —Una voz me asusta en el salón y doy un pequeño brinco llevándome la mano al pecho.

—¿Abuela? ¿Ya está despierta?

—Yo no duermo demasiado. Mi avanzada edad no me lo permite. —Se levanta de una manera que no está acorde con su edad—. Espero que hayáis utilizado profilácticos. No estoy preparada para ser bisabuela. No soy tan mayor. —Me apunta con el dedo y lo mueve—. Voy a seguir viendo mi novela. Manuel de la Torre está a punto de decirle a Gabriela de Todos los Santos que la ama. Ella va a revelarle que está embarazada de él. Espero que todo termine bien. Ellos no utilizaron protección y mira lo que les ha pasado. Pero eso es ficción. —Se da media vuelta y toma asiento de nuevo sobre el sofá.

Abro la nevera aún con el susto en el cuerpo, el de la inesperada aparición de la abuela y lo que me ha dicho sin venir a cuento. No me lo espera, ni a estas horas ni de ella ni de… nadie. No encuentro razón para la charla, pero sí leche, huevos, pan, algo de fruta. Preparo café y zumo.

—¿Estás haciendo desayuno para todo el vecindario? —Su voz suena ronca. Me abraza por detrás y deja un beso en mi cuello.

—Te he despertado. —Me giro y mi nariz topa con la suya.

—Me ha despertado tu ausencia.

—Lo siento. —Le doy un pequeño abrazo.

—Yo también tengo hambre —esclarece y bosteza—. Te ayudo. Hoy es día de visitas inesperadas.

—Y de resacas disfrazadas de hambre.

—Como las nuestras. Feliz año. —Nos damos un pico.

—Feliz año.

Media hora después, la planta baja empieza a llenarse. Primero llega Ellie, despeinada y en sudadera. Parece cansada, pero sonríe. Se sirve un café sin decir nada y se deja caer en una silla.

—No hagáis ruido —murmura—. Mi cerebro está a punto de explotar y desparramarse por las paredes.

—¿Cuándo terminó la noche? —Finjo neutralidad.

—Hace, no sé… cinco minutos. En otra fiesta. Con Maddox. Y amigos. —Cierra los ojos y suspira.

—¿Y por qué te has levantado? —cuestiona su hermano. Ella alza la taza y una galleta como respuesta.

Luego llega Maddox de… la calle, con gafas de sol, una bolsa de croissants de una panadería cercana y cara de no haber dormido tampoco.

—¿Te has duchado o es colonia encima de lo de anoche? —Niall lo saluda con una mirada cómplice.

—Estoy más limpio que tu conciencia.

—Eso no es decir mucho. —Ríen.

—He comprado esto de camino aquí. —Pone la bolsa de dulces sobre la encimera.

—¿De dónde vienes?

—De casa de Erik y Damon.

—¿Has dormido allí? —Achino los ojos y los dirijo también hasta Ellie.

—Te mentiría si dijera que he dormido —contesta—. ¿Me merezco ya un café?

Sonrío a pesar de que sé que algo esconde, porque esto… aunque no lo sea, se siente como casa.

Pero seguimos. Muertos de sueño y de cansancio acumulado. Poco después suena el timbre y mi estómago se encoge, sin motivo. O con él, porque sé lo que viene. Cara aparece en el umbral con el abrigo abierto y el pelo recogido deprisa. Y detrás de ella, Ben.

—¿Hacéis *brunch*? —pregunta Cara, sin mirarme directamente.

—Hacemos café y vemos qué sale —responde Ellie desde su rincón.

—Pasad —invita Niall—. Hay sitio. —Esconde una sonrisa.

Se acomodan. Cara se sienta lejos de Maddox. Ben intenta hacer conversación con Niall sobre anoche. Y yo… observo. Observo cómo las miradas cruzadas entre Cara y Maddox no necesitan volumen. Cómo Ellie baja la vista cada vez que Maddox habla. Cómo Niall lo nota todo.

—¿Te ayudo a cortar fruta? —me pregunta.

—Claro. Pero solo si la pelas tú.

—¿Cómo? ¿Me usas y me das tareas?

—Exacto.

Se ríe y me lanza un trozo de manzana que esquivo con una carcajada.

—Dios… son insoportables —murmura Cara.

—Y tú lo echas de menos —le responde Maddox, sin pensarlo. El silencio que se crea después es pequeño, pero afilado. Cara se tensa. Ben finge no haber escuchado.

Se oye una voz desde el pasillo:

—¿He oído risas o estoy empezando a tener alucinaciones? —La madre de Niall entra con toallas limpias y dobladas en las manos.

—Mamá —exclama Ellie—. ¡Qué susto me has dado!

—Eso es por la resaca. Estáis en mi casa. Lo normal es que ande por aquí. ¿Vais a limpiar esto o pensáis solo en beber? —Sus ojos se detienen en Ben, que se pone de pie, muy protocolario.

—Usted debe de ser la madre de Niall —sonríe con corrección.

—Eso dicen. —Le estrecha la mano con el ceño fruncido—. ¿Y tú eres…?

—Ben. Estoy con Cara.

—¿Con Cara… acompañándola para tomar un café o como novio oficial con intención de seguir viéndola?

Cara se atraganta con uno de los croissants que ha traído Maddox como arma asesina.
Yo me tapo la boca con la mano para esconder la risa.
Niall se gira hacia la ventana para disimular.
Ellie sigue de resaca y pasando de todo.
Y Maddox… sonríe con ironía.

Ben tartamudea algo inofensivo y la madre de Niall, satisfecha, se gira hacia mí y me guiña un ojo. Sabe que acaba de equilibrar el universo.

—Bueno, subo a guardar toallas —anuncia con tono triunfal—. Pero si alguien rompe algo, oculta un cadáver en el congelador o decide declararse en esta cocina, que espere a que yo vuelva. No me lo quiero perder. —Se va y… todos nos echamos a reír. Incluso Cara. Incluso Maddox. Y eso ya es un milagro.

66

LLEGÓ CON MÚSICA

7 de septiembre de 2017
Nueva York

DYLAN

Septiembre llegó sin hacer ruido pero con música de fondo. No quería interrumpir nuestro verano, aunque yo estaba deseando que terminara, porque pronto Stana haría una prueba para entrar de nuevo en The American Ballet Theatre.

Estábamos allí: con las cajas en el maletero, las ventanas abiertas y el corazón latiendo fuerte en el pecho. El aire olía distinto, a limpio, a nuevo. No solo giramos la esquina, le habíamos dado un giro a nuestras vidas.

Habíamos pasado los últimos dos meses en mi apartamento, entre turnos en el hospital, desayunos tardíos y ropa mezclada sin orden en el armario. Mi chica había trabajado mucho en su recuperación y los dos sentíamos que estaba preparada. El médico seguía asombrado por su estado actual.

Buscamos algo, juntos, con mapas e inmobiliarias en el móvil, tardes de visita y café de máquinas mientras esperábamos que alguien nos abriera otra puerta hasta que apareciera la nuestra. Y la encontramos. En Carroll Gardens, Brooklyn. En una calle tranquila, con árboles y acento de barrio. Un restaurante italiano en una esquina, una librería que siempre tenía algún cliente y una panadería que olía a canela por las mañanas. Esto, a Stana, la enamoró. Ahí

tomó la decisión. Porque sí, yo me dejé llevar por ella, no le habría llevado la contraria en esto por nada.

Un edificio muy típico, demasiado, de ladrillos vistos que habían vivido otros tiempos mejores, con escaleras estrechas y vecinos que saludaban sin esfuerzo. Nuestro apartamento estaba en el segundo piso. No era grande, pero tenía luz. Dos ventanales que daban a la calle, una cocina pequeña con muebles blancos, un salón con suelo de madera y una habitación donde cabíamos los dos.

Se necesitan pocas cosas cuando estás en el lugar correcto.

—Aquí me imagino —dijo Stana la primera vez que lo vimos—. No huyendo. Sino quedándome.

Y con eso fue suficiente.

Llegamos con las mochilas colgadas, una planta que se inclinaba hacia la izquierda, tres tazas de desayuno, libros suyos, mis vinilos, unas bolas de cristal y nieve y la extraña sensación de estar estrenando algo que aún no tiene nombre.

Stana entró la primera. Se quitó los zapatos. Caminó descalza hasta el ventanal y abrió la persiana del todo.

—Es nuestro. —Lo dijo en voz baja, casi como un secreto.

—Sí —respondí—. Por fin.

Me acerqué. La abracé por la espalda. Ella apoyó la cabeza en mi pecho. El reloj marcaba las cinco y pico de la tarde, pero el tiempo, en ese instante, era solo decorado.

No teníamos todo. Ni siquiera teníamos muebles todavía. Dormiríamos en un colchón en el suelo durante unos días, comeríamos sentados con los platos en las rodillas y probablemente discutiríamos sobre qué color deberían tener las cortinas.

Pero teníamos esto. Lo esencial. Una dirección compartida. Una historia que ya no se contaba en solitario.

—¿Te imaginas dentro de unos meses? —me preguntó, sin moverse.

—Te imagino siempre. —Y lo dije sin miedo. Porque esta vez sí quería quedarme.

67

CIELO INTERMEDIO

6 de enero de 2021
Vuelo Filadelfia – Nueva York

STANA

A Maddox no le gustan los aviones. No por miedo ni incomodidad. Simplemente… no le gustan los lugares intermedios o… los cambios de estación. Dice que no estar aquí ni allí. Mi hermano tiene un ruido constante de fondo que no se quita de encima. Hemos hablado mucho de ello y yo… creo que tiene algo de razón, pero no por ello he dejado de viajar por todo el mundo, por trabajo y por… sueños.

Miro por la ventanilla. Nubes espesas, quietas. La ciudad, allá abajo, empieza a parecer una maqueta.

Niall está a mi lado, leyendo algo en su móvil, auriculares puestos y una mano sobre la mía. Sus dedos se mueven de vez en cuando, marcando el ritmo de una canción que no escucho. Pero me gusta. Me hace sentir que estoy conectada a tierra, aunque estemos suspendidos a miles de metros del suelo.

Delante, Maddox y Cara no se hablan. Él con los brazos cruzados, mirando hacia delante. Ella, con un libro abierto que no pasa de página. No hace falta mucho para entender la guerra que libran en silencio.

Ben se marchó hace unos días. En tren, por trabajo, no identifiqué cuál era su destino. Se despidió con educación, con un beso en la

mejilla y una sonrisa forzada que no engañó a nadie. Cara ha hablado mucho desde entonces.

—¿Estás bien? —me pregunta Niall mientras se quita uno de los auriculares.

—Sí.

—¿Lo dices en serio?

—Lo intento.

Él sonríe y me mira con intensidad.

—Volver también es avanzar —susurra.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi hermana. Hace tiempo.

Ellie se ha quedado en Filadelfia. Muchas responsabilidades allá, sin embargo, nos ha prometido que si nos quedamos en Nueva York un tiempo, nos visitará.

Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos. No duermo. Pero me dejo estar. Han pasado días desde el sueño. Aquel sin destino. Sin ciudad. Solo estrellas. Nieve. Y un corazón latiendo. Todavía me pregunto si era mío, o de otro. O si simplemente era un aviso de que ya no tengo que correr para llegar a ninguna parte.

—¿Qué piensas? —dice Niall, bajito.

—En que volver no me pesa tanto como creía.

—Eso es bueno.

—Sí. Aunque no sé qué haremos ahora.

—Lo de siempre. Respirar. Vivir. Cuidarnos un poco más.

Me giro hacia él.

—¿Y si no sé cómo?

—Entonces te enseño.

Le beso la mejilla y apoyo la cabeza en su hombro. ¿El futuro está a su lado? ¿Nuestro destino es seguir juntos? Hace días que nos conocemos, aunque nos parezca toda una vida.

Maddox se mueve en su asiento. Cara cierra el libro. Siento sus gestos más que verlos.

—Agárrate, se avecinan turbulencias —anuncia Niall.

—El capitán no ha avisado.

—Me refiero a estos.

Maddox se gira y la mira con esa cara de *quiero hablar y te vas a joder*.

—¿Tienes algo que decirme? —pregunta mi hermano.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Ya que llevas días mirándome mal.

—No estoy enfadada, Maddox. Solo decepcionada. —Lo digo con voz baja, firme.

—¿Por qué?

—Te has liado con Ellie.

—Dime algo… ¿Estás decepcionada por acostarme con Ellie? ¿O por no fingir que me arrepiento?

—Por no pensarlo. Por no cuidar nada. Ni a ella. Ni a ti mismo. Ni a lo que queda de la gente a la que quieres.

—Claro. Porque tú sí sabes amar con la cabeza bien amueblada, ¿no? Ah… espera, que tú al menos lo intentas.

—Yo no me escondo detrás del sarcasmo cada vez que meto la pata.

—No. Tú te echas novio.

—¡Yo hago lo que me da la gana!

—Anda, mira. ¡Igual que yo!

La gente a nuestro alrededor empieza a mirar. Niall me aprieta la mano, pero no interviene.

—Chicos… —intento que se detengan.

—¿Y tú qué? —Maddox le clava la mirada—. ¿Vives para recordarme lo mal que lo hago todo?

—No. Solo quería saber si piensas decirle a Niall que te acostaste con su hermana menor, o vas a fingir que fue una ilusión colectiva.

—Cara —susurro, advirtiendo. Y miro a Niall.

—Ya lo sabía —musita con tranquilidad.

—¿Qué? ¿No se puede hablar de verdades aquí?

—Se puede —dice Maddox—. Pero entonces hablemos de todas. Como que llevas saliendo con Ben desde hace meses sin quererlo. Y eso sí que es feo. Hasta has conocido a su familia.

Ella se tensa. El libro cae sobre su regazo. Sus ojos brillan, pero no sé si de rabia o de vergüenza.

—No te atrevas.

—Me atrevo —responde él—. Porque tú vienes aquí con tu dignidad, pero bien que vuelves a buscarme cada vez que él se gira. ¿Qué es eso, Cara? ¿Orgullo o miedo?

—Basta —siseo—. ¿Os estáis escuchando?

Y justo en ese momento, un tripulante de cabina se acerca con gesto amable y educadamente falso.

—Perdón, ¿podrían bajar un poco la voz? Hay otros pasajeros que intentan descansar.

Maddox asiente sin sonreír. Cara aprieta los labios. Yo pido disculpas como aquella vez que me pillaron robando la flor de un jardín. La conversación se rompe, no porque se haya resuelto, sino porque ha sangrado lo justo para dibujar el aire de rojo advertencia.

Maddox se gira hacia la ventana. Cara cierra los ojos. Y yo… Yo busco la mano de Niall otra vez. La encuentro y la aprieto.

Amar también es presenciar las ruinas sin intentar reconstruir nada. Solo quedarte. A pesar del humo. Porque volver no siempre es retroceder. A veces, es elegir de nuevo.

68

¿TU VIDA TIENE UN OLOR?

Carroll Gardens, Brooklyn
7 de noviembre de 2017

STANA

El olor me llegó antes de abrir la puerta. Algo dulce, con canela. Si mi vida hubiera tenido un olor, habría sido ese. Y también… ¿velas?

Entré al piso con el abrigo aún puesto, el pelo húmedo por la lluvia que me atrapó al salir del metro, y la cabeza llena de listas de cosas que todavía no había hecho. Pero todo eso se quedó fuera al cerrar. Porque la luz estaba más baja que de costumbre. Y porque Dylan estaba allí, en medio del salón, con el delantal que le quedaba ridículo (el de rayas blancas y negras que decía que jamás se pondría), y una sonrisa un poco tímida.

—Hola.

—Hola —respondí mientras dejaba las llaves en el cuenco de cerámica junto a la puerta.

Me miraba, pero no se movía. Esperaba que yo descifrarla lo que pensaba.

—¿Ha pasado algo?

—Sí —dijo con seriedad—. Hoy hace dos meses.

—¿Dos meses de qué?

—De vivir contigo.

Me quedé quieta. Y entonces me di cuenta. La vela sobre la mesa. La bandeja con dos platos. El postre en el horno. Y una pequeña flor, rescatada de vaya a saber qué floristería, colocada dentro de un vaso de cristal vacío.

—¿Esto lo has hecho tú?

—El postre tiene posibilidades de explotar. Pero sí. Todo.

Caminé hasta él. Me quité el abrigo y lo dejé en la silla.

—No hacía falta.

—Tú haces que me apetezca celebrar cosas que antes ni nombraba.

Me atraganté un poco con la emoción. Y porque ese tipo de ternura suya, sin fuegos artificiales, me llegaba más hondo que cualquier palabra bien ensayada.

—Tú conseguiste que siguiera persiguiendo sueños, esos por los que había perdido la esperanza.

Nos sentamos. Comimos algo que sabía a hogar, aunque estuviera algo quemado por los bordes. Reímos. Nos contamos tonterías. Y cuando terminamos, Dylan sacó un cuaderno. Uno nuevo. Con tapas lisas, sin dibujos.

—Para que escribas. No sobre mí. Ni sobre ti. Solo… lo que quieras.

Lo abrí. En la primera página había escrito: Las cosas pequeñas también merecen ser contadas.

—Espera, tengo otro. —Sacó una bola de cristal—. Para la estantería, señaló el lugar exacto en el que habíamos puesto la suya y la mía. Esta no tenía estrellas, sino mariposas que flotaban alrededor de una flor.

No hizo falta decir más. Lo besé. Despacio. Como quien agradece y promete al mismo tiempo.

Esa noche, mientras nos acostábamos juntos, con el colchón por fin en su sitio, las cortinas elegidas, las tazas compartidas y los libros en las baldas que habíamos armado mal, supe que estaba justo donde quería estar.

Porque el amor no era una certeza ruidosa.
Era una presencia que no se iba.
Ni siquiera en martes.
Ni siquiera en noviembre.

***

Al día siguiente, el cuerpo me dolía. No por el colchón, ni por la cena quemada e insípida, ni por la lluvia ni por los entrenamientos y ensayos. Era por la prueba. Por volver a girar en otra esquina. Por sostenerme en la punta, y no hablo sobre los dedos de mis pies. Ni de levantar los brazos y tocar el techo del teatro. Era por volar. Iba a volver a hacerlo.

Llamé a Cara.

—¿Cómo estás? —preguntó enseguida.

—Cansada.

—¿Y…?

—Y un poco vacía. Es que no sé si quiero volver.

—Sí quieres, pero te da miedo. Llevas un año luchando y trabajando para esto.

Silencio.
Pero del bueno.
Del que sabe escuchar.

—Será duro y distinto. Pero sigues encajando en este mundo. Es el tuyo.

—Soy otra persona.

—Sí, una mucho más fuerte, mejor, valiente y poderosa.

—Yo…

—Tú elijes quién quieres ser, Stana. Ni la de antes ni la de ahora. Sé tú y ya está. Sin adornos.

Me apoyé en la ventana. Miré los tejados del barrio. Pensé en lo que había dicho. Pensé en mí. En lo que había perdido. Y en lo que empezaba a construir.

—Gracias —susurré.

—Tú bailas incluso cuando hablas. Solo tienes que encontrar el escenario correcto.

Colgué con una sonrisa pequeña. Y esa noche, en lugar de escribir sobre la prueba, escribí sobre la sensación de estar empezando de nuevo, de perseguir sueños, de volar tan alto como nos plazca, de

no borrar ganas de la lista, sino de sumarlas, de amar con compasión y sobre las personas que nos aman.

69

GALERÍA

10 de enero de 2021
Staten Island, Nueva York

STANA

El lugar es precioso. No sé cómo Niall ha dado con él. Un mirador al que se llega tras subir por un camino de tierra bordeado de pinos y arbustos grises. Desde allí, se ve todo Staten Island, con Manhattan al fondo como una maqueta desenfocada por la bruma.

El aire es frío, seco. Pero no molesta. Nos hemos acostumbrado a abrigarnos bien, a rozarnos las manos solo para recordar que seguimos aquí.

—Yo soy de Nueva York. Este es mi barrio.

—¿Y qué?

—Que yo debería conocer este sitio. No tú. Yo debería haberte traído.

—Lo encontré ayer, cuando salí a correr. —Me dio un beso en la nariz—. No te muevas, voy a hacerte una foto.

—¿Qué? —Me giro y sonrío.

—La luz es perfecta. Y llevas esa cara que parece que estás tramando algo bonito.

—Siempre estoy tramando algo bonito.

Saca su teléfono móvil del bolsillo y me enfoca.

—Déjame verla.

—Sales muy guapa. Eres muy guapa. —Me da su móvil.

—Bueno, no está mal… —musito, contenta—. Ahora te toca a ti. Ponte ahí. —Voy a darle su móvil para sacar el mío, pero este último se me resbala de la mano y cae por la ladera abajo unos metros.

—¡El móvil! —grito.

—Yo me encargo. —Baja entre matorrales ante mi sonrisa y sigue hablando—. Si no me mato, saldré con la picadura de algún bicho. —Niall habla mientras yo vuelvo a ver la foto que me ha hecho con su móvil y, sin quererlo, la muevo dentro de la galería.

Y… lo veo. Una imagen. De mí. En Roma.
Otra, en Lisboa, sentada en el tranvía amarillo.
Una más, en una calle empedrada de Budapest.

No son capturas de pantalla. No son fotos de Instagram. Son fotos hechas desde lejos. Desde la calle. Desde otra acera. Como si alguien me hubiera seguido. Como si alguien me hubiera estado observando desde antes de que yo supiera que existía.

—He llegado vivo —suspira, se limpia los pantalones y me da mi móvil. No hago caso a nada.

—¿Qué es esto? —Le pongo la pantalla de su teléfono en la cara.

Niall baja la vista y tarda en responder, demasiado.

—Stana…

—¿Qué significan estas fotos?

—No es lo que parece.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es? —mi pulso se acelera. Siento cómo la voz me tiembla—. Estás aquí conmigo, y tienes fotos mías en Roma. En Lisboa. Antes de París. Antes de conocernos. ¿Cómo?

—No lo sé. Quiero decir… sí, pero no así.

—¿Me seguiste?

—No.

—¿Entonces?

Silencio. Su silencio es más alto que cualquier respuesta.

Me arde la cara. El pecho. El pasado entero.

—No. No. No. —Doy un paso atrás, luego otro—. Esto no tiene sentido. No puede ser.

—Stana, espera…

Pero no espero. Echo a andar colina abajo, por el sendero. No sé si hacia la casa, hacia el coche, hacia ninguna parte. Solo sé que algo ha estallado por dentro. Y que no puedo seguir mirándolo sin pensar que todo esto ha sido una mentira.

***

No sé cómo llego. Solo sé que corro. Que cruzo el parque sin mirar atrás, que bajo calles que apenas reconozco, que me arde el pecho, que me duelen los pulmones y que la ciudad ha empezado a

moverse a mi alrededor y está a punto de tragarme. Cómo detengo el taxi, cómo subo, cómo pago la carrera.

Cuando llego a la puerta de Maddox, toco con fuerza. Demasiada. Para que me escuche desde cualquier parte del mundo.

Abre con el pelo revuelto y cara de recién salido de una ducha o de una siesta. Me ve. Y su expresión cambia.

—¿Qué ha pasado?

Me lanzo a sus brazos sin contestar y lloro. Y no como lloran los que quieren que los vean fuertes. Lloro como lloran los que se rompen sin entender por qué.

Me sujeta. Me mete dentro. Cierra la puerta. No dice nada durante unos segundos.

—¿Stana?

—Tiene fotos mías. —Las palabras salen atropelladas—. En ciudades. Antes de que nos conociéramos. De lejos. No sé… Estuvo siguiéndome… O no, no lo sé… Yo…

Se queda quieto.
Su expresión se congela.

—¿Niall?

Asiento y me seco la cara con la manga del abrigo.

—Las vi en su galería. No me dijo nada. No supo qué decirme. No negó nada. Solo me miró. Sin entender por qué me estaba yendo.

Maddox camina en círculos por el salón y se pasa las manos por la cara. Luego por la nuca.

—¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo?

—Sí. Pero no lo entiendo.

—¿Y tú sabes quién es? ¿Sabes algo de él más allá de su sonrisa y de cómo te habla? —Su tono se eleva—. ¿De verdad creíste que era buena idea traerlo a casa? ¿Presentarlo a nuestros padres? ¿Dejarle entrar en tu vida así?

—¡Maddox!

—No. Es que estoy harto. De verte siempre entregándolo todo sin poner un solo freno. No se puede vivir así. No puedes confiar tan rápido. No sabes quién es ese tío. No sabes qué quiere de ti.

—Hemos estado en su casa. ¿Se te ha olvidado? ¡Con su familia!

—¿Y qué? ¡Tal vez ni ellos lo conocen! ¡¿O sí?!

—Te has liado con su hermana.

—Me he acostado con ella, no me he enamorado de un tío al que conozco hace… ¿cuánto? ¿Veinte días?

—No lo hizo para hacerme daño.

—¿Y eso lo sabes cómo?

—No lo sé. ¡Pero lo siento! Y… joder, Maddox. ¿Puedes escucharme sin gritarme ni juzgarme!

Se cruza de brazos.

—Te escucho.

—Me he enamorado de él. No quería a nadie desde Dylan… —hipo al recordarlo. Hace mucho que no digo su nombre en voz alta—. Lo quiero.

—Pues a lo mejor tendrías que quererte tú un poco más —suelta casi escupiendo la frase.

Me quedo callada. Eso me duele. Porque tiene razón. Pero también porque me hiere que sea él quien me lo diga así, sin filtro, sin pausa, sin el consuelo que esperaba encontrar al tocar su puerta.

—Solo necesitaba un sitio donde estar —susurro con la mirada puesta en el suelo.

Él se acerca. Baja la voz.

—Lo tienes. Siempre lo tienes. Pero necesito que abras los ojos, Stana. Porque verte así otra vez me mata. —Me aprieta los hombros. Y aunque me haya dolido lo que ha dicho, sé que es su forma de decir "me importas más de lo que sé demostrar."

Me dejo caer en el sofá. Cierro los ojos. Y por primera vez en semanas, no sé qué va a pasar después.

70

LA PRUEBA

Nueva York
12 de noviembre de 2017

STANA

No quise que nadie viniera conmigo. Ni Dylan. Ni Cara. Ni siquiera mis padres. Ni Maddox, que hasta se enfadó.

Necesitaba entrar sola. Caminar hasta la puerta de cristal. Sentir cómo el frío se metía por el cuello de mi abrigo. Respirar el aire denso y un poco arrogante del Lincoln Center. Y recordar. Recordar todo lo que una vez fui.

El Metropolitan Opera House seguía igual. Majestuoso, impecable. Pero yo no. Y en el fondo, eso era lo que más me asustaba.

Me senté en uno de los bancos de mármol junto a la fuente. El agua subía y caía como siempre. Rítmica. Inmutable. Yo, en cambio, sentía que llevaba otro cuerpo. Uno nuevo. Uno distinto.

Saqué el móvil y lo llamé.

—Stana —contestó Dylan, cálido.

—Estoy aquí.

—Sola.

—Necesitaba hacerlo así.

—Lo entiendo.

—Estoy nerviosa.

—Normal. Pero ya estás bailando. Aunque no te hayas puesto las zapatillas aún. —Cerré los ojos y sonreí—. Has trabajado mucho. Estás preparada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tuviste la suerte de conocer para tu rehabilitación al mejor fisioterapeuta del país. —Me hace soltar una carcajada y con ella también lanzo fuera los nervios.

—Sí, tuve suerte. Gracias por estar.

—No estoy. No me has dejado. Pero sí. Estoy y siempre estaré.

—Lo sé.

Colgué. Respiré hondo. Y entré.

***

El pasillo olía a madera barnizada, a goma, a historia. Las paredes estaban cubiertas de carteles antiguos y nuevas promesas. Me cambié en uno de los vestuarios del fondo. El maillot negro, sin mangas. Las medias rosa claro. El moño recogido con cuidado. Y las zapatillas de punta. Las mismas que no había querido mirar durante meses.

Esperé a que me llamaran. Una mujer de gesto amable me abrió la puerta.

—Es tu turno, señorita Sullivan.

Entré al estudio.

Tres personas sentadas tras una mesa larga. Un pianista al fondo. Una alfombra gris sobre el suelo. Y el silencio denso del juicio.

Me coloqué en el centro. El corazón me latía en las sienes.

—Cuando quiera.

Asentí y el pianista empezó a tocar una pieza de Clair de Lune, de Debussy.

Y con la primera nota, todo se apagó. Ya no estaba en esa sala. Ni frente a ese tribunal. Estaba bailando. Mi cuerpo recordó. No del todo igual, pero sí lo suficiente. Las piernas respondieron. Los brazos también. El cuello, los giros, el equilibrio. El alma, sobre todo. Esa parte que había estado en silencio y de repente volvía a hablar.

Giré.
Salté.
Extendí los brazos como si fueran alas.
No perfecta.
Pero viva.

Cuando la música terminó, bajé los brazos muy despacio. Tenía el pecho agitado y la respiración aún suelta.

Una de las mujeres sonrió.
El hombre del centro asintió.

—Ha sido un placer volver a verte, Stana. Sea cual sea el resultado, bienvenida otra vez.

Incliné la cabeza y… Salí.

Caminé por el pasillo de regreso flotando. No sabía si estaba dentro o fuera. Si volvería. O si todo aquello había sido solo una despedida elegante. Pero algo dentro de mí estaba en paz. Había hecho lo que tenía que hacer, aunque… un gusanillo subió por mi garganta.

Porque, aunque el cuerpo regrese a un lugar en el que quería estar, el alma puede darse cuenta de que ya no lo necesita para sentirse libre.

71

EN EL PORCHE

10 de enero de 2021
Staten Island, Nueva York

MADDOX

Stana sigue llorando en la cocina, bebiendo una infusión y revisando su móvil. Juraría que buscando información sobre Niall.

Yo voy a mi dormitorio, a vestirme en condiciones y a…

—¿Qué pasa? —musita Cara, de rodilla sobre mi cama, con una de mis camisetas y el pelo de llevar toda la noche follando.

—Se ha liado. Con Niall.

—¿Cómo?

—Tiene fotos de Stana. De antes. De antes de conocerse. En su móvil. De Roma. De Lisboa. De Budapest. Hechas desde la calle. Desde lejos.

Cara parpadea sin creérselo.

—¿Estás diciendo que… la estuvo siguiendo?

—No lo sé. Pero Stana lo vio, él no supo explicarlo, y ella salió corriendo. Mierda… —Me visto con prisas. No me percato de que Cara abre la puerta—. ¿Adónde vas? —masco.

—Sé que esto… que yo esté aquí no es lo que necesitas ahora, pero... Maddox va a partirle la cara a Niall y quiero verlo. Es más, yo también voy a darle una patada en los cojones —anuncia a mi hermana.

—¿Qué haces? —Voy con ellas—. ¿Y cómo sabes que voy a matar a ese cabrón?

—Somos hermanos, ¿recuerdas? —Alza una ceja—. Los tres nos conocemos a la perfección. A Stana no le ha sorprendido verme aquí porque sabe que los dos estamos jodidos y nos gusta jodernos, y todos sabemos que tú lo arreglas todo a golpes, aunque hoy llevas razón y no vamos a quitártela. ¿A que no? —Se dirige a Stana, que no contesta—. Vamos, puede largarse.

El camino hasta Staten Island se hace en silencio. Cara va detrás. Stana, a mi lado. Sujeta el teléfono, pero no lo mira. Yo solo conduzco. Con los dedos apretados al volante y la mandíbula en tensión. El barrio aparece al doblar la esquina. Y con él, una imagen que no esperaba: Niall. Sentado en el porche. Con la cabeza gacha. Los codos en las rodillas. Esperando.

—No… —susurra Stana—. No quiero verlo.

—No tienes que hacerlo —respondo mientras aparco.

Abro la puerta. Me bajo y camino hacia él. Cara y Stana no se mueven. Pero yo sí.

—¿Quién coño eres? —le suelto nada más acercarme.

—Maddox… —Niall levanta la vista.

—¡¿Qué coño quieres de mi hermana?! —lo agarro por el cuello del abrigo y lo obligo a levantarse—. ¡Contéstame! ¿Quién eres en

realidad?

—Me conocéis.

—¡¡Y una mierda!!

—¡Maddox! ¡¡Déjalo!! —chilla Stana detrás de mí.

—¿Por qué tienes fotos suyas de cuando ni siquiera os conocíais? —Sigo a lo mío, a punto de estamparle un puñetazo en la cara.

—Es… complicado.

—¡¡Eres un maldito acosador!! ¡¡La has estado persiguiendo!! ¡¡Estás loco!! ¡¡Loco!! —Lo empujo hacia atrás y su espalda golpea contra la pared de la casa—. ¡Vete de aquí! ¡Vete de aquí si no quieres que te mate! —Le señalo con el dedo.

El imbécil me mira, después mira a Stana, coge su mochila, se la cuelga al hombro y… baja los escalones y camina calle abajo.

Stana sube las escaleras rápido, Cara va detrás y me lanza una mirada breve. Yo también entro en la casa, cerrando la puerta con un portazo.

—No ha dicho nada —explota Stana, ya en el salón.

—Lo justo para hacerme pensar que sigue ocultando algo —murmuro con rabia.

Cara se quita el abrigo y lo cuelgo. Pero sus ojos brillan con esa mezcla de juicio y miedo que no sabe ocultar.

—¿Y si hay una explicación que no conocemos? —propone.

—¿Y si no? —disparo yo.

—No estoy defendiéndolo. Pero tú casi le rompes la cara y él ni levantó la voz. ¿No te parece raro?

—¿De un loco? ¡No!

—Todo esto es raro —salta Stana y se vuelve hacia nosotros—. ¡Tenía fotos mías! ¡De antes! ¡De ciudades distintas! ¡¿Cómo las consiguió?! ¿Por qué las tenía?

—¿Se lo preguntaste directamente? —dice Cara.

—Sí. Y no respondió.

—Entonces ya está —declaro, seco—. Si no lo explica, es que no quiere. O no puede. Y eso da igual. El daño ya está hecho.

Stana se sienta en la escalera. Se cubre la cara con las manos y respira hondo.

—Todo esto era mentira, ¿no? —susurra.

Me acerco. Me siento en el escalón de abajo.

—No lo sé —admito.

—¿Y si de verdad no era alguien peligroso? ¿Y si no me siguió? ¿Y si… simplemente era una coincidencia?

—No existen coincidencias así, Stana.

Cara camina por la casa en círculos.

—¿Y si le da por aparecer otra vez?

—Que lo intente —respondo.

—Maddox…

—No, en serio. Estoy harto de verla así. Ya ha tenido bastante. Ya ha perdido bastante.

Stana nos mira a los dos.

—No quiero que me protejáis. Puedo hacerlo yo sola. Pero sí quiero saber quién era. Quién es. Y por qué.

Suena su teléfono y lo saca del pantalón. Mira la pantalla y frunce el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Es más importante que esto? ¡Hemos estado viviendo con un descerebrado!

—Mira. —Mi hermana me da el teléfono. Es un mensaje de Niall.

No te perseguí. Tú me encontraste a mí primero. Estas fotos son mías, de antes de conocernos. Sales en todas ellas, a lo lejos.

—¿Qué demonios…? —Son instantáneas de Niall en otras ciudades, de su rostro, *selfies* de su careto, sonriendo, y es cierto… Amplio todas y cada una de ellas. Son cuatro—. ¿Qué es esto? —Stana encoge los hombros. Llora de nuevo.

72

PERO NO TAN INCREÍBLE

19 de noviembre de 2027
Carroll Gardens, Brooklyn

STANA

Aún no me habían llamado. Había pasado una semana desde la prueba, y seguía mirando el teléfono, esperando a que me dijera algo. Porque iba a decírmelo, pero no lo hacía, y yo me comía las uñas y miraba por la ventana mientras el aparato brillaba a ratos, vibraba sin importancia y se apagaba sin compasión.

Dylan no preguntaba. Me observaba diferente cuando llegaba con las zapatillas colgando del bolso y el moño medio deshecho de entrenar en una sala del barrio. Me ofrecía café sin decir mucho, me escuchaba sin interrumpir y me dejaba espacio sin irse.

Yo sí había llamado a Cara, por si ella sabía algo. Pronto viajaba con la compañía y esperaba conocer la respuesta antes de que eso pasara.

—¿Por qué tardan tanto?

—Están muy ocupados con la gira. Stana, estuviste impecable.

—No me viste.

—Sí lo hice. No me viste tú a mí. Estaba al final del teatro, en las gradas.

—Oh… Gracias.

Hablamos un rato más, sobre ballet, sobre mi hermano y lo difícil que lo ponía todo. Si la quería, ¿por qué desaparecía cuando le venía en gana? ¿Por qué no compartía todo con ella? ¿Por qué nos hacíamos aquellas preguntas cuando todo estaba más que claro?

—Es gilipollas.

—Sí, un gilipollas al que amo.

Dylan llegó de noche; había trabajado en turno de tarde en el hospital. Yo no estaba en casa entonces, sin embargo, ni me llamó. Subió al tejado con una manta, una botella de vino y dos vasos diferentes.

—No hace falta ser iguales para encajar —dijo, me dio uno de ellos, se sentó a mi lado y me cubrió con la colcha— ¿No hay otro sitio más… seguro? —Observó el borde del edificio. Casi teníamos las piernas colgando de la cornisa.

—Sí, pero no tan increíble.

—A mí cualquier lugar me parece increíble si tú estás en él.

—Muy bonito, pero no vas a convencerme. —Le di un pico.

Las luces de Manhattan parpadeaban; me recordaron al código morse que intentaron enseñarnos en el instituto en solo tres clases. No supe que trataban de decirme algo. No lo descifré, claro. Pero me tranquilizó saber que seguían ahí.

—¿Estás bien? —preguntó Dylan al cabo de un rato.

—No lo sé —admití—. Es una espera larga. No sé… No sé qué camino me espera.

—Tienes muchos…

—Dos. —Alcé dos dedos.

—Tú siempre has tenido un pie en el suelo y el otro en la punta de una estrella.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es tuyo. Y eso ya lo hace bonito.

Sonreí, sin que se notara. De esas sonrisas que no suben a los labios, pero se sienten en el pecho.

—El ballet era… Es mi sueño —repetí en voz alta por millonésima vez—. ¿Y qué hay de tu sueño?

—Lo tengo delante —aseguró, y solté una carcajada.

—Hablo en serio. —Bebí de mi vaso—. Mmm… Está bueno.

—Es del súper de la esquina. El de oferta. Y yo también hablo en serio. —Achiné los ojos y se los clavé—. Viajar por todo el mundo… Para eso hay que tener tiempo y… dinero. —Giró su vaso entre los dedos.

—Por eso son sueños, porque cuesta conseguirlos, llegar hasta ellos, alcanzarlos…

—Lo he entendido a la primera.

—No puedo ni hacer poesía. —Reímos.

—Viajar sin un mapa, sin prisa pero sin pausa, aprender cómo viven los que no tienen mi apellido ni mis miedos.

—Tú no tienes… —rectifiqué—. Tú ya no tienes miedos.

—Sí lo tengo. Miedo a perderte. —No lo dijo con drama, sino con guasa.

—Quizá algún día podamos hacerlo. Viajar, me refiero.

—¿Quién te ha invitado a mi sueño? —Abrí la boca y los ojos y… Dylan rompió en risas descontroladas.

—Eres… —bufé.

—¿Adónde iría yo sin ti? No me iría si no lo hiciéramos juntos.

—Ahora no trates de arreglarlo.

Respiró y miró al infinito.

—Si tú quisieras, lo haría. Sin dinero. Sacaría tiempo.

No respondí. Pero lo sentí. Ambos lo sentimos. Yo no podía irme. Lo haría, viajaría, pero con la compañía. Y solo significaba que nos separaríamos de vez en cuando. Sin embargo, a él no le importaba con tal de verme feliz.

—¿Sabes qué creo? —murmuró—. Que hay sueños que no se cumplen cuando uno quiere, sino cuando por fin se siente digno de ellos.

Me quedé en silencio. Mirando hacia el cielo. Y pensé que quizá… mi sueño también había empezado a cambiar. No dejaba de ser mío. Solo que ya no lo bailaba sola.

73

VERSE DE LEJOS

14 de enero de 2021
Nueva York

NIALL

La espero en un parque. Uno tranquilo. Hace demasiado frío para pasear, pero también es demasiado bonito como para perdérselo. Vale. No lo he elegido yo. Ni siquiera Stana. Estoy convencido de que la idea de encontrarnos aquí ha sido de Maddox. Hay gente sin aglomeraciones. Un espacio abierto en el que él pueda vigilarnos. Y no le culpo. Yo lo haría por Ellie.

Me siento en un banco. Me verá de lejos. Entrelazo los dedos y apoyo los codos en las rodillas. El corazón me grita, fuerte, pero yo guardo todo lo que desea decir para decírselo a ella.

Cuando la veo venir, me levanto. Camina despacio. Lleva un abrigo beige que le queda grande, el pelo suelto y las manos apretadas dentro de los bolsillos. A unos metros detrás, Maddox se queda parado, tal y como había planeado. Cruza los brazos, cuadra los hombros y se apoya contra un árbol. Me clava la mirada y sé lo que quiere que sepa: Si le haces algo, te saco del mundo a golpes.

—Hola —digo cuando Stana está lo bastante cerca.

—Hola. —Su voz es tensa.

—Gracias por venir.

—No sé si ha sido buena idea.

—Yo tampoco —respondo—. Pero no podía dejarlo así. Necesito contártelo.

No se sienta. Solo me observa con los ojos convertidos en una fina línea, montando el puzle en el que me he convertido.

Respiro hondo y empiezo.

—No sé cómo explicarlo. Ni siquiera sé si tiene explicación ni… sentido. Solo sé que, durante mi viaje hice una foto en Florencia. Una calle, gente cruzando, el atardecer… y tú. Tú estabas allí. —Ella no se inmuta. Aún—. No me di cuenta al momento. Fue después, viendo las fotos, que empecé a notar un patrón. Una figura que se repetía. Que aparecía de fondo, caminando, mirando hacia otro lado. Tú. —Trago saliva—. Pensé que era casualidad. Que se parecería a otra persona. Pero luego, en Estambul, otra vez. En Lisboa. En Roma. Siempre tú. En distintas estaciones, distintos planos. El mundo es… inmenso y, aun así, nos colocaba en los mismos sitios.

—¿Y decidiste seguirme? —pregunta, sin levantar la voz.

—No. Lo prometo. Nunca fue así. Solo empecé a… a estar atento. A reconocer tu silueta. A querer saber quién eras. No con intención de hacer daño. Ni de acercarme sin permiso. Era curiosidad. Asombro.

—¿Y por qué no dijiste nada en París?

—Porque no sabía cómo. ¿Qué decirte? Ibas a tomarme por loco.

—Maddox cree que lo estás.

—Al principio yo también pensé que era una locura. No sabía si me habías visto alguna vez. Si era real o solo lo era para mí. Pero

ese día, cuando estabas sentada frente a la Torre Eiffel… no sé. El universo me dijo: Ya. Es la hora.

Silencio, uno largo pero que se va destensando. Por fin, da un paso hacia mí. Y eso es más de lo que esperaba.

—¿Y qué crees que significa?

—No lo sé. Pero no puede ser casualidad. Con lo grande que es el mundo… y lo pequeña que es la probabilidad de cruzarse tantas veces. No sé si es el destino. Solo sé que te vi antes de conocerte… y desde entonces no he podido dejar de verte.

Stana cierra los ojos un segundo. Maddox, desde lejos, da un paso. Pero ella levanta una mano sin mirarlo. Él se queda dónde está.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? Llevamos…

—Menos de un mes desde que hablamos por primera vez. —Los dos asentimos—. Tenía miedo de que sonara justo como está sonando ahora. —Ella me mira.

—Suena a verdad.

—Lo es. —No sé qué más decir. Pero me aferro a eso. A que es verdad y ella lo sabe—. ¿Y ahora… qué?

—Ahora necesito tiempo. —Se masajea la sien—. Pero gracias por no mentirme. Gracias por decirlo. —Se levanta.

—Stana, no voy a marcharme. No todavía.

—Vale. —Camina de vuelta hasta Maddox, que se une a ella y le pone la mano en la espalda. Yo los miro mientras se alejan.

***

—Huele a detergente barato y los muebles son viejos —alega Ellie, en la puerta de la habitación del hotel en el que me hospedo desde que me fui de casa de Stana.

—Son funcionales. Y tiene cama, silencio y…

—Y ahora me tiene a mí. —Encoge los hombros y entra—. Todo, vamos. —Desenvuelve unas hamburguesas y las coloca sobre la mesa auxiliar—. Esto es asqueroso. Deberías volver a casa. —Le da un mordisco—. O… seguir tu viaje. No sé… —Mastica y traga.

No quiero volver a Filadelfia. No quiero quedarme en Nueva York. Y sobre todo, no quiero tener que pensar en qué significa todo esto. Así que me encierro aquí. Móvil en modo avión. Corazón desorientado.

Mi hermana no me ha avisado. Solo le conté lo que ocurría, dónde estaba, y aquí está, delante de mí. Ella ni tiene límites ni respeta los míos.

—¿Para qué has venido?

—¿Tú qué crees? —Habla con la boca abierta.

—Espero que no digas que has venido por mí.

—Pues no. He venido por la hamburguesa que me estoy comiendo ahora mismo.

—Y tal vez un poquito por Maddox.

—Pero no se lo digas. —Me guiña un ojo.

Suspiro. Me paso una mano por la cara.

—No tenías que venir.

—No podías estar solo. Se te nota en la cara.

—Estoy bien.

—Estás hecho mierda.

No replico. Porque tiene razón. Se sienta en la silla de plástico, cruza las piernas y me mira.

—¿Se lo contaste?

—Sí.

—¿Todo?

—Sí.

—¿Y?

—Me escuchó. Me creyó. Pero se fue.

—Y tú estás esperando a que vuelva, como en las películas tristes donde nadie tiene paraguas cuando llueve. Muy típico. —No sonreímos—. ¿Sabes lo que creo?

—¿Tengo elección? Porque si la tuviera, elegiría que te callaras. Dispara.

—Que claro que es magia. ¿Qué otra cosa va a ser? Que hayas coincidido con ella en tantas ciudades, en tantos momentos. Que la hayas visto sin saber quién era. Y que al final os encontréis. Eso no es casualidad, Niall. Es el universo con un cartel luminoso que dice: Ella.

Me cuesta respirar. No por sus palabras. Por lo que me remueven.

—No puede ser así de fácil.

—¿Fácil?¿ Tú me has escuchado?

—Eres tú la que no escuchas. ¿Magia, Ellie? Has estudiado física cuántica.

—Criptografía cuántica.

—¿Y no es lo mismo?

—Están relacionadas, pero son campos distintos.

—Qué más da. —Suspiro—. No sé lo que es ninguna de las dos.

—La física cuántica es la rama de la física que estudia el comportamiento de la materia a nivel atómico y sub…

—¿Qué te hace pensar que me interesa? —la corto, hastiado y divertido.

—No sé… Tú has preguntado.

—Yo no te he preguntado… Ya me estás liando y solo llevas aquí cinco minutos.

—¿Qué te da miedo? ¿Crees que no te lo mereces? —Vuelve a la conversación profunda. Sin hamburguesas neoyorkinas ni cifrado de seguridad. Algo sé sobre sus estudios. Es muy pesada, incluso con eso.

—No… No es eso… Estoy seguro de que algo se me escapa… —Me llevo una mano al pecho—. Lo siento aquí.

—Por cierto, tienes la revisión en cinco días. No se te ocurra escaquearte. La última te la saltaste.

—Estaba en China.

—Eso no es excusa —me regaña.

—Estoy bien, pero… llevas razón.

—Lo primero es que sigas con vida… —Me agarra de la mano—. Después vemos qué haces con ella.

74

EL TELÉFONO SUENA

Carroll Gardens, Brooklyn
22 de noviembre de 2017

STANA

El teléfono sonó a las once y dieciocho de la mañana. Yo estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, la espalda apoyada contra la cama y una taza de café ya frío entre las manos. Tenía el portátil abierto, la tele encendida sin sonido, y la sensación de que el tiempo se había estancado ahí, en esa espera silenciosa y absurda.

No reconocí el número.

—¿Stana Sullivan?

—Sí, soy yo.

—Le llamo del American Ballet Theatre. —Silencio. Tragué saliva —. Tenemos buenas noticias. Está dentro.

El mundo no se paró. Las luces del piso no parpadearon, pero yo… yo cerré los ojos y sonreí porque la vida me devolvía algo que nunca supe si tocaría de nuevo.

El cielo.

—¿En serio? —logré decir, con la voz temblando.

—Enhorabuena. Comienza en el programa de transición en una semana.

—Gracias. Gracias. De verdad. Gracias. —Colgué sin recordar lo que había dicho exactamente. Me quedé sentada en el suelo, abrazándome las rodillas. Después me puse de pie. Y luego salté. Salté por el salón como una niña, con las manos en el aire, con los ojos brillando y el corazón y el alma aplaudiendo a mi lado.

Dylan no estaba en casa. Me hubiera gustado compartir ese momento con él. Euforia desmedida.

Cogí el móvil y llamé a Cara.

—¡Me han cogido!

—¡¿Qué?! ¡Stana! ¡Dios, espera! ¡Estoy en el metro! ¡Grita más para que lo escuche todo el vagón!

—¡QUE ESTOY DENTRO! —repetí, riendo.

Cara chilló al otro lado como si le hubieran dado a ella la plaza. Me dijo que salía ya, que lo íbamos a celebrar, que no aceptaba un no.

—Te veo en tu casa. Y lleva vino. ¡Y pon algo de música! ¡Hoy no se permite llorar por nada que no sea felicidad!

Colgué y escribí a Maddox.

Yo: ¿Tú también vienes
o vas a fingir que te da igual?

Maddox: Estoy con Cara.
Si tú invitas la pizza, yo llevo los abrazos.
Y una botella de ron.

Sonreí y marqué otro número. Dylan tardó apenas dos tonos en responder.

—¿Todo bien?

—Estoy dentro.

—¿Cómo?

—Me han cogido. La compañía. Vuelvo, Dylan. Vuelvo a bailar. —Empecé a llorar.

—Stana… joder, ¡enhorabuena! —Suspiró al otro lado—. Me habría encantado estar ahí contigo.

—Yo también quería que estuvieras —admití, sentándome de nuevo en el suelo—. Tú lo sabías, ¿verdad? Eres el único que confiaba de verdad en mí.

—Lo supe desde el primer día que te vi en el pasillo del hospital. Naciste para volar. —Limpié mis lágrimas y me centré ahora en él.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien. Cansada, pero bien. Se alegra de tenerme cerca unos días.

—Dale un abrazo enorme de mi parte.

—Lo haré. Y tú… celebra por los dos.

—Maddox y Cara vienen para casa. Vino, ron y pizza, pero no será lo mismo sin ti.

—Pero lo celebrarás igual, porque te lo mereces, te lo has ganado. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cara trajo vino. Maddox, helado, abrazos y sarcasmo. Ah, sí, y ron. Yo, una euforia que no me cabía en el pecho y… pizzas, claro.

Brindamos. Pusimos música. Cara y yo bailamos descalzas sobre la alfombra. Maddox nos grabó con su móvil y dijo que lo usaría como chantaje emocional cuando me volviera una diva insoportable.

—En serio —dijo él, ya con la copa medio vacía—. Estoy orgulloso de ti, hermanita.

—No empieces con sentimentalismos, Maddox, que te haces mayor —respondí, empujándolo suavemente.

Cara lo miró con esa sonrisa que solo usaba con él. El amor… Él, un imbécil redomado, bajó la vista, medio torpe, todavía sin saber cómo sostener una mirada así sin desmontarse.

—Me siento completa, después de tanto tiempo. No por volver a bailar, no por ser admitida y valorada, sino porque… Volaréééé —anuncié, tras tres copas de vino y un chupito de ron.

75

TODOS NECESITAMOS QUE NOS CUIDEN ALGUNA VEZ

16 de enero de 2021
Nueva York

STANA

No sé por qué Niall y yo nos hemos encontrado en tantos sitios. No creo en el destino ni en la magia, como Ellie me ha dicho e insistido cuando he hablado con ella por teléfono. No esperaba que estuviera en Nueva York, y Maddox tampoco. Se le ha revuelto el estómago, y no es porque la chica le dé animadversión, sino por la guerra con Cara, que, por cierto, sigue con Ben, aunque se haya acostado con mi hermano. Una historia fatal. Yo no me meto. Bastante tengo con entender lo que ocurre entre Niall y yo.

—Está en Central Park, cerca del puente de Gapstow. Con la cámara. Lo ha contratado una empresa turística. —Bebe del café que hemos pedido en una cafetería cuando ha aceptado mi invitación para vernos.

—Gracias. Y… gracias por preocuparte por él. —Yo también lo hago. El calor del líquido calienta mi garganta.

—Es mi hermano. Mayor, pero… todos necesitamos que nos cuiden alguna vez.

—Ni que lo digas. Maddox necesitaría una niñera todo el tiempo. —No le pasa desapercibido su nombre ni a mí su reacción—. Ellie,

respecto a mi hermano… No me gustaría que te hiciera daño. No es una persona de relaciones y…

—Cara y él tienen algo —termina. Yo no iba a decir eso, pero ya que lo ha sacado.

—Algo sería decir poco. Llevan yendo y viniendo desde hace años. Son psicópatas, masoquistas, se quieren y se odian.

—Pero Cara tiene novio. Está con Ben.

—Porque Maddox no se compromete, ni siquiera promete intentarlo. Es algo… tóxico e interminable.

—¿Pero a ti te importa que lo llame y salga con él?

—No. Solo quiero que no te engañes. Que lo hagas con perspectiva, ante una realidad, cruda pero muy real.

Nos despedimos con un abrazo, y un paseo más tarde, aquí estoy. En el parque, viendo cómo Niall fotografía los alrededores, concentrado y seguro de lo que hace. Creo que me escucha, porque se gira hacia mí antes de llegar y saludarlo.

No deja la cámara, pero sí me atiende, incorporándose.

—No sé por qué estoy aquí exactamente —empiezo—. Solo sé que no quería quedarme con esta sensación de haberme ido sin terminar de decir lo que llevo dentro.

—Me parece bien.

—Cuando vi las fotos, me asusté. No por ti. Por mí. Porque creí que me había vuelto a equivocar. Que había apostado por alguien que no era quien decía ser. Y… no lo habría soportado otra vez. —Respiro hondo—. Salía con alguien… Hace mucho… —Trato de no

llorar—. Se llamaba Dylan. No me mintió, pero sí me ocultó cosas, al principio… Al principio de nuestra relación. Y cuando lo supe, todo lo que habíamos construido se tambaleó. No porque dejara de quererlo. Sino porque no confiaba en mí. Y eso fue lo que más dolió. No soporto las mentiras. Ni las medias verdades. Ni los silencios que esconden cosas. Y cuando supe lo de las fotos… me sentí otra vez esa versión de mí misma que no quiero volver a ser. La que espera, la que se calla, la que duda de todo. Y contigo… contigo no quiero tener miedo.

—No tienes que tenerlo.

—No sé qué somos, Niall. Ni qué se supone que debemos ser. Pero si tú sientes lo mismo que yo… hazlo de verdad. Sin esconderte. Sin protegerme tanto que termines alejándome.

—Me asusté, Stana. ¿Qué debía pensar de que salieras en mis fotos? ¿Quién eras?

—Sabes quién soy.

—Algo me dice que tú no me lo has contado. Y eso me asusta a mí también.

—Llevas razón, pero no tiene importancia. Tiene mucha para mí, pero no para lo que somos.

—Pero yo quiero saberlo todo, saberte, entera, por dentro y por fuera, tus luces y tus sombras.

—Está bien. Tengo que irme, pero… Llámame cuando termines.

—Es trabajo —se disculpa.

—Me lo ha dicho Ellie.

—Cómo no. —Da un paso hacia mí—. Deja que te abrace. —Me acerco, muy despacio, y me dejo ser, dejo que seamos. Qué bonito este lugar. El pecho de alguien también es hogar.

76

LA ESCUCHÉ GRITAR

3 de diciembre de 2027
Carroll Gardens, Brooklyn

DYLAN

La oí gritar desde el pasillo. No fue un grito de susto. Fue uno de esos sonidos que no tienen palabras, solo una emoción que necesita salir del cuerpo como sea. Solté el libro y me levanté.

—¡Dylan! —su voz resonó por todo el piso. Salió de la habitación. Llevaba el teléfono aún en la mano. El pelo liso y las zapatillas de andar por casa con forma de nube.

Se lanzó sobre mí, me abrazó con tanta fuerza que perdí el equilibrio y caímos al sofá.

—¿Qué ha pasado? —reí sin saber por qué.

—¡Me llevan a Milán! —Le chispeaban los ojos—. Solo una pieza, solo una semana, pero… ¡Milán! ¡Dylan, es real!

Tardé unos segundos en procesarlo. Y cuando lo hice, lo único que supe fue que quería enmarcar ese instante. Su alegría. Su voz. El temblor de sus dedos cuando me tocaban la cara.

—Estás volviendo —le susurré sin dejar de mirarla—. Poco a poco. Pero ya estás allí.

—No, Dylan —Se separó para mirarme mejor—. Ya estoy aquí. Esto… esto es volar.

Supe que no quería detenerla nunca. Ni siquiera abrazarla tan fuerte como para que se quedara. Quería verla elevarse. Quería ser quien le hiciera de viento.

Subimos al tejado más tarde. Como casi siempre que nos pasaba algo importante. La ciudad estaba llena de luces. Era domingo. Frío. Pero ella iba sin abrigo, con su sudadera roja y las mejillas encendidas.

—Ahora que vuelas… ¿por eso te pones más cerca aún del borde?

—Sí —contestó sin pensarlo—. Pero no es ese tipo de vuelo que asusta. Ahora tengo los dos pies en la punta de una estrella. —Me quedé en silencio. Solo la miré— ¿Y a ti?¿No te apetece saltar?

—Contigo aquí, no.

—¿Y si yo salto?

—Entonces te miro volar. Y cuando caigas y te espachurres en el suelo, te recogeré con una cuchara.

—Muy gracioso.

—Si cayeras, estaría abajo con los brazos abiertos para amortiguar el golpe.

Ella no dijo nada más. Solo me buscó con la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Y en ese gesto, en esa forma suya de no necesitar decir te quiero para que lo supiera, entendí que yo también estaba en el aire.

La amaba. La quería. La adoraba. Y si su felicidad estaba en otro escenario, en otro país, en otra luz… yo la aplaudiría desde cualquier

sitio. Porque amar era también no querer retenerla.

***

Unos días más tarde…

El teléfono vibró en mi bolsillo justo cuando salía de la habitación. La de mi madre. La número 304. Respondí antes de ver el nombre en la pantalla.

—¡Dylan!

Su voz tenía luz. Tenía esa electricidad que solo aparece cuando algo realmente bueno te desborda por dentro.

—¿Dónde estás? ¿Puedes hablar?

—Claro —dije. No le esclarecí que estaba en el hospital. No le dije que Geneva había vuelto a parecerme demasiado pequeña para tanto miedo.

—¡No te imaginas lo que es esto! —continuó, sin darme tiempo—. El teatro, Dylan… es precioso. Y el grupo. Y el ambiente. Me siento tan viva… ¡Tan dentro de todo otra vez!

Sonreí. Apoyé la espalda contra la pared y cerré los ojos un segundo.

—Sabía que lo vivirías así.

—¿Tú cómo estás? ¿Todo bien?

—Todo bien —mentí. Suavemente. Porque no era mentira del todo. Stana las odiaba, pero no me quedaba más remedio. No iba a opacar su felicidad, a empañar su sonrisa, a quitarle este momento

diciéndole que había tenido que viajar a Illinois porque mi madre había empeorado.

—Quería contártelo porque… sé que tú me viste volver antes que yo.

—Y me encanta tener razón —intenté bromear. Me salió la voz más baja de lo que pensaba.

—Prometo enviarte fotos. Y contarte cada detalle. Aunque estés harto. Aunque suene a diario adolescente.

—Nunca me cansas, Stana.

—Ojalá estuvieras aquí, ojalá vivieras esto conmigo. Ojalá pudieras verme. La próxima vez, te pides unos días y me acompañas —planeó y sonó bien.

—Estoy —dije. Y eso sí era verdad.

—Tengo que colgar, pero después te llamo. ¡Vamos a celebrarlo!

—Pásalo bien. Dile a Cara que no te dé muchos chupitos.

—No sé qué le pasa, está muy seria. Me ha dicho que le duele la cabeza, pero ya son demasiados días… —Colgamos después de unos minutos más, con esa ternura que queda cuando uno no quiere despedirse pero sabe que debe hacerlo.

Guardé el teléfono. Respiré hondo. Y volví a entrar en la habitación. Mi madre dormía. O lo intentaba. Las ojeras marcaban su rostro. Me senté a su lado. Le acaricié la mano, con cuidado. No quise pensar en nada. Ni en Milán. Ni en lo que no podía controlar. Solo en… En cómo uno puede sostener una mano a sabiendas que, tarde o temprano, tendrá que soltar, y, aun así, apretarla con más fuerza y cariño.

77

HABLAR Y SANAR

17 de enero de 2021
Staten Island, Nueva York

STANA

Mi madre ha horneado galletas. En el salón hay gente. Mi padre ve la tele con el volumen más alto de lo necesario y Maddox discute con la tía Linda sobre si poner perejil fresco es de esnobs o de cocineros decentes.

Cuando Niall llega, lo noto incómodo desde el primer paso.

—¿Vienes a pedirle permiso a mi padre para salir conmigo? —comento, al abrirle la puerta. Trae la cámara y el trípode en una bolsa colgando de los hombros—¿Subimos? Hay demasiada gente.

Lo guío en silencio hasta las escaleras, aunque sabe muy bien la ubicación, y las subimos, él detrás.

—¿No debería saludar a tus padres?

—Tendrías que saludar también a mi tía, y a Maddox. ¿Quieres eso? —No contesta y abro la puerta de mi dormitorio—. Entra, antes de que hagan un complot para sacrificarte.

—¿Maddox sigue enfadado?

—Menos, pero… sigue creyendo que él tiene parte de culpa. No sé en qué sentido ni de qué. Esto nos ha cogido a todos desprevenidos.

Nos sentamos en la cama. Los dos con las piernas cruzadas, frente a frente. Hay algo en él que no termina de relajarse.

—Gracias por venir.

—Gracias por invitarme.

—¿Has seguido haciendo fotos?

—Sí. Pocas. —Se rasca la nuca—. Me cuesta enfocar cosas que no me duelen.

—¿Te dolía hacerme fotos a escondidas por toda Europa? —bromeo.

—Eso no. Me fascinaste y… buscaba respuestas.

—Pero no las encontraste. Yo estoy igual. Te he invitado para contártelo todo de mí. —Me levanto despacio y poso los pies en el suelo—. ¿Te puedo enseñar algo?

—Claro.

Me agacho tras abrir el armario y saco la caja metálica donde guardo lo que no quiero olvidar. Papeles. Un programa del ballet. Cartas. Y una foto. La saco. La miro sin llorar. Y se la paso.

—Él fue importante. Mucho. No te lo conté antes porque no podía ni decir su nombre.

—¿Era tu novio?

—Era más que eso. Él me salvó. Confió en mí y me convenció de que podría volver a bailar. Nunca lo dudó. Estaba muy enamorada de él. Cuando se fue, creí que me moría, quería morirme; todo, de nuevo, perdió el sentido.

—Dylan.

—Dylan Hagen.

Niall se queda quieto. Muy quieto. Demasiado. Mira la foto durante varios segundos. Luego a mí. Luego, otra vez, la imagen.

—¿Estás bien? —pregunto, porque algo en él se ha ido de su cara.

—¿Dijiste… Hagen?

—Sí. ¿Por qué?

—Nada. —Traga saliva—. Solo… el apellido me suena.

Pero no es solo eso. Lo veo en sus manos. En cómo aprieta los dedos. En cómo deja la foto, con cuidado. En cómo se pone de pie sin mirar otra vez.

—¿Niall?

—Tengo que irme. Perdona.

—Espera, ¿qué pasa?

—Nada. De verdad. —Sale sin más. Baja las escaleras con pasos acelerados. Yo lo sigo y… cruza el pasillo y cierra la puerta principal tras desaparecer en el porche.

—¿Quién era? —Maddox camina hasta mí.

—Niall.

—¿Qué quería?

—No empieces. Yo lo invité. Teníamos que hablar.

—¿Y habéis hablado?

—Le he… Le he hablado de Dylan. No sé qué ha pasado. De pronto, tenía mucha prisa. —Doy unos pasos hacia atrás.

—¿Adónde vas? La tía Linda ha preguntado por ti.

—Eso no es cierto. No tiene ojos para nadie más si andas cerca.

—Stana, por favor, entretenla un rato. Me tiene agobiado. Me gustaría salir un rato.

—¿Has quedado?

—Sí. Pero sobre todo necesito alejarme de esa locomotora. ¿Cómo puede hablar tanto? No le da tiempo a respirar.

—Vale, pero solo si admites que has aceptado la cita de Ellie.

—Sí, pero no para tirármela, Stana. —Pongo los ojos en blanco—. Ya sé lo que quiero.

—Lo sabes ahora. Dentro de dos horas cambiarás de opinión.

No me escondo en mi habitación, sino que hago frente a la tía Linda durante un rato, hasta que se le olvida que mi hermano se ha marchado y recuerda que discutir y poner de los nervios a mi padre es más divertido que estar conmigo, que, por cierto, casi no la escucho. ¿Cómo hacerlo? Tengo la cabeza en Niall y su educada

estampida. En eso y en… la foto de Dylan, que no veía desde que se fue.

78

SENTIRLO

Aeropuerto de Milán-Malpensa
8 de diciembre de 2017

STANA

Cara y yo estábamos sentadas junto a la puerta de embarque, con los abrigos sobre las piernas y las botellas de agua a medio terminar. Ella leía. Yo miraba por el ventanal, viendo cómo las luces del atardecer se colaban entre las alas de los aviones.

—¿Te lo crees ya? —preguntó sin apartar la vista del libro.

—¿El qué?

—Que lo hiciste. Que volviste. Que bailaste en Milán sin derrumbarte.

Sonreí.
No contesté.

Lo había sentido la noche anterior, en el camerino, mientras me desmaquillaba: una calma inverosímil.

—¿Sabes qué fue lo mejor? —Sonreí.

—¿El aplauso final?

—El momento justo antes de entrar al escenario. Estaba tan nerviosa que me temblaban hasta las pestañas. Pero respiré. Pensé en Dylan. Y sentí que podía.

Cara cerró el libro y se centró en mí.

—Te vas a comer el mundo.

—Vamos a comérnoslos juntas, de nuevo, de la mano. —La agarré.

—He deseado esto tantas veces durante el último año.

—Me alegra que me lo digas, porque… he dudado sobre ti durante estos días. Has estado ausente. ¿No te ha alegrado mi vuelta? —Hundió los hombros y el pecho con lo que escuchaba.

—Oh, Stana, ¿eso te he hecho creer? Lo siento mucho.

—¿Y qué te pasa? ¿Tus padres están bien?

—Es Maddox, pero no quería hablar de ello, y menos contigo, porque me pone muy triste y no es momento para llorar, sino para celebrar. —Sonrió sin poder esconder su tristeza—. Estoy tan contenta por ti que tu hermano ha pasado a un segundo plano. Casi no tiene importancia.

—Te creería si no estuvieras a punto de llorar.

—Es de alegría.

—Mentira.

—Es mentira, pero… No se merece ni una de mis lágrimas. Se acabó.

—Voy a abrir la caja de pandora, pero… ¿qué ha hecho?

—Tardaría en contarlo.

—Tenemos casi una hora. —Señalé la pantalla de embarque.

—Lo he pillado liándose con otra. Bueno, liándose no, flirteando. Sé que eso puede ser hasta normal. Pero él sabía que yo podría verlo. Lo ha hecho para alejarme. Y yo ya no quiero estar en un lugar en el que no me respetan.

—Yo te respeto porque no te conformes con lo que te da el gilipollas de mi hermano. No deberías hacerlo, ni siquiera planteártelo. Por mucho que lo quieras. El amor es importante, pero el amor por uno mismo lo es más. Nada debería superarlo, ni hacerlo de menos.

—Eres la mejor. Te quiero.

—Yo también te quiero.

El teléfono vibró en mi bolso y lo cogí.

—El gilipollas —indiqué, al leer su nombre en la pantalla.

—Por lo menos, es el mejor en algo.

—No quiero saber vuestras andanzas sexuales.

—Me refiero al mejor hermano.
—¿Qué pasa? —descolgué—. ¿Me echas de menos? ¿Necesitas que vaya a rescatarte a alguna fiesta? Sabes que estoy demasiado lejos de Nueva York.

—Stana… —su voz no era su voz. Estaba rasgada. Apagada.

Me puse de pie de golpe. Algo me empujó a saltar. Cara me miró, alerta.

—¿Qué ha pasado? ¿Mamá y papá están bien?

—Es Dylan. —Todo en mí enmudeció—. Ha tenido un accidente. Lo han llevado al hospital. No sé más.

—¿Cómo está? ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he llamado y… ha contestado su madre.

—¿Su madre? ¿Maire está en Nueva York?

—Dylan está en Geneva. No te lo dijo por no preocuparte. Su madre lo necesitaba. Volvía esta misma noche. —El suelo se movió un poco. O fui yo.

Mi amiga me sujetó del brazo. Yo apenas podía respirar.

—Voy para allá. —Ni siquiera pensé.

—¿Adónde? En minutos coges el avión a Nueva York. Por eso te lo he dicho, quería esperar a que llegaras, pero… Quizá te enterabas de otra manera. Su madre quería llamarte. Prefería ser yo quien te lo dijera.

—Pero está bien…

—Yo… No lo sé.

Colgué y comencé a llorar. Un torrente de lágrimas y el corazón encogido, hecho añicos. Entendí que todo podía esperar y dejó de ser importante. El ballet, mi triunfo, las felicitaciones, la vuelta. Solo había una cosa por encima de todo lo demás: que Dylan estuviera bien y que la vida no se la jugara, a los dos, pero sobre todo a él.

79

NO CONTESTAR

19 de enero de 2021
Nueva York

STANA

He escrito a Niall ocho veces desde que se fue de mi casa sin motivo aparente. Lo he llamado cinco. He esperado en línea, no ha contestado nunca. Las personas no desaparecen así. Niall está borrándose, desdibuja su rastro, pero yo he aprendido a leer sobre mapas que ni existen, así que hago lo que evitaba por no parecer repetitiva ni pesada. Sí, llamo a su hermana. Contesta al segundo tono. Ya sabía que era yo.

—Hola, Stana.

—¿Podemos vernos? —No me ando con rodeos.

—¿Estás bien?

—No. Pero necesito que me digas dónde está. —No tengo que explicarle más, claro; Ellie es superdotada y yo y mi reacción muy previsibles.

Quedamos en una cafetería con paredes rojas, esta vez cerca del metro. Ellie lleva una coleta perfecta y una chaqueta de cuero negra. Está preciosa, pero le acompaña una mirada cansada.

—Gracias por entenderme. Me alegra que sigas en Nueva York. Esta ciudad estresa a cualquiera. Parece que no has dormido en días.

—Niall está insoportable. Estoy pensando en volver a Filadelfia.

—¿Qué le pasa? —le pregunto directamente—. Creí que había algo entre nosotros. ¿Por qué se fue así de mi casa? ¿Te lo ha contado? Ha desaparecido.

—Sí… —Estornuda—. Perdona, estoy resfriada. —Coge una servilleta de papel, apiladas sobre la mesa, y se la lleva a la nariz—. El clima, supongo. Me lo ha contado y… —Da un sorbo a su chocolate—. Sé lo que pasa, pero no me corresponde a mí contarlo. Si quieres saberlo, tienes que escucharlo de él.

—No me coge el teléfono.

—Porque no sabe si podrás con la verdad. No porque no quiera verte. —Sus palabras me remueven. Pero no insisto.

—Dime solo dónde está —le pido—. Solo eso.

Ellie vacila un segundo. Después asiente.

—East River Park. Esta vez no es trabajo. Lo he echado del motel y le he pedido que respire aire fresco, o lo asesinaré esta misma noche. ¿Tengo pinta de sobrevivir en la cárcel? —Niego—. Pues eso.

—Ellie… No sé cómo agradecértelo.

—Cómprame algo caro. Me gusta lo exclusivo —bromea y se pone seria—. Stana, él no lo eligió, ni se alegra de que ocurriera, pero yo sí, en cierto modo. Es mi hermano. Niall es la persona más importante para mí sobre la tierra.

No tengo ni idea de lo que habla.

***

Camino por el sendero de grava hasta llegar al claro. Desde allí se ve el puente de Williamsburg, enmarcado por árboles desnudos y bancos vacíos. Y ahí está él. Niall. Con la cámara colgada del cuello, agachado frente a un charco que refleja el cielo. Lo observo unos segundos. No sé si me ha oído o si el sonido del obturador lo mantiene lejos del resto. Cuando se gira y me ve, no se sorprende. Solo se queda quieto.

—No cogías el teléfono —me excuso y me acerco.

—Lo sé —responde, sin moverse—. Lo siento.

—¿Puedo sentarme? —pregunto.

—Claro.

Me acomodo a su lado, en el borde del banco de piedra. Él vuelve a levantar la cámara. Hace una foto al reflejo del puente. Otra a la nada, supongo, él seguro que ve algo que a mí se me escapa, como lo que me ha traído aquí. Luego baja la cámara y se gira hacia mí.

—Te fuiste, aunque más que largarte, huiste. ¿De… mí? —lancé.

—No, jamás huiría de ti.

—¿Entonces? Me dijiste que te quedarías, que no te marcharías, prometiste quedarte un rato. ¿Ya ha pasado ese rato?

—Desde la primera vez que hablé contigo, supe que me quedaría a tu lado para siempre, si tú me dejabas. Dije un rato para no asustarte.

—¿Y qué haces? Me asustas ahora.

—Hay cosas que no sabes…

—¿Qué cosas? Nos lo hemos contado todo…

—Stana…

—¿Qué?

—¿Qué le pasó a Dylan?

80

HORAS INFINITAS

En vuelo, Milán – Nueva York
8 de diciembre de 2017

STANA

Ocho horas y media de vuelo. Ocho horas y media de aire entre él y yo. Y ni un solo minuto en el que pudiera pensar en otra cosa. La azafata se ofreció a traerme agua dos veces. La rechacé ambas. Tenía la garganta cerrada, las manos heladas y una vibración en el pecho que no me dejaba respirar del todo.

Cara estaba a mi lado. No intentó llenar el silencio. Solo me sujetó la mano cuando notó que apretaba los puños contra las piernas.

—Va a ir todo bien —susurró una vez.

Yo no respondí. Miré por la ventanilla y lloré. Siempre había pensado que volar era una forma de avanzar. Pero aquel día, solo sentía que todo se alejaba. Volar, eso quería yo, eso quería Dylan…

—Dylan quiere viajar alrededor del mundo, y quiere que lo acompañe, asegura que no lo haría sin mí… —hipé.

—Lo haréis. Seguro. —Mi amiga estaba a punto de llorar también. Me acarició la espalda y me dio un beso en el hombro.

No tardé en ver a Maddox en la terminal de salida. Esperaba junto a la cinta de equipaje, con el abrigo abierto y los ojos más cerrados

de lo normal. Se acercó y me abrazó, me sujetó, porque casi caigo al suelo.

—Tengo dos billetes. Salen en una hora y media. A Chicago —informó.

—Chicago… —Ahí estaba mi hermano mayor, haciendo de hermano mayor, el mejor, tal y como había indicado Cara.

—Después alquilamos un coche y conducimos hasta Geneva.

—Tenéis que iros ya —apuntó Cara. Yo me encargo de todo aquí. —Me rodeó con los brazos y me apretó la espalda con fuerza.

—Llámame en cuanto sepas algo. Por favor.

—Sí… Claro… —musité.

—Dale un puñetazo en el brazo a Dylan de mi parte cuando lo veas. —Me dio un beso en la mejilla y nos despedimos. Ella se quedaba en casa, yo no tenía ni idea de adónde iba.

***

Cuando salimos del aeropuerto de Chicago, el frío nos golpeó como una respuesta inmediata. Ni siquiera hablamos durante el trayecto en coche. Maddox conducía. Nevaba. Yo iba con la frente apoyada en el cristal de la ventanilla, repasando con la vista cada árbol desnudo, cada letrero de carretera, cada señal que no quería leer.

Llegamos poco antes del amanecer. Luces blancas, pasillos largos y muchas puertas prohibidas. Maddox preguntó en recepción.

—Tercera planta. Unidad de Cuidados Intensivos.

Maire estaba sentada en una butaca en un pasillo árido, con un pañuelo azul cubriéndole la cabeza y el rostro más pálido de lo que recordaba. Lo peor, su alma, tirada en el suelo, y sus ojos, húmedos, agotados de derramar tantas lágrimas.

Se levantó al verme. Y su cuerpo tembló un poco. Pero no dijo nada. Solo extendió los brazos. Corrí hasta ella. Nos abrazamos. Y… se rompió. La sujeté con todo el cuidado que pude, pero la dos íbamos a deshacernos en cualquier momento.

—Lo siento —susurré—. Lo siento, Maire.

—Gracias por venir. Sabía que vendrías. Siempre lo he sabido.

Maddox se quedó a un lado. Nos dio espacio.

—¿Dónde está? —pregunté.

Ella señaló una puerta al fondo del pasillo.

—En observación. Estable. Pero dormido. —Inspiró hondo. Se sentó de nuevo. Sus manos temblaban—. No fue un accidente grave. Una pierna rota, pero ese… Ese no es el problema, Stana.

Mi cuerpo se tensó.

—¿Qué quieres decir?

—Los médicos le han hecho pruebas. Porque no se explican por qué se salió de la calzada. Iba despacio, era una recta… —Miró al suelo.

—No te entiendo…

—Hay antecedentes en mi familia…

Me arrodillé frente a ella.

—¿Está en peligro? —Iba a estallarme el corazón, la piel se me agrietaba mientras yo trataba de mantener el equilibrio.

—No lo sé —murmuró—. No nos lo dicen claro. Solo que hay que actuar con rapidez. —Se tapó la cara y se le escapó un gran sollozo.

Pasó más de una hora. Maddox estaba sentado en una esquina, apoyado contra la pared, sin mirar el móvil, sin hablar. Maire, con las manos entrelazadas, murmuraba algo que no llegué a entender. Yo me mantenía erguida en la silla deseando despertar de aquella pesadilla.

El médico salió de entre las puertas y caminó hasta nosotros. Era joven. La bata blanca le colgaba por debajo de las rodillas. Llevaba una carpeta en la mano y el rostro ya entrenado en ese tipo de noticias.

—¿Familia de Dylan Hagen?

Nos pusimos en pie al mismo tiempo. Mi hermano se colocó a mi lado.

—Soy su madre.

—Y yo… —tragué saliva—. Yo soy su novia.

El médico asintió con suavidad. Nos miró a los tres. Buscó un lugar donde hablar. Se apartó un poco del pasillo, tratando de protegernos de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Sé que están esperando que les diga que ya está fuera de peligro —comenzó—. Y ojalá pudiera. —Hizo una pausa—. Dylan ha sufrido un accidente cerebrovascular. Un derrame. El golpe en la

cabeza tras el accidente nos hizo sospechar, y las imágenes por resonancia confirmaron lo que temíamos.

Maire se llevó la mano a la boca.

—¿Pero fue el accidente…?

—No. Al contrario. —El médico bajó la voz—. Creemos que el derrame se produjo mientras conducía, lo que causó la pérdida de control del vehículo. Fue leve en términos de impacto físico, pero el daño cerebral… es severo.

Maddox inspiró fuerte. Yo no podía parpadear.

—¿Qué significa severo? —pregunté.

—El sangrado ha inundado gran parte del hemisferio izquierdo del cerebro. Hemos intentado controlar la presión intracraneal. Se le administraron fármacos, se aplicó hipotermia para reducir la inflamación. Todo lo posible, dentro del protocolo.

—¿Y ahora?

—Ahora… ya no responde. —Nos miró con una gravedad serena —. Está en coma profundo. No inducido. No hay actividad cerebral significativa. —Y luego, con una suavidad quirúrgica—: No hay nada más que podamos hacer.

El pasillo se volvió más pequeño. El aire desapareció. Maire se dejó caer en la silla y yo comencé a balbucear.

—No, no, no… ¡No! —grité al doctor—. ¡No es cierto! ¡Dylan va a ponerse bien! ¡Va a estar bien! ¡Volveremos a casa!

—Señorita…

—¡Sálvele! ¡¡Es su trabajo!! —Lloraba y lloraba—. ¡Sálvele la vida! —Maddox me agarró por la cintura y me apartó del sanitario, que no estaba asustado, pero yo sí estaba invadiendo su espacio—. No puede ser…. No… Maddox… Dime que se pondrá bien. Dime que no es cierto… Dylan no va a morirse… Vamos a viajar, daremos la vuelta al mundo… Volaremos en una avioneta, alquilaremos bicicletas en Tailandia, subiremos a un globo aunque yo no quiera… —Hablaba sin sentido, o con todo el sentido del mundo para mí.

Mi hermano me abrazó con fuerza. No sé durante cuánto tiempo, hasta que el médico, supongo que el mismo, nos interrumpió.

—Hay algo… —añadió el doctor, y en su tono no había frialdad, solo respeto—. Sé que no es el momento más fácil para hablar de esto, pero es parte del protocolo. —Hizo una pausa—. Dylan está clínicamente vivo. Su corazón sigue latiendo. Sus pulmones respiran con ayuda mecánica. —Se dirigió a Maddox, que era el único que lo escuchaba—. Y aunque ustedes estén comenzando a despedirse… hay algo que pueden considerar. —Lo supimos antes de que lo dijera —. La donación de órganos. Sé que es una decisión difícil, pero Dylan puede salvar otras vidas. Su corazón, su hígado, sus riñones… incluso córneas, tejidos. Puede dar luz donde ahora hay oscuridad. Y si en algún momento se lo planteó, o habló de ello con ustedes, sería de gran ayuda saberlo.

Nadie respondió. No al principio. El mundo acababa de abrirse bajo nuestros pies. Y sin embargo, ahí estaba esa posibilidad: que él siguiera. En otros cuerpos. En otras vidas. En otras segundas oportunidades. ¿Tenía derecho a enfadarme? Quizá, pero no lo hice. Seguí llorando. Maddox se acercó a Maire y le preguntó, pero ella no respondió.

No sé de dónde cogí la fuerza, pero me acerqué al médico y solté:

—Él… Él habría querido hacer algo bueno. Siempre fue así. No es de los que se aferran a lo que ya no puede sostenerse. Es… Era de

los que sueltan para que otros vuelen. —Me temblaba la voz, la carne, cada célula.

No podía creerlo. Ni quería. Ni estaba preparada.

—¿Podría estar en el Registro de Donación de Vida?

—No me lo dijo, pero… —hipé—. Apostaría a que sí.

—Está bien. Pediré que lo comprueben.

Maire, con una fuerza increíble, se puso de pie y ordenó:

—No tiene por qué comprobarlo. Soy su madre y conozco a mi hijo. Hágalo. No me cabe duda de cuál sería su decisión.

—De acuerdo. Activaré el protocolo.

—Doctor. —Maddox lo detuvo—. Podemos entrar a… despedirnos.

—Por supuesto. Ahora vendrá una enfermera.

***

No llamé a la habitación antes de entrar, aunque fue mi primer impulso. Ya lloraba y eso que trataba de contenerme. No sé. Quería decirle adiós con una pequeña sonrisa, pero no podía. El sonido constante de las máquinas me recordó que no era humano, Dylan ya no estaba, era cierto, la máquina lo mantenía vivo.

Había visto hospitales antes, claro, estuve en uno demasiado tiempo, pero nunca así, nunca con el amor de mi vida dentro, frágil y sempiterno.

El monitor marcaba líneas verdes en una pantalla negra. El respirador susurraba por él. Cada tubo era una herida más; cada

cable, la renuncia a la creencia de que aquello no era verdad.

Estaba pasando.

Dylan, tumbado en una cama con sábanas blancas, como las de nuestro piso, pero más frías. La cabeza descansaba ligeramente hacia la izquierda y la piel brillaba, más pálida de lo que nunca imaginé.

Me acerqué en silencio. No dije nada. No podía articular palabra. Me senté a su lado. Tomé su mano y… ni dije su nombre. ¿Para qué llenar la habitación con palabras que no podían alcanzarlo?

Solo lo miré durante minutos. Grabé cada una de sus facciones, de sus lunares, de las curvas de su rostro, sus hombros y la líneas de sus manos. Y entonces lloré, mucho, como no había llorado nunca. Me ahorré los gritos y los temblores. Las lágrimas salían una tras otra, y dejé que así fuera porque no había otra cosa que hacer.

Le acaricié el cabello, lo aparté de su frente, le toqué la mejilla. Y lloré. Seguí llorando, porque no había otra forma, no encontraba consuelo porque… Nadie nos enseña a despedirnos de lo que aún respira.

Lloré e… hice mi duelo.

Dylan…

Te escribo porque no sé hablar sin temblar. Y porque lo último que mereces es una despedida atropellada. Lo hago en esa libreta que me regalaste y que está repleta de listas de la compra, de lo que me hubiera gustado haber hecho contigo y de todas las veces que me dijiste te quiero con hechos, no con promesas vacías.

Hoy he entendido algo. Algo que antes confundía. Pensaba que volar era bailar. Que solo sobre un escenario, entre luces y música, podía sentirme libre y viva. Creía que volar era mover el cuerpo de una forma tan precisa que doliera de perfección. Creía que volar era desafiar al tiempo, al peso, a la caída.

Pero hoy me doy cuenta de que estaba equivocada. Que volar era otra cosa. Que volar era dar. Y que tú, Dylan, lo hiciste incluso cuando ya no podías quedarte. Hoy entendí que volar no es despegar. Es traspasar. Y tú vas a volar de verdad. No por encima del mundo, sino dentro de él. Vas a quedarte donde más importa: en los pulmones que volverán a respirar por ti, en el corazón que latirá sin saber que te debe cada segundo.

Vas a ser una nueva oportunidad en alguien que no conoce tu nombre, pero que, sin saberlo, va a llevarte dentro.

Y yo… Yo te llevo en todo. En mi manera de mirar el cielo. En cómo coloco las manos cuando me recojo el moño. En cómo me permito tener miedo y seguir viviendo. En cómo, cuando me siento perdida, cierro los ojos y te imagino diciéndome que siga aunque duela, que el alma necesita movimiento, igual que los músculos, para no atrofiarse y morirse, ni por fuera ni por dentro, todo esto sonriendo.

Gracias por enseñarme que el amor no es solo quedarse. También es irse con sentido. Con entrega. Con vuelo.

Yo seguiré. No porque pueda. Sino porque tú no te rendiste nunca. Y porque ahora sé que volar no era bailar. Era vivir en los demás.

Y tú vas a vivir.
Te lo prometo.

Te quiero,

Stana

81

COLÁNDOSE EN LAS VENAS

19 de enero de 2021
Nueva York – East River Park

NIALL

Escucho cada palabra, cada frase, cada uno de sus suspiros y sollozos sin perder detalle ni cariño, al contrario, la historia de Dylan se cuela en mis venas y llegan a este corazón. Estoy petrificado, alucinado, porque Ellie va a llevar razón.

Ella ha dicho su nombre. Completo, aunque yo ya lo sabía. Stana acaba de contarme cómo murió Dylan Hagen, por qué y cómo fueron sus últimos momentos; sí, el último rato del chico que salvó mi vida y me dio una oportunidad. Estuvo en coma. Yo sabía una parte y, de repente, tengo las piezas frente a mí y… no es un alivio. La herida abierta sigue latiendo.

No la miro, no puedo. Tengo la vista fija en el agua, en el reflejo de las ramas, en el cielo que ya empieza a apagarse. Ella calla también, después de hablar durante media hora y soltarlo todo. No tengo que preguntarle para saber que hace mucho que no se abre en canal, que hace mucho que no habla de esto, si es que lo ha hecho alguna vez. Es una valiente mientras yo reúno el valor para contarle la verdad de lo que he guardado tanto tiempo.

—Stana… Yo… lo lamento mucho. Lamento mucho lo que le ocurrió a Dylan.

—Y yo… —suspira y se limpia las lágrimas con la manga—. Tenía toda la vida por delante. —Se gira y me mira con los ojos luminiscentes. Es preciosa.

—No fue casualidad que apareciera en tu vida, o… tú en la mía —empiezo—. Yo… Estuve enfermo desde niño. Nací con una miocardiopatía restrictiva. Mi corazón funcionaba, pero cada vez peor. Como un motor que se apaga a cámara lenta. —Ella escucha con atención—. Fui un niño normal hasta que dejé de serlo. Luego, cada año, un poco menos. Menos aire. Menos fuerza. Más miedo. —Trago saliva—. Me dijeron que no me quedaba mucho. Que el trasplante era la única opción. Pero no llegaba. Me despedí de todo, en silencio, jugaba con mis amigos como si esa fuera la última vez, o veía cómo ellos jugaban… —Sonreí con tristeza—. Porque quizá no los vería más. Cerraba los ojos por la noche sin saber si despertaría por la mañana… —Sus labios tiemblan—. Hasta que una madrugada… me llamaron. No hace demasiado tiempo. —No tengo que decirle qué día fue. Ella ya lo sabe. Aprieta las manos en su regazo—. Entré en quirófano con miedo. Con gratitud. Sabía que mi nueva oportunidad tenía nombre y apellidos… Y familia. Quizá una novia, una esposa, hijos…

—¿Cómo…? ¿Cómo supiste quién era? —Se le rasga la voz.

—No podía saberlo con certeza. Su identidad estaba protegida. Burocracia. Secretos médicos. Protocolos. Pero quise agradecerlo. Necesitaba saber quién me había salvado la vida. —Bajo la cabeza—. Revisé noticias. Fechas. Accidentes. No fue fácil. Pero lo encontré. —Stana cubre su boca con una mano. Llora en silencio—. Busqué a su familia para darles las gracias…

—Maire… —susurra.

—Maire había fallecido hacía muy poco. No… No había nadie más. No supe de ti. Lo intenté. Quise agradecerle lo que hizo. Pero cuando escribí al hospital, cuando busqué registros… me encontré

con una nota: fallecida a consecuencia de una enfermedad previa. No ponía más.

—Cáncer —indica Stana—. Estaba enferma desde dos años antes del accidente. Dylan cuidaba de ella.

Levanto la cabeza y me fijo en ella, de verdad, en lo que guardaba y ha sacado, en lo que yo le he enseñado. Sus ojos me observan llenos de esperanza.

—Pero ahora estoy aquí. Y tú… Tú eres lo más cercano que tengo a esa promesa. —Ella se lleva la mano al pecho—. Gracias. El corazón de Dylan me salvó de una muerte segura. Llevo pensando en el agradecimiento años y ahora… Sigo sin encontrar las palabras adecuadas.

Stana lleva sus pupilas hasta mi pecho. Sus mejillas están empapadas.

—¿Puedo…? —pregunta. No tiene que especificar. Asiento. Ella se acerca, muy despacio, alza la mano, la abre y la lleva hasta mi pecho. Son segundos, pero cuentan como años. Todos los que llevo esperando. La coloca sobre mi corazón y me mira a los ojos. Nos encontramos en medio del universo, del infinito y unos metros más, de la eternidad. Después, la aparta, pega la mejilla en el mismo lugar y cierra los ojos. Sucede algo que no puedo explicar, ni yo, ni ella. Mi corazón, el suyo, el nuestro, de repente, bombea con fuerza, da un salto y se acelera. Stana respira hondo y se deja llevar por el latido. Sé que lo ha reconocido, se han reconocido.

—Está aquí. Sigues aquí —susurra muy flojito. No sé si habla de Dylan o de la vida, pero no importa, porque en este momento, con su rostro sobre mí, con mis brazos rodeándola, con su llanto cayendo en mi camiseta… todo tiene sentido. Incluso el dolor, el de los dos. Incluso el milagro.

Algunas mañanas me pregunto si mi corazón sigue siendo solo mío. Late en mi pecho. Responde a mis emociones. Se acelera cuando la miro. Se encoge cuando tengo miedo. Pero… no nació conmigo. No es mi historia del todo. Y entonces escucho a Stana hablar de Dylan. De su forma de reír. De cómo decía las cosas con pausa. De cómo cuidaba a su madre. De cómo la miraba. Y me doy cuenta de que tal vez no solo llevo su corazón físico, sino algo más.

Algo invisible.

Algo que se cuela en los silencios. En las decisiones pequeñas, y en las grandes. En las cosas que reconozco y que no había visto antes jamás.

—Me gustaría saber si su hígado salvó otra vida. Si sus córneas le devolvieron el mundo a alguien. Si sus pulmones volvieron a respirar en otro cuerpo. Me gustaría saber si, en algún lugar, hay gente que sabe que está viva gracias a él.

—Lo saben, aunque no le pongan nombre ni cara. —Pego mi frente a la suya—. Late en mí, Stana, sigue amándote a través de mí, porque… yo te amo desde el instante en que te vi. —Nuestros alientos se mezclan y… nos besamos. Un beso lento, sentido y deseado. Los dos hemos llegado hasta aquí andando, atados por un hilo invisible, por todo el mundo.

82

DUELE, AÚN DUELE

5 de noviembre de 2018
Nueva York

STANA

Había pasado un año, o casi, desde que me llamó Maddox, desde que volví de Milan con los pies entumecidos por el ballet y el alma perdida por la noticia. Doce meses desde que recorrí los pasillos del hospital de Geneva hasta quedarme sin aire, desde que supe que no volvería a escuchar su voz, que ya no habría más vino en un tejado, ni palabras bonitas en un cuaderno y bolas de nieve que regalar cualquier día. Ahora, esas bolas, también me dolían a mí. Y aun así, seguía soñando con él. Sentía que estaba vivo, que Dyaln me hablaba en todas partes, sobre todo por la noche, cuando cerraba los ojos. No cada madrugada, pero sí las suficientes para despertarme con el cuerpo lleno de un amor que ya no estaba. En ocasione veía sus manos o sus ojos, cerrándose; el sonido de su risa, incluso mi memoria inventaba partes de nuestras historia que se había visto truncada. Nuestra boda, nuestros hijos. Los sueños son caprichosos y hacían conmigo lo que les daba la gana. Me hablaba, callaba, simplemente estaba. En los peores, no lograba alcanzarlo. Dylan estaba al otro lado de una habitación, cerca pero lejos, o en una calle, una ciudad… y no me veía por mucho que yo gritara.

Nunca me había sentido tan cansada. Tan ajena a todo, tan lejos, incluso del ballet, que antes era casa, hogar y piel. Ahora solo era movimientos sin sentido, música sin ruido. Un vacío.

No hablaba de él con nadie. Cara lo evitaba. Maddox lo nombraba solo cuando yo lo hacía. Y mis padres… Bueno, mis padres no perdían la esperanza en mí y en que volviera a ser feliz. Mamá me animaba a seguir bailando, pero yo había cambiado, aún sin saber cómo ni cuánto.

Me dolía hasta respirar. Y sin embargo, seguía haciéndolo. No tenía otra opción. Pero aquella mañana, al abrir los ojos, me sentí extraña. No soñé con él, por primera vez en meses, sino con un lugar, una luz blanca, calles solitarias, vestimenta extraña de gente que no conocía y… una sensación de calma.

—¿Por qué vas a abandonar el ballet? —Mi familia no entendía mi decisión y Maddox me lo hizo saber con un grito en medio del salón —. ¿Después de todo lo que te costó volver?

—Porque ya no lo siento. No como antes. —Había reunido a mis padres y a mi hermano para informarles de mi decisión.

—¿No lo sientes o no quieres sentirlo? —Guardé silencio. Esa era la pregunta que no quería que me hicieran. Porque no sabía la respuesta—. Es lo único que has amado más que a ti misma. Lo dijiste mil veces.

—Pues ahora no lo amo. O no sé cómo hacerlo sin que me duela.

Maddox tenía la mandíbula apretada, el ceño fruncido, atrapado entre el reproche y el cariño.

—No puedes irte así, sin más.

Mamá no dijo nada, papá tampoco. No querían que me marchara, pero ambos eran conscientes de que allí ya no era feliz.

La maleta me miraba a medio hacer. Una parte de mí aún esperaba que algo cambiara, que alguien me detuviera, pero no había nadie. Ni en esta casa, ni en toda la tierra. No iba a cambiar. ¿Cómo hacerlo?

Afuera, la tarde se apagaba con lentitud, anunciando que terminaba algo importante. Una historia. Un capítulo.

—¿Vas a marcharte sin decirme adónde? —Su voz sonaba cansada. Maddox llevaba horas ensayando la pregunta, nos conocemos y ninguna de las respuestas posibles iba a servirle. Tenía los brazos cruzados y la mirada vencida. No era un reproche, pero tampoco comprensión.

—Es que no lo sé —respondí.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé. Me iré a donde sueñe esta noche.

—¿Y si sueñas con Kansas?

—Pues me iré a Kansas.

No sonrió.

—Esto es una locura.

—Quiero que deje de ser eso mismo. Si me quedo, voy a volverme loca.

No sabía qué hacer con esta versión de mí. La que empacaba poco, pero se llevaba todo lo que no podía verse.

—Estás escapando.

—No. Estoy buscando. Y eso no es lo mismo.

—¿Buscando el qué?

Me encogí de hombros. Doblé una camiseta con más cuidado del necesario. Como si fuera frágil, ella y yo. Y no era así. Había demostrado que renazco de mis cenizas.

—Una parte de mí. O de lo que fui. O de lo que podría ser.

Él se apoyó en el marco de la puerta. No entró. Quizá no quería cruzar del todo la distancia. O no supiera cómo. Maddox era discapacitado emocional.

—¿Te vas por él?

—No solo por él. Pero también.

No había enfado. Solo un cansancio antiguo. Uno que viene de luchar demasiado tiempo por lo mismo.

—Lo intenté contigo. He estado a tu lado en todo momento —murmuró.

—Lo sé. Y te lo agradezco.

—Y aun así te vas. ¿No me quieres?

—No digas estupideces. No podría dejar de quererte aunque quisiera. Y a veces haces méritos.

—No me hace gracia.

—A mí tampoco. —Cerré la mochila—. Quedarme no significa que esté. No estoy, ¿no lo ves?

—Te rindes. No esperaba esto de ti.

—Si me conoces bien, y estoy segura de que sí, sabes que no soy de las que se rinden.

—¿Y el amor? Todos te queremos, no solo yo. —Estaba a punto de llorar—. ¿Dónde queda?

—Aquí —me toqué el pecho, justo en el centro—. Me lo llevo conmigo. Algunos solo te enseñan a irte.

—¿Volverás?

—Supongo.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—Promete que volverás.

—Lo haré, pero no sé si será para quedarme para siempre.

Esa noche soñé con un lugar. No era una ciudad exacta. Una sensación. Un cuerpo que baila. Un cielo distinto. Un idioma que no entiendo, pero que siento.

Al día siguiente reservé un vuelo. El primero de muchos. No porque quisiera escapar del amor. Sino porque quería encontrarlo… dentro de mí.

Porque hay despedidas que no son un final, sino un permiso y un comienzo.

Porque volar no es solo irse. Es atreverse a romperse para reconstruirse de nuevo. Es verse desde lejos, mirar con los ojos

cerrados, asomarte a la cornisa de un tejado sin vértigo.

Yo quería volver a amar con los pies puestos sobre dos puntas de una estrella, como antes, como después de él, como todos merecemos, sin garantías de que nos rompan, pero sin miedo.

EPÍLOGO

STANA

Meses después…

No sé exactamente en qué momento volví a respirar sin que doliera. Supongo que no fue un instante concreto, sino una suma de pequeños actos cotidianos. Como cuando una de las niñas tropieza durante la clase y se levanta sola, con una sonrisa tímida. O cuando, al cerrar la puerta del estudio al final del día, me sorprendo tarareando una melodía sin darme cuenta.

La música suena baja en la sala. Los niños danzan desorientados, más atentos a sus zapatillas que a sus pasos y, aun así, sonrío, porque no hay precisión, pero sí muchas ganas y ternura. No hay técnica, pero sí impulso. Me agacho a colocar bien el lazo a una de las chicas, se llama Lana y tiene los ojos como un mar limpio. Me acaricia el cabello y me pregunta si está haciéndolo bien.

—Casi perfecto. —Le guiño un ojo.

El reloj marca las cinco y media. No miro la hora para ver cuánto falta para terminar porque el tiempo ahora no me duele ni me pesa.

Cuando se marchan, apago la música, pero no el silencio. A veces, escucho la risa de Dylan y no me duele como antes, ahora habita en un rincón en mi pecho. Y no quiero que se marche, lo mantengo ahí, lo agarro con fuerza para que se quede ahí.

He aprendido a querer a Dylan en su ausencia. He aprendido a mirar y a amar a Niall sin miedo.

Me siento en el suelo, al borde del espejo, y observo mi reflejo. Ya no resulta extraño, ya no me resulta ajeno.

No hay coreografía que sobreviva al entusiasmo de esos pequeños, pienso. Yo los miro y los dejo ser. A veces creo que enseñarles es una forma de recordar lo que perdí… y de celebrar lo que aún tengo. Porque sigo aquí. Y ya no arrastro los pies.

Me cuesta hablar de todo sin que se me enreden las palabras. Maddox dice que aún es pronto, Cara me anima a que vaya a terapia, ellos siguen llevándose la contraria. No sé muy bien qué hacer con todo lo que se me despierta. Lo que siento por Niall no es una repetición ni un consuelo ni una sombra de lo que un día fue mi amor por Dylan. Es distinto. Y eso me da miedo. Porque no es más, pero tampoco menos.

—Abrir el corazón una segunda vez es como saltar sabiendo exactamente cuánto duele la caída —me dijo Cara cuando le conté lo que había acontecido, por qué Niall y yo nos habíamos encontrado entre tanta gente, entre tanto estorbo, entre tanto ruido.

Niall fue paciente. Esperó. Escuchó. No intentó sustituir nada, ni a nadie. Me dejó espacio para llorar y para reír. Me dejó tiempo para decidir. Yo no salí corriendo, no hui. Escuché un sonido dentro de mí, traté de comprender cómo habíamos llegado hasta allí. Me costó procesarlo. Aún me cuesta a veces. ¿Qué clase de ironía maravillosa y brutal fue esa? Que el corazón de quien amé siga latiendo… en el pecho de quien amo ahora.

No tengo respuestas. Ni promesas. Solo lo que siento cuando él me coge la mano, cuando la aprieta. Cuando me habla y le hablo, muy atento. Cuando me llama por mi nombre y lo pronuncia desde el centro de su alma.

Estoy aquí. Con mis cicatrices, con mis dudas, con mi cuerpo lleno de memorias y… esperanza. Con fuerza, con mucha ganas.

La vida no se trata de cerrar capítulos, sino de aprender a vivir con ellos abiertos. De escribir sobre las líneas anteriores sin borrarlas. De seguir amando, aunque duela, aunque tiembles, aunque mueras. De volver a empezar. No hay otra manera.

Llego a casa ya de noche. A Niall se le ha olvidado preparar la cena. Vaya sorpresa. Nuestro apartamento solo tiene una ventana que da a la calle, el resto es interior, sin embargo, no nos importa, porque disfrutamos de un pequeño patio desde donde vemos el cielo si miras muy arriba. Plantamos tomates que murieron y flores que siguen vivas. Colocamos dos sillas de plástico y una mesa con un florero que casi siempre está vacío y utiliza Maddox de cenicero.

Cruzo la salita, con un sofá dónde solo él y yo cabemos, y abro la puerta de su estudio muy despacio. Niall siempre dice que no necesito anunciarme, que nota mi presencia antes de cruzar el umbral porque el corazón se le acelera. Y yo sonrío y me lo creo.

Él está allí, de espaldas, frente a una mesa en la esquina del estudio de fotografía improvisado. Lleva una camiseta negra de manga corta y unos vaqueros viejos y deshilachados. Su cuello está ligeramente inclinado hacia un monitor y sus dedos vuelan por el teclado con una concentración que admiro y me encanta observar en silencio.

Me acerco sin hacer ruido. Lo abrazo por detrás, rodeándole con mis brazos. Él no se sobresalta, solo deja caer sus manos sobre las mías y enreda nuestros dedos. Apoyo la mejilla contra su espalda y escucho el sonido tranquilo de su respiración. Y, muy bajito, el latido. No lo hago a propósito, pero mis dedos se deslizan justo allí, sobre el pecho. No para comprobar nada, sino porque ya es algo natural. Porque su corazón, que no es solo suyo, forma parte de mí desde mucho antes de que lo supiéramos.

—¿Qué haces? —pregunto en un susurro, con esa confianza que da el amor tranquilo, el amor que no necesita disfrazarse de urgencia.

—Estoy editando dos fotos para el certamen de la Fundación Hearttlight NYC. —Me mira de reojo—¿Te acuerdas? El tema es Lugares donde renace la esperanza.

Sonrío.

—¿Crees que no te escucho cuando hablas? ¿Que tengo la memoria de un mosquito?

—Bueno… —bromea.

—Y tú, ¿dónde crees que renace la esperanza?

No responde de inmediato. Vuelve la vista al monitor, hace clic, y una imagen se despliega. Niños jugando en una fuente. El agua salpicando. Una niña, en concreto, riendo con los ojos cerrados.

—Ahí —dice—. En la risa que no se frena. En lo que no se puede fingir.

—¿Y la otra foto? —curioseo.

Niall duda un momento, no sabe si mostrármela, pero la abre.

Soy yo. Sentada en el suelo del estudio, con las piernas cruzadas y la cabeza echada hacia atrás, riéndome a carcajadas por algo que ya no recuerdo. La luz entra desde la ventana que da al patio y dibuja reflejos dorados en mi pelo. Me quedo en silencio. Hay tanta ternura en esa imagen… que me desarma.

—¿Vas a presentar esa?

—Solo si me dejas.

—¿Por qué esa?

—Porque ahí renació mi esperanza. Y tú… Tú jamás la perdiste.

Mis ojos se llenan un poco, pero no dejo que las lágrimas caigan. En lugar de eso, me acerco a su oído y le susurro:

—Entonces ya ganaste.

Gira la silla, me atrae hacia su regazo y me abraza fuerte. Es aquí, el lugar. No decimos nada más, porque no hace falta.

***

Mamá tenía la costumbre de hornear los domingos, aunque hiciera treinta grados fuera. Niall se ofreció a llevar el postre, pero ella insistió en preparar su tarta de almendras. Papá puso una mesa grande en el jardín y compró pastelitos de menta.

Maddox llega tarde. Menuda novedad. Con una sonrisa torcida y gafas de sol que no se quitó hasta que mamá le lanzó una servilleta al grito de ¡Aquí no somos estrellas de cine! Todos reímos.

—¿Y qué hay de Cara? —me pregunta mientras sirve limonada en mi vaso.

—Con la compañía en Europa —revelo mirando el hielo derretirse —. Grecia.

—Casi no hablamos ya. Bueno, para ser sincero, no hablamos.

—No te he preguntado —rebato.

—Supongo que las cosas… Lo que sea se ha apagado. —Él me ignora.

—Créeme, hermanito, ese fuego era mejor apagarlo. Pero ya que te interesa… —Lo hago con toda la intención, porque esa historia debería haber acabado hace mucho tiempo—. Ben le ha pedido matrimonio.

La mirada de Maddox se enciende como una cerilla. Fuego.

—¿En serio?

—Le ha dicho que sí.

—Eso no es verdad.

—Llámala. Ella misma te lo dirá. —Suspiro con urgencia y recapacito—. No, no la llames, ni te acerques a ella.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas, en una playa de Italia, por la noche, sobre una manta enorme, vino tinto y pizza napolitana.

—Qué poco estilo —masca.

—Se puso de rodillas, sacó un anillo y le hizo una promesa.

—¿Cómo sabes tú todos esos detalles?

—Me lo ha contado ella y… ¿Sabes? Estaba feliz, mucho, así que déjala en paz. Si la quieres, Maddox, déjala vivir una vida plena.

—No sabía que Ben tuviera tanta poesía dentro —escupió con asco—. Siempre será un snob y un idiota redomado.

—Todos encontramos las palabras perfectas cuando encontramos a la persona adecuada. —Sí, es un reproche, un recordatorio de que él nunca las encontró porque no era para ella.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Me alegro por ella, Stana. De verdad.

—Te creo. Pero demuéstralo —insisto.

—Sé que yo no puedo hacerla feliz.

—Habrías podido, con un amor más bonito. Nunca la has querido bien.

Da un trago a su vaso de ron.

—Soy como soy.

—Eso es justo lo que dicen las personas que no saben cómo son. Espero que algún día te encuentres.

Va a levantarse e irse, hace el amago, sin embargo… Respira, llena el pecho de aire, lo veo hincharse, cuando lo desinfla…

—Tengo algo que decirte.

—No quiero seguir hablando de Cara y de ti.

—No es eso… No tiene nada que ver con ella… Yo… te mentí. Sé que no te gustan las mentiras.

—Siempre he sabido que tú rompiste mi hucha y me robaste seis dólares.

—No fui yo.

—Maddox…

—Vale, pero ese delito prescribió hace muchos años —bromea y se pone serio de nuevo—. La bola de cristal debajo del árbol en Navidad. La puse yo.

—¿Qué…?

—Cuando Dylan murió y te ayudé con la mudanza, la encontré dentro de una caja. Supongo que su intención era regalártela. Tú no parabas de llorar. La guardé para que no la vieras. Bastante tenías ya en ese momento…

Mis ojos brillan.

—¿Y por qué…? ¿Por qué la sacaste aquel día?

Se frota la frente.

—Porque soy imbécil, un gilipollas ¿no? Llegaste con Niall, no lo conocíamos, no me fiaba de él. Quería que recordaras a alguien que te hiciera poner en duda a las personas. Te fías demasiado rápido de la gente.

—Soy así… No sé hacerlo de otra manera.

—Y por eso eres tú. Por suerte, no nos parecemos demasiado. ¿Estás enfadada?

—Un poco. Fue una maniobra bastante retorcida.

—Habías vuelto. Estaba desesperado porque te quedaras. Perdóname.

—No hasta que me devuelvas mis seis dólares. —Sonríe y me abraza.

NIALL

El correo llega un lunes que pasa sin pena ni gloria, entre cafés de tarde y horas de edición. Ajusto la luz en un retrato cuando veo la notificación en la pantalla. Reconozco el remitente al instante: New York Light & Frame. Me detengo. Respiro. Hago clic.

Felicidades, señor Niall Gallagher. Ha ganado el primer premio del certamen con tu obra Ella.

Parpadeo. Me quedo quieto. Leo la frase otra vez. Y otra. Luego echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Sonrío. Solo un segundo. Uno para anclar este momento a la memoria. Después me levanto y salgo disparado.

Stana está en el patio interior, justo donde siempre da el sol a esta hora. Descalza, con un moño alto, gira sobre sí misma con una delicadeza que me deja sin aire. A su lado, Coco, la hija de tres años de nuestra vecina, intenta seguirle el paso. El tutú le queda torcido, una media caída, pero el entusiasmo le sale por los poros. Stana le habla con dulzura.

—Muy bien, Coco, eso es… brazos arriba. ¡Abraza el cielo!

Me apoyo en el marco de la puerta, viéndolas. Ella me ve y sonríe con los ojos antes que con los labios.

—¿Todo bien? —pregunta sin dejar de observar a la pequeña.

Asiento. Me acerco. La tomo por la cintura. La beso en la sien.

—He ganado.

—¿Qué?

—El concurso. Primer premio. Lo acaban de anunciar.

Se queda en silencio un instante. Luego se lanza a mis brazos. Me aprieta fuerte, tan fuerte, que Coco aplaude desde su rincón, parte de la coreografía.

—¡Niall! ¡Lo sabía! Ese retrato es pura alma.

—Tú eres alma —le digo y la alzo del suelo.

Lucie, la madre de Coco, aparece con una bandeja de zumos. Sonríe al vernos. Desde que Stana y ella se conocieron en la lavandería (una tarde gris y difícil para las dos) se convirtieron en un equipo que se cuida.

Veo a Stana aquí, en este rincón cálido de Nueva York, enseñando a bailar a una niña que no es suya, ayudando a una vecina que ya siente como familia, y pienso que no todos los corazones que laten fuerte hacen ruido. Algunos laten en silencio. Escondidos en un piso interior, en un patio en el que solo da el sol una hora al día. Pero esos corazones… Esos sostienen mundos enteros.

Y el mío… el que no me pertenece del todo, el que alguien me regaló sin conocerme… ese corazón ahora late con sentido.

Late por ella.

***

La galería está llena. Luces, música de cuerdas en directo, y el murmullo de las conversaciones que se entrelazan. La ciudad se ha vestido de otoño y esta noche huele a madera, a vino, a pasos contenidos. Estoy nervioso. Más que antes de ningún disparo de cámara.

A mi lado, Stana aprieta mi mano. Lleva un vestido negro sencillo, pero con una caída que lo hace eterno. Me mira, sonríe y susurra:

—Estás temblando.

—Es el suelo, que no está nivelado —bromeo, pero ella sabe que es mi corazón. El nuestro.

Observo la entrada y allí están: mi madre, con los ojos brillantes antes de tiempo, mi hermana con su energía desbordante, y mi abuela, en su abrigo gris perla, caminando despacio pero segura. Las tres han viajado para estar aquí. Para verme. Para hacerme sentir que pertenezco.

Nos abrazamos fuerte, uno a uno. Mi abuela me coge la cara entre las manos, como cuando era niño.

—Tenías cinco años y te pasabas horas mirando por la ventana, buscando algo. Yo pensaba que eran pájaros. Pero estabas buscando esto, ¿verdad? —Yo solo asiento—. No sé por qué estudiaste *fisotepouta.*

—Fisioterapia, abuela.

—Eso.

—Porque de jóvenes nos centramos en lo que somos, no en lo que seremos.

—No te entiendo. —Se dirige a Stana—. Hola, bonita. Estás muy delgada. Mañana os prepararé una buena merienda.

Maddox también me acompaña, con traje oscuro y una sonrisa agradable, como es él. Me sorprende lo rápido que nos hemos vuelto a acercanos. Quedamos al menos una vez a la semana y vamos a la montaña a dar paseos por senderos y por nosotros mismos.

—¿Todo esto es por ti? —Nos damos un pequeño abrazo—. Es demasiado ¿no? —bufonea.

—¿No me merezco algo así? —Alzo una ceja.

—Te lo mereces, sí. Enhorabuena —dice con voz segura y clara.

En el mismo momento llega Cara, no sé si vienen juntos o ha sido casualidad. Ha vuelto de Europa solo por unos días. Cuando me ve sonríe de verdad y también me da un pequeño abrazo.

—Felicidades. La foto refleja exactamente todo lo que ha ocurrido.

Maddox y ella se miran un segundo y se entienden, yo no lo hago, a pesar de que trato de hacerlo. No sé querer mal, y no digo que ellos lo hagan, sin embargo, no se sueltan del todo ni se perdonan y eso nos fastidia a todos.

La directora de la fundación New York Light & Frame se acerca y me hace señas. Es el momento.

Me colocan delante de mi fotografía ganadora: Ella. Ternura inmensa. Vida dentro del caos. Luz en la oscuridad. Contrastes, como todo lo que somos.

Cuando me entregan el premio, Stana se seca una lágrima. Mi madre también. No sé qué decir. Así que digo lo que siento.

—Este reconocimiento no es solo mío. Es de todas las personas que me han enseñado a mirar. Porque la fotografía no va de captar imágenes, sino de aprender a ver. Y yo… aprendí a ver cuando dejé de mirar solo con los ojos. —Hago una pausa—. Y también es suyo. —Toco mi pecho, mansamente—. Del corazón que late en mí y que un día fue parte de otro. —La gente aplaude, pero yo solo veo a Stana. Y su sonrisa me lo confirma: estoy en casa.

Mi cuerpo ha bajado las pulsaciones. He pasado nervios, no solo hoy, sino estos días previos. La gente charla, sonríe, y bebe de las copas de champán que reparten los camareros. Yo necesito un minuto para tomar aire y me asomo a un balcón abierto.

—¿Qué hace solo el gran triunfador de la noche? —Ellie bebe de su copa de vino blanco que contrasta con su vestido granate y resalta su piel clara y los labios pintados de oscuro. Es la Ellie que impresiona al mundo, pero me mira como recién levantada y compartiendo cereales una mañana cualquiera.

—Estoy procesando que no me he desmayado. —Dejo un beso en su mejilla.

—Pues enhorabuena. Has sobrevivido a una entrega de premios sin desplomarte ni hacer un chiste inapropiado. Eres oficialmente un adulto funcional.

—Eso es lo más bonito que me has dicho en años.

—Es que hoy estoy de buenas. Me han dado buenas noticias también.

—¿Ah, sí? ¿Otro logro imposible que me hará sentir como un fracasado en la cena familiar?

—Un par. —Se encoge de hombros, pero su sonrisa la delata—. Me han ofrecido un puesto como investigadora asociada en el equipo

de seguridad de redes cuánticas en el Centro Ames.

—Eso es la…

—NASA. Empiezo en abril —comenta, sin darle importancia.

—¿Criptografía cuántica en Ames? ¿Eso es como… salvar el mundo sin despeinarte?

—Más o menos. Aunque requiere despeinarse mucho y dormir poco.

—Vas a dejar Filadelfia.

—Como hiciste tú. Pero no dejo todo lo demás. —Me mira con una expresión más suave, más de hermana—. Ni a mamá ni a nana, ni a ti.

—Estoy orgulloso de ti —aseguro.

Ella frunce la nariz, la conozco, le cuesta sostener la emoción.

—¿Y tú? ¿Cómo se vive con un corazón prestado y un premio bajo el brazo?

—Extraño. Lleno. Agradecido.

—¿Y con Stana?

—Con Stana… todo tiene sentido.

Ella me observa en silencio un segundo. Luego, me da un pequeño codazo.

—Sabes que mamá y yo pensábamos que ibas a morirte antes de enamorarte, ¿verdad?

—Sí. Y por suerte, os he dejado sin palabras.

—Lo mejor que has hecho en años. —Chocamos las copas y nos damos un abrazo que dura cinco, diez, quince segundos.

—Voy a por otra. Esto es de calidad extrema. —Alza su copa y desaparece entre la gente. Ellie no se queda nunca quieta en el mismo sitio demasiado tiempo.

—Eh, chico del momento. ¿Qué haces aquí? Hay gente influyente que quiere conocerte. —Stana camina hacia mí.

—Necesitaba aire, asimilarlo.

—¿Aún no te lo crees? —Encojo unos milímetros los hombros—. Lo has conseguido tú. Es real.

—No hablaba del premio, sino de ti, de nosotros.

—Ah, bueno, entonces no. Yo soy una alucinación. —Reímos y por inercia salimos del todo al balcón y observamos la ciudad.

—Sé que eres real, ya no tengo miedo. —Enredamos los dedos de nuestras manos sin dejar de admirar las luces de Nueva York—. Vivir no es llegar lejos; es estar aquí, con quienes importan.

—Hemos tenido suerte —musita.

—La hemos buscado, siguiendo las migas de pan que Dylan nos dejó en el camino.

Dos, tres, cuatro apretones de manos que no reconozco y un cumplido por parte de alguien que asegura haber seguido mi trabajo desde "antes de que tuviera estilo". ¿Es un halago? Converso con mi

familia, a la que echo de menos, mi abuela está guardando canapés en el bolso y mi madre le regaña y trata de evitarlo.

—¿Niall Gallagher?

—Sí.

—Estupenda la foto. Felicidades. Soy Damian Grant, columnista en el The Art Tribune. ¿Puedo robarle un segundo? —Un hombre joven, bien vestido, acreditación al cuello, gesto amable y educado.

—Claro. —No tengo escapatoria. Nos apartamos unos metros para evitar que se percate del robo de comida de quinta necesidad que perpetra mi abuela.

—No le que quitaré mucho tiempo. Unas preguntas, si le parece bien. —Asiento, y él toca la pantalla de un móvil y lo alza entre los dos—. ¿Cómo te sentiste al enterarte de que habías sido el ganador?

—Muy feliz, pero desubicado. Durante un segundo una parte de mí pensó que era un error.

—¿Qué significa para ti esta fotografía?

—Mirar el caos y encontrar esperanza. La vida no necesita ser perfecta para ser extraordinaria.

—Muchos en la comunidad artística coinciden en que tu mirada es muy particular. Hay algo muy íntimo, que enseñas pero escondes. ¿Tiene que ver con tu historia personal? —No pregunta con segundas, no sabe nada de mi vida.

—Todo tiene que ver con lo vivido, con lo perdido, con lo que ha sido, con lo que quisimos que fuera y no fue, y con lo que uno elige ser y… amar.

Levanta la vista y me observa. Cambia el tono a un más suave.

—Está bien, es la última. ¿Cuándo empezó todo esto? —Respira y lo repite, por si no lo he entendido—. ¿Cuándo empezó esta manera tuya de mirar?

Me abro sin pensarlo, sin disfrazarlo.

—Empezó en una ciudad, bajo una torre iluminada, en una chica que no sabía lo que buscaba y encontró más de lo que esperaba mientras seguíamos señales.

Damian no dice nada, frunce levemente el ceño, guarda su teléfono y me da las gracias.

—Espero que esto solo sea el principio de una gran carrera —comenta.

—Gracias.

MADDOX

Unos meses después…

No suelo decirlo en voz alta, pero me no me gusta cuando la ciudad está a punto de cambiar de estación. No sabes si quitarte la chaqueta o encender la calefacción. Cuando la gente no sabe si corre o camina. Cuando las aceras están cubiertas de hojas a medias. No me gustan los cambios en general. Todo el mundo se pone nostálgico sin motivo. Yo prefiero lo seguro.

—¿Te vas? Pensé que te comerías el postre sobre mi abdomen —me pregunta la chica que conocí anoche. ¿Cómo se llamaba? Lory,

Lourdes… Ni lo sé ni me interesa. No la volveré a ver ni le haré creer que eso pasará.

—Bueno… Siempre hay tiempo para echar un polvo más. —Sonrío de lado, dejo la chaqueta sobre la silla y voy hasta ella, casi desnuda, y la beso.

—Espero que no sea el último. —Y ahí está, la puerta abierta. Hay personas que no dicen las cosas, las dejan caer y Cara es una experta en eso.

Quiero follarme a esta tía y pienso en Cara. Maldito anormal.

Suena mi teléfono y la aparto con cuidado. Salvado por el sonido familiar de un iPhone. Frunzo el ceño cuando leo el nombre de Stana.

—¿Qué pasa?

—Es Cara.

—¿Qué ha hecho?

—Nada. Ese es el problema.

—¿Tengo que descifrar un código o algo?

—Tiene el coche estropeado.

—¿Y eso?

—Tuvo un pequeño accidente. —El estómago se me revuelve.

—¿Por qué no me lo has dicho? —me asusto y me enfado.

—Porque ella no me ha dejado.

—Pero ahora necesita mi ayuda y sí se acuerda de mí. —Me hago el ofendido y el digno.

—Eres un cretino ¿lo sabías? Ella no sabe que te he llamado.

Sí, soy un cretino.

—Está bien. Sigue.

—No puede arreglarlo. No tiene dinero. Está ahorrando para la boda. —Aunque Stana no lo sepa (o sí), me lanza un dardo recordándomelo—. Y odia coger el metro. Lo sé.

—Conmigo lo cogía.

—Porque era más un entretenimiento para meteros mano delante de gente extraña. Qué asco. No os entiendo. —El recuerdo me saca una sonrisa.

—Que lo coja. No es ilegal. Y que se bese con su novio.

—No seas idiota.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Porque sé que tú vas a solucionarlo. Sin decírselo.

—¿Y si no quiero?

—Lo harás igual. Te conozco.

—Que lo arregle Ben.

—Ben no sabe de chapa y pintura, pero tú sí. Le pides ayuda a Flavio.

—Me cobrará, ¿sabes? Y tendré que ayudarlo…

—De acuerdo. Gracias por ofrecerte. —Se dispone a colgar—. Ah, sí. No se lo digas a Cara. No lo aceptaría.

Y ahí estaba yo, arreglando el coche de la mujer que amaba para que ella utilizara sus ahorros para casarse con un tío al que yo odiaba. Pero yo no tenía nada que decir sobre eso. Y no lo haría. Dejaría que fuera feliz al lado del analista de quejas.

***

Una semana después, mi hermanita me envía un mensaje. Yo estoy hablando por videollamada con Ellie, con la que he forjado una buena amistad, tras pedirle disculpas por mi comportamiento. Joder, soy un tío nuevo.

Stana: Hoy ha recogido el coche.
Lo ha encontrado arreglado.
No ha dicho nada.
Pero sonreía. Mucho.

Sonrío también. Me alegra saberlo. El amor no siempre son gestos grandiosos, a veces es una carrocería y dos faros nuevos.

—¿Estás sonriendo? —Se interesa Ellie.

—¿Qué? No.

—Sí, lo estás. Esa es tu sonrisa idiota. La de "he hecho algo bueno y no quiero contarlo".

—Te lo estás inventando.

—No, no me lo invento. ¿Qué has hecho?

—Nada. Un favor a alguien. La he hecho feliz. Eso es todo.

—Cara.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque solo sonríes así por ella. Bueno, o cuando los Knicks ganan en el último segundo. Pero Cara es más probable.

—Da igual.

—No parece que te dé igual.

—Se va a casar.

—No si tú se lo impides.

—No. No haría eso. Ya no.

—¿Y entonces qué? ¿Vas a seguir haciendo cosas por ella en la sombra mientras sonríes como un idiota frente a la cámara?

—¿No estás muy lejos para meterme tanta caña?

—Nunca estaré demasiado lejos para decirte verdades.

—¿Tú cómo estás?

—Bien. Agotada. Feliz. Curiosa. En modo "ciencia ficción nivel alto".

—¿Eso significa que estás salvando el mundo?

—Casi. Estoy trabajando en un sistema de comunicaciones seguras entre sondas espaciales y satélites que viajan fuera del

alcance directo. Criptografía cuántica aplicada en tiempo real. Si conseguimos estabilizarlo, podríamos crear un protocolo de transmisión autónoma entre estaciones en órbita y futuras misiones tripuladas a Marte.

—No he entendido nada, pero me parece espectacular.

—Básicamente: hago que la información viaje sin que nadie la pueda robar. Incluso si estamos a millones de kilómetros.

—¿Y tienes tiempo para dormir?

—Sí. Y para pensar en ti haciendo cosas buenas sin decir nada. Aunque no esté a millones de kilómetros. Supe que eras buena persona, un mujeriego, pero con un corazón enorme. Y oye… si un día decides decirle la verdad a Cara, no lo hagas por miedo a perderla. Hazlo porque no quieres quedarte con las ganas de que lo sepa.

Silencio.

—Tú también deberías trabajar en psicología.

—No. Pero sí que sé lo que es mirar a alguien y no decir todo lo que tienes dentro. Eso jode. A veces para siempre.

—¿Tú estás bien, Ellie?

—Sí. Pero esto no va de mí.

—Deberías probar tú también a que alguien te conozca. Pero de verdad.

—Quizá. Un día de estos.

—Haz que no sea tarde.

***

Las flores huelen a todo lo que no quiero sentir. Y además no caben bien en el maletero.

Jodida Stana…

Una parte de mí pensó que esto sería una entrega rápida, sin complicaciones. Pero claro, olvidé que es Cara. Y que es su boda. Y que, por algún motivo misterioso que el puto universo no me ha querido explicar, soy yo el que está llevando el ramo principal, los centros de mesa, y tres cajas llenas de pequeñas ramitas de eucalipto que, al parecer, "no pueden faltar".

Joder…

—¿No puedes tú? —le pregunté a Stana cuando me llamó.

—Estoy con Niall en el centro. Le han adelantado una revisión médica. No llego. Es importante.

—¿Y no hay otra persona con carnet de conducir en toda la jodida ciudad?

—Sí. Tú. Y eres el único que va a hacerlo sin protestar demasiado.

Spoiler: estoy protestando.

Suelto exabruptos mientras conduzco a veinte por hora durante treinta kilómetros y un tráfico infernal para no arruinar ninguna flor, aunque yo quisiera quemarlas todas, porque, además, no fui bienvenido en el ensayo de su gran día. ¿Por qué me pidió que no fuera? No dejo de pensarlo. ¿Creía que iría solo a beber cerveza? A la boda me ha invitado porque no tiene más remedio, estoy seguro.

Cuando llego al lugar, un jardín privado en las afueras, hay gente colocando sillas, colgando guirnaldas, revisando luces. Nadie me pregunta quién soy. Solo señalan una mesa y dicen:

—Ahí van los arreglos florales de la ceremonia.

Los coloco con cuidado. Y quiero destrozar cada pétalo. Durante un segundo me lo planteo.

—No lo estropees —escucho de pronto. Es Stana. Se acerca con un vestido azul y media sonrisa. Viene con ganas de guerra.

—No dijiste que el ramo principal era más grande que tú —le digo.

—No lo es. Pero tú eres más dramático que cualquiera.

Nos quedamos los dos mirando el altar improvisado.

—¿Crees que será feliz? —pregunto.

—Eso solo lo sabe ella. Pero ha elegido. Y eso ya es algo. Gracias por traer las flores, Maddox.

—Ha sido un placer. Me siento un privilegiado —satirizo.

—Estoy orgullosa de ti.

—No ha sido nada. Recogerlas y traerlas.

—Estoy orgullosa por cómo te has mantenido al margen, por cumplir tu promesa de no entrometerte, y por no enfadarte porque no te invitara al ensayo. Ella no quería…

—Que me emborrachara y lo jodiera. Como hago siempre. Joderlo todo. —Mi hermana achina los ojos, muy poco, pero yo lo noto—

¿Puedo irme a casa ya? Tengo que darme una ducha y cambiarme. No quiero llegar tarde al gran enlace —sigo en el mismo tono. Pero me duele por dentro.

—Acuérdate de que tienes que recoger a mamá y a papá.

—Tranquila, mamá me llama cada media hora para recordármelo.

CARA

Un vestido blanco colgado de una percha acolchada. Zapatos perfectamente alineados en el suelo. Huele a laca, perfume y nervios. Y una mujer, yo, que aún no está segura de lo que siente, o sí, porque amar nunca está de más y a mí amor me sobra.

Me observo en el espejo. Pelo recogido, piel brillante, labios suaves. Todo está en su sitio, nada se cae, menos yo. Me siento desubicada en el día de mi boda. Por dentro lo desconocido se remueve y quiero pensar que es normal, hoy voy a casarme.

Me he entrenado toda la vida para esto, para no mostrar las grietas, para mantener el aplomo, para esconder las dudas. Espalda recta, movimientos estudiados, brazos hacia arriba, incluso cuando el corazón va por otro lado.

Ben… Un gran hombre, amable, paciente, amoroso. Me conoce lo suficiente para querer quedarse… pero no tanto para desarmarme. Con él, no duele, hay seguridad y eso es un descanso.

Me ajusto un pendiente. Alguien entra y deja una bandeja con agua, hielo y fruta que no voy a tocar. No tengo hambre. Ni el aire entra por mi garganta. Unas fresas muy rojas me recuerdan a él. Maddox. Ese día que comimos fresas tirados sobre la alfombra, cuando yo mantenía la esperanza de que fuera él. Odiaba sus

silencios calculados, pero amaba que callara. Odiaba que me mirara desde la distancia, pero amaba que me mirara. Odiaba cómo camina, pero amaba que caminara hacia mí.

Cierro los ojos un instante y recreo lo que viene. La ceremonia, los votos, en mi prometido esperándome en un altar repleto de flores. Y me siento segura, o, al menos, protegida.

Lo malo de no haber luchado por algo, de no haberlo intentado, es que una parte de ti (pequeña, escondida, pero viva) siempre seguirá preguntándose cómo habría sido si os hubierais atrevido. Si él lo hubiera hecho. Si en vez de esconderse detrás de un puñado de insensateces, se hubiera plantado delante de ti y se hubiera quedado. Sin embargo, Maddox nunca tuvo la intención, es más, no estuvo del todo.

Suspiro.

Hoy voy a decir "sí". Porque he aprendido que el amor no es lo que quema, sino lo que queda, lo que suaviza, lo que apaga las brasas de un posible incendio antes de que comience. Lo que te aleja de la catástrofe, lo que no frena pero tiene cautela para no destruirte.

Pero no por esto he dejado de recordar cómo se sentía arder en llamas. Y eso solo lo ha conseguido el gilipollas de Maddox.

***

Mi madre me ayuda a ponerme el vestido mientras se le escapa alguna lagrimilla. También ha bebido dos copas de más de champán.

—Mamá, me alegra que lo pases bien, pero todavía no me he casado y ya estás ebria.

—Porque estoy muy emocionada. Es el día de tu boda.

—Ya…

—Estás guapísima. —Se pone frente a mí y me mira con un cariño desmedido, ese con el que ve solo una madre—. Oh, Dios mío, Ben es un hombre muy afortunado. —Une las palmas de las manos en el pecho—. Voy a… buscar a tu padre. Vamos bien de tiempo, pero… —Va dando pasos hacia atrás hasta la puerta.

—Vale, mamá. ¡No bebas más! —No va a engañarme, busca otra copa de champán.

Mi maquillaje está perfecto, lo acaban de retocar, no obstante, una parte de mí siente que he olvidado algo.

Imposible, lo has controlado todo, Cara, me digo.

Stana entra en la habitación justo en ese instante. Su sola presencia me calma. Mi compañera de batallas, las mías y las suyas. Las hemos librado juntas, de la mano. Porque no es lo mismo luchar sola en una guerra en la que tienes todas las de perder, que enfrentar dragones con una amiga de la mano, entonces, sí, hay más probabilidades de ganar, sea como sea.

Lleva un vestido azul grisáceo, sencilla, preciosa.

—Estás guapísima. —Sonríe de oreja a oreja.

—Mientes. —Me siento en la banqueta frente al espejo.

—Nunca he visto a nadie más maravillosa. —Se acerca, me retoca un mechón del recogido—. ¿Cómo estás?

—Bien. Supongo. Algo mareada. En una obra de teatro, pero sin saber qué papel me toca.

—Eres la protagonista ¡Cara!

—¿Y por qué me siento así?

—Eso se llama nervios preboda.

—Será boda inminente.

—Eso. —Sonreímos, sin embargo, ella nota que la alegría no me llega del todo a los ojos.

Inconscientemente me llevo los dedos al escote; está limpio, sin esa mariposa plateada que Maddox me regaló casi sin querer una tarde de verano. Le prometí que jamás me la quitaría. Después lo hice, porque me arañaba la piel. La guardé tanto que creí que la había perdido, pero hace dos semanas la encontré. Fue por casualidad. Buscaba unas antiguas zapatillas de ballet, de cuando era pequeña. El colgante estaba dentro de una de ellas, aplastado con la tela. Me la puse. No sabría explicar por qué lo hice, pero me recordó cosas bonitas, solo las buenas, las maravillosas. Me olvidé de su desgana cuando todo se ponía serio, de sus mentiras y sus desaciertos, de su forma de apartarme cuando me acercaba demasiado. Y ahora me acuerdo.

—¿Qué pasa? —Stana se alerta ante mi silencio y piel clara. Más blanca de lo que ya soy, si eso es posible.

—El colgante.

—¿Qué?

—Mi colgante. El de la mariposa. No lo llevo. Me lo he dejado en casa. Lo tenía encima de la cómoda. O… En el cajón de la mesita.

—Tranquila —dice Stana—. Puedo llamar a alguien. Maddox irá a buscarlo.

—No. Maddox no.

—Cara, no quería decírtelo, pero está todo el mundo bastante borracho. Niall y Ellie, tus padres, los míos, hasta Ben ha bebido un poco. Será el ambiente, o que el alcohol es demasiado bueno. Deberías haber puesto vino de oferta. —Sonríe.

—¿Te hace gracia? ¡Esto es un desastre!

—Oh, no, no. Es que he recordado a Dylan. Él compraba vino de oferta. Nos encantaba. —Ya habla de él con naturalidad, sin miles de aguijones de avispas clavándosele por todo el cuerpo—. Maddox acaba de llegar. Está sobrio, aunque no por mucho tiempo, seguro…

—No va a querer. No sé ni cómo ha aceptado venir a la boda. Me odia.

—Cara… no te odia. Y no ha estado tan lejos como tú crees durante estos meses.

—¿Qué quieres decir?

—Que te arregló el coche.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Hace unos meses. El día que lo recogiste del taller pensando que había sido un error o un milagro… fue él. Lo pagó. No quería que lo supieras.

—Pensé que habrían sido mis padres. Por eso lo dejé estar.

—Y también fue él quien trajo las flores hoy. Las colocó una a una. Se quedó más tiempo del que admitirá nunca. Incluso fue al sitio a recogerlas cuando yo no pude.

Me bloqueo.

—¿Por qué haría eso?

—Porque nunca ha dejado de quererte. Aunque no lo diga. Aunque tú estés a punto de casarte con otro.

—¿Por qué no…? Ha desaparecido de mi vida… —Trago saliva.

—Porque yo se lo pedí. Le pedí que te dejara ser feliz si no iba a darte lo que tú necesitabas, lo que cualquier persona necesita.

Bajo la mirada. Después, respiro hondo. Duele, pero no tanto como pensaba. Puedo vivir sin él, siempre lo he sabido, pero estos meses me lo han confirmado. Estar o no con Maddox, así como con Ben, ha sido una elección, no un impulso.

—¿Crees que irá a buscar el colgante?

—Estoy segura.

Yo estoy segura de que ni se acordará de que me lo regaló él.

Mi mejor amiga llama por teléfono a su hermano, hablan dos segundos y cuelga.

—Necesita las llaves de tu casa. ¿Están por aquí?

—¿Maddox va a entrar aquí? —Abro los ojos y alzo las cejas.

—Tranquila, se quedará fuera —asegura, y yo bufo.

No hay que tenerle miedo a sentir, solo hay que aceptarlo y dejarlo pasar como una ola.

—Están en mi bolso. En el baño —le indico. Ella se pierde dentro y a continuación Maddox abre la puerta.

—Maddox al rescate —suelta sin llamar, como ha entrado, desde que nos conocimos, en mi vida, sin pedir permiso.

Nos quedamos mirándonos. Él a mí, yo a él. Durante un millón de segundos, de años luz, de estrellas, universos, sin espacio ni tiempo. Las motas de polvo flotan a nuestro alrededor, como la nieve en las bolas de cristal que Stana ha colocado en una estantería de recuerdos, así la llama, ya sin miedo; ese que yo sí tengo.

—Estás… —Traga con dificultad—. Estás preciosa… —musita, pero con seguridad, con una verdad sincera.

—¿Qué haces, idiota? ¡No puedes verme antes de la boda! —Corto la conexión, el momento que se ha creado y que no debería existir.

—Cara, la idiota eres tú. Esa norma es con tu prometido, y no soy yo, por cierto. Estoy seguro de eso.

—Yo también. Si lo fueras, ahora mismo estarías cogiendo un avión a las Azores, huyendo, arrepentido de haber decidido jurarle amor eterno a alguien, de comprometerte con… conmigo.

—Eso no es…

—Maddox ¿qué haces tú aquí? Tenías que esperar fuera —interrumpe Stana con las llaves en la mano.

—No sabía que el vestido de la novia fuera secreto de estado. ¿Habéis contratado a Ellie para codificarlo?

Stana camina hasta el gilipollas, ¿o ya no lo es tanto?

—Toma, no tardes. —Se las da—. Es un colgante. De plata. El que Cara lleva de vez en cuando, el de la mariposa. —Los ojos de él va hacia los míos, no se esconden, lo reconoce, no se ha olvidado—. ¡Venga! ¡Date prisa! La ceremonia empieza dentro de una hora.

MADDOX

Llego a su edificio, aparco en un hueco muy estrecho y bajo con celeridad. Me daría igual perderme la boda, pero ella es importante para mí y… que desee llevar el colgante también. Me cuesta meter la llave en la cerradura, no porque se haya atascado, sino porque mis dedos dudan, tiemblan durante un segundo. Entro y veo una decena de cajas apiladas en una esquina. Va a mudarse a un piso más grande con Ben, como hizo Stana con Niall, todos avanzan hacia algún lugar, mientras yo camino en círculos.

Cruzo el salón a pasos rápidos y voy hasta el dormitorio. Cuántos recuerdos, la mayoría buenos; menos cuando la dejaba mirando por la ventana porque me marchaba y ambos sabíamos que tardaríamos en vernos. Me detengo delante de la mesita. Tienes dos cajones con tiradores dorados. Abro el primero. Un libro, un bote de crema facial y dos bolígrafos. Lo cierro y me centro en el segundo. Ahí está, el colgante, con una piedra color esmeralda muy pequeña que sigue brillando como entonces, y no puedo evitar pensar que ese cuello ya no lo beso yo ni acariciaré esa piel.

Lo cojo con cuidado. Al fondo hay unas fotos. No sé por qué las miro. Las alcanzo y las saco. Somos Cara y yo, con las manos entrelazadas, riendo en aquel mercadillo de Brooklyn, el día que compré el colgante. No costaba mucho, no obstante, en mi cabeza

tuvo un valor enorme. Lo vi colgado en un expositor de alambre y supe que era para ella. Cara reía con un vendedor que imitaba el acento francés. Yo lo compré sin decirle nada y se lo di en una calle estrella y poco transitada.

No soy un romántico ni mucho menos, pero aquel día se convirtió en uno de mis favoritos. Parecíamos los protagonistas de una novela romántica, pero de esas en las que se quieren bonito y termina con un final feliz.

Bueno, esto terminará con un final feliz para Cara, al menos.

Sigo mirando las fotos. No duele tanto como pensé, pero tampoco es fácil. Hay amor ahí, todavía. No para volver, pero sí para guardar.

Cierro el cajón, con las fotos dentro y el colgante en el bolsillo. Salgo sin mirar atrás, pero con el corazón más lleno y un poco más en paz.

El colgante me quema en el muslo y pongo el aire acondicionado a tope. Conduzco a toda velocidad entre las calles de una ciudad con demasiado tráfico y demasiada gente. Entonces sucede. Un peatón cruza sin mirar. Piso el freno y doy un volantazo brusco. El coche derrapa unos metros eternos y se detiene a un palmo del bordillo. El corazón me late como una alarma que acaba de saltar y que no había programado. Un chico en bicicleta grita algo. No le oigo. Solo escucho mi respiración y la sangre corriendo por mis venas. Me quedo quieto, con las manos en el volante y los ojos fijos en la multitud, en nada, en realidad.

El de la bici golpea el cristal y grita:

—¡¡Gilipollas!! ¡¡Casi me matas!! —Y sigue su camino, como hacen todos.

Y es entonces cuando… salta la chispa en mi cabeza. El accidente de Stana. Sus semanas en el hospital. Su cuerpo detenido. Su alma en pausa. Su vuelta. Dylan. La danza. Niall. El corazón nuevo. Las segundas oportunidades que no lo parecen hasta que ya las tienes delante. Y yo. Yo he estado en el fondo de todo eso, a su lado, viendo cómo luchaba cada minuto. Cómo no se rendía. Cómo volvía a empezar aunque le doliera todo.

¿Y yo qué hago?

Recuerdo a Cara. Su risa. Su forma de caminar por la casa con música sonando. El modo en que me miraba cuando creía que yo no la veía. Su manera de cerrar los ojos cuando le acariciaba el cuello. Todo eso no ha desaparecido. Solo se ha dormido.

¿Y si ya es tarde? ¿Y si no?

Acelero de nuevo, pero esta vez con otra intención. Ya no escapo. Ya no dudo. Voy a por ella. No sé qué me va a decir. No sé si estoy a tiempo. Pero voy. Porque si algo me ha enseñado todo esto es que no se puede dejar escapar lo que de verdad se quiere. Y yo la quiero. Desde siempre. Aunque me haya costado entenderlo. Voy a detener esa boda.

***

Llego justo cuando la música comienza a sonar. Esa melodía suave y elegante que anuncia el inicio de todo… o el final. Aparco de cualquier forma y corro. Respiro agitado, a sabiendas de que ya llego tarde, y no me refiero a la boda.

Cara está en el salón, junto a Stana. A través de los ventanales la veo. Está… está preciosa. Sabe que llego porque Stana gira la cabeza y sonríe. Cara también me ve, sus ojos… sus ojos me atraviesan.

—Pensé que no llegabas —me recrimina Stana con tono ligero, pero la forma en que me abraza revela que lo ha temido de verdad.

—Mujeres de poca fe.

—¿Lo traes? —Cara está nerviosa.

Saco el colgante del bolsillo y lo alzo, mostrándolo. La novia relaja los hombros.

—Estupendo. ¡Empezamos, por fin! —Stana suspira y sale al patio, donde los invitados y el novio esperan.

No se lo doy, sino que me posiciono detrás de ella, paso el colgante por su cuello y se lo abrocho, como la primera vez.

—He visto las fotos, las nuestras… —comento sobre su cuello y su oído.

Ella no habla ni se lo pido, pero sí se le escapan dos respiraciones de más.

Se gira y nuestros ojos se encuentran, a escasos centímetros, a dos universos infinitos.

—Estás muy guapa —añado.

—Gracias.

—Quiero que seas feliz —le aseguro, por fin—. De verdad. Es lo que más deseo.

—Maddox, yo…

—Shh… —No digamos nada. Y no lo digo, me arrepiento. Solo le doy un beso en la mejilla. Toco su rostro queriéndola tocar a ella,

con los labios, con mi corazón. Y en ese instante, el suelo se mueve, o somos nosotros. No sé. Ella cierra los ojos un segundo y sé que también lo ha sentido.

Y me callo. La miro a los ojos de nuevo y no le digo que la amo, que siempre la he amado, que sería el hombre que ella necesita, que ya lo soy porque ella me ha hecho mejor, que pasaría la vida demostrándoselo, haciéndola feliz, adorándola. No le digo que alguna vez me equivocaría echándole demasiada azúcar al café, que trabajaría de más y la echaría de menos durante el día. No le digo que el mundo sin ella es menos bonito y a veces ni me apetece visitarlo desde que se marchó.

—Gracias por venir —susurra. Recoge la falda de su vestido y va hasta su padre, que la espera en la puerta con el brazo extendido. Cara lo toma sin mirar atrás, ni quiero que lo haga.

Yo me quedo ahí, viendo cómo camina hasta el altar, cómo corre atrás de alguien que la merece, que supo cuidarla y mantenerla a su lado y a salvo. Me conformo con que el colgante brille sobre su cuello.

Porque cuando amas a alguien solo quieres que vuele, aunque sea sin ti. Recuerdo lo que Dylan me dijo una vez, cuando mi hermana se enfadó con él. Sonrío, miro al cielo y después a Niall, porque ahí está Dylan, entre el cielo y la tierra, en dos lugares tan distintos y dispares que solo las personas extraordinarias pueden pisar.

CARA

Camino a paso lento, al compás de la melodía, sobre pétalos de rosas blancas y el sol dorando mi piel blanquecina. La boda que he soñado desde pequeña. Rodeada de mis seres queridos. Perfecta, por eso… ¿por qué tantas dudas de repente? ¿Por qué tanto miedo?

Ben me espera al fondo. Impecable. Sonríe. Sonríe y yo debería sentir que no hay otro camino que el que sigo: hasta él. Sin embargo, la música avanza más que yo. La gente se pone de pie. Está pasando, pero yo… yo me paro por dentro.

Maddox. Ese beso en la mejilla ha desordenado todo. Ese colgante en mi cuello pesa como una verdad. Las fotos en el cajón que nunca me he atrevido a tirar. Lo que me ha gritado por dentro sin decir nada.

Mis pies se van deteniendo, despacio, poco a poco, como lo nuestro. Mi padre percibe mi malestar.

—¿Estás bien? —Se preocupa.

—No sé si estoy haciendo bien —susurro. Me tiemblan las manos. Me tiemblan los pensamientos.

Papá se detiene un segundo. Me mira. No como quien empuja, sino como quien sostiene.

—La vida, hija… se vive una vez. Y está bien equivocarse. Probar. Arriesgar. Pero también está bien parar cuando ves claro que ya te has equivocado… o te estás equivocando.

—Papá… —Voy a llorar.

—¿Crees que no me he dado cuenta? Lo llevo viendo años, lo he visto hace unos minutos.

—Pero nunca se ha portado bien, no del todo… —Una lágrima ya baja por mi mejilla.

—No te digo que vayas corriendo a sus brazos, pero, aunque Maddox no sea perfecto, Ben tampoco es el indicado.

Respiro hondo. Miro hacia un lado. Stana está allí, de pie. Me sostiene la mirada. No sonríe. No hace falta. Me conoce. Sabe lo que ocurre. Solo suspira. Y asiente. Es ese gesto, tan suyo, el que me da la fuerza para hacerlo con menos miedo.

—Papá. Tengo que hacerlo.

—Entonces hazlo —contesta con más seguridad que yo.

Me giro. Me quito los zapatos. Y corro. Corro hacia atrás. Corro buscando a Maddox. Corro hacia donde me tiembla el corazón, pero no la certeza. Y lo encuentro aún en el salón, de espaldas. Dándole la espalda a todo. A mí también.

—Maddox —lo llamo, sin aliento, desde el marco de la puerta.

Él se gira, lento. Los ojos abiertos, las manos aún a los lados.

—¿Qué haces? —Está sorprendido pero no triste.

Me acerco. Paso a paso. Con el corazón bombeando tan fuerte que siento que lo va a escuchar antes de que diga nada.

—No está todo hecho, Maddox. Ni decidido. Ni perdido. No aún. —Le tiembla la mirada, y a mí me tiembla el alma—. Pero no vuelvas a alejarte. No vuelvas a dejarme ir sin decir nada. No esta vez.

Traga saliva. Da un paso hacia mí. No me toca todavía.

—Creí que lo correcto era no herirte. Dejar que fueras feliz sin mí. Que ya era tarde.

—No me salves de mí, Maddox —le contesto—. Si vas a amarme, hazlo con todo. Yo no quiero medias verdades ni silencios a medias. Quiero promesas.

Él baja la cabeza. Yo levanto la mano y la pongo sobre su mejilla.

—Quiero promesas —repito—. Y quiero que las cumplas.

Levanta los ojos. Y en ellos veo lo que nunca me ha dicho. Un mundo. Una vida entera sin empezar.

—Te lo juro. —Se acerca. Me toma la cara entre las manos—. Te juro que esta vez no me quedo atrás. Que te elijo cada día. Que voy a luchar por ti.

—Maddox Sullivan, no tendrás otra oportunidad.

—No la voy a necesitar.

Y nos besamos. Y ese beso es regresar a casa, recordar quiénes somos y dónde pertenecemos. Me aferro a su camisa, él, al velo que ya no importa. Somos dos cuerpos encontrándose, dos historias enredadas y al fin, al fin… un mismo destino.

En algún lugar detrás de nosotros, alguien apaga la música. Alguien llora, quizás. Pero nosotros no oímos nada. Solo el sonido de lo que empieza de verdad.

STANA

Han pasado unas semanas desde la boda que no fue. Lo digo así, sin dramatismo ni resignación. Pasó lo que tenía que pasar. Cara y Maddox están bien. Raramente bien, incluso. Todos les hemos perdonado por atreverse. Todos menos Ben, que sigue sin comprenderlo. Recuerdo el momento en que el novio cruzó el jardín, sin mirar a nadie, con la rabia en los ojos. Fue directo a Maddox. No hubo palabras. Solo un puñetazo seco que le cruzó la mandíbula.

Todos nos quedamos helados. Todos, menos Maddox. No se movió. No devolvió el golpe. Se lo merecía, dijo luego. Y tenía razón. Lo miró con los ojos bajos y con la culpa en la espalda. Pero también con verdad. Y eso, de algún modo, lo salvó.

Después vinieron las disculpas. Cara con Ben, yo con mi hermano, Maddox con los invitados. Y aunque la herida dolió, nadie murió. Solo se rompió algo que ya estaba agrietado.

Porque, al final, todos estamos un poco locos. Un poco rotos. Y si no lo estuviéramos, ¿cómo haríamos espacio para que la vida nos reconstruya?

Yo he aprendido que vivir no es fácil. Pero es una suerte. Una suerte que a veces olvidamos. Que a veces malgastamos. Pero que siempre, siempre está ahí, esperando a que volvamos a cogerla con las manos limpias y el alma en calma.

Las segundas oportunidades no abundan. Por eso hay que saber verlas. El amor se transforma, se va y se queda, se disfraza de amistad. Pero vuelve. Siempre vuelve. De formas nuevas. De formas que no esperábamos.

Así que hagamos cosas buenas.

Cuidemos. Perdonemos.

Amemos.

Amémonos, primero, a nosotros mismos. Porque un mundo en el que nos tratamos bien, de verdad, será siempre un mundo mejor.

Y yo, que sé lo que es perderlo todo… sé también que lo he ganado de nuevo. Con otros ojos. Con otro corazón. Con los míos. Con los que tengo ahora. Con los que por fin me atreví a mirar de frente la vida.

—¿Estás bien? —me pregunta Niall entrando en el patio durante esa hora de luz al día.

Asiento, sonrío y le agradezco el café. Y lo siento, a él. Porque el amor está en lo simple, no en lo complicado, sino en lo cotidiano. En el café caliente entre las manos; en el roce fugaz que no se olvida; en la risa que nace sin razón.

El amor no grita, no exige, no mide. Se queda, se cuela entre ranuras diminutas. Te hace volar pero no vuela. Está en lo que no cuesta entender, en lo que no se fuerza, en lo que fluye y abraza y respira contigo.

Y yo… lo siento. Porque está aquí, porque siempre estuvo, porque al fin es mío, es nuestro, y lo sentimos en cada latido.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Escribir esta historia ha sido como caminar con los pies descalzos sobre todos los lugares que me habitan, como saltar de estrella a estrella. Sobre lo que se rompe, que no es poco. Sobre lo que queda, que es mucho. Y sobre todo, sobre lo que somos capaces de reconstruir cuando el amor, la pérdida y la esperanza nos atraviesan.

A un sueño de ti no nació de un solo lugar, sino de muchos: de la pregunta constante de qué significa volar sin alas, de la certeza de que hay ausencias que no terminan nunca, y de ese amor profundo que no siempre necesita quedarse para ser eterno.

Stana, Dylan, Niall, Maddox, Cara… todos ellos llegaron con heridas, con vértigos, con memorias que se aferran y promesas que aún no sabían que harían. Me acompañaron durante meses, a veces con voz clara, a veces con silencio. Me enseñaron que vivir no es solo avanzar, es recordar sin quedarse atrás, y que el amor, en cualquiera de sus formas, nunca se pierde del todo.

Gracias por llegar hasta aquí.
Gracias por leer con el corazón abierto.
Gracias por hacerme parte, aunque sea un poco, de tu propio mapa emocional, seguro que a veces incierto.

Si en algún momento de esta historia sentiste que no estabas sola, solo, si alguna frase se quedó contigo un rato más, si algo te hizo pensar en alguien que aún late dentro… entonces todo este viaje ya ha valido la pena.

Con todo mi cariño,
Estrella Correa

SOBRE LA AUTORA



Estrella Correa nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En 2016 autopublica su primer libro, *Un gin-tonic, por favor*; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Poco a poco, el éxito de sus novelas la lleva a distanciarse de la abogacía y a transformar su hobby en su profesión.

Ha tenido contratos con editoriales, pero actualmente todos sus libros están disponibles en exclusiva en Amazon en dos formatos: papel y digital. Apuesta por esta plataforma y reconoce que gracias a ella comprueba día a día que su trabajo llega a miles de personas y que además da frutos.

Su trilogía "Un gin-tonic, por favor", publicada con Ediciones Coral en una edición especial y completa, fue durante varias semanas de 2018 y 2019 el ebook de ficción más vendido en España según Bookwire España.

Su novela "Anoche soñé mariposas" (mayo 2020) ha sido la novela con más reseñas y valoraciones del PLAS 2020 (Premio Literario Amazon Storiteller). Actualmente está retirada del mercado y fue publicada por el sello Vergara de la editorial Penguin Random House el 13 de mayo de 2021.

El 19 de octubre de ese mismo año (2020) la revista Vogue Bussines se hace eco en un artículo de las ocho mujeres escritoras autopublicadas más destacadas de la plataforma Amazon.es entre las que se incluye a Estrella Correa.

Libros publicados:

Sonríe, por favor (precuela)
Un gin-tonic, por favor
Bésame, por favor
Quédate conmigo, por favor

Recuérdame, por favor
Ni por favor ni leches
Más Almas, por favor

Nerea y las estrellas
La estrella de Nerea

Cualquiera menos tú
Todos menos tú

Anoche soñé mariposas

Tú y yo en la Gran Manzana
Amor en Manhattan
Mi chica del SoHo
Un corazón en Nolita
Mil besos en TriBeCa
Chelsea Love

Despiértame a besos
Despiértame a sueños

Jódase, señor Ward
Jódase, señor Baker
Jódase, señor Cross

Sexi Navidad en Nueva York

Imborrables

Siempre seremos verano

Dante Wolf, El Inglés
El corazón de Dante Wolf, El Inglés

Te odio, James Balck (Star Clark)
Te detesto, Oliver Drake (Star Clark)
No te soporto, Alex Hudson (Star Clark)

El secreto de Joe Byron (Star Clark)

El señor del castillo

A un sueño de ti

Puedes seguir a la autora en las redes sociales para estar al día de sus novedades:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora

Instagram: @estrellacorreaescritora

Twitter: @EstrellaCorreaS

Telegram: Novedades Estrella Correa

Threads: estrellacorreaescritora